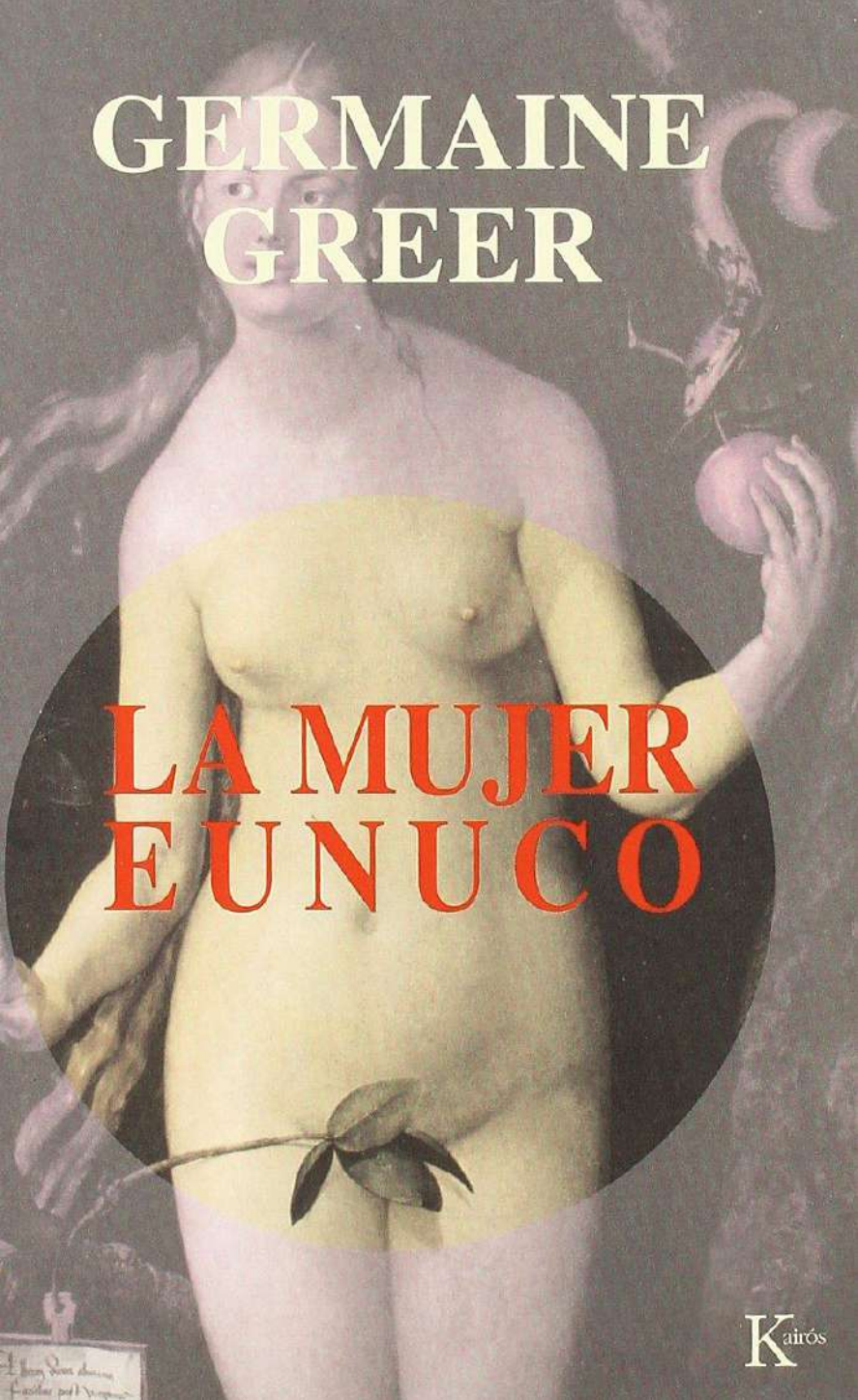




GERMAINE
GREER

LA MUJER
EUNUCO

Kairós

Germaine Greer

LA MUJER EUNUCO

Traducción del inglés
de Mireia Bofill y Heide Braun

editorial **K**airós

Numancia, 117-121
08029 Barcelona
www.editorialkairos.com

Título original: THE FEMALE EUNUCH

© Germaine Greer 1970, 1991

**© de la edición en castellano:
2004 by Editorial Kairós, S.A.**

Primera edición: Noviembre 2004

I.S.B.N.: 84-7245-576-9

Depósito legal: B-43.467/2004

Fotocomposición: Beluga y Mleka, s.c.p. Córcega, 267. 08008 Barcelona

Impresión y encuadernación: Índice. Fluvial, 81-87. 08019 Barcelona

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total ni parcial de este libro, ni la recopilación en un sistema informático, ni la transmisión por medios electrónicos, mecánicos, por fotocopias, por registro o por otros métodos, salvo de breves extractos a efectos de reseña, sin la autorización previa y por escrito del editor o el propietario del copyright.

Este libro está dedicado a LILLIAN que no vive con nadie, aparte de una colonia de cucarachas neoyorquinas, a quien jamás le ha faltado la energía a pesar de sus angustias y su asma y su obesidad, que siempre se interesa por todo el mundo, a menudo está enfadada, a veces rezonga, pero siempre participa. Lillian la abundante, la dorada, la elocuente, la bien y mal amada; Lillian la bella que cree ser fea; Lillian la infatigable que siempre cree estar cansada.

Y a CAROLINE, que bailaba, pero mal, pintaba, pero regular, se levantó llorando de una cena, exclamado que quería ser una persona, salió a la calle y llegó a serlo, a pesar de su enorme belleza. Caroline, a quien cada ataque la lastima y que duda de todos los elogios, que ha hecho grandes cosas con dulzura y humildad, que atacó a las autoridades con amor valeroso y a quien no podrán derrotar.

Lo he escrito para mi hada madrina, JOY, la de los ojos verdes, cuyo marido criticaba su sentido común y menospreciaba su mente, porque era más apasionadamente inteligente y más inteligentemente apasionada que él, hasta que huyó de su lado y recuperó su ser, su percepción y su sentido del humor, y nunca más volvió a llorar, excepto de compasión.

Y para KASOUNDRA, que hace magia con pieles y madejas y plumas, que nunca está quieta, nunca indiferente, mientras sigue el curso de su extraño destino en la jungla de Nueva York, leal y resentida, resistente como un cable de acero y suave como un suspiro.

Y para MARCIA, cuya mente lo contiene todo y no destruye nada, comprende los sueños y las pesadillas, que contempla las tormentas sin alterarse, que vive entre los condenados y no los teme, un alma viva entre los muertos.

SUMARIO

Prólogo a la edición del 21º aniversario	11
Resumen	17

EL CUERPO

El sexo	35
Los huesos	42
Las curvas	46
El pelo	51
La sexualidad	54
La matriz perversa	65

EL ALMA

El estereotipo	75
La energía	86
El bebé	93
La niña	103
La pubertad	111
La estafa psicológica	119
La materia prima	131
El poder de las mujeres	137
El trabajo	154

EL AMOR

El ideal	183
El altruismo	196

Sumario

El egoísmo	201
La obsesión	212
El amor romántico	223
El objeto de la fantasía masculina	248
El mito de clase media sobre el amor y el matrimonio ..	260
La familia	288
La seguridad	315

EL ODIO

Aversión y repugnancia	327
Insultos	345
Aflicción	359
Resentimiento	373
Rebelión	385

REVOLUCIÓN

Revolución	415
Notas	439

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias por haberme permitido tan amablemente reproducir parte de las obras sobre las que tienen derecho reservados a:

Sigmund Freud Copyrights Ltd, el Insitute of Psychoanalysis y The Hogarth Press Ltd. (*Tres ensayos sobre teoría sexual* y *Some Psychical Consequences of the Anatomical Distinction between the Sexes*); André Deutsch Ltd. (*Un sueño americano*, de Norman Mailer); Collins Publishers (*The Loving Heart*, de Lucy Walker, y *El hacedor de viudas*, de James Jones); Hurst y Blackett (*The Wings of Love*, de Barbara Cartland); Peter Owen (*La bastarda*, de Violette Leduc); Stanford University Press (*The Promise of Youth*, de Barbara Stoddard Burks, Dortha Williams Jensen y Louis M. Terman); George Allen y Unwin Ltd. (*El arte de amar*, de Erich Fromm); Heinemann Educational Books LTD. (*Prolems of Adolescent Girls*, de J. Hemmings); Longmans (*El secreto de la infancia*, de Maria Montessori); Faber y Faber («Metáforas» de Colossus, de Sylvia Plath); W.H. Allen (*El mundo está lleno de hombres casados*, de Jackie Collins); Sphere Books (*Eros y civilización*, de Herbert Marcuse); y Arthur Barker Ltd. (*Bloody Sunrise*, de Micky Spillane).

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DEL 21º ANIVERSARIO

Hace veinte años escribí en la introducción de *La mujer eunuco* que, en mi opinión, era un libro que iba a pasar de moda y a desaparecer muy pronto. Confiaba en que en la Tierra aparecería una nueva variedad de mujeres para quienes sería del todo irrelevante el análisis de la opresión sexual en el mundo desarrollado en la segunda mitad del siglo xx.

Ahora hay muchas nuevas variedades de mujeres sobre la Tierra: hay mujeres que trabajan sus músculos, con pectorales tan duros como los de cualquier hombre; hay corredoras de maratón, con una musculatura tan fibrosa y prieta como la de cualquier hombre; hay administradoras con tanto poder como cualquier hombre; hay mujeres que pagan una pensión a sus ex maridos y mujeres que cobran una pensión de sus ex parejas de hecho; hay lesbianas declaradas que reivindican el derecho a casarse y tener hijos por inseminación artificial; hay hombres que se mutilan y obtienen pasaportes como mujeres legalmente reconocidas; hay prostitutas que se han agrupado en organizaciones profesionales bien visibles; hay mujeres armadas en las filas de combate de los ejércitos más poderosos de la Tierra; hay coroneles con todos los galones que usan lápiz de labios de vivos colores y llevan las uñas pintadas; hay mujeres que escriben libros sobre sus conquistas sexuales, en los que citan

nombres y describen las posiciones, tamaño de los miembros, etcétera. Ninguno de estos prodigios en femenino se podía observar en un número significativo hace veinte años.

Ahora las revistas femeninas se escriben para personas adultas y no hablan sólo de relaciones sexuales prematrimoniales, anticonceptivos y aborto, sino también de enfermedades venéreas, incesto, perversiones sexuales y, todavía más sorprendente, de finanzas —altas y bajas—, de política, sobre la conservación del medio ambiente, los derechos de los animales y el poder de los consumidores y consumidoras. Una vez saturado el mercado de la anticoncepción y tras la fuerte reducción de las posibilidades de ganar dinero con la menstruación, las multinacionales farmacéuticas por fin han dirigido su atención hacia las mujeres menopáusicas y postmenopáusicas, que representan un nuevo y enorme mercado no explotado para la terapia de reposición hormonal. En cualquier serial televisivo se puede ver sexo geriátrico. ¿Qué más podrían desear las mujeres?

La libertad, ni más ni menos.

Libertad de la condición de objeto mirado, en vez de ser la persona que devuelve la mirada. Libertad de la inseguridad de ser como son. Libertad del deber de estimular el apetito sexual masculino desfalleciente, para el cual ningún seno es nunca suficientemente duro y turgente, y ninguna pierna suficientemente larga. Libertad de las incómodas prendas que es preciso vestir para excitar. Libertad de los zapatos que nos obligan a acortar el paso y sacar culo. Libertad de la lozanía juvenil siempre presente en la página 3.* Libertad de los insultos humillantes con que nos abruma las revistas de la estantería superior de los puestos de periódicos; libertad de ser violadas: desnudadas verbalmente por los trabajadores de la construcción, espiadas en nuestras idas y venidas cotidianas, interceptadas en nuestro camino, objeto de proposiciones o seguidas

* Los diarios de la prensa sensacionalista británica suelen publicar de manera habitual fotografías de desnudos o semidesnudos femeninos en esa página. (*N. de las T.*)

por la calle, blanco de las bromas de mal gusto de nuestros compañeros de trabajo, manoseadas por el jefe, utilizadas sádicamente o contra nuestra voluntad por los hombres que amamos, o atacadas violentamente y apaleadas por un desconocido, o una pandilla de desconocidos.

Hace veinte años era importante subrayar el derecho a la expresión sexual y mucho menos importante destacar el derecho de una mujer a rechazar los avances masculinos; ahora, debido a la aparición del sida sobre la faz de la Tierra, es aún más importante insistir en el derecho a rechazar la penetración del miembro masculino, el derecho al sexo seguro, el derecho a la castidad, el derecho a aplazar la intimidad física hasta que existan pruebas irrefutables de un compromiso. Aun así, la argumentación de *La mujer eunuco* continúa siendo válida, puesto que sostiene que una mujer tiene derecho a expresar su propia sexualidad; que no es lo mismo que el derecho a capitular a los avances masculinos. *La mujer eunuco* argumenta que rechazar la concepción de la libido femenina como meramente reactiva es esencial para la liberación femenina. Éste es el postulado que los gacetilleros descerebrados de Fleet Street interpretaron como que les estaba diciendo a las mujeres que "se lancen y lo hagan".

La libertad por la que yo abogaba hace veinte años era la libertad de ser una persona, con la dignidad, la integridad, la nobleza, la pasión y el orgullo que constituyen la condición de persona. La libertad de correr, gritar, hablar en voz alta y sentarse con las rodillas separadas. La libertad de conocer y amar la Tierra y todo lo que nada, yace y repta sobre ella. La libertad de aprender y la libertad de enseñar. La libertad de vivir sin miedo, la libertad de no pasar hambre, la libertad de palabra y de creencias. La mayor parte de las mujeres del mundo siguen teniendo miedo, siguen pasando hambre, siguen mudas y continúan cargando con todo tipo de prejuicios impuestos por la religión, con la cara cubierta, amordazadas, mutiladas y apaleadas. *La mujer eunuco* no habla de las mujeres pobres (porque cuando lo escri-

bí, no las conocía) sino de las mujeres del mundo rico, cuya opresión es percibida como libertad por las primeras.

La desaparición súbita del comunismo en 1989-1990 catapultó a las mujeres pobres del mundo a la sociedad de consumo, donde no existe ninguna protección para las madres, las personas mayores o discapacitadas, ningún compromiso a favor de la atención sanitaria o la educación o la mejora del nivel de vida para toda la población. En esos dos años, millones de mujeres vieron desfondarse su mundo; pero aunque perdieron las ayudas para el mantenimiento de los hijos e hijas, sus pensiones, sus prestaciones sanitarias, sus guarderías y sus trabajos protegidos, y se cerraron los hospitales y escuelas donde trabajaban, no hubo un estallido de indignación. Tenían libertad de expresión pero no tenían voz. Tenían la libertad de comprar servicios esenciales con un dinero del cual carecían, la libertad de desarrollar la forma más antigua de empresa privada, la prostitución, prostitución del cuerpo, de la mente y del alma, entregadas al consumismo, o alternativamente la libertad de morirse de hambre, la libertad de mendigar.

Ahora se puede ver a la mujer eunuco en todo el mundo; durante todo este tiempo, mientras creíamos estarla expulsando de nuestras mentes y nuestros corazones, se ha estado propagando hasta dondequiera que puedan llegar los pantalones tejanos y la coca-cola. Dondequiera que vean laca para las uñas, lápiz de labios, sostenes y zapatos de tacón alto, la mujer eunuco ha asentado sus reales. Allí podrán encontrarla triunfante, incluso bajo el velo.

LA MUJER EUNUCO

RESUMEN

«El mundo ha perdido el alma, y yo, mi sexo.»

(TOLLER, *Hinkemann*)

Este libro forma parte de la segunda ola del feminismo. Las antiguas sufragistas, que cumplieron penas de prisión y vivieron los años de progresiva admisión de las mujeres en unas profesiones que renunciaron a seguir, a unas libertades parlamentarias que renunciaron a ejercer, en los centros de enseñanza que comenzaron a utilizar cada vez más como tiendas donde obtener titulaciones mientras esperaban el momento de casarse, han visto revivir su espíritu en otras mujeres más jóvenes, con un estilo nuevo y vital. La señora Hazel Hunkins-Hallinan, dirigente del Six Point Group, ha acogido con agrado a las militantes más jóvenes e incluso su franqueza sexual. «Son jóvenes —le dijo a Irma Kurtz— y sin ninguna finura política, pero están llenas de vida. Las miembros de nuestro grupo han sido hasta ahora demasiado mayores para mi gusto.»¹ Después del éxtasis de la acción directa, las damas militantes de dos generaciones atrás sentaron cabeza y se dedicaron a trabajar en la consolidación de infinidad de pequeñas organizaciones, mientras el caudal principal de su energía, cada vez más reducido, cada vez más respetable, se disipaba en los esfuerzos para estirar los presupuestos de posguerra, en la recuperación de los volantes, los corsés y la feminidad tras los permisivos años

veinte, y a través de la estafa sexual de los cincuenta. El afán evangelizador se marchitó, trocado en excentricidad.

El nuevo énfasis es distinto. Antaño, refinadas damas de clase media clamaban pidiendo reformas; ahora, mujeres nada refinadas de clase media llaman a la revolución. En el caso de muchas de ellas, el grito a favor de la revolución antecedió al grito a favor de la liberación de las mujeres. La nueva izquierda ha sido la incubadora de la mayoría de movimientos y muchos consideran que la liberación dependerá de la consecución de la sociedad sin clases y la desaparición del Estado. La diferencia es radical: la fe de las sufragistas en los sistemas políticos existentes y su profundo deseo de participar en ellos se han extinguido. En los viejos tiempos, las damas estaban muy preocupadas por dejar claro que no pretendían trastocar la sociedad ni desbancar a Dios. Sus acciones ponían en peligro el matrimonio, la familia, la propiedad privada y el Estado, pero ellas se mostraban ansiosas de apaciguar los temores de los conservadores y, con ese proceder, las sufragistas traicionaron su propia causa y allanaron el camino para el fracaso de la emancipación. Hace cinco años parecía evidente que la emancipación había fracasado: el número de parlamentarias se había estabilizado en una baja proporción; el número de mujeres profesionales se había estabilizado en una minúscula minoría; el empleo femenino se había acabado ajustando a un patrón de trabajo mal remunerado, subalterno y de apoyo. La puerta de la jaula se había abierto, pero el canario se había resistido a emprender el vuelo. La conclusión era que jamás se debería haber abierto esa puerta, pues los canarios estaban hechos para el cautiverio; la sugerencia de una alternativa sólo había servido para desorientarlos y entristecerlos.

Todavía existen organizaciones feministas que siguen las huellas reformadoras marcadas por las sufragistas. La National Organization for Women de Betty Friedan está representada en las comisiones del Congreso, especialmente en las que se consideran de especial relevancia para las mujeres. Las políticas

siguen representando los intereses de las mujeres, pero la mayoría de las veces se trata de sus intereses como personas dependientes, que deben ser protegidas del divorcio fácil y de toda clase de privilegios donjuanescos. El Six Point Group de la señora Hunkins-Hallinan es una organización política respetada. Lo novedoso es que grupos como ése están siendo objeto de una nueva atención. Los medios de comunicación se empeñan en hablar cada semana e incluso a diario de la liberación de la mujer. Lo que ha cambiado es que de repente todo el mundo se interesa por el tema de las mujeres. Puede que no estén a favor del movimiento existente, pero les preocupan las cuestiones que plantea. Cabría esperar que el movimiento encontrase un fuerte apoyo entre las jóvenes universitarias. No es de extrañar que las trabajadoras explotadas se decidan a plantear por fin sus reivindicaciones al gobierno. Sorprende, en cambio, que mujeres que no tienen motivo de queja hayan empezado a murmurar. En mis conferencias ante un pacífico público de mujeres provincianas decorosamente vestidas y ensombreradas, me ha sorprendido verlas suscribir gustosas las ideas más radicales y pronunciar las críticas más reveladoras y las protestas más aceradas. Ni siquiera las sufragistas pudieron vanagloriarse de contar con el apoyo de base que está acumulando día a día el nuevo feminismo.

Sólo podemos conjeturar las causas de esta nueva agitación. Quizá el engaño sexual fue excesivo. Puede que las mujeres jamás creyeran seriamente en la descripción de su persona que les obligaron a aceptar los psicólogos, los dirigentes religiosos, las revistas femeninas y los hombres. Tal vez las reformas que efectivamente se llevaron a cabo acabaron situándolas en una posición desde la cual por fin pudieron contemplar todo el panorama y empezar a comprender las razones de su situación. Quizá al no estar atrapadas en la red de los embarazos no deseados y de las tareas domésticas pesadas, han tenido tiempo de pensar. Tal vez la situación de nuestra sociedad ha llegado a ser tan desesperada y tan evidente que las mujeres

ya no pueden contentarse con dejarla en manos de otras personas. Los enemigos de las mujeres han atribuido el descontento femenino a todas estas circunstancias. Las mujeres deben valorarlo como el primer latido de la reivindicación de vivir; han empezado a tomar la palabra y a hablar entre ellas. A los hombres siempre les ha inquietado ver a las mujeres hablando entre ellas; actualmente, este hecho es indicativo de una franca subversión. «¡Bravo!»

Las liberacionistas organizadas son una minoría bien promocionada; las mismas caras aparecen cada vez que se debate un tema feminista. Inevitablemente se las presenta como las dirigentes de un movimiento que en esencia carece de líderes. No están mucho más cerca de poder ofrecer una estrategia revolucionaria que en cualquier otro momento del pasado; manifestarse, elaborar listas de lecturas y ocupar puestos en comisiones no constituyen de por sí formas de conducta liberadas, sobre todo cuando continúan inscribiéndose en un contexto de trabajo doméstico y artimañas femeninas. Su eficacia como método para formar a las personas que deberán actuar para liberarse es limitada. El concepto de libertad implícito en semejante liberación está vacío de contenido; en el peor de los casos se define en función de la condición de los hombres, que tampoco son libres, y en el caso más favorable, se deja sin definir en un mundo con muy limitadas posibilidades. Por un lado, se pueden encontrar feministas al servicio de la idea de la igualdad "social, jurídica, ocupacional, económica, política y moral", que tienen como enemigo la discriminación y como medios, la competencia y la reivindicación. Por el otro lado, están aquellas que acarician un ideal de una vida mejor, que se conseguirá cuando se haya logrado garantizar una vida mejor para todas las personas a través de los medios políticos correctos. Ni una ni otra alternativa pueden resultar demasiado atractivas para las mujeres hastiadas de los métodos políticos convencionales, sean constitucionales, totalitarios o revolucionarios. Es excusable que pierda la esperanza el ama de casa, obligada a esperar hasta el triunfo de la revo-

lución mundial para poder acceder a la libertad, mientras, por otra parte, los métodos políticos conservadores son incapaces de inventar ningún modo de diversificar la unidad económicamente necesaria de la familia como reducto de un solo hombre. Sin embargo, existe otra dimensión en la que podrá encontrar motivos y una causa para entrar en acción, aunque quizá no encuentre un modelo de utopía. Podría empezar, no por cambiar el mundo, sino por reconsiderar quién es ella.

Resulta imposible argumentar a favor de la liberación de las mujeres cuando no se sabe con ninguna seguridad qué grado de inferioridad o de dependencia natural es inalterablemente femenino. Por esto este libro empieza por *el cuerpo*. Sabemos cómo somos, pero no cómo podríamos llegar a ser o cómo podríamos haber sido. El dogmatismo científico expresa el statu quo como resultado inalterable de unas leyes: las mujeres deben aprender a cuestionar los supuestos más elementales sobre la normalidad femenina para poder reabrir las posibilidades de desarrollo que el condicionamiento ha conseguido cerrar. Por lo tanto, vamos a empezar por el principio, por el sexo de las células. La diferencia cromosómica poca cosa nos dice hasta que no se manifiesta en el curso del desarrollo y éste no puede tener lugar en un vacío: nuestra observación de la persona de sexo femenino está consciente o inconscientemente sesgada de entrada por supuestos que no podemos evitar adoptar y que no siempre podemos identificar cuando los adoptamos. El nuevo supuesto que hay detrás de las consideraciones que aquí se harán sobre el cuerpo es que todo lo que observamos *podría ser distinto*. Para demostrar algunos de los aspectos del condicionamiento, vamos a considerar los efectos de la conducta sobre el esqueleto. Luego, de los *huesos* pasaremos a las *curvas*, que siguen siendo esenciales para las presunciones sobre el sexo femenino, y luego al *pelo*, considerado durante largo tiempo como una característica sexual secundaria básica.

La sexualidad femenina ha sido siempre un tema fascinante; aquí se examina en un intento de mostrar cómo la han ocul-

tado y deformado la mayor parte de los observadores, y nunca con tanta intensidad como en nuestro propio tiempo. Antes ya se habrá descrito la configuración de la mujer desde la perspectiva de un tipo particular de condicionamiento y en este capítulo se comenzará a perfilar el carácter específico de dicho condicionamiento. Lo que ocurre es que se considera a la mujer como un objeto sexual destinado a ser usado y evaluado por

Podemos afirmar sin temor a equivocarnos que el conocimiento que pueden adquirir los hombres sobre las mujeres, incluso sobre cómo han sido y cómo son ahora, sin ninguna referencia a lo que podrían ser, es terriblemente imperfecto y superficial, y siempre lo será hasta que las mujeres mismas hayan dicho todo lo que tienen que decir.

JOHN STUART MILL

otros seres sexuales, los hombres. Su sexualidad se niega y a la vez se desvirtúa cuando se identifica con la pasividad. Se elimina la vagina de la imaginación de la feminidad, igual que se suprimen las manifestaciones de independencia y vigor del resto de su cuerpo. Las características que se elogian y recompensan son las de los castrados: apocamiento, figura regordeta, languidez, delicadeza y preciosismo. La parte dedicada al cuerpo acaba con una mirada a cómo se considera que influye la reproducción femenina sobre todo el organismo a través de los mecanismos de *la matriz perversa*, fuente de histeria, depresión menstrual, debilidad e ineptitud para cualquier empeño continuado.

La suma de las características inducidas del alma y el cuerpo es el mito del "eterno femenino", designado actualmente como

el estereotipo. Ésta es la imagen dominante de la feminidad que prevalece en nuestra cultura y a la que aspiran todas las mujeres. Una vez establecido el supuesto de que la diosa de la cultura de consumo es un artefacto, pasaremos a examinar cómo se confecciona éste, cómo se fabrica *el alma*. El principal elemento de este proceso, igual que en el caso de la castración que —como habremos visto— se practica sobre todo el cuerpo, es la supresión y desviación de la *energía*. Siguiendo el mismo modelo simple, empezaremos por el principio, por *el bebé*, y mostraremos cómo un “más” se transforma en un “menos”. *La niña* se esfuerza por conciliar su condicionamiento femenino con su escolarización conforme a orientaciones masculinas hasta que *la pubertad* resuelve la ambigüedad y, si todo funciona, la deja firmemente anclada en la posición femenina. Si no funciona, se le aplican nuevos condicionamientos correctivos, especialmente por intermedio de psicólogos, cuyos supuestos y recetas se describen aquí bajo el nombre de *la estafa psicológica*.

Dados los numerosos supuestos sobre el sexo de la mente que enturbian el tema de la aptitud mental femenina, sigue una breve descripción del fracaso de cincuenta años de meticulosas y variadas pruebas, que no han logrado descubrir ninguna pauta diferencial en las capacidades intelectuales masculinas y femeninas, designadas como *la materia prima*. Toda vez que las pruebas han resultado irrelevantes frente a la persistente convicción de que las mujeres son ilógicas, subjetivas y bobas, como norma general, el capítulo «El poder de las mujeres» parte de una expresión coherente de todos esos prejuicios: la obra de Otto Weininger, *Sexo y carácter*, y transforma todos los defectos que allí se definen en ventajas, rechazando los conceptos de virtud e inteligencia de Weininger para adoptar los de Whitehead y otros. Como contrapunto corrector de dicha percepción teórica sobre lo valiosas que podrían ser las mentes femeninas, el capítulo dedicado al *trabajo* ofrece una descripción factual de las formas que adopta en la práctica la contribución femenina y cómo se valora ésta.

Acércate, mujer, y oye lo que tengo que decirte. Dirige por una vez tu curiosidad hacia objetos útiles y considera las ventajas que la naturaleza te dio y la sociedad te arrebató. Acércate y descubre que naciste como compañera del hombre y cómo te convertiste en su esclava; cómo llegaste a apreciar esa posición y a considerarla natural; y, finalmente, cómo el prolongado hábito de la esclavitud te degradó hasta el extremo de preferir sus vicios debilitantes pero cómodos a las virtudes más difíciles de la libertad y la fama. Si el cuadro que pintaré no os descompone, si podéis contemplarlo sin emoción, volved a vuestros fútiles pasatiempos; «no hay remedio; los vicios se han vuelto costumbre».

CHODERLOS DE LACLOS,
Sobre la educación de las mujeres, 1783

La castración de las mujeres se ha llevado a cabo en el marco de una polaridad masculino-femenino, en la que los hombres se han apropiado de toda la energía y la han canalizado en forma de fuerza conquistadora agresiva, reduciendo todo contacto heterosexual a un patrón sadoomasoquista. Esto ha conllevado la distorsión de nuestras concepciones sobre *el amor*. Esta parte empieza con la celebración de un *ideal* y luego pasa a describir algunas de las principales perversiones, el *altruismo*, el *egoísmo* y la *obsesión*. Dichas distorsiones aparecen encubiertas bajo diversas formas míticas, de las que a continuación se presentan dos: el *amor romántico*, una descripción de las fantasías con las que se alimenta la mujer apetente y decepcionada, y el *objeto de la fantasía masculina*, una consideración sobre las formas favoritas bajo las que se presenta a las mujeres en la literatura específicamente masculina. *El mito de clase media del amor y el matrimonio* da cuenta del desarrollo

de la fantasía mutua sobre el amor heterosexual más comúnmente aceptada en nuestra sociedad, como preludio de un examen de la forma de vida considerada normal: la *familia*. Se critica severamente la familia nuclear de nuestro tiempo y se sugieren algunas alternativas difusas, pero la función principal de ese capítulo —y también del resto del libro— es sobre todo sugerir la posibilidad y deseabilidad de una alternativa. El principal espantajo de quienes temen la libertad es la inseguridad y por esto la parte dedicada al *amor* acaba con un comentario sobre el carácter ilusorio de la *seguridad*, la máxima deidad del Estado del bienestar, que nunca había sido tan insustancial como en la era de la guerra total, la contaminación a escala planetaria y la explosión demográfica.

Dada esta enorme perversión del amor, éste ha acabado incluyendo muchas veces una dosis de odio, que en los casos extremos adopta la forma de *aversión* y *repugnancia*, producto del sadismo, el despotismo y la culpa, y que inspira agresiones abominables contra los cuerpos de las mujeres, pero que la mayoría de las veces se limita al *insulto* y la ridiculización, expresados por medio de improperios y burlas circunstanciales. En lugar de extenderse sobre las injusticias que sufren las mujeres en sus circunstancias domésticas individuales, esos capítulos se ocupan de las ocasiones más o menos públicas en las que las complicadas pautas de aprovechamiento mutuo no generan ningún tipo de contexto ambiguo. Puesto que en la literatura feminista se pueden encontrar muchas descripciones subjetivas del sufrimiento, el capítulo dedicado a la *aflicción* se ocupa del problema a una escala más amplia y presenta la enorme abundancia de pruebas objetivas disponibles de que las mujeres no son felices aunque sigan el modelo marcado por los consejeros sentimentales y matrimoniales y el sistema al que éstos representan. Si bien no existe un patrón de ataques femeninos contra los hombres comparable a la violencia que ellos ejercen contra las mujeres, hay abundantes pruebas de la intervención del *resentimiento* en enconados conflictos sexuales no físicos, que

generalmente se representan bajo la forma de una especie de juego, una situación ritualizada en la que nunca salen a la luz los verdaderos problemas. Ese afán de venganza inconsciente tiene paralelismos con la *rebelión* femenina, más organizada y articulada, toda vez que intenta caracterizar a los hombres como el enemigo y, o bien competir con ellos, o bien plantarles cara y atacarlos. En la medida en que dichos movimientos *reclaman* a los hombres que les concedan la libertad o les *fuerzan* a hacerlo, siguen perpetuando el distanciamiento entre los sexos y su propia dependencia.

La *revolución* debería comportar la corrección de algunas de esas falsas percepciones que se han ido creando a partir de la combinación de nuestras presunciones sobre el ser mujer, el sexo, el amor y la sociedad. De momento apunta hacia un nuevo despliegue de la energía, que ya no se consumirá en la represión, sino en el deseo, el movimiento y la creación. Es preciso rescatar el sexo del ámbito de la transacción entre poderosos y sin poder, dominantes y dominados, sexuados y neutros, con objeto de que llegue a convertirse en una forma de comunicación entre personas potentes, dulces y tiernas, algo que es imposible conseguir si se rechaza el contacto heterosexual. La Ultrafemenina debe negarse a continuar consintiendo el autoengaño del Administrador Omnipotente, más que atacándolo, liberándose del deseo de colmar sus expectativas. Sería de esperar que los hombres opusiesen resistencia a la liberación femenina, puesto que ésta amenaza los cimientos del narcisismo fálico, pero existen indicios de que ellos mismos también están buscando un papel más satisfactorio. Si las mujeres se liberan, a la vez liberarán forzosamente a sus opresores: es muy posible que los hombres sientan que han asumido una tarea imposible en su calidad de depositarios exclusivos de la energía sexual y protectores universales de las mujeres y los niños, sobre todo ahora que sus energías mal encauzadas han creado el arma definitiva. Los hombres ya han demostrado una disposición a compartir la responsabilidad al admitir a mujeres

en ámbitos de la vida dominados por el sexo masculino, aunque la invitación no haya sido atendida. En un momento en que se podría argumentar que se espera que las mujeres arrimen el hombro para cargar el cubo lleno de la basura que han generado los hombres, no es de extrañar que ellas no se hayan apresurado a coger la oportunidad al vuelo. Si las mujeres fuesen capaces de pensar que la civilización sólo alcanzará su madurez si participan plenamente en ella, quizá se sentirían más optimistas con respecto a las posibilidades de cambio y de nuevas transformaciones. La crisis espiritual que estamos atravesando en estos momentos tal vez resulte ser sólo otro de los dolores de crecimiento.

El capítulo dedicado a la *revolución* apenas se asoma a lo que "podría ser". Insinúa que las mujeres no deberían comprometerse en relaciones socialmente legitimadas, como el matrimonio, y que una vez desdichadamente comprometidas, no deberían tener escrúpulos en salir huyendo. Incluso puede dar la impresión de que en él se sugiere que las mujeres deberían ser deliberadamente promiscuas. Desde luego afirma que deberían ser autosuficientes y evitar de manera deliberada establecer dependencias exclusivas y otros tipos de simbiosis neuróticas. Buena parte de lo que recomienda es lisa y llanamente la irresponsabilidad, pero cuando lo que está en juego son la vida y la libertad y la condición necesaria es recuperar la voluntad de vivir, la irresponsabilidad parece un riesgo menor. Hace ya casi un siglo que Nora le preguntó a Helmer: «¿Cuál consideras que es mi deber más sagrado?», y cuando él le respondió: «Tu deber hacia tus hijos y tu marido», ella disintió:

Tengo otros [deberes] no menos sagrados Mis deberes para conmigo misma ... Ante todo soy un ser humano con los mismos títulos que tú ... o, por lo menos, debo tratar de serlo. Sé que la mayoría de los hombres te dará la razón, Torvaldo, y que esas ideas están impresas en los libros, pero ahora no puedo pensar en lo que dicen los hombres y en lo que imprimen

en los libros. Necesito formarme mi idea respecto a esto y procurar darme cuenta de todo.²

Las relaciones que nuestra sociedad reconoce, y que dignifica otorgándoles plenos privilegios, son sólo las de carácter vinculante, simbióticas, económicamente determinadas. La más generosa, tierna y espontánea de las relaciones se diluye y se desliza en el molde aprobado cuando se aprovecha de las salvaguardias autorizadas: la legalidad, la seguridad, la permanencia. El matrimonio no puede ser un *empleo* como ha llegado a serlo. El estatus social de las mujeres no se debería medir en función de que hayan conseguido atraer y atrapar a un hombre. La mujer que comprende que millones de hilos liliputienses la mantienen inmovilizada en una actitud de impotencia y odio, encubierta bajo la apariencia de serenidad y amor, no tiene más alternativa que salir huyendo, si no quiere acabar corrompida y totalmente apagada. La libertad es aterradora pero también puede resultar estimulante. La vida no es más fácil ni más agradable para las Noras que han emprendido el camino hacia la autoconciencia, pero sí más interesante e incluso más noble. Este consejo se describirá como una invitación a la irresponsabilidad, pero la que en verdad es irresponsable es la mujer que acepta un modo de vida que no ha escogido conscientemente y representa una serie de papeles circunstanciales que se le presentan falsamente como su destino. Renunciar a la propia percepción moral, tolerar crímenes contra la humanidad, dejarlo todo en manos de otro, del padre-gobernante-rey-ordenador, es la única irresponsabilidad que existe. Negar que se ha cometido un error cuando sus resultados son un caos visible y tangible en todo lo que nos rodea, *eso* es irresponsabilidad. Lo que la opresión nos impone no es la responsabilidad sino la culpa.

La mujer revolucionaria tiene que saber quiénes son sus enemigos: los médicos, psiquiatras, auxiliares sanitarios, sacerdotes, asesores matrimoniales, policías, jueces y elegantes reformadores, todos los hombres autoritarios y dogmáticos que

revolotean a su alrededor cargados de advertencias y consejos. Tiene que saber quiénes son sus amigas, sus hermanas, y buscar entre sus rasgos los suyos propios. Con ellas podrá descubrir la cooperación, la comprensión y el amor. El fin no puede justificar los medios: si descubre que su vía revolucionaria sólo conduce a una mayor disciplina y continuada incompreensión, con sus corolarios de amargura y minusvaloración, por deslumbrante que sea el objetivo que supuestamente lo justifica, debe comprender que se trata de un camino equivocado y un objetivo ilusorio. Una lucha que no sea gozosa es una lucha equivocada. La dicha de la lucha no se encuentra en el hedonismo ni en la hilaridad, sino en el sentido de un propósito, unos logros y una dignidad, que constituye el renacimiento de la energía mortecina. Sólo eso podrá sostenerla y mantener el fluir de la energía. Los problemas sólo son comparables a las posibilidades: cualquier error queda redimido cuando se ha llegado a comprenderlo. Las únicas maneras en que la mujer revolucionaria podrá sentir esa dicha son maneras radicales: cuanto más radical sea la acción que haya emprendido, más burlas y difamación suscitará.

El camino es desconocido, como también lo es el sexo de la hembra no castrada. Por muy lejos que proyectemos la mirada, jamás alcanzará la distancia suficiente para poder discernir los contornos de lo que en última instancia es deseable. Por lo tanto, no es posible diseñar una estrategia definitiva. La libertad de ponernos en marcha y la búsqueda de compañeras de viaje es todo lo que necesitamos ver desde el punto en el que nos encontramos ahora. El primer ejercicio que debe realizar la mujer libre es diseñar su propio modo de rebelión, un modo que reflejará su independencia y originalidad propias. Cuanto más claramente comiencen a perfilarse en su entendimiento las formas de la opresión, más claramente percibirá la forma de su acción futura. En la búsqueda de la conciencia política no hay nada que pueda sustituir al enfrentamiento. Sería muy sencillo ofrecer a las mujeres otra forma de abnegación, más oportuni-

dades de apetencia y vanas esperanzas, pero las mujeres ya están hartas de intimidaciones. Las han llevado engañadas en todas las direcciones equivocadas hasta que se han visto obligadas a reconocer que, como todo el mundo, están perdidas. Una élite feminista podría intentar conducir a las mujeres desconcertadas en otra dirección arbitraria, entrenándolas como grupo operativo para una batalla que podría llegar a librarse, pero que no debería llegar a materializarse jamás. Si se produce una batalla frontal, las mujeres perderán, porque nunca ganan los mejores; las consecuencias de la militancia no desaparecen cuando ésta ya ha dejado de ser necesaria. La libertad es frágil y hay que protegerla. Sacrificarla, aunque sea como una medida temporal, equivale a traicionarla. No se trata de decirles a las mujeres qué deberían hacer a continuación o ni siquiera qué deberían desear hacer a continuación. Este libro se ha escrito con la esperanza de que las mujeres descubrirán que tienen voluntad y una vez que esto suceda, podrán decirnos qué quieren y cómo lo quieren.

El miedo a la libertad es fuerte en nosotros. Lo llamamos caos o anarquía, y éstas son palabras amenazadoras. Vivimos inmersos en un auténtico caos de autoridades contradictorias, una era de conformismo sin comunidad, de proximidad sin comunicación. Sólo podríamos temer el caos si imaginásemos que es algo desconocido para nosotros, pero en realidad lo conocemos muy bien. Es poco probable que las técnicas de liberación que adopten espontáneamente las mujeres planteen un conflicto tan exacerbado como el que ahora existe entre intereses personales enfrentados y dogmas contrapuestos, ya que ellas no intentarán eliminar todos los sistemas excepto el propio. Por diversas que sean sus técnicas, no tendrán que ser por fuerza absolutamente inconciliables, puesto que no las animará un afán de conquista.

Ojalá este libro sea subversivo. Ojalá atraiga las iras de todos los sectores con capacidad de expresión de la comunidad. El moralista convencional encontrará muchas cosas reprensi-

bles en el rechazo de la santa familia, la denigración de la sagrada maternidad y la inferencia de que las mujeres no son monógamas por naturaleza. Los políticamente conservadores deberían de quejarse de que el libro abre las puertas a la depresión económica y a tiempos de penuria con su alegato a favor de la destrucción de los patrones de consumo de las principales gastadoras de dinero: las amas de casa. Lo cual equivaldría a reconocer que la depresión de las mujeres es necesaria para mantener la economía y sólo viene a ratificar lo que se trataba de demostrar. Si la estructura económica actual sólo se puede modificar a través de su hundimiento, más vale que se derrumbe cuanto antes. El país que reconoce que todos sus trabajadores merecen ser contratados y luego deja de pagar a diecinueve millones y medio de ellos no puede seguir adelante. Los freudianos objetarán que el libro es mera metafísica —dado que prescinde de la explicación convencional de la psique femenina y se basa en un concepto de mujer que no puede comprobarse que exista—, olvidando el fundamento metafísico de su propia doctrina. Los reformadores lamentarán que el texto degrada la imagen de la condición de mujer, puesto que fomenta la transgresión y con ello aleja todavía más a las mujeres de los verdaderos centros de poder. En el reino de los ordenadores, los centros de poder político se han convertido en centros de impotencia, pero aun así, en el libro no hay nada que excluya el uso de la maquinaria política, aunque puede que esté contraindicado confiar en ella. Las críticas más reveladoras procederán de mis hermanas de la izquierda: las maoístas, las trotskistas, las socialistas internacionalistas, las Estudiantes por una Sociedad Democrática,* por mi fantasía de que tal vez

* Students for a Democratic Society (SDS), movimiento político surgido en Estados Unidos en la década de 1960, parte de la Nueva Izquierda, que se dedicó a promover activamente (mediante manifestaciones y una labor de formación) cambios radicales en las prácticas sociales, políticas y educativas establecidas. (N. de las T.)

sea posible saltarse los pasos de la revolución y llegar de algún modo a la libertad y el comunismo sin estrategia y sin disciplina revolucionaria. Pero si las mujeres son el verdadero proletariado, la mayoría verdaderamente oprimida, la revolución por fuerza habrá de estar más próxima si ellas le retiran su apoyo al sistema capitalista. El arma que sugiero es la más reconocida del proletariado, la retirada de su fuerza de trabajo. Aun así, es evidente que no considero que la fábrica sea el verdadero centro de la civilización; ni la reincorporación de las mujeres al trabajo industrial, una condición necesaria para la liberación. A menos que se modifiquen por completo los conceptos de trabajo y diversión, y de remuneración del trabajo, las mujeres tendrán que seguir aportando fuerza de trabajo barata y, más aún, gratuita, extraída legalmente por un empleador en posesión de un contrato de por vida, extendido a su favor.

Este libro constituye tan sólo una aportación más a un diálogo continuado entre la mujer que se hace preguntas y el mundo. En él no se da respuesta a ninguna pregunta, pero tal vez se formulan algunas de manera más adecuada que hasta la fecha. Si no es ridiculizado o vilipendiado, habrá fracasado en su propósito. Si las parásitas más exitosas no lo encuentran ofensivo, será señal de que es inocuo. Lo que ellas son capaces de tolerar es intolerable para una mujer con un mínimo de orgullo. Quienes se oponían al sufragio femenino se lamentaban de que la emancipación de la mujer supondría el fin del matrimonio, la moralidad y el Estado; su extremismo era más clarividente que la vaga benevolencia de los liberales y humanistas, que pensaban que conceder un cierto grado de libertad a las mujeres no trastocaría nada. Cuando recojamos la cosecha que sembraron las sufragistas sin saberlo, comprobaremos que los antifeministas tenían razón en fin de cuentas.

EL CUERPO

EL SEXO

Es cierto que cada célula del cuerpo de una persona atestigua su sexo. Sin embargo, no se sabe qué trascendencia tiene exactamente esta diferencia entre las células desde el punto de vista de su funcionamiento. Ni tan siquiera podemos inferir una diferencia significativa entre los tejidos que constituyen dichas células a partir de las diferencias observadas entre ellas. Cualquier presunción con respecto a su superioridad o inferioridad basada en ese hecho dista mucho de estar demostrada. Cuando hayamos aprendido a descifrar el ADN, tal vez estemos en condiciones de determinar la naturaleza de la información común a todos los miembros del sexo femenino; pero incluso en ese caso se requerirá un largo y tedioso razonamiento para explicar la conducta a partir de los datos biológicos.

Que los sexos constituyen una polaridad y una dicotomía de la naturaleza es un elemento esencial de nuestro sistema conceptual. Lo cual es, de hecho, absolutamente falso. Los mundos animal y vegetal no están divididos de manera universal en dos sexos, o ni siquiera en dos sexos con la posible aparición esporádica de aberraciones y tipos indeterminados; algunas criaturas afortunadas son sucesivamente masculinas y femeninas; algunos hongos y protozoos tienen más de dos sexos y más de una manera de aparearlos. El grado de diferenciación entre los sexos puede variar desde un detalle tan nimio que apenas resulta perceptible hasta una diferencia tan grande que los científicos

ignoraron durante mucho tiempo que ciertas especies que habían clasificado como diferentes correspondían en realidad a los machos y las hembras de una sola especie. Algunos antropólogos nazis sostuvieron que las características sexuales secundarias están más desarrolladas en las especies con un nivel evolutivo superior y destacaron que los tipos negroide y asiático presentan a menudo características secundarias menos definidas que los arios.¹

En realidad, muchas formas simples de vida presentan una diferenciación sexual mucho más llamativa que los humanos. Pero también podemos observar que las diferencias entre los sexos humanos se destacan y se exageran, y antes de justificar el proceso deberíamos preguntarnos *por qué* se procede así.

La distinción fundamental para la determinación del sexo humano resulta visible cuando se aumenta el tamaño de una célula del cuerpo hasta que sea posible distinguir los cromosomas, o sea, unas dos mil veces. En las células del cuerpo masculino se encuentra, junto con otros cuarenta y cinco cromosomas, uno diminuto, llamado cromosoma Y. En realidad, éste no es en absoluto un cromosoma sexual y se enfrenta con problemas particulares debido a su aislamiento.

Puesto que la mutación de un cromosoma sólo se puede poner a prueba en diferentes combinaciones cuando es posible su distribución aleatoria como resultado de un cruce, la imposibilidad de que éste se produzca impide ese proceso de experimentación de las mutaciones que hayan tenido lugar dentro de la forma Y. Dado que el cruce no se produce, el cromosoma Y no puede ser objeto de ningún tipo de intercambio estructural a través de un intercambio entre las partes. En consecuencia, en el curso de su evolución, el cromosoma Y acabará perdiendo su eficacia para determinar el sexo y será sustituido por los autosomas que interaccionan con X.²

Los autosomas son aquellos cromosomas que no son ni X ni Y, y en cada célula del cuerpo hay veintitrés pares. El sexo

femenino está determinado, además, por un par de cromosomas que tienen exactamente la misma apariencia que el resto pero que, de hecho, son determinantes del sexo y se designan como XX. El individuo de sexo masculino tiene un par XY, en lugar de un par XX, junto con sus veintitrés pares de autosomas. El cromosoma Y tiene una función negativa: cuando un espermatozoide que contiene Y fecunda un óvulo, simplemente reduce la cantidad de feminidad que se traduciría en la formación de un feto femenino. Junto con su masculinidad, el feto hereda una serie de deficiencias que se describen como "asociadas al sexo", ya que proceden de genes que sólo se encuentran en el cromosoma Y. Algunas extrañas deformaciones como la hipertriosis —un crecimiento excesivo del vello, sobre todo en las orejas—, la presencia de zonas callosas en las manos y los pies, piel con textura de corteza y una formación membranosa entre los dedos de los pies son algunas de estas deficiencias, menos conocidas que la hemofilia, que en realidad es el resultado de la presencia de un gen mutante del cromosoma X que el cromosoma Y no puede neutralizar; por esto se transmite por vía femenina, pero sólo se manifiesta en los individuos de sexo masculino. El daltonismo sigue un patrón idéntico. Existen cerca de treinta afecciones más que, por la misma razón, se manifiestan entre los machos de la especie y pocas veces en las hembras. Está comprobado que la mujer es de constitución más resistente que el hombre: vive más años y en cada grupo de edad mueren más individuos de sexo masculino que de sexo femenino, a pesar de que el número concebido de los primeros sea de un 10 a un 30% superior. No hay nada que explique este índice superior de concepciones masculinas: los espermatozoides que engendran fetos femeninos se producen en la misma cantidad que los que engendran fetos masculinos. Resulta tentador especular sobre la posibilidad de que este hecho sea una compensación natural de la mayor vulnerabilidad de los individuos de sexo masculino.³

Mientras que la mujer permanece más próxima al tipo infantil, el hombre se aproxima más al tipo senil. La tendencia a una variabilidad extrema en el hombre se traduce en un mayor porcentaje de genialidad, demencia e idiotismo; la mujer permanece más próxima a la normalidad.

W.I. THOMAS,
Sex and Society, 1907, p. 51

La criminología ha aportado últimamente otra observación desconcertante sobre el cromosoma Y. Se descubrió que entre los varones condenados por crímenes violentos había una alta proporción de portadores del cromosoma XYY, es decir, con un Y adicional, un hecho que parecía estar vinculado a ciertas deficiencias en la capacidad mental.⁴

El desarrollo de las características sexuales no está condicionado únicamente por los cromosomas: éstos aportan la diferencia primaria, pero en el desarrollo de las distintas características físicas interviene todo el sistema endocrino, así como la interacción de varias hormonas. Las mujeres han empezado a ser especialmente conscientes de sus hormonas como resultado del uso de ciertas hormonas sintéticas en la píldora anticonceptiva; como suele ocurrir cuando se divulgan nociones de este tipo, se ha dado una descripción demasiado simple de la función de las hormonas. En realidad, los conocimientos sobre toda la extensión de las actividades hormonales son muy imperfectos. Los médicos han tenido que reconocer que con su interferencia en el delicado equilibrio fluctuante entre las hormonas femeninas, han generado alteraciones no previstas en ciertas funciones de carácter no sexual ni reproductivo. Bastante difícil resulta ya comprender la combinatoria simple de los genes y cromosomas; en el caso de la química hormonal, la

identificación de los procesos es aún más difícil. Sabemos que la hormona masculina, la testosterona, induce el desarrollo de las características sexuales masculinas y que está relacionada de algún modo con la otra hormona masculina, el andrógeno, que estimula el desarrollo de los músculos, los huesos y la tripa. La segregación de andrógeno depende de la hormona luteinizante, igual que sucede con la hormona femenina, el estrógeno, muy semejante al primero. Ambos sexos producen ambas hormonas; lo único que se sabe es que si se administra estrógeno a los varones, sus características sexuales secundarias se vuelven menos evidentes, y otro tanto sucede cuando se administra andrógeno a las mujeres. Para algunas funciones, el estrógeno necesita el apoyo de la otra hormona femenina, la progesterona. Todas nuestras secreciones reaccionan de manera complementaria y catalítica: casi todos los estudios de sus reacciones acaban detectando nuevas sustancias químicas con nombres nuevos. A pesar del bombardeo al azar con grandes dosis de hormonas al que se somete a las mujeres con objeto de evitar la concepción, la actitud más habitual hacia dichas sustancias entre quienes están informados es de respeto y admiración. Se continúa buscando una píldora que inhiba únicamente la función esencial para la concepción y las mujeres no deberían sentirse seguras hasta que se haya encontrado.

El sexo de una criatura queda determinado en el momento de su concepción, pues cada espermatozoide contiene un cromosoma Y y un cromosoma X, mientras que el óvulo maduro contiene un cromosoma X. El cromosoma especializado determina la diferencia primaria, pero el desarrollo de las características sexuales depende de ciertas sustancias químicas especializadas contenidas en los cromosomas. Hasta la séptima semana, el feto no presenta ninguna característica diferenciada según el sexo y cuando se inicia el desarrollo sexual, éste sigue una pauta notablemente similar en ambos sexos. El clítoris y el glande se parecen mucho a primera vista, y la uretra se desarrolla como un pliegue en ambos sexos. En los niños, el abulta-

miento genital da lugar al escroto, y en las niñas, a los labios mayores. El análisis del tejido de dichas zonas análogas revela que, de hecho, éste es distinto, aunque las mujeres tienen tejidos parecidos a los masculinos en diversas zonas.⁵

La propia naturaleza no siempre actúa de manera inequívoca. Puede ocurrir que una niña tenga un clitoris tan desarrollado que se la tome por un niño. Análogamente, muchos niños pueden estar infradesarrollados o pueden tener los genitales deformados u ocultos, de modo que se supone que son niñas. En algunos casos, aceptan el sexo adjudicado y se consideran miembros defectuosos del sexo equivocado: adoptan el comportamiento y las actitudes de ese sexo, a pesar de los conflictos particulares que sufren. En otros casos, una especie de conciencia genética provoca un problema que lleva a investigar el caso y se determina el sexo correcto de la criatura.⁶ A algunas criaturas, como por ejemplo las niñas que nacen sin vagina, se las considera erróneamente como neutras; a otras, que tienen la combinación XXY, se las considera mujeres sin ovarios. Algunas de estas dificultades se pueden resolver mediante la cirugía estética, pero los cirujanos practican con demasiada frecuencia esta clase de operaciones por motivos particulares, cuando un examen de la estructura celular pondría de manifiesto que no existe ninguna anomalía congénita. En la mayor parte de los casos, la homosexualidad es consecuencia de la incapacidad de la persona para adaptarse a su papel sexual asignado y no debería tratarse como un hecho genético o patológico, pero el lenguaje cargado de prejuicios con que se habla de *anomalía* no ofrece a la persona homosexual ninguna posibilidad de expresar su rechazo, con lo cual sólo le resta considerarse como un ser aberrante. Los papeles sexuales "normales" que aprendemos a representar desde nuestra infancia no son más normales que las bufonadas de un travesti. En su intento de acercarse a las formas y actitudes que se consideran normales y deseables, ambos sexos se deforman, mientras apelan a una diferencia genética primaria entre los sexos para justificar ese proce-

so. No obstante, de los cuarenta y ocho cromosomas, sólo uno es diferente: sobre esta diferencia basamos una separación total entre individuos de sexo masculino y de sexo femenino, creando en cierto modo la ficción de que los cuarenta y ocho son distintos. Los franceses pueden proclamar con razón *Vive la différence*, puesto que ésta se cultiva incesantemente en todos los aspectos de la vida. El camino más sencillo y más inmediato será considerar esta deformidad deliberadamente inducida tal y como se manifiesta en nuestro cuerpo y en nuestras concepciones al respecto, pues aunque seamos o finjamos ser otras cosas, seguro que somos nuestro cuerpo.

LOS HUESOS

¿Cuánto tiene exactamente de sexuado un esqueleto? Cuando los arqueólogos afirman categóricamente que ese medio fémur perteneció a una mujer de veintitrés años, su certeza nos impresiona, sin que nos amilane el hecho de que dicha afirmación, siendo como es una conjetura, sea absolutamente imposible de verificar. Esta clase de conjeturas se apoya en gran medida en las presunciones de los arqueólogos con respecto a las mujeres. Lo que quieren decir es que el hueso es típicamente femenino, o sea, que *debería* pertenecer a una mujer. Dado que es imposible sustraerse a las ideas estereotipadas sobre la feminidad que prevalecen en la propia sociedad, se han cometido y se siguen cometiendo curiosos errores de adscripción.

Tendemos a pensar que el esqueleto es rígido; parece conservarse cuando todo lo demás se desvanece y, por lo tanto, se deduce que debería ser algo así como una esencia, no afectada por el condicionamiento superficial. En realidad, también sufre deformaciones por efecto de numerosas influencias. La primera es la tensión muscular. Dado que los hombres son más fuertes que las mujeres, sus huesos presentan unos surcos musculares más marcados. Cuando los músculos se ven constreñidos, por algún tipo de atadura, por la falta de uso o por efecto de una presión externa continuada no compensada, los huesos se pueden desplazar. El trabajo que realizan los hombres y los alimentos que los nutren durante la época de crecimiento alteran

sus cuerpos y otro tanto les ocurre a las mujeres, pero en su caso, a dichas influencias se suman otras que obedecen a los dictados de la moda y del atractivo sexual. A lo largo de la historia del atractivo femenino se han registrado grandes cambios con respecto de la postura acreditada de los hombros: caídos o rectos, inclinados hacia delante o hacia atrás, y ésta se ha acentuado por medio de la vestimenta y el uso de corsés, con la consiguiente alteración del delicado equilibrio de un hueso sobre otro por efecto de la tensión de los músculos encargados de mantener la postura artificial. La columna vertebral se ha arqueado hacia delante con el paso largo de las modelos de pasarela o hacia atrás para dibujar la S característica del modernismo o la curvatura exagerada propia de los años cincuenta. El calzado refuerza estas tensiones antinaturales; los tacones altos alteran la torsión de todos los músculos de los muslos y la pelvis e imponen a la columna vertebral una inclinación que en ciertos círculos se continúa considerando esencial para un buen porte. Soy lo bastante mayor como para recordar las súplicas de mi abuela cuando le rogaba a mi madre que me pusiera un corsé porque mi figura desgarbada de adolescente le parecía poco atractiva y temía que mi espalda no fuese capaz de sostener mi estatura sin ayuda. Si a los trece años me hubieran puesto un corsé, mi caja torácica seguramente se habría desarrollado de otro modo y la presión habría ensanchado mi pelvis. Actualmente, los corsés están mal considerados, pero a muchas mujeres jamás se les ocurriría desechar la faja que les ayuda a *sostener y controlar el abdomen*. Incluso los *pantys* aprietan y pueden provocar extraños síntomas en sus portadoras. Los hombros caídos de la mecanógrafa y la postura reclinada de la dependienta alteran, cada una a su manera, la posición del cuerpo, con las consiguientes repercusiones sobre el esqueleto.

La mayoría de la gente considera que el ejercicio que practica una criatura durante la época de crecimiento afecta al desarrollo de sus extremidades. Mi madre nos disuadía de inten-

tar emular a las famosas nadadoras australianas mientras nos señalaba sus hombros voluminosos y sus caderas estrechas, que ella atribuía a su entrenamiento riguroso. Se da por sentado que las niñas deben seguir un programa de educación física distinto al de los niños, pero no se reconoce hasta qué punto esta diferencia se recomienda por el convencimiento de que las niñas no deben tener la misma apariencia que los niños. Las niñas se ven tan monas cuando ejecutan sus ejercicios de gimnasia rítmica y los niños tan varoniles cuando hacen sus flexiones.¹ Las mismas presunciones se extienden a los supuestos sobre los esqueletos masculinos y femeninos: un esqueleto de manos pequeñas *debe de* pertenecer supuestamente a una persona de sexo femenino y también los pies pequeños se consideran femeninos, a pesar de que ambos sexos pueden presentar esa desproporción.

Los estudiantes de medicina aprenden anatomía a partir de un ejemplo masculino, salvo cuando se tratan explícitamente las funciones de la reproducción. Aprenden que el esqueleto femenino es *por regla general* más ligero y más pequeño, y su formación ósea más próxima a la de una criatura que en el caso del varón. Esta última observación se aplica a menudo a todo el cuerpo femenino, que se describe como infantilizado o pedomórfico, mientras que el cuerpo masculino se califica de envejecido o geromórfico. Esta descripción no implica en absoluto un defecto en el desarrollo femenino, sino por el contrario una ventaja evolutiva, en forma de una mayor flexibilidad y adaptabilidad. No podemos derivar de ella absolutamente ninguna conclusión con respecto a la fuerza física o la capacidad mental.²

No hay que exagerar la diferencia entre el tipo infantil y el envejecido: en realidad, existe un amplio espectro de posibles variaciones, sin que éstas conlleven ningún tipo de anomalía funcional. Dicha clasificación responde a un intento de identificar una tendencia. En la búsqueda de distinciones que justifiquen las desigualdades entre el destino masculino y el femenino,

no sólo se ha exagerado la diferencia general, sino que además se han inventado otras diferencias particulares inexistentes, como la costilla adicional que muchas personas aún siguen creyendo que tienen las mujeres. Se presupone que la pelvis femenina, sede de la diferenciación más marcada entre la estructura ósea de uno y otro sexo, es muy distinta de la masculina. En realidad, se trata de una diferencia en su tamaño relativo y su ángulo de inclinación; la configuración básica es la misma.³ Las mujeres sedentarias bien alimentadas tienden a tener la pelvis más grande que las mujeres trabajadoras o mal nutridas, e influencias no asociadas al sexo biológico, sino a la sociología del sexo, exageran la diferencia sexual en su caso.⁴ El prejuicio según el cual una pelvis estrecha resulta poco eficiente en el momento del parto carece de fundamento; la eficiencia de los mecanismos pelvianos se ve afectada por las deformaciones tanto en uno como en el otro sentido. La mayoría de la gente no juzga el sexo a la manera de los arqueólogos: cuando los órganos sexuales propiamente dichos permanecen ocultos, la tipología sexual se manifiesta a través de las características superficiales. Pero las curvas también afectan a los pacientes huesos invisibles, los desplazan hacia arriba, los proyectan hacia fuera, los hacen ondular y bambolearse. ¿Podrán revivir esos huesos?

LAS CURVAS

Cuando el alma de la fiesta desea evocar la idea de una mujer guapa, hace ondular ambas manos en el aire y adopta una expresión visiblemente lasciva. La idea de la curva está tan estrechamente vinculada a la semántica sexual que algunas personas no pueden evitar una risita ante ciertas señales de tráfico. La imagen más popular de una mujer —a pesar de las exigencias de la industria de la moda— es toda tetas y culo, una secuencia alucinante de parábolas y protuberancias.

Se suele suponer que el cuerpo femenino está recubierto de una capa aislante de grasa con el solo objeto de que sea más tierno; una idea que equipara a la Madre Naturaleza y a Hugh Hefner como alcahuetes en este negocio. Es cierto que las mujeres llevan mucha menos ropa y más ligera que los hombres, pero no resulta sencillo determinar si la capa de grasa es el resultado de la necesidad de aislar las zonas expuestas o si su existencia fue previa. La costumbre de los varones de cubrir la parte inferior de su cuerpo con prendas largas ha dado lugar a un deterioro de los tejidos, que se puede apreciar en las patas de pollo que exhiben en las playas de cualquier lugar de verano de Gran Bretaña.¹ Los hombres también poseen una capa de grasa subcutánea, al igual que las mujeres, pero éstas desarrollan depósitos más voluminosos en algunas zonas específicas. En las personas gruesas, la mayor parte de la grasa se acumula en la capa subcutánea: el pseudodato de que las mujeres

tienen una capa de grasa subcutánea en realidad significa que se considera que deberían ser más gordas que los hombres. Históricamente, se puede comprobar que todas las personas reprimidas e indolentes han sido gruesas y los eunucos tienden a engordar como bueyes, de modo que no debe extrañarnos constatar que la preferencia masculina por las mujeres abrazables persiste.²

El busto más perfecto del mundo no lo es tanto como el que modela la imaginación.

GREGORY,
A Father's Legacy to his Daughters 1809, pág. 64

La curva más apreciada de todas es la del busto. La glándula propiamente dicha que constituye la base del pecho es una estructura convexa que se extiende desde la segunda costilla hasta la sexta: la grasa que se acumula en torno a ella y forma el canalillo del escote no es una característica sexual en sí misma; en los casos en que la propietaria de unos pechos voluminosos por lo demás no es gorda, el fenómeno se debe habitualmente a algún desarreglo endocrino. La cantidad de atención que reciben los senos, sumada a la confusión con respecto a lo que verdaderamente desean los fetichistas del pecho, genera en las mujeres una preocupación injustificada por ellos. Nunca acaban de ser adecuados; inevitablemente, siempre son demasiado pequeños o demasiado grandes, de una forma indebida o demasiado flácidos. Es imposible emular las características del estereotipo mamario, puesto que son una simulación artificial, pero es preciso remedarlas de algún modo. La realidad es, o gordísima, o escuálida.

Un pecho muy desarrollado en realidad constituye una carga, una piedra al cuello, para una mujer: le granjea el cariño de

los hombres que quieren convertirla en su muñeca, pero ni por un instante podrá permitirse imaginar que sus ojos saltones realmente la ven. Sus pechos sólo son objeto de admiración mientras no manifiesten ningún indicio de su función: una vez que se oscurecen, se llenan de estrías o se marchitan, pasan a ser objeto de repulsión. No son partes de una persona, sino señuelos colgados alrededor de su cuello, para ser sobados y retorcidos como plastilina mágica, o lameteados y chupados como polos de helado. La única posibilidad que tienen las mujeres de eludir ese burdo manoseo es negarse a usar ropa interior que perpetúe la fantasía de las tetas neumáticas, de modo que los hombres se vean obligados a aceptar las variedades del fenómeno real. La reciente insistencia en destacar el pezón, ausente en los pechos de la pornografía popular, favorece a las mujeres; pues éste es expresivo y receptivo. El movimiento de liberación de la mujer ha liberado algunos pechos de la dominación del alambre y la gomaespuma. Un camino para continuar avanzando en esa dirección tal vez sea recordarles a los hombres que también ellos tienen unos pezones sensibles.

La siguiente curva del reloj de arena del bufón es el estrangulamiento de la cintura. Ésta se exagera con objeto de realzar la curva prominente de los senos y las nalgas; no es exactamente un fenómeno natural. En todas las épocas en las que fue una exigencia de la moda, las mujeres se vieron obligadas a usarartilugios especiales para imponerle su forma y, del mismo modo que una serie de aros metálicos superpuestos efectivamente alargan el cuello de las damas bantúes, la cintura llegó a existir. Algunas bellezas decimonónicas incluso llegaron hasta el extremo de hacerse amputar las costillas inferiores, con el fin de poder ajustarse más el corsé. En una tribu autóctona de Nueva Guinea tanto los hombres como las mujeres llevan unas fajas muy apretadas y la carne tiende a desbordarse por encima y por debajo de la ligadura, de manera que los hombres también tienen curvas de reloj de arena. Si el hecho de que a «O» se le imponga el uso de corsés apretados puede

servirnos de indicación, cabe deducir que la cintura de avispa se valora principalmente como punto frangible del cuerpo femenino, es decir, que satisface las fantasías sádicas.³

El fetichismo de las nalgas es comparativamente poco frecuente en nuestra cultura, aunque Kenneth Tynan escribió hace poco un artículo de experto en el tema en una revista "de chicas".⁴ Algunas revistas subpornográficas todavía llevan anuncios de fajas con almohadillas incorporadas para los culos exigüos; sin embargo, las grandes moles temblorosas de las abultadas caderas y nalgas que excitaban a nuestros abuelos han caído generalmente en el descrédito.⁵ En su lugar, el pícaro trasero embutido en unos pantalones ajustados, más propio de un chico, atrae la atención más descarada. No es raro que las chicas se sientan avergonzadas de sus traseros y los cubran con largas capas y túnicas, pero el motivo es casi siempre una abundancia excesiva en esa zona, más que lo contrario.

Existe una cierta diferencia de clase en cuanto a las preferencias sexuales. La prenda de la clase trabajadora sigue siendo curvilínea y llenita, mientras que la clase media a la moda rinde tributo a la delgadez y hasta a la flacura. Para las mujeres, ambas situaciones tienen un rasgo en común: se les exige que moldeen su cuerpo para satisfacer las miradas de otros. La inseguridad de las mujeres es tal que no cejan en el intento de adoptar medidas que les permitan plegarse a dicha exigencia, sin parar mientes en que sea racional o no. Mujeres delgadísimas hacen dieta a causa de una gordura imaginaria en alguna zona o viven angustiadas porque no tienen curvas; las más curvilíneas se preocupan por la elasticidad de sus curvas o hacen régimen para perderlas. La chica con curvas que debería ser delgada y la chica delgada que debería tener curvas tienen a su disposición tratamientos médicos más o menos peligrosos para conseguir sus objetivos. En ambos casos, la mujer se adecua a las exigencias con el fin de resultar atractiva en un mercado dominado por los compradores; el más exigente de éstos puede ser su marido, que continúa reclamándole una aproximación a

la imagen aceptada como condición para continuar deseándola y enorgulleciéndose de ella.

Cada cuerpo humano tiene un peso y una silueta óptimos que sólo pueden venir determinados por la salud y la eficiencia. Cuando tratamos los cuerpos de las mujeres como objetos estéticos sin ninguna función, los deformamos y, con ellos, a sus dueñas. Tanto si las curvas impuestas son los generosos arabescos de la reina de las tetas como si son las ondas difuminadas del modernismo, siempre constituyen deformaciones del cuerpo individual dinámico y limitaciones de las posibilidades del ser mujer.

EL PELO

El estudiante que escribió a los diarios dominicales para preguntar por qué el director de su colegio estaba alterado por la mata oscura que le cubría la nuca y le llegaba hasta el cuello de la camisa fingía una falsa ignorancia. Cuando los hombres de nuestra generación se dejaron crecer el pelo, no lo hicieron sin motivo como intentaron afirmar luego. Su pelo era una indicación de que no aceptaban la moralidad de la generación de burócratas de pelo cortado al cepillo de sus progenitores. Mediante el acto de dejarse crecer el pelo consiguieron darle la vuelta a una curiosa presunción sobre su significación sexual, pues muchos jóvenes comenzaron a lucir grandes matas ondeantes de rizos y largas trenzas relucientes que sus hermanas intentaban emular en vano. La antigua presunción de que la cabellera de las mujeres crecía más densa y más larga que la masculina no se disipó sin dificultad.¹ Los hombres de pelo largo fueron tachados de anormales y perversos y las mujeres echaron mano de inmensas cascadas de pelo comprado para restablecer el equilibrio. Mientras se ahuecaban el pelo sobre la cabeza y se engalanaban las pestañas, se arrancaban a la vez con determinación hasta la última brizna de vello de las axilas y de los brazos y las piernas. Cuando el verano llenó los parques y jardines de melnudos en camiseta de tirantes, pudieron ver que muchos de ellos tenían los brazos y el pecho lampiños y escasa barba; en vez de comprender lo que eso indicaba sobre la virilidad de los

torsos velludos, lo consideraron una prueba más de que esos hombres eran unos degenerados. No hace mucho, Edmund Wilson se permitió insinuar que la virilidad de Hemingway era defectuosa acusándole de lucir vello de crepé en el pecho.

Lo cierto es que algunos hombres son peludos y otros no; y algunas mujeres son velludas y otras no. Las distintas razas tienen patrones diferentes de distribución del vello. Ese *súmmum* de virilidad, el "semental" negro, tiene poquísimo vello corporal. Algunas mujeres caucásicas de piel morena tienen abundante vello oscuro en los muslos, las piernas, los brazos y hasta las mejillas; su eliminación es dolorosa y ocupa mucho tiempo, pero cuanto más ropa están autorizadas a quitarse las mujeres, más vello deben eliminar.

La justificación de la depilación es burda. La sexualidad se considera, de manera absolutamente errónea, como una característica animal, pese al hecho evidente de que el hombre es el animal sexualmente más activo y el único que mantiene relaciones sexuales con independencia del impulso reproductivo instintivo. En la imaginación popular, el vello abundante, como el pelo espeso en los animales, se considera un indicador del grado de bestialidad y, por lo tanto, un indicio de una sexualidad agresiva. Los hombres lo cultivan, del mismo modo que se les anima a desarrollar instintos competitivos y agresivos; las mujeres lo controlan, igual que controlan todas las facetas de su vigor y su libido. Cuando su vello corporal no les inspira suficiente repulsión, otros se encargan de ordenarles que se depilen. En casos extremos, las mujeres se afeitan o se depilan la zona del pubis, a fin de parecer todavía más asexuadas e infantiles. Aunque, si hasta Freud llegó a considerar el vello pubiano como una cortina prevista por algún tipo de modestia fisiológica, afeitárselo también podría constituir una rebelión. Los esfuerzos para eliminar cualquier olor del cuerpo femenino forman parte de la misma represión de una animalidad imaginaria. Actualmente no basta con neutralizar el olor del sudor y del aliento; todas las revistas femeninas advierten a las

mujeres sobre el horror del olor vaginal, que se considera absolutamente repulsivo. Los hombres que no desean ver a sus mujeres afeitadas y desodorizadas hasta la insipidez más absoluta nada pueden hacer contra la repulsión que sienten las mujeres mismas contra su propio cuerpo. Por otro lado, algunos hombres se enorgullecen de su olor y vello, como parte de su rechazo viril contra la delicadeza. Existe un término medio entre el encanto de una piel de cabra semicurada y el cuerpo lampiño e inodoro de la muñeca: el cuerpo cuidado y razonablemente aseado, el cuerpo deseable, sea masculino o femenino.

LA SEXUALIDAD

Los órganos sexuales femeninos están rodeados de misterio.

Se supone que la mayoría son internos y están ocultos, pero incluso los externos son relativamente enigmáticos. Cuando las niñas empiezan a hacer preguntas al respecto, sus madres les ofrecen, si son afortunadas, burdos diagramas del aparato sexual, donde los órganos del placer ocupan un lugar mucho menos destacado que las complejidades de las trompas y los ovarios. Yo misma no comprendí que los tejidos de mi vagina eran absolutamente normales hasta que vi una sección en un meticuloso grabado de un manual de anatomía del siglo XVIII.¹ No se invita a la niña a explorar sus genitales ni a identificar los tejidos que los componen, ni tampoco a comprender los mecanismos de la lubricación y la erección. La mera sugerencia ya resulta de mal gusto. Debido a esa extraña modestia, que la joven descubrirá que se extiende incluso hasta el consultorio del médico, donde éste se muestra reacio a examinarla y reacio a explayarse sobre lo que ha observado, el orgasmo femenino se ha convertido cada vez más en un misterio, al mismo tiempo que se exalta como un deber. Su verdadera naturaleza ha pasado a ser tema de especulaciones metafísicas. Continúan circulando toda suerte de falsas percepciones sobre las mujeres, aunque hayan quedado desmentidas hace años; muchos hombres se resisten a desechar la idea de la eyaculación femenina

que, si bien cuenta con una larga y prestigiosa historia, es una absoluta fantasía.

Parte de la modestia en relación con los genitales femeninos tiene su origen en una verdadera aversión. El peor insulto que se puede dirigir a una persona [en inglés] es llamarla *cunt* [coño]. Lo más apreciado en un coño es que sea pequeño y discreto; la ansiedad con respecto a la magnitud del pene sólo tiene parangón en la ansiedad con respecto a la pequeñez del coño. Ninguna mujer desea encontrarse con que tiene una raja del tamaño de un collarón; cruza los dedos para no estar húmeda y no oler y oculta cortésmente cualquier rastro de su menstruación por mor de la decencia pública. Las mujeres no siempre mantuvieron una actitud tan reticente: en las baladas podemos encontrar preciosos ejemplos de mujeres que hacen alarde de sus genitales, como la moza lujuriosa que reprendía al tímido sastrecillo con palabras redondas por no atreverse a medir su bolso orlado de flecos con su metro:

Verás que el Bolso es tan profundo
que casi no alcanzarás a tocar el tesoro.²

Otra elogiaba sus partes pudendas en estos términos:

Tengo una galante Cajita
como jamás habrás visto otra igual
donde nunca ha llegado la peste
un poco más arriba de la rodilla...
Es una Cajita galante
como nunca verás otra igual;
pues ni por cincuenta libras al año
me separaría de ella.³

En sus inicios, la ginecología estaba por completo en manos de hombres, algunos de los cuales, como Samuel Collins,

describieron la vagina con tanto cariño que cualquier mujer se hubiera sentido enormemente confortada al leer sus palabras. Evidentemente, esa clase de libros no estaban destinados a ser leídos por ninguna mujer. Collins habla de la vagina como el templo de Venus y del monte de Venus como la almohada de la diosa, pero abandona los eufemismos cuando describe las maravillas de la erección femenina:

... las Ninfas ... al extenderse comprimen el Pene y entonan placeres durante el acto del Coito ... La finalidad de los conductos sanguíneos es insuflar Licor Vital en la sustancia del Clítoris y la de los nervios es impregnarlo con un Jugo especial infundido de Espíritus Animales (cargado de Partículas Elásticas que lo vuelven Vigoroso y lo tensan) ... Las Glándulas de la Vagina ... estimuladas durante el Coito, segregan el Licor seroso fermentado y enrarecido a través de multitud de Meatos hasta la Cavidad de la Vagina, y dejan así muy húmedo y viscoso su canal, lo cual resulta placentero durante el Coito ... Las Arterias Hipogástricas se exhiben en numerosos Ramilletes en las paredes y otras partes de la Vagina, que son otros tantos puntos a los que afluye la sangre para calentarla y volverla turgente durante el Acto del Coito.⁴

La descripción de Collins es activa: la vagina *canta*, *segrega*, está *tensa* y es *vigorosa*. Él y sus contemporáneos daban por sentado que las jóvenes estaban aún más deseosas de tener trato sexual que los mozos. Algunas de las expresiones que emplearon para describir los tejidos de los genitales femeninos en acción son muy informativas y exactas, aunque no sean científicas. Dicen de la vagina que está forrada de “túnicas como los pétalos de una rosa bien abierta”, con “un pliegue sobre otro” que “dan deleite en las copulaciones”. Calificaron la vagina como “bastante sensible”, una descripción exacta. Tenían presente el papel especial del clítoris como causa de la “dulzura del amor” y de la “furia venérea”.

La vagina está hecha con tanto artificio (affabre es la palabra que usa) que puede adaptarse a cualquier pene, de manera que cede para acomodar a uno largo, se ajusta a uno corto, se ensancha para uno grueso, se contrae para uno pequeño; de tal modo que todo hombre puede yacer perfectamente con cualquier mujer y toda mujer con cualquier hombre.

The Anatomy of Human Bodies epitomized, 1682, pág. 156

La idea de que las mujeres sanas y equilibradas deberían de tener orgasmos originados en la vagina fue una interpolación metafísica de las observaciones empíricas de esos pioneros. Collins daba por sentada la presencia del clítoris, como una parte apreciada de un órgano bien amado; tampoco minimizó el papel de la vagina en la generación de placer, como acabamos de ver. Lamentablemente ahora, junto con la recuperación del clítoris después de haber quedado proscrito por los freudianos, hemos aceptado una noción de la vagina como completamente pasiva y hasta irrelevante. Hacer el amor se ha convertido en otra destreza masculina, que las mujeres se encargan de juzgar. Las habilidades que empleaba la Esposa de Bath para hacer trabajar a sus maridos nos son tan desconocidas como los esfínteres atléticos de las muchachas tahitianas, capaces de retener a sus hombres dentro de su cuerpo durante toda la noche. Todo el lenguaje vulgar sólo hace hincapié en el elemento de la penetración: *follar, cardar, meter, pasar por la piedra*, son actos que se realizan sobre la hembra pasiva; los nombres que se usan para designar el pene son siempre nombres de *herramientas*. Las únicas palabras verdaderamente intersexuales de las que disponemos para designar el acto sexual [en inglés] son la obsoleta *swive* y la ambigua *ball*. Propagandistas como Theodore Faithful (y yo) están intentando modificar el énfasis

de la imaginería actual. Faithful le escribió a un hombre que tenía dificultades para lograr una erección:

Si deja de pensar en la erección y concentra toda la atención en su amiga, ignora el clítoris y usa los dedos para acariciarla por dentro, y luego, tras esa actividad, pone en estrecho contacto sus respectivos órganos sexuales, posiblemente no tardará en comprobar que ella puede atraer su órgano sexual hacia el interior de su vagina sin necesidad de que usted tenga una erección.⁵

Suena a mentira terapéutica, pero en cualquier caso se están realizando serios esfuerzos para aumentar la participación de las mujeres en la cópula. A.H. Kegel, como parte de sus recomendaciones a las mujeres para superar la flaccidez vesical que a menudo padecen, les enseñaba a ejercitar los músculos pubocoxígeos y de ese modo descubrió, sin proponérselo, que esto intensificaba su goce sexual.⁶ No ha quedado constancia de la reacción de sus compañeros de cama. La incontinencia urinaria era consecuencia de la misma represión de la actividad que inhibía el placer sexual; si recuperásemos la competencia de las mujeres para accionar su musculatura, tal vez veríamos desaparecer muchos de sus trastornos pelvianos y su goce sexual se incrementaría en la correspondiente medida. Evidentemente, no podremos hacerlo mientras no averigüemos cómo debería funcionar la pelvis: mientras las mujeres no sepan accionarla, no podremos observarla en acción, y así se va perpetuando el ciclo. Si pudiera producirse la reacción en cadena adecuada, las mujeres tal vez se encontrarían con que el clítoris tendría una intervención más directa en el acto sexual y podrían alcanzar el orgasmo por un medio menos ostentoso y deliberado que el masaje digital. En cualquier caso, las mujeres tendrán que aceptar una parte de la responsabilidad de su propio goce y el de su pareja, y esto requiere un cierto grado de control y de cooperación consciente. Parte de la batalla estará

ganada si son capaces de modificar su actitud con respecto al sexo y abrazar y estimular el pene, en lugar de *aceptarlo*. Las mujeres avisadas han cantado desde hace largo tiempo las alabanzas de la posición superior para la mujer, en la que no se ven agobiadas por la carga del cuerpo más pesado del hombre y su respuesta puede ser más espontánea. En definitiva, todo es cuestión de comunicación y la fórmula «*él hablar, yo escuchar*» no hace avanzar nada la comunicación.

Que se haya desterrado la fantasía del orgasmo vaginal es, en el fondo, un favor, pero la sustitución de la auténtica satisfacción por el espasmo clitoridiano puede acabar resultando desastrosa para la sexualidad. Las conclusiones de Masters y Johnson han tenido algunos efectos secundarios inesperados, como la auténtica clitoromanía que impregna el libro de Mette Eiljersen, *Yo acuso*. A la vez que habla de los orgasmos femeninos como el resultado de los «toques adecuados sobre el botón», censura a los sexólogos que

recomiendan ... la estimulación del clitoris como parte de los prolegómenos del acto sexual, de lo que la mayoría de los hombres consideran la "parte seria". Lo que para ellos es efectivamente la "parte seria" está *totalmente desprovisto de sensaciones* para la mujer.

¡Ése es el quid de la cuestión! Que la humildad, timidez y sumisión de las mujeres ha mantenido oculto durante siglos.⁷

No todas las mujeres a lo largo de la historia han sido humildes y sumisas hasta tal extremo. Es una necedad decir que una mujer no siente nada mientras un hombre mueve su pene dentro de su vagina: el orgasmo es cualitativamente distinto cuando la vagina puede ondular en torno al pene en vez de en torno a un vacío. La diferenciación entre la simplicidad del placer inevitable de los hombres y las complicadas respuestas de las mujeres no es del todo válida. Si la eyaculación dejase satisfechos a todos los hombres, dada la producción constante

de esperma y la consiguiente presión para practicar el coito, éstos podrían copular con cualquiera sin ningún arrebató ni decepción. El proceso que describen los expertos, en el que el hombre hace obedientemente la ronda de todas las zonas erógenas, dedica una cantidad igual de tiempo a cada pezón, se concentra en el clítoris (por lo general de manera demasiado directa), pasa por las fases de estimulación digital o lingual, y luego se desliza educadamente dentro de la vagina, después de esperar tal vez a que la retracción del clítoris le indique que su presencia es bienvenida, es laborioso e inhumanamente informatizado. La implicación de que existe un polvo estadísticamente ideal, que siempre generará satisfacción si se siguen los procedimientos adecuados, es deprimente y engañosa. Nada puede sustituir a la excitación; todos los masajes del mundo no garantizarán la satisfacción, pues ésta depende de la liberación de la tensión psicosexual. La verdadera satisfacción no está contenida en un minúsculo haz de nervios, sino en la participación sexual de la persona entera. El alto goce sexual sostenido de las mujeres, que continúa después del orgasmo y que los hombres observan con admiración, no se basa en el clítoris —que no responde particularmente bien a un estímulo continuado—, sino en una respuesta sensual general. Localizar la respuesta femenina en el clítoris supone imponerles a las mujeres la misma limitación sexual que ha atrofiado la respuesta masculina. El ideal sexual masculino de virilidad sin languidez ni apasionamiento es profundamente desolador; cuando el desahogo se expresa en términos mecánicos, éste se busca de manera mecánica. El sexo se convierte en masturbación dentro de la vagina.

Esta crítica les parecerá una traición a muchas de las mujeres que acogieron las conclusiones de Masters y Johnson exclamando alborozadas: «¡Ya te lo decía yo!» y «¡Soy normal!». Han descubierto el placer sexual que se les había negado, pero el hecho de que sólo hayan experimentado satisfacción a través de la estimulación del clítoris constituye una

prueba a favor de mi argumento, puesto que es el indicio de la desexualización del conjunto del cuerpo, de la sustitución de la sexualidad por la genitalidad. El matrimonio ideal según las mediciones de los equipos electrónicos de los laboratorios de la Fundación de Investigación sobre la Biología de la Reproducción está exangüe: sexo soso para gente sosa. La personalidad sexual es básicamente antiautoritaria. Si el sistema quiere imponer el pleno dominio de la voluntad de sus súbditos, tendrá que domesticar el sexo. Masters y Johnson han aportado el modelo de una monogamia estandarizada, con un bajo nivel de agitación, y apaciguadora. Si las mujeres quieren evitar esta última reducción de su humanidad, deben aspirar no sólo al orgasmo, sino al éxtasis.

La organización de la sexualidad refleja las características básicas del principio de actuación y su organización de la sociedad. Freud subraya el aspecto de centralización. Éste es esencialmente operativo en la "unificación" de los diversos objetos de los instintos parciales en un solo objeto libidinal del sexo opuesto y en el establecimiento de la supremacía genital. En ambos casos, el proceso unificador es represivo; esto es: los instintos parciales no se desarrollan libremente dentro de un "más alto" nivel de gratificación que preserva sus objetivos, sino que son mutilados y reducidos a funciones subalternas. Este proceso logra la desexualización del cuerpo socialmente necesaria: la libido llega a estar concentrada en una sola parte del cuerpo, dejando casi todo el resto libre para ser usado como instrumento de trabajo. La reducción temporal de la libido es suplida, así, por su reducción espacial.⁸

Si las mujeres se encuentran con que el clítoris se ha convertido en la única sede de su placer, en lugar de actuar como una especie de superdirecta sexual en el marco de una respuesta más general, acabarán dominadas por la ética del rendimiento, que no supondría una represión en sí misma, si el principio

del rendimiento incluyese la iniciativa y la creatividad en nuestra sociedad. Pero la iniciativa y la creatividad están vinculadas a la libido, que no sobrevive al proceso civilizador. Las mujeres deben luchar para mantener abiertas otras posibilidades alternativas, a la vez que luchan por adquirir la fortaleza que les permita aprovecharlas.

La sociedad permisiva ha contribuido mucho a neutralizar los impulsos sexuales mediante su contención. Para muchas personas, el sexo se ha convertido en un asunto lastimoso, un desahogo mecánico que no conlleva ningún descubrimiento ni ningún triunfo, que hace más descorazonadoramente patente que nunca el aislamiento humano. Las orgías que temían los puritanos no se han materializado en cada esquina, aunque un número mayor de chicas permiten que se tomen con ellas más libertades (no gozosas) de las que habrían autorizado antes. La homosexualidad bajo múltiples formas y, de hecho, cualquier tipo de sexo que consiga escapar a la influencia mortífera de la institución —sexo en grupo, delitos sexuales, violación de menores, prácticas de sometimiento y disciplina— están en auge, mientras que la energía sexual simple parece estarse difuminando y disipando a un ritmo incesante. Esto no ha ocurrido porque el pensamiento progresista sea dañino o porque la represión sea un estímulo necesario frente a la impotencia humana, sino porque el progresismo sexual ha estado subvencionado por el gobierno y sus descubrimientos se han propagado por el mundo en mala prosa y en jerga clínica. El permiso para hablar libremente sobre la sexualidad sólo ha dado paso a la instauración de otro dogma en materia de normalidad sexual, cargado de fraudulencia y *kitsch*. Las mujeres que conciben su experiencia sexual tal como la describe Jackie Collins están irremisiblemente perdidas, para ellas mismas y para sus amantes:

La condujo al dormitorio y la desnudó despacio, le hizo el amor maravillosamente. Sin nada de frenesí, ni precipitación.

Le acarició el cuerpo como si no hubiese nada más importante en el mundo. La condujo hasta el borde del éxtasis y luego la hizo descender de nuevo, dejándola en suspenso, con pleno dominio de cada uno de sus gestos. Sus pechos crecieron bajo su tacto, se dilataron, se ensancharon y se endurecieron. Se encontró flotando sobre un plano suspendido, totalmente prisionera de sus manos y su cuerpo. Él tenía una capacidad de control asombrosa para detenerse justo en el momento preciso. Cuando ocurrió fue sólo porque él así lo quiso y se corrieron completamente al unísono. Ella jamás había experimentado eso y se aferró a él, mientras las palabras se atropellaban para salir de su boca y decirle cuánto le quería. Después permanecieron recostados fumando y charlando. «Eres maravillosa -le dijo él-. Has sido muy lista al hacerme esperar hasta que estuviésemos casados.»⁹

La heroína de miss Collins es pacata, pasiva, calculadora, egoísta y sosa, a pesar de sus tetas capaces de expandirse milagrosamente. Cuando su marido se canse de tocar ese instrumento sexual, se encontrará sin recursos y tendrá que quedarse tumbada en su colchón de aire desinflado, preguntándose qué pasó. Los genitales no se mencionan para nada; todo sucede en un arrobamiento o una ciénaga de sensaciones indiferenciadas. Él se afana por darle placer como un eunuco en el harén. El sexo se canaliza al servicio de la contrarrevolución.

Los abrazos son fusiones de pies a cabeza, y no un pomposo sumo sacerdote que entra en un lugar secreto.

BLAKE, *Jerusalén**, lámina 69, II, 39-40

* Traducción castellana de Xavier Campos Vilanova, *Jerusalén, la emanación del gigante Albión* (Castellón: Universitat Jaume I, 1997). (N. de las T.)

La descripción de Jackie Collins es la expresión del ideal romántico más corriente del polvo perfecto. Revela cuán profundamente arraigada está la noción de la superioridad masculina. La heroína de miss Collins manipula el impulso sexual colonizador de su compañero, le hace esperar, con la condición de que su pertinacia resista, hasta que ella esté dispuesta. Manipulando sus impulsos violentos ejerce una superioridad ilusoria, pues ella es tierna, sentimental y modesta, cariñosa, lo ama no en busca de su propia satisfacción sino como una expresión de estima, confianza y amor verdadero, hasta que consiga civilizarle y conducirlo al matrimonio y al virtuosismo sexual. El complicado psiquismo del amor del hombre se subvalora; ella sigue estando sola, egotista, sin libido para desearle o conducirlo a un nuevo goce de ella. Tanto Jackie Collins como los manuales de temática sexual demuestran que seguimos haciendo el amor a órganos y no a personas, y que lejos de haber comprendido que las personas en ningún momento son tan particulares y están tan completamente *presentes* como cuando hacen el amor, justamente en ese momento somos menos comunicativos y estamos más solos que nunca.

LA MATRIZ PERVERSA

El sexo y la reproducción no son la misma cosa; la relación entre ambos es especialmente tenue en el caso de los humanos, que pueden copular cuando lo deseen y no sólo cuando les induce a ello el estado de celo o un impulso instintivo. La diferencia debe de tener su origen al menos en parte en el hecho de que los seres humanos tienen memoria, voluntad y una comprensión de la experiencia del placer del sexo y lo desean por lo que representa en sí mismo. Las niñas sólo adquieren conocimiento sobre el placer del sexo como consecuencia de sus descubrimientos sobre su propia función reproductora, como algo meramente incidental. Se presta mucha más atención a ofrecerles información sobre el cercano trauma de la menstruación y la espantosa posibilidad de tener un bebé si llegasen a "perder el control" o a "ceder" a los impulsos sexuales, que a asegurarse, para empezar, de que reconozcan y acojan con agrado esos impulsos sexuales. En consecuencia, la niña crece sabiendo más sobre su matriz que sobre sus genitales externos, y poco de lo que sabe es motivo de alegría.¹

Sus conocimientos sobre la matriz son académicos: la mayoría de las mujeres en realidad no perciben para nada la actividad de sus ovarios o de su útero hasta que algo no funciona, como casi siempre sucede. Muchas mujeres, demasiadas cabría decir, mueren a causa de afecciones de unos órganos que han ignorado durante prácticamente toda su vida: el cuello del

útero, la vulva, la vagina y la matriz. Algunos de los problemas tienen su origen en el diagnóstico tardío de dolencias inicialmente triviales y tratables, a causa del oscurantismo falsamente dignificado con el nombre de "modestia". Desde tiempos inmemoriales, se ha visto la matriz como fuente de problemas y parte de la reticencia que manifiestan los médicos a prestar atención a las preocupaciones de las mujeres con respecto a su caprichoso aparato tiene su origen en ese temor atávico. La frigidez se considera una condición común en las mujeres, producto de la mala suerte y de una mala gestión; en los hombres, la impotencia se trata con la máxima seriedad. Cualquier lesión trivial en el pene se examina con ostentoso cuidado, con objeto de que el hombre no se sienta amenazado por angustias de castración; en cambio, la pobre matriz tiene que sangrar a chorros o desprenderse para que alguien se tome en serio su estado. Al clítoris se lo ignora; una vez, una enfermera estuvo en un tris de cortarme el mío mientras me afeitaba para una operación. Hasta las tan cacareadas citologías cervicales se realizan sólo en raras ocasiones en nuestra comunidad. Conseguí que me hicieran una por primera vez cuando acudí a un centro de tratamiento de enfermedades venéreas, desesperada porque mi médico se negaba a examinarme la vagina o a aplicar la patología para averiguar la naturaleza de una irritación, que resultó ser exactamente lo que yo pensaba que era. En dicho centro, las citologías cervicales se efectuaban como una cuestión de rutina; en el consultorio del respetable médico generalista no se realizaban jamás. La enorme alharaca en torno a los extraños efectos intangibles de la vasectomía sobre la psique masculina es fruto de este falocentrismo permanente; los inventores de la píldora se preocuparon tan poco por la psique femenina que tuvieron que transcurrir años para que descubrieran que una de cada tres mujeres que la tomaban sufría depresión crónica. La atención exagerada al aparato masculino, junto con la reticencia a dedicar seria atención a la matriz y a su séquito, es el fruto de siglos de uterofobia, que la acción

política y las proclamas en los mítines no conseguirán erradicar.² Las mujeres tienen que empezar por informarse sobre sus propios cuerpos, estudiar ginecología y obstetricia³ y, cosa no menos importante, superar su propio prejuicio a favor de los médicos varones.

Millares de personas creen que es cierto que la Madre (como la llaman) se instala en la garganta de las mujeres casadas y Doncellas; sí, creen que la cuerda de la Madre está fijada en la garganta y que la vena de la Madre también está localizada allí, una fantasía que maneja diestramente cierta Mujer de esta Ciudad, que con ella engaña a muchas mujeres inocentes y se enriquece espléndidamente.

· In libellum Hippocrates de virginium morbis, 1688, pág. 73

La forma más reciente de las fantasías con respecto a la matriz es la concepción sobre la patología de la *histeria*, que alcanzó enorme predominio en Europa hasta el siglo XX. Al principio se la designaba como la *madre* y se creía que era obra de la matriz errante, que ascendía hasta la garganta de la joven y la asfixiaba. Los anatomistas más escépticos, si bien deploraban las artes empleadas por los curanderos y brujas para aliviar la histeria, por su parte creían que la matriz estaba “repleta de sangre y semen rancio, que emiten vapores pestilentes y en mal estado”, y desarrollaron a su vez su extraña teoría de la congestión pélvica.⁴ Se daba por sentado que la histeria aquejaba más a las mujeres solteras y viudas, y que un buen marido podía curarla. La “enfermedad verde”, objeto de serios debates pero imaginaria, rebautizada como “clorosis” por los médicos deseosos de encubrir los orígenes folclóricos de sus ideas, se atribuía al mismo origen.⁵ Las descripciones de la dolencia son

vívidas y, aunque algunas incorporan síntomas debidos a otras causas, en general se pueden observar los mismos síndromes hipocondríacos que actualmente se atribuyen a la histeria: epilepsia, asma, ahogos, flatulencia, *sensus globi in abdominae se volventis*, lasitud, convulsiones, menstruación dolorosa. Algunos médicos realmente creían que *est femineo generi pars una uterus omnium morborum* («el útero tiene parte en todas las enfermedades del sexo femenino»). Se presuponía que las mujeres estaban sujetas por naturaleza a la tiranía del útero insaciable y sufrían síntomas que sólo aquejaban a los hombres que se entregaban en exceso a la práctica de la masturbación.⁶ Aunque el mecanismo de la represión se describió de diversas maneras, la reacción frente al mismo se interpretaba como un motivo para mantenerlo (como suele suceder). Las mujeres eran demasiado débiles, demasiado vulnerables a influencias irracionales para permitirles controlar su propia vida. Cuando una de mis alumnas se desplomó durante su examen final, con retortijones y amargos sollozos incontrolables, la causa quedó registrada oficialmente como *histeria*; la etiología de su caso revestía particular interés, pero la palabra *histeria* al parecer ya aportaba todas las respuestas.

Aun cuando desde que las jóvenes solteras se han convertido en una parte esencial, aunque subalterna, de la fuerza de trabajo, ya no creemos en la clorosis, seguimos creyendo que las solteronas mayores son propensas a consumirse y quedar debilitadas por la frustración. Otras funciones aterradoras de la matriz sólo se han divulgado públicamente y se han empezado a aceptar desde hace poco. Ahora se permite que los maridos participen en los misterios del parto, que ya no se tiene que desarrollar en un aquelarre de mujeres. Las parturientas ya no tienen que purificarse o pasar por la iglesia para dar gracias después de dar a luz. Se está intentando aminorar la impresión de que el parto es una especie de castigo para las mujeres y reeducarlas para la crianza, una vez que se ha controlado a las acompañantes más siniestras de la cama de partos: las fiebres puer-

perales y las hemorragias súbitas. Aunque pocos hombres se ven obligados ya a ver procrear como conejas a sus mujeres y a abortar sin remedio hasta el prolapso que las conducirá a la muerte, todavía no hemos hecho las paces con la siniestra matriz. La manifestación más generalizada y significativa de ese temor atávico que pervive se da en la actitud habitual ante la menstruación.

Las observantes de la fe musulmana, hinduista o mosaica se deben considerar impuras durante el período de la menstruación y están obligadas a permanecer recluidas durante un tiempo. El catolicismo medieval estipuló que las mujeres menstruantes no debían entrar en la iglesia. A pesar de que la racionalidad comienza a introducirse cautelosamente, a su ritmo habitual, en este ámbito, la menstruación sigue inspirándonos una fuerte repugnancia, generada principalmente por nuestros esfuerzos para mantenerla en secreto. El éxito de los tampones se debe en parte a que quedan ocultos. La llegada del primer período menstrual es más significativa que cualquier cumpleaños, pero en las familias anglosajonas se ignora y se oculta cuidadosamente del conocimiento general. Mientras esperaba la aparición de mi primera regla, acarree durante seis meses una bolsa de papel con compresas e impermeables en la cartera. Cuando por fin llegó, sufrí un calvario por el temor a que alguien pudiera adivinarlo o notar el *olor* o lo que fuese. Mis compresas eran de toalla áspera y solía deslizarme a hurtadillas hasta el lavadero y afanarme con la cabeza gacha sobre un cubo de trapos sucios, cruzando los dedos para que mi hermano no me descubriese mientras cumplía mi repugnante tarea. No es de extrañar que a las melindrosas niñas bien educadas les cueste adaptarse a la menstruación, cuando nuestra sociedad se limita a explicarles de qué se trata para dejar luego que la sobrelleven como puedan. Parece probable que la menstruación debió de ser mucho menos traumática entre los aborígenes que vivían a orillas del río Pennfather en el estado de Queensland (en Australia), que solían cubrir a las niñas con

arena caliente hasta la cintura, para facilitar las primeras contracciones, en un lugar sagrado donde su madre las alimentaba y las cuidaba, para conducir las luego triunfantes al campamento, donde participaban en un festín dedicado a celebrar su ingreso en el grupo de las jóvenes casaderas.⁷ Las mujeres todavía compran las compresas con enorme discreción y se llevan todo el bolso al lavabo cuando les bastaría con llevarse una compresa. Todavía les horroriza la idea de mantener relaciones sexuales durante la menstruación y sienten que la sangre que pierden es de una clase especial, aunque seguramente no tanto como se creía cuando era el líquido que las brujas ofrecían al diablo en sus copas de la amistad. Si te crees emancipada, plantéate la posibilidad de probar tu sangre menstrual; si la idea te repugna, todavía te queda un largo camino por recorrer, nena.

Nos dicen que la menstruación es el único de los procesos corporales naturales que conlleva una pérdida de sangre. Se da por supuesto que el diseño de la naturaleza es un éxito y ninguno de sus procesos implica un despilfarro ni requiere medidas para contrarrestarlo, sobre todo cuando sólo resulta molesto para las mujeres, de manera que se considera sumamente improbable que la menstruación vaya acompañada de “verdadero” dolor. En realidad, ninguna niña que comienza a perder sangre por un órgano que ignoraba que tuviese hasta que empezó a incomodarla piensa que el diseño de la naturaleza sea un éxito y que todo lo que le ocurre está bien. Cuando descubre que el dolor que acompaña a esa atrocidad es de algún modo *culpa suya*, resultado de una adaptación inadecuada a su papel femenino, se siente auténticamente víctima de una broma de mal gusto. Los médicos reconocen que la mayoría de las mujeres sufre alguna “molestia” durante la menstruación, pero mantienen un amplio desacuerdo con respecto a la proporción de mujeres que sufren “verdadero” dolor. Que las contracciones del útero sean o no dolorosas en un sentido absoluto o si alguna terapia de uno u otro tipo podría hacerlas llevaderas es irre-

levante. Lo cierto es que ninguna mujer menstruaría si pudiera evitarlo. ¿Por qué no habrían de rechazar las mujeres una molestia que les causa tensión antes, después y mientras dura; que es incómoda, huele y mancha; que ocupa entre una séptima y una quinta parte de su vida adulta hasta que alcanzan la menopausia; que las vuelve fecundas trece veces al año cuando no esperan procrear más de dos veces en toda su vida; cuando el fin de la menstruación puede suponer varios años de desarreglos endocrinos y la atrofia gradual de sus órganos sexuales? Lo cierto es que el diseño de la naturaleza no es un éxito y cada batalla contra la enfermedad constituye una batalla contra su proyecto, de modo que no existe ningún motivo racional para suponer que la menstruación, tal como ahora la conocemos, tenga que ser irreversible o deba serlo.

La contradicción inherente a la actitud que considera la menstruación como un mandato divino, pero al mismo tiempo como algo de lo cual no se debe hablar, intensifica la rebelión femenina contra ella, cuyos indicios se pueden detectar en todas las palabras corrientes utilizadas para designarla, como la regla o la "maldición" (*the curse*, en inglés) y en la repugnancia masculina que manifiestan expresiones como "llevar los trapos" (*having the rags on*). Sólo podemos escoger entre tres tipos de expresiones: las vulgares y resentidas, las finas ("tengo el asunto" o "estoy indispuesta") y la jerga científica que habla del *menstruo*. Sin embargo, las chicas son irreprimibles; en un colegio de chicas de Sidney, las compresas se designan afectuosamente como "margaritas" (*daisies*); las chicas italianas llaman "el marqués" (*il marchese*) al período, y las alemanas, "el rey rojo" (*der rote König*). El medio que empleaba la Dama de las Camelias para indicar su estado a sus amigos tal vez pueda parecer envidiable, pero si se adoptase en gran escala podría llegar a parecer una señal de proscripción, como la campanilla de los leprosos. Ha habido algunos intentos de sacar a la luz la menstruación sin prejuicios, como el poema que le dedicó Sylvia Plath.⁸ Si no somos capaces de celebrar públi-

camente por ningún otro medio el acceso de una niña a la condición de mujer, quizá alguna artista debería dedicar una película a la primera menstruación, que mostrase sus implicaciones de manera no académica.

La menstruación se ha utilizado mucho como argumento en las discusiones sobre la aptitud de las mujeres para realizar ciertos trabajos: cuando se trata de la comodidad de las mujeres, sus efectos se minimizan; cuando está en juego la comodidad de nuestros señores, se magnifican. La menstruación no incapacita más a las mujeres de lo que incapacitan a los hombres sus hábitos de consumo de bebidas alcohólicas, su hipertensión, sus úlceras y sus temores con respecto a su virilidad. No es necesario conceder una baja laboral durante la menstruación. Tal vez sea cierto que las mujeres cometen delitos durante la fase premenstrual y menstrual, pero también es cierto que cometen muchos menos delitos que los hombres. Las mujeres deben ser conscientes de ese uso de la menstruación como un argumento antifeminista y contrarrestarlo mediante sus propias declaraciones sobre cuál es la situación. La menstruación no nos convierte en locas furiosas ni en inválidas totales; simplemente preferiríamos vivir sin ella.

EL ALMA

EL ESTEREOTIPO

El estereotipo nace y se apropia de su ser en esa dimensión misteriosa donde el cuerpo se une con el alma. Ella es más cuerpo que alma, más alma que mente. Todo lo bello le pertenece, hasta la propia palabra belleza. Todo existe para embellecerla. El sol brilla solamente para broncear su piel y dorar sus cabellos; el viento sopla sólo para avivar el color de sus mejillas; el mar anhela bañarla; las flores mueren gustosas para que su piel pueda deleitarse con su fragancia. Es la corona de la creación, la obra maestra. Se rastrean las profundidades del mar en busca de perlas y coral para cubrir su cuerpo; se desgarran las entrañas de la tierra para que pueda adornarse de oro, zafiros, diamantes y rubíes. Se apalean las crías de foca con barras de hierro, se arranca a los corderos del vientre de sus madres antes de nacer, millones de topos, ratones almizcleros, ardillas, visones, armiños, zorros, castores, chinchillas, ocelotes, lince, y otras pequeñas y adorables criaturas mueren prematuramente para que ella pueda vestir sus pieles. Garcetas, aves-truces y pavos reales, mariposas y escarabajos le ceden sus galas. Hay hombres que arriesgan sus vidas cazando leopardos para sus abrigos y cocodrilos para sus bolsos y zapatos. Millones de gusanos de seda le ofrecen su amarillento producto; y hasta las modistas rematan dobladillos y tejen encajes a mano para que pueda lucir las mejores ropas que es posible adquirir a cambio de dinero.

Como desde la infancia se les enseña que la belleza es el cetro de la mujer, la mente se adapta al cuerpo y, vagando por su jaula dorada, sólo busca adorar su prisión.

MARY WOLLSTONECRAFT,*

Vindicación de los derechos de la mujer (1792), pág. 90

Los hombres de nuestra civilización se han desprendido de las galas terrenales para poder saquear el universo más libres de trabas, en busca de tesoros con los cuales poder cubrir a la señora. Se ponen a su servicio nuevas materias primas, nuevos procesos, nueva maquinaria. La señora debe ser, por lo tanto, la gastadora máxima, además del símbolo principal de la capacidad de gastar y del éxito monetario. Mientras su compañero se afana en su fábrica, ella se pasea con andar vacilante por las calles más elegantes y los hoteles más lujosos con la fortuna que él amasa sobre los hombros, el pecho, los dedos y las muñecas, y prosigue ese gasto esencial en su casa, que es su marco y su escenario, disfrutando de la sedosa ociosidad que es la condición necesaria para afirmar el prestigio de su pareja y su capacidad de demostrarlo.¹ Hubo un tiempo en que sólo la dama aristocrática podía aspirar al título de joya de la creación: sólo sus manos eran lo bastante blancas, sus pies lo bastante menudos, su cintura lo bastante estrecha, sus cabellos lo bastante largos y rubios; pero todas las esposas de los burgueses acomodados se lanzaron a imitar a la dama y a seguir la moda, hasta que ésta se vio obligada a engalanarse como una muñeca dorada recubierta de monstruosos rubíes y perlas como huevos de paloma. Ac-

* Todas las citas de Mary Wollstonecraft corresponden a la traducción castellana de su libro: *Vindicación de los derechos de la mujer*. Cátedra, Madrid, 1994 (Isabel Burdiel, ed.). (N. de las T.)

tualmente, la reina de Inglaterra todavía considera parte de su papel de miembro de la realeza lucir tantas joyas familiares como es capaz de llevar simultáneamente en todos los acontecimientos públicos. Los monarcas varones han estado exentos, en cambio, de ese deber de actuar como escaparates, que recae exclusivamente sobre sus esposas.

Al mismo tiempo se convertía en el escaparate de la riqueza y la casta, mientras los hombres se refugiaban tras un relativo anonimato y el lema "por sus obras le conoceréis", la mujer también empezó a ser el emblema central del arte occidental. Para los griegos, la belleza del cuerpo masculino y femenino era de carácter humano y no necesariamente sexual; de hecho, es posible que expresaran una preferencia marginal por la forma masculina joven, como la más potente y de proporciones más perfectas. Tampoco los romanos manifestaron ninguna preferencia por la representación de mujeres en su arte predominantemente monumental. En el Renacimiento, comenzó a predominar la forma femenina, no sólo en calidad de madre en el tema predominante de la *madonna col bambino*, sino como estudio estético en sí misma. Al principio, las formas femeninas desnudas corrieron el albur en escenas de multitudes o en dípticos de Adán y Eva, pero paulatinamente se fue imponiendo el ascendiente de Venus, María Magdalena dejó de ser una mujer arrugada y marchita, y pasó a ser núbil y esplendorosa, comenzaron a aparecer retratos de mujeres jóvenes, escogidas sólo por sus bellos rasgos, a las que progresivamente se despojó de sus ropas y se rebautizó como Flora o Primavera. Los artistas comenzaron a pintar a sus esposas y amantes y a las consortes reales como bellezas voluptuosas, desnudándolas de sus ropas, si eran deseables, pero no de sus joyas. Susana conserva los brazaletes puestos en el baño y Hélène Fourment no se separa, además, de sus pieles.

En poesía, ocurrió igual que en la pintura. Se celebró la belleza de la mujer en términos adecuados para designar las riquezas que se acumulaban a su alrededor: sus cabellos eran hilos de oro; su frente, de marfil; sus labios, rubíes; sus dientes,

hileras de perlas; sus pechos, de alabastro vetado de lapislázuli; sus ojos, negros como el azabache.² Las inevitables comparaciones con la rosa subrayaban la fragilidad de su hermosura y se la instaba a emplear su belleza en el amor antes de que aquélla se marchitara en su tallo.³ Estaba destinada al consumo; otras imágenes se referían a ella como cerezas y crema, labios dulces como la miel y piel blanca como la leche, pechos como crema de leche no cuajada, duros como manzanas.⁴ Algunas celebraciones también suspiraban por sus prendas finas, su batista más transparente que la bruma matutina, sus encajes delicados como tela de araña, las chucherías con las que jugueteaba y los favores que concedía.⁵ Incluso ahora, el protagonista de la novela policíaca describe los trajes elegantes de su refinada dama, sus sombreros atrevidos, sus accesorios y calzado bien conjuntados; las imágenes ya no giran en torno a piedras preciosas y flores, pero el énfasis consumista es el mismo. La secretaria desvaída florece y se transforma en el estereotipo femenino cuando se pinta los labios, se suelta el pelo y se pone alguna prenda con volantes.

Actualmente, no se espera de las mujeres que se presenten con un botín real desplegado sobre el cuerpo, salvo que se trate de Paola de Lieja o Jackie Onassis, e incluso éstas sólo en ocasiones de gala, pero se les exige un estilo caro, a la moda y bien cuidado, y no se las debe ver dos veces con el mismo vestido. Aunque las obligaciones de la minoría sean tal vez menos onerosas, ahora han pasado a ser también el deber de la mayoría. El estereotipo convoca a un ejército de sirvientes. Se la abastece de cosméticos, ropa interior, prendas básicas, medias, pelucas, postizos y peinados, además de sus prendas exteriores, sus joyas y sus pieles. El efecto se debe ir construyendo capa a capa y es costoso. El esplendor ha dado paso a la buena medida, la línea y el corte. Es preciso mantener el espíritu de competencia, mientras un número creciente de mujeres se esfuerzan por acceder al anaquel superior, de manera que la industria de la moda pueda contar con un mercado en expansión. Las mujeres más

pobres fingen, imitan, adoptan las modas con una temporada de retraso, usan efectos bastos, confundiendo la línea, el lustre, el brillo del artículo de alta categoría con un simulacro chillón. El asunto es tan complejo que debe estar en manos de expertos. Las modelos del estereotipo deben ser vestidas, peinadas y maquilladas por expertos y creadores de estilo, aunque a veces se fomenta que den ánimos a las amas de casa, que estudian sus vidas en las revistas del corazón, declarando que toda su vida se han mantenido fieles al cabello natural y al agua y el jabón. Lamentablemente, es más frecuente que esta jactancia tenga un efecto desalentador que lo contrario.

Toda mujer, con tal de que sea joven y agradable, puede acariciar el sueño de ascender rápidamente en el escalafón social y hacer palidecer el brillo del lujo con su mero encanto natural; los escasos ejemplos de esta hazaña se mantienen bien visibles ante la mirada pública. Las mujeres jóvenes, cargadas de esperanza, optimismo y ambición, estudian las últimas formas del estereotipo, definidas en *Vogue*, *Nova*, *Queen* y otras revistas en papel cuché, donde las maniqués aparecen rodeadas de anuncios de fabulosas casas, pieles y joyas. Actualmente, la uniformidad de la moda de cada temporada se ha visto seriamente afectada por la aparición en Gran Bretaña de diseñadoras descaradas que dirigen sus mensajes a las chicas que trabajan y ponen el acento en la variedad, la comodidad y los efectos sencillos y sorprendentes. Ya no existe una única cara del año: hasta Twiggy se ha tenido que retirar al mundo del *marketing* y racionar las apariciones personales, mientras que "la Gamba" trabaja sobre todo en Nueva York. Aun así, el estereotipo sigue reinando supremo. Simplemente se permite una pizca más de variedad.

El estereotipo es el eterno femenino. El objeto sexual que persiguen todos los hombres, y todas las mujeres. No pertenece a ningún sexo, pues ella misma carece de sexo. La única prueba de su valor es la demanda que estimula en otros. Por su parte, sólo debe aportar su existencia. No es necesario que consiga ningún logro, puesto que ella es la recompensa del éxito.

No es necesario que jamás ofrezca pruebas positivas de su carácter moral, ya que su virtud se infiere de su encanto y su pasividad. Si se encontrase a su lado a un hombre que no tiene derecho a ella, no se la castigará, dada su neutralidad moral. Sólo estará en juego un asunto de rivalidad masculina. Inocentemente, puede empujar a los hombres a la locura o a la guerra. Cuantos más problemas consiga causar, más subirá su cotización, pues el valor de su posesión aumenta en proporción a la demanda que suscita. Nadie desca a una chica cuya belleza sea imperceptible para todos salvo para él, y los hombres acogen, por lo tanto, con agrado el estereotipo porque orienta su gusto hacia los ámbitos de valor más comúnmente reconocido, aunque a veces protesten porque algunos aspectos del mismo no concuerdan con sus fetiches. La variedad del estereotipo permite acomodar un mayor número de fetiches. El hombre al que le excitan las piernas puede seguir las minifaldas, el amante de las tetas puede favorecer el uso de blusas transparentes y profundos escotes, si bien el hombre al que le gustan gordas tal vez sea vea obligado a disfrutar de ellas en secreto. Las variaciones del estereotipo están sujetas a estrictas limitaciones, puesto que nada debe interferir con su función de objeto sexual. Puede vestir de cuero, con la condición de que en verdad no sea capaz de conducir una moto; puede vestir de caucho, pero ello no debe indicar que es una experta buceadora o esquiadora acuática. Si viste ropas atléticas, el objetivo es destacar su falta de inclinaciones atléticas. Puede aparecer montada a lomos de un caballo, suave y curvilínea, pero no se la debe ver inclinada sobre su cuello con el trasero levantado.

Fue creada para ser juguete del hombre, su sonajero, y debe cascabelear en su oído cuandoquiera que, desechando la razón, le apetezca divertirse.

MARY WOLLSTONECRAFT,
Vindicación de los derechos de la mujer, 1792, PÁG. 66.

Puesto que es el emblema de la capacidad de gasto y la principal gastadora, también debe ser la vendedora más eficaz de los bienes terrenales. Todas las encuestas realizadas han revelado sin excepción que la imagen de una mujer atractiva es el recurso publicitario más eficaz. Puede aparecer sentada sobre el guardabarros de un coche nuevo o subiendo a él refulgente de joyas; puede aparecer tumbada a los pies de un hombre acariciando sus calcetines nuevos; puede sostener la manguera del depósito de gasolina en una pose provocativa o bailar en cámara lenta a través de los claros del bosque envuelta en todo el esplendor de un nuevo champú; haga lo que haga, su imagen vende. La ginolatría de nuestra civilización es bien visible en su rostro, en las vallas publicitarias, en las pantallas de cine, en la televisión, en los diarios, las revistas, las latas de conservas, los envoltorios, las cajas, las botellas, todos dedicados a la deidad reinante, la fetiche hembra. No se debe suponer que su dominio conlleva el de las mujeres, pues ella no es una mujer. Sus labios brillantes y su piel mate, su mirada desenfocada y sus dedos impecables, su extraordinaria cabellera, flotante y reluciente, ensortijada y resplandeciente, revelan el triunfo inhumano de los cosméticos, la iluminación, el enfoque y la impresión, retoque y composición. Duerme sin que su apariencia se altere, con los labios rojos y jugosos y cerrados, los ojos tan negros y tan vivos que parecen recién pintados y sus pestañas postizas impecablemente rizadas. Incluso cuando se lava la cara con un nuevo jabón de tocador más cremoso, su expresión se mantiene igualmente serena y vacua y su maquillaje tan impecable como siempre. Si alguna vez llega a aparecer alterada y preocupada, unos nuevos polvos de lavar o un nuevo caldo en cubitos aportan el barniz adecuado que recompone milagrosamente sus facciones. En efecto, es una muñeca: una muñeca que llora, hace pucheros o sonríe, que corre o yace reclinada. Es un ídolo, formado por la concatenación de líneas y masas que componen la forma de la impotencia complacida.

Su cualidad esencial es su condición de castrada. Es impe-

El mito de la fortaleza de la mujer negra es la otra cara de la moneda del mito de la rubia guapa y tonta. El hombre blanco convirtió a la mujer blanca en un monstruo delicado, de mente y cuerpo débiles, un objeto sexual, y la colocó sobre un pedestal; convirtió a la mujer negra en una fuerte amazona autosuficiente y la instaló en su cocina ... El hombre blanco se convirtió en el Administrador Omnipotente y se instaló en el Despacho Principal.

ELDRIDGE CLEAVER, «The Allegory of the Black Eunuchs»,
Soul on Ice, 1968, pág. 162

riosamente necesario que sea joven, con el cuerpo sin vello, la carne rebosante de vigor, y *no debe tener ningún órgano sexual*. Ninguna musculatura debe distorsionar la suavidad de líneas de su cuerpo, que puede ser dolorosamente delgado o cálidamente mullido. Su expresión no debe traslucir ningún asomo de sentido del humor, curiosidad o inteligencia, aunque puede denotar altivez hasta un extremo que en realidad resulta absurdo, o ardiente lujuria, muy tenuemente insinuada por una caída de ojos o un mohín de la boca (pues la lujuria del estereotipo equivale a sumisión irracional) o, más habitualmente, vivacidad y felicidad idiota. Es preciso que sea feliz, visto que el mundo se despoja de sus riquezas a favor de esta criatura; toda la estructura se vendría abajo si no lo fuese. Por esto, la imagen de la mujer aparece plantificada sobre todas las superficies imaginables, interminablemente sonriente. Una tarta de manzana evoca una mirada de tierna beatitud, una lavadora causa hilaridad, una caja de bombones baratos suscita conmovedoras expresiones de dichosa gratitud, una coca cola provoca un rictus de inexpresable fulgor, incluso una nueva "tiritita" es acogida con una mueca de satisfacción. Una mujer de verdad se hume-

dece los labios con la lengua, abre la boca y exhibe la dentadura cuando aparecen los fotógrafos; tiene que llegar al estreno de la película de su marido sumida en un paroxismo de satisfacción o podrían poner en duda su éxito. El riesgo profesional de ser una conejita de *Playboy* son unos músculos faciales doloridos a causa de las sonrisas obligatorias.

*La discreción es lo mejor de Valerie,
aunque toda ella es bella,
los labios cálidos como fresas,
los ojos fríos como el hielo;
sólo se conforma
con lo mejor de todo;
las patatas y el budín de arroz
no están hechos para ella.*

ROGER MCGOUGH, «Discretion»

¿Dónde está, entonces, la pega? A lo mejor yo no podría conseguirlo. Puede que no tenga una sonrisa bonita, una buena dentadura, unos pechos atractivos, unas piernas largas, un culito pícaro, una voz sensual. Puede que no sepa cómo manejar a los hombres e incrementar mi valor de mercado, a fin de ir acumulando las recompensas que perciben las mujeres femeninas. O también podría ser que esté harta de la mascarada. Harta de fingir una eterna juventud. Harta de ocultar mi inteligencia, mi voluntad, mi sexo. Harta de contemplar el mundo a través de unas pestañas postizas, de manera que todo lo que veo aparece confundido con una sombra de pelos comprados; harta de lastrear mi cabeza con el peso de una melena muerta, sin poder mover libremente el cuello, aterrada de la lluvia, del viento, de bailar con demasiado vigor, no vaya a ser que el sudor moje mis rizos lacados. Harta del tocador de señoras. Harta de fingir

que las engreídas declaraciones de un macho fatuo son objeto de mi más completa atención, harta de ir al cine y al teatro cuando otra persona lo desea y harta de no tener opiniones propias sobre nada. Harta de ser una travestida. Me niego a ser una imitadora. Soy una mujer, no un eunuco.

¿A qué fin sirve el arreglo del cabello bordado, los senos desnudos; el carmín de las mejillas, los aires seductores, los andares amanerados y las poses estudiadas, los ardidés afeminados y los gestos envolventes, sus rizos y ondas de petulancia proclamada, acentuados y dispuestos de manera tan ejemplar y con tanta autoridad en nuestros días, como una concesión y un aderezo favorecedor?

¿Se está volviendo yermo el mundo debido a la merma de las generaciones y, como la tierra, acabará siendo a partir de ahora menos fértil? ¿Está perdiendo la sangre su calor o se están diluyendo los rayos del sol y ya no tienen el mismo fervor que antes, que los hombres se sientan así inflamados y arrastrados a la lujuria?

ALEX. NICCHOLES,

A Discourse of Marriage and Wiving, 1615, págs. 143-152

April Ashley nació varón. Toda la información aportada por sus genes, cromosomas y órganos sexuales internos y externos indicaban lo mismo. April era un hombre. Pero anhelaba ser mujer. Anhelaba el estereotipo; no poder abrazarlo, sino serlo. Deseaba las telas suaves, las joyas, las pieles, el maquillaje, el amor y la protección de los hombres. Y, por lo tanto, era impotente. No se sentía atraído para nada por las mujeres, aunque tampoco acogía con especial agrado las insinuaciones homosexuales. No se consideraba un perverso, ni tampoco un traves-

tido siquiera, sino una mujer cruelmente metamorfoseada en varón. Intentó morir, empezó a actuar representando papeles de mujer, pero finalmente encontró en Casablanca un médico que le ofreció una alternativa más aceptable. Le castrarían y su pene serviría de revestimiento para una cavidad construida quirúrgicamente, que sería una vagina. Sería estéril, pero eso jamás ha afectado a la atribución de feminidad. April regresó a Inglaterra resplandeciente. Un tratamiento hormonal masivo había eliminado su barba y le había formado un pequeño par de pechos; durante el tiempo que había estado representando papeles de mujer se había dejado crecer el pelo y se había comprado ropas femeninas. Se hizo modelo y comenzó a ilustrar el estereotipo femenino, para lo cual estaba perfectamente cualificado, pues era elegante, voluptuoso, se arreglaba magníficamente y estaba prendado de su propia imagen. Un día infausto, se casó con el heredero de un par del reino, el honorable Arthur Corbett, haciendo realidad el máximo triunfo del sueño femenino, y se fue a vivir con él en una villa de Marbella. El matrimonio jamás se consumó. La incompetencia de April como mujer es la que cabe esperar de un castrado, pero en fin de cuentas tampoco difiere demasiado de la impotencia de las mujeres femeninas, que se someten al sexo sin deseo, sólo por el placer infantil de recibir mimos y afecto, que son su recompensa preferida. Mientras la definición del sexo mujeril siga siendo el estereotipo de la feminidad, April Ashley será una mujer, independientemente de la decisión judicial a la que dio lugar su divorcio. Es tan víctima de la polaridad entre los sexos como todos los demás. La desgraciada, asexual April Ashley es nuestra hermana y nuestro símbolo.

LA ENERGÍA

La energía es la fuerza que mueve a todo ser humano. No se pierde con el esfuerzo, sino que éste la mantiene, pues es una facultad de la psique. Las cortapisas y controles la conducen a manifestaciones perversas. Igual que la fuerza motriz que impulsa el coche por la carretera, se transforma en una fuerza destructiva cuando topa con un obstáculo y hace añicos la fuente que la origina. No resulta difícil hacerle ver a un ser humano medianamente perspicaz que las mujeres poseen abundante energía de tipo destructivo, pero son muchas menos las personas que comprenden que su destructividad es creatividad que la frustración constante ha vuelto contra sí misma. Afecciones nerviosas, dolores menstruales, embarazos no deseados, accidentes de todo tipo; son pruebas de que la energía de las mujeres las está destruyendo. Sus efectos se extienden más allá de ellas y causan estragos en las personalidades y logros de otras personas, especialmente sus maridos y sus hijas e hijos. Lo cual no significa que las mujeres detesten forzosamente a todos sus familiares, sino que si los hijos se les presentan como un deber y el matrimonio como un yugo ineludible, cuanto mayor sea su energía, más impacientes e irritables estarán, y se ensañarán consigo mismas y con quienes dependen de ellas. Cuando a las mujeres se les presenta falsamente a los hijos como su única aportación significativa, la expresión adecuada de su creatividad y la obra de su vida, las criaturas y sus madres sufren las consecuencias.

Los humores animales puros que hacen que la mente y el cuerpo se disparen y desarrollen los brotes tiernos de esperanza se vuelven agrios y se dan rienda suelta en deseos vanos o quejas vivaces que contraen las facultades y malogran el carácter; también llegan al cerebro y al agudizar el entendimiento antes de que gane una fortaleza proporcionada, producen esa astucia lastimosa que vergonzosamente caracteriza a la mente femenina, y que me temo que siempre la caracterizará mientras las mujeres sigan siendo esclavas del poder.

MARY WOLLSTONECRAFT,
Vindicación de los derechos de la mujer (1792), pág. 378

Aunque muchas personas comprenderán que esta descripción de la perversión de la energía femenina es acertada, no les resultará tan fácil comprender que la solución no está en ofrecer a las mujeres adultas otras alternativas además del hogar y los hijos, y todo eso. La mujer adulta ya tiene un patrón de perversidad establecido en cuanto a la expresión de sus deseos y motivaciones, que debería hacerla apta para la versión distorsionada de la maternidad; éste no desaparecerá si se le ofrecen alternativas. Es probable que persiga cualquier finalidad sustitutiva de un modo "femenino", o sea, servil, deshonesto, ineficaz, inconsecuente. En la mayor parte de los casos, no se ofrecen a las mujeres auténticas alternativas a sus deberes y responsabilidades represivos; la mayoría renunciaría encantada al trabajo no cualificado en una fábrica o al tedio del trabajo de oficina a cambio del tedio más "natural" de un hogar moderno, pues las formas habituales de trabajo femenino coartan tanto sus energías que imaginan que hasta el trabajo doméstico debe ser una alternativa preferible. Aquellas a quienes se brinda una educación se encuentran ante una auténtica alternativa, siempre que

lo que se les ofrezca sea una verdadera educación, que es un artículo escaso en estos tiempos de reclutamiento universal. Y aun así, cuando se les ofreció una educación, al principio el resultado no fue la creación de una raza instantánea de supermujeres.

... sólo somos felices mientras nuestra vida se expande en círculos cada vez más amplios a partir del torrente ascendente de nuestros primeros impulsos...

HERBERT READ,
Annals of Innocence and Experience, 1940, pág. 55

Veamos la siguiente descripción de la época de las primeras estudiantes universitarias, en la que el profesorado universitario podrá identificar un fenómeno familiar:

En las clases, las alumnas son un modelo de atención y diligencia; a veces se esfuerzan demasiado por llevarse a casa en negro sobre blanco lo que han oído. Suelen ocupar los asientos de las primeras filas porque se matriculan pronto, y luego llegan temprano, mucho antes de que comiencen las clases. Sólo llama la atención que a menudo apenas dan una mirada superficial a los materiales que reparte el profesor; a veces los pasan a sus vecinos sin mirarlos siquiera; un examen más prolongado obstaculizaría su labor de tomar notas.¹

Lo que captó este observador más bien cargado de prejuicios es bastante real: las jóvenes eran diligentes, demasiado diligentes incluso, pero aplicaban sus esfuerzos a objetivos equivocados. Estaban deseosas de agradar, de captar todo lo que les decían, pero los materiales que repartía el profesor eran el verdadero tema de la clase, y por éstos no se interesaban lo más

mínimo. Toda su energía estaba dedicada a cumplir las exigencias disciplinarias y de otro tipo, no a satisfacer su propia curiosidad sobre los temas que estaban estudiando, y por lo tanto se canalizaba en la dirección equivocada y se desperdiciaba en una diligencia sin sentido. Este fenómeno sigue siendo muy corriente entre las alumnas, que ahora constituyen una gran proporción del alumnado de letras de las universidades y, por consiguiente, también predominan en la profesión docente. Se trata claramente de un proceso de rendimiento decreciente: las serviles inducen servilismo para enseñar a ser serviles, en un ámbito en el que se tendría que estar abordando continuamente lo desconocido con todas las facultades humanas; la educación no puede ser y nunca ha sido una cuestión de obediencia. No es de extrañar, por lo tanto, que las mujeres raras veces constituyan la vanguardia científica y más bien actúen como auxiliares de laboratorio de los hombres y trabajen bajo su dirección: es una simple continuación del fenómeno observado en sus tiempos de estudiantes. Cuando les llega el momento de solicitar el ingreso en una universidad, el patrón de desviación inútil de la energía ya está establecido. En la inmensa mayoría de los casos, no han conservado suficiente empuje para desear formarse más; la minoría que va a la universidad a menudo lo hace respondiendo a las recomendaciones y presiones de sus profesoras, sin saber aún cuál es el objeto, sin tener aún un interés en desarrollar su potencial, como máximo con la esperanza de obtener un título con buenos resultados y una cualificación que les permita incorporarse a la profesión de cieniente de la enseñanza. El grado de satisfacción que alcanzan las mujeres mientras siguen este patrón es muy escaso; no debe sorprender que muchas de ellas consideren incluso su vida profesional, bien como una medida provisional, bien como una cualificación indirecta para el matrimonio.

Todas las objeciones generalizadas contra la participación de las mujeres en las profesiones se pueden interpretar como maneras de expresar esta situación de fondo. Parecen ser opi-

niones nacidas del prejuicio y es preciso reconocer que lo son, en la medida en que el único motivo que aducen es el sexo. Sin embargo, las feministas no conseguirán identificar el problema y, por lo tanto, resolverlo, a menos que admitan que los fenómenos que describen quienes critican la actuación de las mujeres en la industria, los despachos, las aulas, los sindicatos, las artes y las ciencias son reales. Es cierto que se han ofrecido a las mujeres oportunidades que rebasan con creces sus deseos de hacer uso de ellas. También es cierto que las mujeres que aprovechan las oportunidades con demasiada frecuencia lo hacen de un modo femenino, filial, servil. Es preciso comprender que no bastará con animar a las mujeres a ejercer una iniciativa que no poseen, igual que resulta inútil vilipendiarlas por no tenerla. Tenemos que procurar comprender por qué la energía de las mujeres se desvía de manera sistemática desde que nacen hasta la adolescencia, de tal modo que cuando alcanzan la madurez sólo disponen de recursos y creatividad esporádicos.

La intensidad y la naturaleza esencial de la sexualidad de cualquier ser humano alcanza hasta la cumbre más alta de su espíritu.

NIETZSCHE

Al hablar de energía he tenido que emplear términos como recursos, aplicación, iniciativa, ambición, deseo, motivación; palabras que tienen una resonancia masculina porque transmiten significados marginales que son incompatibles con la feminidad. A menudo se supone erróneamente, incluso entre feministas, que la sexualidad es enemiga de la mujer que verdaderamente desee desarrollar esos aspectos de su personalidad, y éste es quizá el aspecto más engañoso de movimientos como la National Organization of Women. Lo que debilitó el deseo de la estudiante

estadounidense de sacar partido de su educación no fue la insistencia en su sexo, sino la insistencia en el desempeño de un *papel sexual pasivo*. La negación de la sexualidad de las mujeres para sustituirla por la feminidad o la asexuación es, de hecho, el principal instrumento de la desviación y perversión de la energía mujeril. En efecto, cualquiera que sea la teoría de la energía de la personalidad que sigamos, ésta es inseparable de la sexualidad. McDougall lo llamó impulso vital; Jung y Reich, libido; Janet, tensión; Head, vigilancia; Flügel, energía oréctica.² Todas las expresiones indican lo mismo. Uno de los errores de la teoría tradicional es que presupone la existencia de una especie de sistema capitalista de la energía, como si ésta fuese una sustancia que debemos invertir sabiamente y no gastar de golpe.³ De hecho, como deberíamos saber a partir del concepto de energía que hemos recibido de la física, ésta no se puede perder, sino sólo transformar o desviar. Freud observó que la represión emplea una energía que en otro caso se podría expresar en forma de acción creativa: lo que le ocurre a la mujer es que la negación de su sexualidad desvía su energía hacia un sistema de represión continua y con el tiempo irreversible. Las alumnas dedicaban tanta energía a tomar notas y a llegar temprano y estar atentas a sus profesores, como la que sus compañeros dedicaban a explorar la materia; en el laboratorio la malgastaban dejando caer las cosas y planteando preguntas necias, haciendo aspavientos y cometiendo torpezas. La energía masculina también está moldeada y deformada, pero de un modo distinto, que la convierte en agresión y competitividad. El destino de la mujer es quedar deformada y debilitada por la acción destructiva de la energía sobre su persona, porque está privada de objetivos y de contactos con la realidad externa en los que poder emplearse.

Los actos relacionados con el sexo son en sí mismos formas de indagación, como deja patente el antiguo eufemismo "conocimiento carnal"; es exactamente el elemento de búsqueda de su sexualidad lo que se le enseña a negar a la mujer. Se le enseña a negarlo desde la primera infancia en adelante, no sólo en

sus contactos sexuales, sino en todos sus contactos (pues, de algún modo subliminal, la conexión queda clara), de manera que cuando adquiere conciencia de su sexo, la fuerza de la inercia del patrón es suficiente para que éste prevalezca sobre nuevas formas de deseo y de curiosidad. Ésta es la condición que designa el término *mujer eunuco*. En la teoría psicológica tradicional, que en definitiva no es más que otra forma de describir y racionalizar el statu quo, la desexualización de la mujer queda de manifiesto en la teoría freudiana sobre el sexo femenino como carente de órgano sexual. Es posible que Freud no pretendiera que sus formulaciones se interpretasen como postulados del derecho natural, sino tan sólo como descripciones coherentes de unos hechos contingentes en una terminología nueva y valiosamente reveladora; no obstante declaró:

... y si fuera posible atribuir un contenido más preciso a los conceptos "masculino" y "femenino", se podría también sentar la afirmación de que la libido es regularmente de naturaleza masculina, aparezca en el hombre o en la mujer e independientemente de su objeto, sea éste el hombre o la mujer.⁴

Si nos proponemos insistir en la contingencia de las características femeninas como producto del condicionamiento, tendremos que argumentar que la polaridad masculino-femenino es ciertamente muy real, pero no necesaria. Tendremos que rechazar la polaridad entre términos definidos, que siempre son artificiales, y luchar por la libertad de movernos en el marco de unos términos indefinidos. Por esto podemos y de hecho debemos rechazar la feminidad como equivalente a *sin libido* y, por lo tanto, incompleta, subhumana, una reducción cultural de las posibilidades humanas, y recurrir al término indefinido "hembra" que conserva la posibilidad de una libido mujeril. Para comprender cómo se castra a una hembra y se la convierte en una mujer femenina, tendremos que considerar las presiones a las que está sujeta desde la cuna.

EL BEBÉ

Un bebé posee unas capacidades notables al nacer; puede mantenerse erguido, mover la cabeza de un lado a otro, los dedos de sus pies son prensiles y sus manos pueden asir con bastante fuerza. Al cabo de pocas horas, estas capacidades comienzan a fallar y la criatura tiene que volver a aprender trabajosamente las habilidades que originariamente poseía. En la actualidad, no fajamos a los bebés para transformarlos en rígidos cilindros que mamá puede manejar como le plazca, pero seguimos tratando aún al recién nacido como un cruce entre un muñeco y un inválido. La enfermera controla rápidamente sus esfuerzos iniciales por moverse, aplicándole sobre la nuca y el trasero la garrra de hierro que lo mantendrá inmóvil. Aunque no le fajen, le acuestan y le tapan con las ropas de cama bien ajustadas. En cierto modo se sabe que este proceso no es demasiado bueno para la criatura, pues a los bebés prematuros y débiles no se les somete a él. De hecho, es la manera más barata y más sencilla de evitar la pérdida de calor; podría ser útil preguntarnos cómo han influido en la formación de la psique de la criatura las cunas con humidificador y los calefactores de infrarrojos que se utilizan en los casos especiales y cómo reacciona luego el bebé a la posterior inmovilización que tendrá lugar en cuanto sea lo bastante robusto.

*La energía es la única vida y pertenece al cuerpo ...
La energía es deleite eterno.*

BLAKE

En el conjunto del reino animal, toda criatura joven requiere un ejercicio casi continuo, y de acuerdo con esta indicación, la infancia de los niños debe pasarse en retozos inocuos que ejerciten pies y manos, sin requerir a cada minuto la dirección de la cabeza o la atención constante de una niñera ... No se deja al niño un momento a su propia dirección –en particular si es una niña– y de este modo se los hace dependientes. Se llama natural la dependencia.

MARY WOLLSTONECRAFT,

Vindicación de los derechos de la mujer (1792), págs. 160-161

¡Mi madre gimió! Mi padre lloró;
me lancé a este mundo peligroso:
desvalido, desnudo, chillando ruidosamente,
como un diablo escondido en una nube.

Forcejeando entre las manos de mi padre,
luchando contra mis pañales,
atado y cansado pensé que era mejor
enfurrúñarme sobre el pecho de mi madre.¹

La energía nos parece diabólica porque toda nuestra cultura está empeñada en controlarla con finalidades ulteriores: es preciso civilizar al niño; lo cual en realidad significa que hay que sofocarle. Desde el principio se le disuade de que canturree y

ejercite sus pulmones en cualquier momento o lugar en los que pueda interferir con el desarrollo de las relaciones entre adultos. El bebé recién llegado tiene una curiosidad enorme y una facultad equivalente para absorber información, pero las emplea todas en ambientes contruidos especialmente, con sonidos apagados, colores insípidos y la figura enorme, dominante de la madre. La intensa concentración del bebé en un solo ser humano, cuya familiaridad se le vuelve poco a poco indispensable, es un factor necesario para el desarrollo del carácter que se considera normal en nuestra sociedad. Los prejuicios contra la sustitución de la madre omnipotente por cualquier otra persona, o por varias, son en verdad muy fuertes. Aunque las investigaciones del doctor Jaroslav Koch, de Praga, que ha mantenido a bebés en un ambiente especial de libertad, con el resultado de que a los ocho meses son capaces de subir escaleras, demostrasen sin lugar a dudas que la adquisición de todas las facultades por parte de la criatura se retrasa diez o hasta un centenar de veces debido al papel que está obligada a cumplir como producto de la madre, su juguete y su realización, una cultura que insiste en la dominación materna como requisito indispensable para la formación del carácter ignoraría sus conclusiones.² Es preciso apartar la atención de la criatura de la realidad exterior para dirigirla hacia una relación introvertida de explotación mutua que configurará el patrón de sus compulsiones futuras. Cada matrimonio reproduce la situación edípica: si las criaturas crecieran ignorando por completo la simbiosis materno-infantil, podrían ser promiscuas o no, pero no exhibirían en sus relaciones el tipo de comportamiento obsesivo que sugiere la idea de seguridad y permanencia.

«No tengo nombre.
Sólo tengo dos días.»
¿Cómo te llamaré?
«Soy feliz,
Alegría es mi nombre.»³

El recién nacido no es consciente de ninguna distinción entre él y todo lo que ve. Adquiere conciencia de su ego por primera vez cuando algún deseo suyo no se ve satisfecho y descubre la diferencia que le separa de su madre a través de la frustración y la confusión.⁴ Por consiguiente, el primer acto del ego es rechazar la realidad y adoptar una actitud mimética y ansiosa frente a ella. Nuestra cultura alienta cuidadosamente este sentido de separación y limitación internas que se convierten en la base de nuestra moralidad egotista, que no actúa a partir de la comprensión y percepción de las repercusiones de la acción sobre la comunidad, dada la continuidad entre sí mismo y los demás, sino en virtud de normas y restricciones autoimpuestas de manera narcisista. Hay que programar el monitor interno de la criatura, su conciencia, que sería más adecuado llamar su ansiedad y su culpa. Este proceso puede fracasar o torcerse muy pronto. El autismo y otras alteraciones aparecen a una edad muy temprana y se utilizan como un criterio para el rechazo y la segregación de los niños afectados de las camadas que aceptan su condicionamiento sin dificultad. Diríase que la alta incidencia de estos problemas en los niños dotados parece indicar una correlación entre la fortaleza de la energía de la criatura y los efectos del control sobre la misma; en efecto, el mero hecho de que estas criaturas puedan dar muestras de alguna aptitud ya es digno de atención. A las criaturas perturbadas se las solía adiestrar y disciplinar y se las mantenía simplemente recluidas en instituciones especiales, donde su falta de adaptación se trataba como una condición patológica congénita. Fue necesaria la intervención de una mujer muy dotada y valerosa que entró en esos asilos y comenzó a invertir los procesos de condicionamiento con objeto de que esos niños pudieran volver a empezar y seguir una ruta menos desastrosa.

Los métodos de Montessori obtuvieron resultados tan evidentes que se han convertido en la base de la mayor parte de la educación de párvulos en Inglaterra y en Europa, pero no se ha comprendido el significado de sus percepciones como una crí-

tica de la educación a la que se somete a los niños fuera de la escuela y durante los cruciales años previos. Como resultado, la enseñanza primaria está tan adelantada con respecto a las demás formas de educación en este país, que están surgiendo nuevas crisis en la relación entre la escuela y el hogar, y entre la escuela primaria y los niveles superiores de la enseñanza. Con la apertura de las aulas para permitir que los niños retrasados las dirigiesen, Montessori creó una situación forzosamente única. En Inglaterra hay maestras intrépidas que deambulan entre clases indisciplinadas, escuchando a los niños cuando éstos se levantan para comunicar al grupo los resultados de su indagación personal, pero la mayoría están demasiado nerviosas para aventurarse a fomentar un desorden fructífero, la mayoría de las clases son demasiado numerosas para tolerar esos métodos y la mayoría de escuelas carecen de dinero para comprar los libros y otros recursos necesarios para ese tipo de estudio. Incluso en el nivel universitario, hasta el momento me ha resultado imposible organizar un laboratorio de investigación que represente un esfuerzo cooperativo análogamente espontáneo. Montessori cuenta anécdotas conmovedoras sobre el respeto colectivo que manifestaron las criaturas ante un visitante de la realeza y sobre un niño que, cuando le hablaron de un terremoto ocurrido en el sur de Italia, escribió en una pizarra: «Soy muy pequeño, lo siento», lo cual la indujo a suponer que se negaba a aceptar lo que acababa de oír, hasta que añadió la cláusula adicional que explicaba que hubiese deseado ayudar, y de ese modo escribió su primera frase compuesta. Sus niños progresaban hasta superar los resultados habituales de sus grupos de edad, pero imagino que si se hubiesen realizado estudios de seguimiento de sus problemas para adaptarse a un mundo donde la espontaneidad y la cooperación de nada sirven, el panorama tal vez habría resultado más deprimente. El supuesto básico de Montessori es simple, pero radical:

Un solo hecho está en el origen de todas las desviaciones, a saber, que se ha impedido seguir al niño la pauta original de su desarrollo en la edad de formación, cuando sus energías potenciales deberían evolucionar a través de un proceso de encarnación ... y soldar así la personalidad que actúa para formar una unidad. Si no se consigue esta unidad, debido a la sustitución del niño por el adulto o a una falta de motivación para la actividad en su medio ambiente, ocurren dos cosas: la energía psíquica y los movimientos se ven obligados a desarrollarse por separado y el resultado es un "hombre dividido". Puesto que en la naturaleza nada se crea y nada se destruye, y esto es particularmente cierto en el caso de las energías, éstas se desvían al tener que operar fuera del ámbito que les ha asignado la naturaleza ... Se desvían sobre todo porque han perdido su objeto y operan en medio del vacío, la vaguedad y el caos. La mente que debería haberse ido construyendo a través de las experiencias de movimiento *se refugia* en la fantasía.⁵

Los niños no iban en busca de las cosas que se suponía que deberían de gustarles como, por ejemplo, los juguetes; tampoco les interesaban los cuentos de hadas. Sobre todo intentaban independizarse de los adultos en todas las acciones que podían llevar a cabo por su cuenta, manifestando claramente el deseo de no recibir ayuda, salvo en casos de absoluta necesidad. Y se les veía tranquilos, absortos y concentrados en su trabajo, mientras iban adquiriendo una calma y una serenidad asombrosas.

MARIA MONTESSORI,
Il bambino in famiglia, 1956, pág. 36

Nuestra cultura aprueba esta huida para refugiarse en la fantasía porque forma parte de la limitación del desarrollo personal que llamamos civilización. Aunque se deploran algunos de sus aspectos, como el fetichismo y las prácticas masturbatorias, en general se considera como un fenómeno concomitante, necesario y hasta agradable de la represión. Se han construido teorías del arte completas a partir del supuesto de que la función que le corresponde es la de ofrecer un cauce de expresión inocuo, a través de la fantasía, a tendencias que de lo contrario habrían sido destructivas o antisociales.

Hasta aquí no hemos aducido nada sobre la represión de la energía psíquica en la infancia que sea más aplicable a las niñas que a los niños, pues a ambos se les trata de igual modo hasta una determinada edad. La discriminación comienza, no obstante, bastante pronto, a pesar de la firme resistencia de los educadores británicos a diferenciar entre niños y niñas en su escolarización primaria. A algunas niñas todavía se las viste de rosa en vez de azul, se les ponen frágiles vestidos con volantes y se las castiga cuando los desgarran o los manchan. A algunas les rizan el pelo y les ponen lazos, y les dicen que están muy guapas y son la nenita de papá, etc. Incluso en el caso de las niñas que llevan mono y el pelo sin florituras ni cosméticos infantiles, comienza a funcionar bastante pronto un sistema de recompensas y estímulos. Nadie desea que su criatura crezca sin saber de qué sexo es y, a falta de cualquier otra idea sobre la sexualidad mujeril, desde el principio se inculcan casi imperceptiblemente los modos de la feminidad. La pequeña aprende muy pronto a ser coqueta y seductora y a camelarse a papá.⁶ Los niños que descubren las ventajas de la coquetería acaban viéndose obligados a abandonarla bruscamente cuando les cortan los rizos de bebé, mientras que aquélla se elogia, en cambio, en la niña, a quien se anima a sacar partido de su encanto. No se le enseña directamente cómo hacerlo, lo aprende ella sola a través de la experiencia. Es curioso que mientras se levantan voces de protesta contra la destrucción de la inocencia

como resultado de la exhibición de películas sobre la sexualidad en la enseñanza secundaria, no se escuche ninguna exclamación contra el horror de ser objeto del flirteo de una criatura de tres años.

A los niños acaba llegándoles, más pronto o más tarde, un momento en el que el cordón umbilical finalmente se rompe y la relación con la madre se vuelve más distante. Cuando esto no sucede, como ocurre en los matriarcados fuertes como la familia judía, el resultado es el que Philip Roth lamentaba en *El lamento de Portnoy*:

Mamá, mamá, ¿en qué querías convertirme en cualquier caso, en un zombi ambulante como Ronald Nimkin? ¿De dónde sacaste la idea de que lo más maravilloso que podía hacer en la vida era ser *obediente*? ¿*Un pequeño caballero*? ¿De todas las aspiraciones posibles para una criatura con apetitos y deseos! «Alex —me dices a la salida de la cena de Weequahic y, no me interpretes mal, yo lo acepto: un elogio es un elogio, y lo acepto comoquiera que me llegue—. ¡Alex —me dices, allí vestido de punta en blanco con mi corbata con clip y mi chaqueta deportiva de dos tonos—, cómo cortaste la carne! ¡Cómo te comiste la patata asada sin derramar nada! Te habría dado un beso, jamás he visto un caballero como tú, con la servilleta sobre sus rodillitas de ese modo.» Un *tarado*, madre. Un *tarado*, eso fue lo que viste, y exactamente lo que el programa de adiestramiento está destinado a producir. ¡Naturalmente! ¡Naturalmente! El misterio no es que no esté muerto como Ronald Nimkin, sino que no sea como todos esos jóvenes tan correctos que veo pasear cogidos de la mano por Bloomingdale's los sábados por la mañana.⁷

Lo que le ocurre al niño judío que no consigue escapar jamás de la tiranía de su madre es exactamente lo mismo que les ocurre a todas las niñas con una crianza "normal". Son mujeres afeminadas. Como los hombres afeminados, viven pendientes

de las listas de invitados y la salsa bearnesa, excepto cuando, en virtud del divino derecho materno, ejercen sobre los apetitos y deseos de sus hijas e hijos el mismo proceso que destruyó los suyos.

Los niños pueden apartarse de su madre, llega un momento en que desean hacerlo y se les anima a ello. A las niñas no. Es un hecho aceptado que "las niñas requieren más atención que los niños", lo que en realidad significa que hay que supervisarlas y reprimirlas con mayor insistencia si se quiere lograr el resultado deseado.⁸ Una niña aprende pronto su papel servil, cuando su madre le enseña a hacer las tareas domésticas (*mirabile dictu!*) y los castigos que recibe cuando se marcha a dar un paseo por su cuenta refuerzan su distanciamiento de la realidad externa. Mientras los niños comienzan a formar grupos y pandillas para explorar el barrio o aterrorizarlo⁹, ella permanece aislada en su casa, escuchando relatos sobre desconocidos con malas intenciones. Su encarcelamiento relativo se justifica en nombre de la protección, a pesar de que el hogar es el lugar más peligroso que existe. Se le enseña a temer al mundo en general y a desconfiar de él por unas razones que nunca se expresan con claridad. Esta advertencia previa resulta notoriamente poco eficaz como medida preventiva. Los deseos sexuales no están tan faltos de recursos como para no ser capaces de atacar a las niñas cuando salen a hacer los recados y recorridos aprobados por la madre. Cuando una niña que había perdido el autobús telefoneó a su madre desde la parada una tarde y se gastó en la llamada el dinero para el billete del coche siguiente, la madre le dijo que regresase andando a casa porque ella no tenía el coche. La niña se puso en camino llorando aterrada y fue abordada por un desconocido sonriente que la raptó, la violó y la estranguló. El resultado más frecuente del sistema de advertencias siniestras es que cuando las niñas se encuentran con un exhibicionista o se paran a hablar con un desconocido que les hace algo raro están demasiado asustadas y se sienten demasiado culpables, además de estar tan preocupadas por el efecto

que ello causará en sus padres que ni siquiera se atreven a contrársele. Un factor coadyuvante en el patrón de las violaciones infantiles es el hecho de que las niñas se consideren víctimas y ni siquiera sean capaces de reunir las energías necesarias para gritar o escapar. Puesto que se les impide comprender la amenaza, carecen de medios de defensa adecuados. La ironía más amarga es que los violadores de menores también son producto del mismo burdo condicionamiento.

Mientras los niños adquieren conocimientos sobre los grupos y las organizaciones, así como sobre las características del mundo más allá de su hogar, las niñas permanecen en casa, sin alborotar, jugando a las muñecas y soñando, o ayudando a mamá. En la escuela, emplean su energía en contenerse, en ser buenas y estarse quietas, y recordar lo que están escuchando y haciendo. En casa, ejecutan rituales físicos sin sentido, que no llevan asociada ninguna actividad mental. Como resultado, lo sensual y lo intelectual todavía están más separados en ellas que en sus hermanos. Si la parte sensual mantiene su dominio, prefieren trabajar con sus manos, cocinando, cosiendo, tejiendo, siempre siguiendo un modelo diseñado por otros. Los diseñadores, los maestros de cocina y los sastres son hombres. Cuando las mujeres se convierten en "intelectuales" pierden el dominio de sus cuerpos, reprimidos, intensos, ineficaces, tan serviles como siempre. Algunas genios han roto la reacción en cadena y han comprendido de qué se trataba, pero la mayor parte de las mujeres creativas llevan la marca de la inutilidad y la confusión incluso en sus mejores obras. Virginia Woolf vislumbró una parte del camino, pero con un coste demasiado alto; George Eliot fue una de las pocas que se zafaron sin miramientos de su camisa de fuerza. La diferencia puede haber sido una cuestión de energía de la psique, o de inteligencia, o simplemente que Eliot era poco agraciada y Virginia era grácil y adorable. Comoquiera que fuere, los cimientos del conflicto se habían asentado en su primera infancia.

LA NIÑA

No haría justicia a las niñas si diese a entender que aceptan toda su inculturación sin dar batalla. La pesada insistencia de la presión materna para que sean pulcras y taimadas a menudo topa con un grado de resistencia equivalente. Cuando empieza a crecer, la chica se puede negar a mantener ordenado su cuarto, puede empeñarse en tontear con cosas de chicos, incluso hasta el extremo de unirse a un grupo varonil y luchar por mantener su lugar en él mostrándose dos veces más dura que cualquiera de los chicos. Puede perder todos los pañuelos y cintas para el pelo, desgarrarse las braguitas trepando a los árboles, y decir palabrotas y fanfarronear como el más pintado. Esto se describe con paternalismo como una "edad difícil", pero es posible encontrar pruebas de que este tipo de resistencia puede persistir durante años y años, hasta que la pubertad le da el golpe de gracia definitivo. El "chicazo" como se designa peyorativamente a la enérgica rebelde puede tener cualquier edad comprendida entre los cinco y los quince años; puede que no siempre se comporte como un chico, bien porque disfruta con los mimos que reciben las niñas pulcras y bonitas, bien porque ha caído en la cuenta de que resulta ventajoso actuar de la manera aceptada, o bien porque simplemente se ve privada de la oportunidad o el incentivo para descubrir cuán vigorosa podría llegar a ser. Las niñas que reciben regalos de bonitas fruslerías y mimos y halagos suelen ser, en general, las que más pronto

sucumben frente a los fabricantes de muñecas. El patrón de recompensas se mantiene: primero pueden ser golosinas y vestidos para las muñecas, luego vestidos y zapatos, e incluso alguna permanente y teñido de las pestañas, y más tarde, bonitas ropas para lucir los fines de semana, para salir, ir al cine y cosas por el estilo.

... una niña a quien no se le haya apagado el espíritu por la inactividad o se le haya teñido la inocencia con la falsa vergüenza siempre será traviesa ...

MARY WOLLSTONECRAFT,
Vindicación de los derechos de la mujer (1792), pág. 163

Sin embargo, incluso la niña que cede frente a las presiones aplicadas por su madre y el resto de feminizadores está sujeta a influencias enfrentadas. En el colegio se censuran severamente sus pretensiones de lucir joyas y usar cosméticos. Se le exige que realice algún tipo de ejercicio físico durante un período semanal fijo, a pesar de las notas de mamá en las que alega todo tipo de debilidades e indisposiciones. Se le asignan responsabilidades, se la obliga a participar en esfuerzos colectivos, actividades que, si su feminización avanza a buen ritmo, la atraen todas poquísimo. Preferiría quedarse en un rincón del patio compartiendo chismorreos y risitas con sus confidentes en vez de jugar al *softball*, aunque éste sea una forma feminizada del deporte masculino del béisbol. No le gusta sudar y ensuciarse. Sus profesores lamentan su creciente embotamiento, aunque alaben sus modales y su pulcritud, e incluso puede ser objeto del desdén de sus compañeras de curso más “masculinas”, o sea, activas. Pueden insultarla tachándola de cobardica, pelma, mimada de la maestra, pelotillera, niña fifi o acusica.

Pero si la preciosura de mamá tiene problemas en el cole-

pio, las que participan activamente y descollan en la comunidad escolar tienen dificultades en casa. Fuera del colegio no encuentran las posibilidades de desarrollar una actividad colectiva y el espíritu aventurero que aquél ofrece. Las tareas domésticas les resultan intolerables y los conflictos familiares pueden ser fuente de intensa ansiedad, hasta el extremo de que muchos profesores ven regresar a una alumna de las vacaciones transformada hasta el extremo de resultar irreconocible, sobre todo como resultado del desgaste por fricción causado por su adiestramiento doméstico. A medida que se va haciendo mayor, ve cada vez más coartadas sus actividades; algunos ejercicios inocentes quedan prohibidos porque ya es "demasiado mayor para esas cosas". A veces se siente catapultada hacia algún tipo de feminidad vergonzosa y se resiste con desespero, hasta el extremo de la regresión a conductas infantiles y destructivas. Se puede volver inexplicablemente huraña o torpe mucho antes de que la proximidad de la pubertad haga explicables esos cambios. De hecho, muchas de las transformaciones que se consideran inextricablemente vinculadas a la pubertad están relacionadas con los últimos esfuerzos de la niña para conservar su energía. La escuela primaria la ha educado como persona, sin hacer ninguna distinción entre niño y niña. Es de esperar que el conflicto surja cuando pase a la enseñanza secundaria básica y se encuentre con que, como resultado de la capitulación frente a las objeciones femeninas contra la imposición del modelo educativo masculino a las chicas, se le ofrecen las nada envidiables alternativas de estudiar corte y confección, ciencia doméstica, etc. La amarga ironía de su incorporación a una educación inscrita en un patrón de contornos masculinos tiene como contrapunto la inclusión de esas ridículas materias en su régimen de estudios. Sentada en su absurda versión del uniforme masculino preparando bizcochos con los dedos manchados de tinta, ciertamente debe sentirse como el chivo expiatorio de la civilización.

Las niñas a veces quisieran ser niños – Lo que un hombre hace se ve – Su trabajo es magnífico – ¿Qué hay más grandioso que el trabajo de un hombre? El hombre – ¿Quién hizo al hombre? – Lo hizo la educación que le dio su madre – La madre de Abraham Lincoln – La gran responsabilidad de formar a un futuro presidente – Nadie puede predecir hasta dónde será capaz de llegar un niño cualquiera – No existe trabajo más grandioso que educar a un niño – La esposa tal vez piense que el trabajo del marido es más importante que el suyo – Su trabajo es monótono y cansado – También lo son los negocios – El trabajo de las mujeres no es inferior al de un hombre – Qué dice Ruskin sobre la esposa – El éxito del hombre depende de la mujer – Su salud depende de la comida que cocina su esposa – El destino de una nación puede depender de un buen almuerzo – Si los hombres y las mujeres se dedicasen a los negocios, la vida perdería gran parte de su resplandor – La mujer forja la vida social – La vida moral – Hace pensar al hombre – Valores de la educación doméstica – Los modales en la mesa de Daniel Webster – La mujer embellece la vida del hombre – El adorno es bello – La belleza de la limpieza – Sobre la sonrisa – Sobre la amabilidad.

Resumen de Mary Wood-Allen, *What a Young Girl Ought to Know*, 1928 (cita textual)

La niña prepúber, por lerda y desorientada que pueda parecerle al observador desilusionado, es una criatura apasionada. Los conflictos que sufre a diario y cada hora absorben gran parte de su energía, pero aún le queda una reserva suficiente para entusiasmarse con los relatos de hazañas y aventuras e identificarse con sus protagonistas, de uno u otro sexo, tanto

da. Su sexualidad tiene un papel fundamental en esas respuestas, como lo tiene en sus prácticas genitales reales. En la escuela primaria se puede observar este interés entusiasta bajo una forma franca e inocente, bastante sensual a veces. Recuerdo los cariñosos besos que me prodigaron durante una visita a una escuela de Manchester una horda de pequeñajos, que me echaron los brazos al cuello y se arrebujaron bajo mi abrigo de piel, mientras me abrumaban con sus preguntas y regalos, todo mezclado. Los cursos de once y doce años a los que enseñaba en Australia eran capaces de generar una extraordinaria intensidad, que se expresaba de muchas maneras curiosas, a veces en forma de enamoramientos y arrebatado idealismo, en ocasiones a través de peculiares experimentos trasladados a su propia comunidad del patio de recreo. A veces eran capaces de lograr maravillas de cooperación organizada para presentar sus pequeñas actuaciones y proyectos, o de idear maneras de celebrar un cumpleaños o de burlar a la dirección del colegio. Más a menudo flaqueaban o acababan peleándose. O la autoridad intervenía porque las clases se habían vuelto demasiado ruidosas o la rutina escolar corría el riesgo de verse alterada. Poco a poco, las posibilidades de entrega, experiencia y expresión se iban viendo coartadas, a medida que iba imponiéndose el patrón de sumisión, rechazo, etc., que se designa como adaptación.

Era extraordinario, dado el conflicto y la inculturación implacable a la que estaban siendo sometidas, que esas chicas conservaran una parte tan grande de su energía y su amor infantiles. Su expresión era en parte específicamente sexual, como están dispuestos a admitir los psicólogos, aunque insistan en que la sexualidad de la niña preadolescente es masculina, clitoridiana, etc.¹ Así, malinterpretan burdamente la habitual pasión de las adolescentes por los caballos como un reflejo de la envidia del pene de la joven inmadura. El caballo entre las piernas de la chica se interpreta como un pene gigantesco. ¡Vanas fantasías! La joven amazona no percibe el caballo

como una proyección de su propio yo físico, sino como un *otro* que responde a su control. Lo que siente es un amor intenso que obtiene una respuesta. El control que se requiere para montar a caballo es tan intenso y sutil que difícilmente puede llegar a confundirse con un erotismo difuso, como quisieran hacernos creer algunos teóricos como el doctor Pearson. Para muchas chicas que están empezando a hacerse una idea de cuál es el papel femenino, montar a caballo es la única oportunidad que jamás tendrán de usar sus fuertes muslos para abrazar, excitar y controlar. George Eliot sabía lo que hacía cuando describió en *Middlemarch* la pasión de Dorothea Brooke por las galopadas desenfrenadas a través de los páramos. Una pasión que es parte integrante de su deseo de realizar alguna gran gesta heroica, de ser libre y noble.

Esas niñas que se escribían y me escribían apasionadas cartas de amor en los colegios donde enseñé no tenían ningún conocimiento consciente de sus apasionados sentimientos amorosos. Debido a los tabúes que pesaban sobre la expresión de esos intensos sentimientos, las embargaba una dolorosa agitación, a veces histérica, a veces desesperada y ridícula. El sentimiento se expresaba de manera distorsionada, en forma de risa contenida, lo cual lo convertía en fácil objeto de burla y de escarnio. La reacción de la mayoría de profesoras ante "esas cosas" es terriblemente destructiva. He sido testigo incluso de la lectura pública, como castigo, del poema de amor de una niña, acompañada de expresiones de desdén y gestos despectivos, mientras la pequeña autora permanecía de pie impassible, sintiendo penetrar el punzón de hierro en su alma, anhelando ver llegar por fin el momento en que podría huir a refugiarse en los lavabos para entregarse con fruición a la obscenidad de las lágrimas. Por tolerante que sea una profesora, no tarda en descubrir que debe respetar la rígida restricción impuesta al contacto físico entre profesora y alumna, pues esa última llamarada de energía sexual está condenada a ser destructiva y a verse corrompida, dado el contexto más amplio y la función socializa-

dora de la escuela. Es un punto flaco de la situación educativa y seguirá siéndolo, no puede dejar de serlo, a menos que modifiquemos radicalmente toda nuestra orientación sexual. Un desafío parcial de la norma sólo provocaría un sufrimiento aún mayor.

La niña que dirige su pasión hacia sus pares se encuentra en una situación más favorable que la que ama a su profesora. Ese apego profundo y duradero se suele explicar como producto de la seducción de una chica por otra especialmente agresiva —y sexualmente madura— o como transferencia de la añoranza de la madre, la intimidad con la cual se enfría a medida que la madurez sexual y la rivalidad edípica comienzan a convertirse en pronósticos inminentes, o simplemente por el deseo de compartir la curiosidad sexual y los conocimientos prohibidos. Resulta arriesgado admitir que las amigas inseparables a menudo se sienten fascinadas la una por la otra, son profundamente altruistas y cooperadoras, y con frecuencia sinceramente espirituales, además de plenamente sexuales, si no literalmente genitales. Dignificar esas relaciones dándoles el nombre de *amor*, sin diminutivos condescendientes, implica un conjunto de correlarios antisociales que no se pueden admitir. Aprender a disimular esos sentimientos, que figuran entre los más intensos y más elevados que jamás sentirá la joven, es una operación vil pero inevitable. Por inocentemente que acaricie una chica el cuerpo de otra, no podrá evitar la necesidad de hacerlo a hurtadillas, una exigencia que intuye desde el instante mismo en que comienza a nacer de su amor. Poco a poco va aprendiendo a considerar sus sentimientos bajo el prisma de la valoración común de los mismos y a ridiculizarlos y repudiarlos. Es una pérdida enorme, que la adentra mucho por el camino del patrón femenino de respuesta superficial combinada con una profunda reserva. Pasa de compartir sinceramente el ser de otra persona a la incitación y excitación de las citas con los chicos, que todo el mundo aprueba. Recuerdo una escena con mi madre cuando descubrió una carta que le había escrito a mi enamora-

da del colegio, una chica que me hizo conocer a Beethoven tocando sus sonatas para mí en un lóbrego edificio anexo donde nos refugiábamos siempre que teníamos un momento libre, que me cogía de la mano mientras cantábamos armonías de Palestrina y Pachelbel en el coro desafinado del colegio, y fingía que yo era George Sand y ella Chopin, y viceversa, una chica que quedaría destruida por la pubertad y acabaría cantando en el coro de *Damn' Yankees*. Mamá me gritó que era antinatural; para contenerla, le repetí lo que había leído en los suplementos dominicales, que estaba en mi fase homosexual adolescente y que, además, ya la había superado. Expié durante varias semanas esa traición pusilánime y embustera contra mí misma y contra mi amor. Tras tal conocimiento, ¿qué perdón?

LA PUBERTAD

La pubertad es el momento en que la mujer-niña que todavía sigue luchando recibe el golpe de gracia. Su definición resulta difícil: gran parte del conflicto que la rodea sólo aparece vinculado de manera arbitraria con los cambios fisiológicos necesarios. Como de costumbre, se utiliza la psicología como excusa del destino; la contingencia se describe como necesidad. Aunque se han realizado estudios sobre el tránsito del trauma de la pubertad entre los trobriandeses o algunos otros pueblos que no padecen las neurosis que aquejan no sólo a nuestra sociedad sino a la mayoría de las otras que conocemos, sus resultados no son del dominio común. Tal como están las cosas, lo único que tenemos continuamente presente es que la pubertad es un infierno. Lo es tanto para los chicos como para las chicas, pero para ellos lo que está en juego es la adaptación a los cambios físicos que señalan la presencia del sexo y la genitalidad, y también a la frustración de los impulsos genitales y a la culpabilidad y confusión causadas por las poluciones nocturnas y las fantasías cachondas. En el caso de la chica, la situación es distinta: ella tiene que llegar a adquirir la postura femenina pasiva y asexual. En cuanto empieza a asomar su vello púbico, tiene que aprender a disimularlo. La menstruación se tiene que soportar y negar. Se la ha resguardado tanto de la aceptación de su cuerpo como un ente sexual que su menstruación la sorprende como una espantosa violación de su

integridad física, por bien preparada que esté para ella. Es el momento en que cosechará los frutos sembrados. Todos sus conflictos saldrán a la luz. Si no consigue un equilibrio entre sus deseos y su condicionamiento, ése será el momento en que se vendrá abajo, se deprimirá, huirá de casa, tomará el mal camino, empezará a fracasar en el colegio o adoptará formas de comportamiento autodestructivas además de antisociales.

Todos cuantos han observado la psicología femenina, desde Freud y Deutsch hasta Horney y Terman, coinciden en que las capacidades intelectuales y de otro tipo de la niña sufren una acusada disminución durante la pubertad y después de ésta.¹ Pierde la ligera ventaja de que disfrutaba frente a los niños en el colegio. El doctor Chapman considera que «hay que felicitar a las mujeres por ser capaces de atravesar esta etapa de la vida conservando alguna traza de estabilidad emocional», pero lo que quiere decir con ello constituye otra discriminación contra las mujeres.² Es una postura machista suponer que cualquier criatura que sangra por el lugar de su órgano sexual arrancado debería tener derecho a ser una maníaca. Si escuchamos lo que dicen las propias jóvenes pubescentes posiblemente encontraremos amplios motivos de conflicto, sin necesidad de apelar a los servicios secretos de la biología.

Tengo un problema que me avergüenza demasiado para atreverme a pedirle consejo a mi madre. A veces me siento muy sola y sólo anhelo tener un novio, anhelo una experiencia que jamás he conocido. Ya sé que soy muy joven para hablar de estas cosas, pues sólo tengo trece años, pero no puedo evitarlo y me desespero cuando pienso que todavía tendré que esperar tanto. No me aconseje que olvide este deseo, por favor, pues por mucho que lo intente no puedo. Ocupa mis pensamientos la mayor parte del tiempo. Ayúdeme, por favor.³

¿Qué ayuda se puede ofrecer? La autora de esta súplica debe estar convencida de que desea otra cosa. Ya sabe de so-

bras, que el deseo que describe se supone que no debe existir. Cuando cumpla quince años habrá llegado a convencerse de que no existe. En cambio, el problema de esta otra chica está hecho a la medida para su solución:

Soy el patito feo de la familia y sólo quisiera ser bella. Cuando voy al cine y veo a esas chicas tan guapas casi me dan ganas de llorar al pensar que soy tan poco atractiva. ¿Podría darme algunos consejos de belleza?⁴

El malestar y la vergüenza que siente esta chica son el resultado de la erosión continuada de su personalidad. Está a punto de iniciar una vida de camuflaje y rituales idiotas, plagada de presentimientos y fracasos, que tal vez se calmen momentáneamente mientras sea joven y la cortejen, sólo para volver a aflorar con redoblada ferocidad cuando ese breve tiempo quede atrás. Durante el período de la pubertad se vuelven más visibles las manifestaciones externas del conflicto que pueden haber estado presentes desde la primera infancia: irritabilidad, pesadillas, incontinencia urinaria, risa nerviosa, mentiras, timidez, llanto, morderse las uñas, rituales compulsivos, hurgarse las heridas, ensimismamiento, torpeza, cohibición, secretismo.

En los grupos de mujeres jóvenes, restringidos habitualmente a la situación escolar, no existe nada equivalente a la intensa actividad genital polimorfa que caracteriza la pubertad masculina. A la niña que empieza a crecer se la anima a usar sus encantos femeninos, a ser coqueta y seductora, mientras ignora el escenario real en el que pueden operar esas lisonjas. Sus intensos deseos se disipan en fantasías pasivas, mientras se minimiza o se encubre eficazmente su vinculación con la sexualidad. Las estadísticas de Kinsey, según las cuales un 90 % de los hombres se masturba mientras que un 62 % de las mujeres lo ha hecho al menos una vez, ofrecen una idea muy imperfecta a la verdadera diferencia entre la actividad autoerótica de los chicos y las chicas.⁵ Se espera que la chica inicie en este pe-

ríodo crítico su trato con los hombres, un trato basado en su atractivo como objeto sexual, para el cual cualquier atención a su propio impulso sexual sólo puede ser un obstáculo. En estos felices tiempos de la sociedad permisiva, esta situación ha dado origen a algunas depresiones que resultan en extremo deprimentes. No es raro que una chica deseosa de "popularidad" o aprobación de los chicos permita que éstos se tomen extraordinarias libertades con ella sin buscar ni obtener nada por su parte. El fenómeno de las chicas que acceden a masajear a los chicos hasta el orgasmo o que incluso les permiten hacer el coito con ellas en condiciones apresuradas y a veces sórdidas o públicas es un resultado no deseado pero nada infrecuente de la fuerza inerte de la pasividad inculcada en la sociedad permisiva. En una ciudad inglesa de provincias, pueden verse cualquier sábado por la tarde grupos de chicas vestidas con el uniforme de su imagen aceptada dando vueltas por la calle fingiendo ignorar a los grupos de chicos que expresan un claro desdén hacia ellas. Su susceptibilidad combinada con la insulsez y la falta de sinceridad no les permite encontrar ningún terreno en el cual poder mantener una interacción auténtica con sus contemporáneos varones. Irónicamente, el condicionamiento a favor de la feminidad que debería aumentar el valor de mercado del objeto sexual puede convertirse y se convierte en su peor devaluación.

Cuando una chica no consigue manipular su situación sexual, como a menudo le ocurre, pide consejo, ya que la respuesta no puede salir de ella. James Hemming analizó la correspondencia remitida a una revista semanal y observó que se recibían el doble de cartas de chicas que de chicos, y la mayoría de éstas, a diferencia de los chicos, se mostraban preocupadas por problemas de adaptación personal. Hemming ofrece varios motivos:

La explicación de la diferencia sexual no está clara. Puede ser que a los chicos les resulte más fácil adaptarse a una socie-

dad que sigue estando controlada predominantemente por los hombres a pesar de la creciente emancipación de las mujeres. Puede ser que la chica encuentre problemas de los que el chico se libra porque los padres se preocupan más por sus hijas que por sus hijos adolescentes. Puede ser que la confusión de valores existente las afecte más a ellas que a los chicos. Puede ser que las chicas estén más predispuestas a escribir sobre sus problemas personales debido a su mayor facilidad para expresarse con palabras. O puede ser que lo que el doctor James Suttie denominó "nuestro tabú contra la ternura" determine que los chicos se muestren reacios a compartir sus problemas por temor a parecer "blandos". Cualquiera que sea el motivo, todas las investigaciones sobre los problemas de la adolescencia revelan más problemas de adaptación por parte de las chicas que de los chicos.⁶

Todos los casos que menciona Hemming son producto de la causa de fondo: la necesidad de que la chica adolescente adopte el papel de eunuco. Su búsqueda de consejo es un síntoma esencial de la renuncia a su autonomía. Siempre ha estado sujeta a un mayor control y supervisión que su hermano, y ahora se le exige que adopte la debida pasividad femenina y que prosiga su represión por su cuenta. Se trata de una operación delicada y, dadas las tensiones que ha generado desde su primera infancia, no es de extrañar que la pubertad aparezca como el momento en que éstas alcanzan su límite máximo.

Al analizar a mujeres adultas con trastornos neuróticos o perturbaciones de carácter, es frecuente encontrar estas dos condiciones: 1) aunque en todos los casos los conflictos determinantes han surgido en la primera infancia, los primeros cambios de personalidad han tenido lugar en la adolescencia ... 2) el inicio de estos cambios coincide ... con el de la menstruación.⁷

Después de esta observación, Karen Horney enumera los principales tipos de desintegración que se observan en esos caracteres neuróticos: culpabilidad y ansiedad sexuales, el temor a no estar a la altura del ideal femenino, una actitud profundamente defensiva, y suspicacia y antagonismo. Al considerar sus propias observaciones, Karen Horney se ve en la necesidad de negar algunas de sus opiniones freudianas previas y arriesgarse a la heterodoxia. El argumento tradicional decía que la pubertad agravaba la incapacidad de la persona para aceptar su papel sexual natural adecuado, la feminidad descrita erróneamente como la condición de mujer. Horney descubrió que la feminidad misma producía esas aberraciones, aunque apenas se osó decirlo con estas palabras. Acabó su escrito como una tímida recomendación de que es preferible «educar a los niños en el valor y la entereza, en lugar de llenarles de temores». ⁸ Incluso una conclusión tan reticente como ésta descarga el peso de la culpa por la incapacidad de adaptarse al papel femenino de los hombros de quienes más sufren por su causa.

Pero ¿de qué sirve ser valientes y resistentes cuando todo el objeto de la existencia de una mujer es ser explotada por el marido ideal? Una chica que descubre que en las citas románticas sólo se la valora por unas cualidades que su formación escolar procuraba devaluar tiene que adoptar una decisión que en cualquier caso la perjudicará. Adoptar los atributos del señuelo sexual resulta doloroso e incierto. Mientras se queda esperando a que suene el teléfono, aprendiendo a no mostrarse demasiado ansiosa y fingiendo desinterés, la chica se impone una autodisciplina que puede llegar a ser radical. En muy raras ocasiones se encontrará en una situación en la que esta contención no sea absolutamente necesaria. Los teóricos que niegan la sexualidad femenina deberían haber asistido a tantos conciertos de música pop como yo, en los que millares de chicas de doce a dieciséis años responden desenfrenadamente a los estímulos de la música y del exhibicionismo masculino. En la industria de la música, es habitual que las estrellas se pongan postizos en la entre-

pierna y las chicas mojen los asientos. El desenfreno y la histeria del fenómeno son directamente proporcionales a su rareza. La distorsión es la misma que practicaron las bacantes proscritas cuando despedazaron a Penteo.

*Hay una niña llamada Leticia
que escribe las cartas más asombrosas
a los héroes recortables de cartulina,
con fantasías pubescentes
que invitan a la violación por persona interpuesta
corresponsal carnal;
es la reina adolescente indiscutible
de la pornografía pop.*

ROGER MCGOUGH, SWALK

La fuerza y la concentración de los deseos y energías sexuales de las jóvenes no siempre se negó tan categóricamente como lo han hecho los freudianos. Las mujeres podrían aprender algo del tipo de fantasías gratificantes a las que recurrían las doncellas del siglo XVII.

Las jóvenes criadas practican un deporte lascivo que llaman amasar el *pan de almejas*; a saber, se suben a una mesa y luego levantan las rodillas y se suben las ropas todo lo que pueden sosteniéndolas con las manos y a continuación hacen oscilar hacia atrás y hacia delante las nalgas, como si estuviesen amasando con el trasero, y dicen las palabras siguientes:

Mi dama está enferma y se ha ido a la cama,
y yo voy a amasar mi pan de almejas,
con los talones levantados y la cabeza baja,
así es como se amasa el pan de almejas.

Yo supuse [comenta Aubrey] que detrás no había más que la mera lascivia juvenil, *rigidas prurigine vulvae*. Juvenal, *Sátiras* 6 (129).⁹

Ya no suscribimos la idea de la ardiente lujuria de la virgen casadera, excepto bajo la forma desteñida del síndrome de Lolita. No creemos en la clorosis, pero aceptamos que la pubertad es un tipo de enfermedad natural de origen inorgánico; una suposición no menos arbitraria. En las agonías de la pubertad deberíamos ver, de hecho, el resultado del condicionamiento que mutila la personalidad de la mujer para crear la feminidad.

Para asegurarse de que es un hombre, el macho debe asegurarse de que la hembra es verdaderamente una mujer, lo contrario de un hombre, es decir, la hembra debe comportarse como un marica.

VALÉRIE SOLANAS, *SCUM*, pág. 38

LA ESTAFA PSICOLÓGICA

Su condicionamiento moldea a las mujeres y las conduce a abandonar su autonomía y pedir consejo. Lo cual debería constituir la demostración a priori del carácter sintético de nuestra tan argumentada concepción de la feminidad. El número de mujeres que recurren a la orientación paternalista del psicoanalista es asimismo indicativo de este hecho. La presencia de una tensión continuada en la situación femenina no se puede ocultar y, por lo tanto, hay que darle una explicación; para explicarla, la psicología tradicional, igual que el capitán de *El padre* de Strindberg, presupone tan arbitrariamente como aquél que las mujeres han estado sujetas a un condicionamiento que no se adecua a su función biológica, que es la crianza y el trabajo de apoyo en el hogar.¹ La mujer que acude a los psicólogos en busca de orientación académica puede constatar, en efecto, que esto atenúa algunos de los conflictos más flagrantes, aunque se trata de una conclusión dudosa. Lo que en realidad descubre es que las condiciones contra las cuales se debate exasperada cuentan con el refrendo de una impresionante estructura de datos y teoría a la que sólo le queda la posibilidad de adaptarse, puesto que no hay esperanzas de poder cambiarla. Otra psiquiatra tendrá que encargarse de explicarle la función de la parcialidad del observador y el conservadurismo esencial de la psicología.² Para la mujer misma, la psiquiatría constituye un extraordinario abuso de confianza: la criatura acude confiada

en busca de ayuda porque se siente desdichada, ansiosa y confusa, y la psicología la convence de que debe buscar el motivo *en sí misma*. Resulta más fácil modificar a la persona que cambiar el statu quo, que dentro de la filosofía optimista de los psicólogos representa un valor superior. Si todo lo demás falla, el Largactil, el tratamiento por electrochoque, la hipnosis y otras formas de "terapia" se encargarán de apuntalar la afirmación de la sociedad. Ya que no pueden arreglar el mundo, los psicólogos ajustan a las mujeres. En realidad, ni siquiera consiguen hacer eso: un estudio de Eysenck (1952) indicó que, entre los pacientes tratados mediante psicoanálisis, mejoraba un 44 %; entre los tratados por otros métodos (fármacos, electrochoque, etc.), mejoraba un 64 %; y entre los que no habían recibido tratamiento alguno, un 72 %. Los informes posteriores de Barron y Leary, Bergin, Cartwright y Vogel y Truax confirman esos resultados negativos.³

Hasta ahí, la autoridad del psicoanálisis y la teoría de la personalidad. La mujer que acepta las descripciones psicoanalíticas de ella misma y sus problemas está expuesta a peligros específicos muy superiores a los efectos que tienen los prejuicios relativos a la personalidad sobre la otra mitad de la comunidad.

Freud es el padre del psicoanálisis. Éste no tuvo madre. Freud no es su único progenitor y las posteriores estructuraciones de la teoría desafiaron su sistema, además de consolidarlo. Probablemente la mejor manera de tratarlo es considerarlo una suerte de metafísica, si bien en general se le venera como una ciencia. El propio Freud deploró su incapacidad de entender a las mujeres y fue mostrándose cada vez más humilde en sus declaraciones sobre ellas. La mejor manera de abordar los supuestos de Freud sobre las mujeres probablemente sea el enfoque que siguió el doctor Ian Suttie: psicoanalizar al propio Freud.⁴ La piedra angular de la teoría freudiana de la feminidad es la convicción masculina de que una mujer es un hombre castrado. Se supone que ella se considera desfavorecida en ese sentido y que gran parte de su motivación tiene su origen en el intento de

hacer ver que no es así, característico de la mujer inmadura que practica la sexualidad clitoridiana, o en el intento de compensar esa carencia teniendo hijos. La argumentación es básicamente una tautología que no puede ir más allá de su enunciado, con lo cual no es demostrable ni tampoco refutable. Ernest Jones, que era un devoto freudiano, comenzó a sospechar que algo fallaba con la hipótesis básica porque se tomó la molestia de observar la sexualidad de las niñas:

Está empezando a ganar terreno una desagradable sospecha de que los analistas se han visto inducidos a adoptar un punto de vista excesivamente falocéntrico sobre los problemas en cuestión, mientras se subestimaba en igual medida la importancia de los órganos femeninos.⁵

Lamentablemente, la sospecha debió seguir siendo desagradable pues nunca llegó a desarrollarse para dar luz a una nueva teoría. Los psicoanalistas siguieron creyendo en el trauma genital a pesar de las pruebas. A fin de cuentas, la fe no depende de las pruebas. El planteamiento freudiano establece que el desarrollo de las niñas es paralelo al de los niños con la complicación de que la niña descubre que ha perdido su pene. Su sexualidad infantil es esencialmente masculina, con algunas salvedades importantes:

Sabido es [sic] que hasta la pubertad no aparece una definida diferenciación entre el carácter masculino y el femenino, antítesis que influye más decisivamente que ninguna otra sobre el curso de la vida humana. Sin embargo, las disposiciones masculina y femenina resultan ya claramente reconocibles en la infancia. El desarrollo de los diques sexuales (pudor, repugnancia, compasión, etc.) aparece en las niñas más tempranamente y encontrando una resistencia menor que en los niños. Asimismo, es en las niñas mucho mayor la inclinación a la represión sexual, y cuando surgen en

ellas instintos parciales de la sexualidad escogen con preferencia la forma pasiva. La actividad autoerótica de las zonas erógenas es en ambos sexos la misma, y por esta coincidencia, falta en los años infantiles una diferenciación sexual tal y como aparece después de la pubertad. Con referencia a las manifestaciones sexuales autoeróticas y masturbaciones, pudiera decirse que la sexualidad de las niñas tiene un absoluto carácter masculino.⁶

Esto es absurdo por fuerza. Los conceptos de semejanza y diferencia carecen de sentido. La descripción de la personalidad que se regula de un modo misterioso en el sentido de la represión tampoco resulta esclarecedora. Lo único que queda bien patente es que Freud creía que toda la libido era masculina. Averiguamos algo sobre sus prácticas lingüísticas, pero nada sobre la realidad a la que hacen referencia.

El dualismo masculino-femenino es la mera transposición a términos genitales del dualismo entre la actividad y la pasividad; y éstas representan una fusión inestable de Eros y Tánatos, enfrentados entre sí. Freud identifica, así, la masculinidad con la agresividad y la feminidad con el masoquismo.⁷

Si queremos alcanzar una relación estable entre las fuerzas creadoras y destructoras, tendremos que renunciar a la polaridad. No podemos sobrevivir en un entorno de sadismo masculino y masoquismo femenino, un universo de agresores y víctimas. Así lo reconoció el propio Freud, pero no relacionó esta percepción con sus propios postulados sobre el carácter esencial de las mujeres.

Nuestros contemporáneos han llegado a tal extremo en el dominio de las fuerzas elementales, que con su ayuda les sería fácil exterminarse mutuamente hasta el último hombre. Bien lo saben, y de ahí buena parte de su presente agitación, de su

infelicidad y su angustia. Sólo nos queda esperar que la otra de ambas "potencias celestes", el eterno Eros, despliegue sus fuerzas para vencer en la lucha con su no menos inmortal adversario.*

Freud escribió esto mucho antes de Hiroshima y del concepto de la destrucción masiva. No sugirió que una posibilidad de que Eros cobrara fuerzas sería restituir a las mujeres su sexualidad, su fidelidad a Eros. Por contra, él y sus seguidores elaboraron el concepto del masoquismo femenino como dictado divino de la biología.

La mujer que se resiste a asumir su papel sexual e ignora el mensaje del sangrado vaginal, que le dice que debe tener hijos, permanece fijada en un estado infantil, agresivo, de envidia del pene. Aunque sea sexualmente activa, su respuesta sigue siendo masculina, continúa estando apegada a su clítoris, y no tiene su origen en el orificio receptivo, la vagina. El masoquismo de la mujer madura procede de su deseo de someterse a la agresión del varón ansioso y sólo lo controla su narcisismo protector, que la lleva a imponer unas condiciones morales, estéticas y físicas. Durante el intervalo necesario entre la madurez y el apareamiento, expresa su sexualidad a través de fantasías pasivas; sólo está completa cuando está preñada, pues la criatura simboliza su genital perdido y su éxito, las fantasías se desvanecen, el masoquismo-narcisismo es sustituido por la energía dedicada a la protección y socialización de la criatura. Una buena descripción de un mecanismo existente que resultó atractiva incluso para algunas teóricas feministas, que no se atrevieron a contraponer su experiencia subjetiva a lo que parecía un hecho objetivo. Además, tenía un peso moral. Se avergonzaba a la mujer que sabía que todos sus orgasmos se originaban en el clítoris con la imputación de inmadurez y envidia de pene. A la mujer que perseguía metas activas se la consideraba por definición mal adaptada a su verdadero papel y probablemente infantil.

La actividad esencialmente saludable y la energía social e intelectual que desarrolla la niña que renuncia a sus fantasías destruyen a menudo su vida emocional y le impiden alcanzar la feminidad y, posteriormente, la maternidad completas. Que las mujeres permanezcan enmarañadas con frecuencia en formas infantiles de vida emocional, mientras su mente y su actividad están sumamente bien desarrolladas es un hecho interesante que todavía requiere una explicación. La evolución desde la vida fantaseada hasta la feminidad plenamente madura parece ser un logro psicológico que la intelectualización puede inhibir.⁹

Las prioridades de Helene Deutsch son evidentes. Si el intelecto obstaculiza la feminización, hay que quitarlo de en medio. Su teoría psicoanalítica no podía proporcionarle una respuesta para su interesante problema académico porque la respuesta se encuentra en el contexto social en el que existen las mujeres activas e inteligentes. Sugerir que ni la futura esposa ni la maestra de escuela solterona deberían inventarse actividades compensatorias, puesto que no están implicadas en la gestación, lo desbarataría todo. Ambos ejemplos, el femenino y el pseudomascuino, representan formas de castración. Hasta Deutsch acabó reconsiderando su teoría del masoquismo femenino básico y argumentó tímidamente que «no se puede relacionar exclusivamente con factores inherentes a los rasgos anatómico-fisiológicos, sino que se debe construir como algo condicionado en un grado importante por el complejo cultural o la organización social en cuyo seno se ha desarrollado la mujer masoquista concreta».¹⁰ Sin embargo, nunca llegó a comprender que ella misma era un fenómeno de ese mismo complejo, el cual estaba contribuyendo de manera importante a mantenerlo, a expensas de las mujeres.

La propia Deutsch, a pesar de sus pretensiones de talla intelectual, estaba profundamente enamorada del estereotipo femenino. Pintó un cuadro extraordinario de la mujer como compañera de vida ideal.

... si poseen la cualidad femenina de la intuición en un alto grado, son colaboradoras ideales que a menudo inspiran a sus hombres y este papel les reporta la máxima satisfacción. Parecen ser fácilmente influenciables y se adaptan a sus compañeros y los comprenden. Son las ayudantes más encantadoras y menos agresivas y desean seguir cumpliendo ese papel; no insisten en reivindicar sus derechos; al contrario. Resultan fáciles de manejar en todos los sentidos, con la sola condición de que se las ame. Sexualmente, se excitan con facilidad y raras veces son frías; pero en el campo sexual imponen precisamente unas condiciones narcisistas que deben cumplirse por completo. Exigen amor y ardiente renuncia de sus propias tendencias activas.

Cuando están dotadas en cualquier sentido, conservan la capacidad de ser originales y productivas, pero sin entrar en batallas competitivas. Siempre están dispuestas a renunciar a sus propios logros sin sentir que sacrifican nada y se alegran con los logros de sus compañeros, a menudo inspirados por ellas. Tienen una necesidad extraordinaria de apoyo cuando desarrollan cualquier *actividad dirigida hacia el exterior*, pero son absolutamente independientes en lo que respecta a los sentimientos y pensamientos relacionados con la vida interior, es decir, en su *actividad dirigida hacia dentro*. Su capacidad de identificación no es una expresión de pobreza interior sino de riqueza.¹¹

No es más que un modelo aceptado de mujer y, en su calidad de tal, representa un ideal artificial inalcanzable. Semejante mujer no puede ser una persona, pues no existe en absoluto por sí misma. Sólo la presencia de un hombre a su lado, un hombre del cual depende por completo, puede conferirle significación. A cambio de su renuncia, colaboración, adaptación e identificación, es acariciada, deseada, manejada, influenciada y, ocasionalmente, deseada en vano. Es un mal negocio para un hombre, pues no hace ningún intento de excitarle o interesarle, de manera que él no puede esperar que ella le maneje o le in-

fluencie. Una verruga en la nariz podría hacer venirse abajo toda la estructura, ya que Deutsch es incapaz de prescindir de palabras como "adorable" en su receta. ¿Qué derecho puede tener esta criatura a exigir amor ardoroso y deseo, cuando ella misma es impotente para ofrecerlo? Es una pelmaza vanidosa, exigente y servil. No existe nada tan escalofriante como semejante espectáculo de sacrificio incesante. Esa mujer ha nacido para ser abandonada por su marido ingrato, cuando éste alcance la cumbre máxima del éxito que ella ha contribuido a forjar para él, por una fresca desvergonzada de diecinueve años. Y ésta es la norma que describe la "ciencia" del psicoanálisis, un fárrago de moralismo y fantasía sin ningún rayo de sentido común que lo alumbré. El psicoanálisis más reciente no ha cuestionado de manera significativa los burdos prejuicios de Deutsch: Bruno Bettelheim argumenta que «debemos empezar por comprender que, por mucho que las mujeres deseen ser buenas científicas o ingenieras, ante todo y por encima de todo desean ser compañeras femeninas de los hombres y madres». ¹²

Erik Erikson inventó el concepto disparatado de la presencia de un *espacio interior* en el *diseño somático* de la mujer, algo así como un hueco en la cabeza, que alberga el compromiso de cuidar de los niños. ¹³ Joseph Rheingold reiteró la posición del capitán loco de *El padre* [de Strindberg] en fecha tan reciente como 1964.

Cuando las mujeres crezcan sin temor a sus funciones biológicas y sin una subversión por medio de la doctrina femenina y, por consiguiente, ingresen en la maternidad con un sentido de realización y un sentimiento altruista, habremos alcanzado la meta de una buena vida y un mundo seguro para vivirla. ¹⁴

Las mujeres que llegan al matrimonio y la maternidad con optimismo y con sentimientos románticos son las que expresan sus decepciones con mayor estruendo y sus hijos son los que

más sufren a causa del interés obsesivo de su madre por ellos. La biología jamás previó que tener hijos tuviese que servir como compensación por haber dejado de lado todas las demás formas de satisfacción y realización. Jamás previó que pudiese llegar a ser un proceso tan prolijo y deliberado como ahora es. Uno de los males más arraigados de nuestra sociedad es la crianza tiránica. Las feministas acarician la optimista esperanza de que las conclusiones de Masters y Johnson de que el orgasmo vaginal es un mito hayan desterrado definitivamente el fantasma freudiano, una vez han dejado establecido que todos los orgasmos femeninos tienen su origen en el clítoris. No obstante, no queda fuera del alcance de dichos teóricos argumentar que todas las mujeres que participaron en las pruebas de Masters y Johnson eran productos infantiles de un condicionamiento inadecuado y que el hecho de que todos los orgasmos de sus muestras fuesen clitoridianos no desmiente que el orgasmo vaginal haya existido en algún momento o que podría o debería existir. Básicamente, todo se reduce a lo mismo: el sistema freudiano describe el statu quo como un desiderátum de la clase media nonocentista. Los hechos resultan irrelevantes para lo que es básicamente un sistema de valores. Si conferimos el máximo valor a la realidad externa, podemos rechazar las premisas del psicoanálisis freudiano como un peso adicional dentro del proceso de autorrepresión, y confiar, en cambio, en nuestras propias observaciones y en los resultados de nuestros propios experimentos con nuestro entorno. La construcción freudiana no sólo es arbitraria, sino que tampoco funciona como patrón de vida. Aunque lo deseásemos mucho, no podemos tener todos los hijos que tal vez necesitaríamos para llegar al estado de salud mental tal como lo entiende Freud. Si las mujeres fuesen descalzas y estuviesen embarazadas todo el tiempo, como sugería Mark Twain, habrían quedado diezmadas.

Los padres de la psicología hicieron otras afirmaciones sobre el papel de las mujeres, desde el galimatías de Jung hasta los conceptos de normalidad humana deducidos a partir de la

observación de la cohabitación de los simios en el campo de batalla de la selva. Una antropóloga como Margaret Mead busca la ratificación de sus teorías académicas sobre el sexo en la observación de comunidades primitivas, con lo cual, a pesar de su aparente radicalismo, defiende el concepto de la feminidad pasiva. Su posición sigue siendo la misma que la de Krafft-Ebing, que opinaba sobre la mujer que:

Si su desarrollo mental es normal y está bien educada, su deseo sexual es reducido. Si no fuese así, el mundo entero se convertiría en un burdel y el matrimonio y la familia serían imposibles. Desde luego, el hombre que rehúye a las mujeres y la mujer que busca a los hombres son anormales ... aun así, la esfera sexual ocupa un espacio mucho más grande en la conciencia de las mujeres que en la de los hombres y es continua en vez de intermitente.¹⁵

Freud le habría indicado la manera de interpretar su última observación en función de la anterior. Las mujeres tienen deseos sexuales y una de las funciones del desarrollo mental normal sano y de la buena educación es destruirlos; podríamos probar a ver qué pasa con un poco de desarrollo mental anormal y si rechazamos nuestra buena crianza. Si el matrimonio y la familia dependen de la castración de las mujeres, pues que cambien o desaparezcan. La alternativa no es un burdel, pues la existencia de los burdeles depende del matrimonio y la familia. Si queremos escapar del yugo de la fantasía sexual, la necesidad voraz de amor y la obsesión bajo todas sus formas, tendremos que restituir su función legítima a nuestra libido. Sólo entonces serán capaces de amar las mujeres. El eros eterno está aprisionado ahora en los trabajos de la simbiosis sadomasoquista y, para rescatarlo y salvar al mundo, tendremos que romper la cadena. A fin de cuentas, ¿no fue acaso esto lo que estaba describiendo Deutsch en sus apasionadas frases retóricas?

La forma pasiva de la unión simbiótica es la de la sumisión o ... del masoquismo. La persona masoquista huye del sentimiento insoportable de aislamiento y separación convirtiéndose en parte integrante de otra persona que le dirige y le protege; que es su vida y su oxígeno, como quien dice. El poder de aquel a quien uno se somete se puede exagerar, sea una persona o un dios, él lo es todo y yo no soy nada, excepto en la medida en que soy parte de él. En mi calidad de parte, soy parte de la grandeza, del poder, de la certidumbre. La persona masoquista no tiene que tomar decisiones, no tiene que correr ningún riesgo; nunca está sola, pero no es independiente; carece de integridad; aún no ha nacido plenamente ... la persona que renuncia a su integridad, que se convierte en instrumento de alguien o de algo exterior a ella, no necesita resolver el problema de vivir por intermedio de la actividad productiva.¹⁶

Con su promoción del papel masoquista como el que le corresponde a la mujer, la psicología refuerza la infantilización que ha estado operando desde su nacimiento. Sus sufrimientos no se deben a que no haya logrado acceder a la feminidad madura, sino a la lucha que mantiene contra lo que le impide vivir y trabajar de acuerdo con sus propias capacidades. Desde que nació ha estado sometida a una presión para que vuelva al útero, desde el primer momento en que la fajaron y la metieron en la cuna hasta la última camisa de fuerza. Sólo hay una manera de volver al útero, a través de la muerte. Las presiones que rodean de espinas las alegrías y deseos de las mujeres son las mismas que destruirán el mundo. Si la mitad del mundo tiene que ser rehén de Tánatos, Eros perderá inevitablemente la batalla frente al arma definitiva. ¿Qué es la carrera de armamentos y la guerra fría sino la continuación de la competitividad y la agresión masculinas en la esfera inhumana de las instituciones gobernadas por ordenador? Si las mujeres quieren dejar de producir carne de cañón para el holocausto final, tendrán que salvar a los hombres de las perversidades de su propia polari-

zación. La lucha puede ser larga y más dolorosa aún que la capitulación. Será una lucha a oscuras, pues ninguno de nuestros conocimientos tan loados, científicos o no, puede describir la posibilidad alternativa. ¿Merecerá la pena?

LA MATERIA PRIMA

A pesar de todas las argumentaciones sobre el efecto del condicionamiento sobre la mujer en proceso de desarrollo, puede persistir la sospecha de que las mujeres tienen alguna deficiencia mental congénita debido a su sexo. Dada la parcialidad de los observadores que intervienen en la realización de las pruebas para detectar tendencias sospechadas o presupuestas, tal vez no nos sorprenda constatar que ha habido diferencias mentales "probadas". Lo notable es que ninguna de esas diferencias se ha verificado jamás. La investigación metódica del sexo de la mente viene desarrollándose desde hace más de medio siglo. Se sabe que las hormonas sexuales penetran en el cerebro, pero jamás se ha establecido ninguna correlación entre el hecho fisiológico y la capacidad mental o la conducta, aunque se ha dado por supuesta. Se pensó que el peso relativamente más ligero del cerebro femenino era indicativo de una menor capacidad mental, aunque hubo quien señaló que el cerebro de las mujeres es más pesado en relación con el peso corporal total. En cualquier caso, el peso del cerebro es irrelevante, como se admitió sin tardanza cuando se constató que resultaba desventajoso para los hombres. Si los lóbulos frontales se consideran la sede de la inteligencia, entonces habrá que señalar que la zona frontal del cerebro está más desarrollada en las mujeres. Por lo tanto, podemos prescindir también de este tipo de datos. La comprensión del cerebro es tan imperfecta

que sencillamente no sabemos lo suficiente sobre su fisiología y sus funciones para poder hacer deducciones sobre sus resultados.

*Así he explorado los secretos de las mujeres
y les he mostrado cuán curiosamente están hechas
y que, aunque sean de diferente sexo,
en conjunto son iguales que nosotros.
Pues los investigadores más rigurosos
descubren que las mujeres son sólo hombres vueltos
hacia dentro;
y los hombres, si miran un poco a su alrededor,
tal vez descubran que son mujeres vueltas hacia fuera.*

The Works of Aristotle in Four Parts, 1822, pág. 16

En vez de intentar deducir el comportamiento a partir de la fisiología, se consideró más lógico establecer los patrones de comportamiento a partir de su observación. Esto también plantea problemas. Es imposible controlar los experimentos realizados con sujetos sometidos al continuo condicionamiento caótico de la vida normal. No existen sujetos no condicionados y los condicionados, no lo están de la misma manera. Si tales pruebas revelasen la inferioridad intelectual de las mujeres, podríamos descartarlas, pero en cualquier caso tampoco ocurre así.

En 1966, Eleanor Maccoby reunió en su libro *The Development of Sex Differences* los resultados de cincuenta años de experimentación, clasificados en una diversidad de subdivisiones extraordinariamente detalladas. Revestían particular interés aquellas relacionadas con las capacidades cognitivas. Según Gesell y colaboradores (1940) y Terman (1925), las niñas hablan antes que los niños. Todos los estudios posteriores sobre el desarrollo de la expresión oral indican que las niñas progre-

san más de prisa que los niños, aunque éstos se desenvuelven mejor en las situaciones que requieren iniciativa y ausencia de timidez, como tomar la palabra en clase, especialmente en los grupos de más edad. Parece ser que las niñas poseen un vocabulario más amplio, pero las diferencias no parecen demasiado significativas. Las niñas dominan mejor la gramática y la ortografía, aun cuando los resultados de las pruebas de razonamiento eran variados. En las pruebas de lectura se observaba el mismo patrón. Se han realizado pruebas relacionadas con todas las capacidades cognitivas no verbales, como el cálculo, el razonamiento matemático, el conocimiento espacial, el razonamiento abstracto, la descomposición y reestructuración de conjuntos, la velocidad de percepción, y las habilidades manuales, mecánicas y científicas, sin que se haya observado ningún patrón diferencial significativo, salvo esa ligera preeminencia de las niñas, que podrían gozar de esa ventaja por razones relacionadas con su culturización, el hecho de pasar más tiempo con personas adultas, unos hábitos más sedentarios y una mayor obediencia y credulidad. Once de las pruebas del cociente de inteligencia global no mostraban ninguna diferencia, tres indicaban una diferencia a favor de las mujeres, y tres, a favor de los hombres. Dado el carácter amorfo de las facultades consideradas y el carácter arbitrario de la propia situación experimental, debemos abstenernos de deducir nada sobre la psique femenina a partir de tales pruebas, salvo que el sexo de la mente está aún por demostrar.¹

En las situaciones experimentales se da una confusión básica entre creatividad y buenas calificaciones escolares. Los estudios de Lewis Terman sobre el genio, consistentes en seguir la evolución de un grupo de niños y niñas dotados, se ven muy entorpecidos por su propio concepto limitado de genio. Terman alaba mucho a una niña, Sarah, e incluye este poema como prueba de sus dotes extraordinarias:

La virgen

Camina la doncella, su orgullo moderado por la timidez,
o por el arte; sólo la rosa esquiva en su mejilla
traiciona los susurros de su corazón.
Por todo su ser fluye una conciencia
de dichosa inocencia y juventud,
por fugaces aún más dulces.

Ansiosa de vivir, pero temerosa de ser arrastrada
por la tosca marca turbulenta de la vida, sabia
aunque no instruida, consciente de cuanto está destinada a ser,
saborea y retrasa su destino.²

Ni una sola percepción auténtica ilumina este pomposo ejercicio poético. La tradición que sigue su escritura murió innoblemente hace más de un siglo. Lo único que puede revelar semejante opúsculo es la facilidad de Sarah para la emulación. Aun así, los investigadores detectan algunas tendencias que pueden sernos útiles para comprender qué le ocurre a la niña cuando sus rivales varones comienzan a superarla progresivamente y acaba dejando la escuela antes de haber alcanzado un dominio significativo de la lectura y la escritura, o de haber obtenido una capacitación profesional. A pesar de la confusión entre inducción y educación presente en su pensamiento, los investigadores consiguieron observar una tendencia que contribuye mucho a explicar por qué las niñas acaban estafadas:

En ambos sexos existe una tendencia a un bajo rendimiento en una diversidad de tareas intelectuales entre los niños más pasivos y dependientes, y a la excelencia entre los niños independientes...³

Los niños que “se niegan a aceptar la autoridad” destacan

en una diversidad de tareas, igual que aquellos que se resisten frente a las “presiones a favor del sometimiento”.

Las madres de las hijas con mejores resultados académicos eran las que se habían mostrado menos protectoras con ellas durante sus años preescolares...

En cambio, en el caso de las niñas (en contraste con los niños), el factor fundamental para el desarrollo del cociente de inteligencia parece ser la libertad relativa de restricciones maternas, la libertad de deambular y explorar.⁴

El hecho de que las mujeres no hayan producido grandes obras de arte ni nada de ese orden se puede explicar a partir de la anterior constatación. Mientras escapa a su condicionamiento o lo rechaza, la niña puede destacar en el tipo de actividades intelectuales llamadas creativas, pero con el tiempo acaba capitulando frente a su condicionamiento o los conflictos se vuelven tan insistentes que su competencia se ve obstaculizada. Maccoby no comprende por qué el desarrollo de la sexualidad ha de tener un efecto tan nocivo sobre el rendimiento de las chicas, a pesar de haber citado antes la opinión de McKinnon sobre la relación entre represión y aptitudes mentales.

La represión —argumenta McKinnon— tiene un impacto generalizado sobre los procesos de pensamiento, puesto que interfiere en la accesibilidad de la propia experiencia anterior para el individuo. Un individuo que utilice la represión como mecanismo de defensa no puede “explorar con fluidez los pensamientos”, según la expresión de McKinnon, quien posee pruebas de que la creatividad está asociada, de hecho, con la ausencia de represión (indicada por las pruebas de evaluación de la personalidad), y Barron señala que la originalidad está asociada al «grado de reacción ante el impulso y la emoción».⁵

De todo lo dicho se desprende claramente que no podemos hablar de inferioridad y superioridad, sino sólo de diferencias específicas entre los sexos en materia de aptitudes y de personalidad. Estas diferencias son en gran parte el resultado de factores culturales y otros factores asociados a la experiencia ... las coincidencias en relación con todas las características psicológicas son tales que es preciso considerar a los hombres y las mujeres como individuos, más que en términos de estereotipos grupales.

ANNA ANASTASI, *Differential Psychology*, 1958, págs. 497-498

McKinnon contribuye, sin duda, bastante a explicar el progresivo desvanecimiento de las esperanzas de la joven a medida que se va haciendo cargo de los procesos represivos que le han enseñado por demostración sus padres y superiores y los prosigue por su cuenta. No es posible demostrar que su material de partida fuese inferior en ningún aspecto a la materia prima a partir de la cual se configura el genio masculino, pero por lo que se puede observar parece ser que sólo una franca rebelión intelectual permite demostrar a las chicas que en efecto es así.

Un hombre no debería preciarse de ser más sabio que una mujer si debe su ventaja a una mejor educación, igual que no debería vanagloriarse de su valor por derrotar a un hombre con las manos atadas.

MARY ASTELL,
An Essay in Defence of the Female Sex, 1721, pág. 18

EL PODER DE LAS MUJERES

El hecho de que las pruebas especialmente diseñadas para revelar cualquier diferencia específicamente sexual entre la capacidad intelectual de los hombres y las mujeres no hayan obtenido ningún resultado es irrelevante para quienes ponen en entredicho la capacidad de las segundas para hacerse cargo de ciertas responsabilidades y trabajos. Estos piensan que las pruebas dicen más sobre los experimentadores y el método de prueba utilizado que sobre los hombres y las mujeres. El doctor Leavis creía ser capaz de identificar a una escritora por su estilo, a pesar de que todo lo que ésta escribiera tenía que ser por fuerza una parodia del logro superior de algún hombre. Al fin y al cabo, Virginia Woolf tenía pocos defectos salvo que era mujer. Se podría argumentar que las pruebas estaban configuradas de un modo especial para intentar contrarrestar el efecto del condicionamiento sexual, mientras que en el mundo real las mujeres reales están sujetas a un condicionamiento continuo. Por mucho que modifiquemos nuestra opinión teórica sobre su capacidad básica, nada puede alterar la naturaleza de su logro. Los hombres se quejan de que no saben cómo tratar a las mujeres y dicen que es preciso evitar a toda costa discutir con ellas porque siempre acaban diciendo la última palabra, la mayoría de las veces jugando sucio. Es "tan propio de una mujer", suspiran y todos asienten. La detección del sexo de la mente no es un privilegio reservado

Las mujeres suelen hacer que sus emociones cumplan las funciones que les son propias, y por lo tanto se conservan mentalmente más sanas que los hombres

ASHLEY MONTAGU,
The Natural Superiority of Women, 1954, pág. 54

a los expertos en literatura, desde el doctor Leavis hasta Norman Mailer¹, sino que se extiende hasta los niveles inferiores del analfabetismo, como el colegial que masculla contra las "malditas chicas". Se cree tan sinceramente en la diferencia, que también se acaba percibiéndola. En su calidad de convicción, ésta se convierte en motivación del comportamiento y causa continuada del propio fenómeno. No es posible descartarla por medios racionales. Evidentemente, nada obliga a las mujeres a limitarse a hacer uso de la lógica; también podríamos decidimos perversamente a *sucar partido* de la "teoría ovárica sobre la mente".²

Una de las exposiciones más completas de la teoría sobre el alma femenina se encuentra en *Sexo y carácter*, un libro extraordinariamente riguroso y comprometido de un mero jovenzuelo, Otto Weininger, que se suicidó pocos años después de publicarlo. Su brillante y neurótica existencia puede servir de ejemplo del resultado al que inevitablemente acaba conduciendo el dimorfismo. Al desintegrar la naturaleza humana y erigir fronteras entre dos mitades enfrentadas, Weininger se condenó a la perversión, los sentimientos de culpa y una muerte temprana. Comenzó por identificar a las mujeres con el cuerpo, con la sexualidad inconsciente y a continuación con el animalismo pasivo. En su calidad de varón racional, condenó ese elemento bestial. «Ningún hombre que reflexione en verdad profundamente sobre las mujeres conserva una opinión elevada de ellas;

los hombres o bien las desprecian, o bien jamás han reflexionado seriamente sobre ellas.»³

Al igual que Freud, con quien tenía mucho en común, consideraba a las mujeres castradas por obra de la naturaleza; dada su elevada valoración del pene, pensaba que las mujeres la compartían:

Una figura femenina absolutamente desnuda en vivo causa la impresión de una carencia, de algo incompleto, que es incompatible con la belleza...⁴

Las cualidades que atraen a una mujer son los signos de una sexualidad desarrollada; las que la repelen son las cualidades de la mente superior. La mujer es esencialmente una adoradora del falo...⁵

Weininger consideró el dimorfismo entre los sexos en toda su extensión y descubrió que, dada esa polaridad, los hombres no podían mantener ninguna comunión real con las mujeres, sino sólo una hipocresía compartida sumamente comprometida. Valérie Solanas realizó el mismo ejercicio desde el punto de vista de las mujeres y descubrió que los hombres codician todo lo que son las mujeres y buscan la degradación y la afeminación en sus manos.⁶ Se vengó disparándole a Andy Warhol un tiro en el pecho. Weininger, más honestamente, atentó contra sí mismo, con éxito. Del mismo modo que Solanas desprecia a los hombres tal como éstos se presentan y por su incapacidad de estar a la altura de su propio estereotipo, Weininger desprecia a las mujeres porque su imagen es pasiva y animal, y a la vez también por no serlo siquiera de verdad. Su fingimiento responde a la exigencia de la situación sexual, de la cual se aprovechan; de ahí la duplicidad y mendacidad que caracterizan todas sus acciones. Puesto que vive a través de otros, la mujer no necesita asumir la responsabilidad moral de su conducta y, puesto que carece de responsabilidad, tampoco tiene moral ni ego. Debido a la ausencia de ego y a la diversidad de papeles que mani-

pulan, las mujeres no tienen identidad, como se puede adivinar por su disposición a renunciar a su apellido. La mujer no es nunca auténtica, en ningún período de su vida.⁷

La reflexión más aleccionadora es que Weininger se limitó a describir la conducta femenina que veía a su alrededor. No podía percibir que esas deformidades eran los rasgos de los que algún día clamarían por liberarse las mujeres. Por lo que él veía, las mujeres eran así y no sabía qué había sido primero, si su condición o su carácter. Supuso que debía haber sido el segundo, porque no era capaz de explicar su condición de ningún otro modo.

La igualdad política y cívica entre los sexos implica la igualdad moral. Implica la consecuencia lógica absolutamente horripilante de que los principios morales de las mujeres serán en el futuro iguales a los del respetable hombre cristiano victoriano, en el mejor de los casos. Lo cual, evidentemente, significa el desmoronamiento total de la moralidad cristiana.

ROBERT BRIFFAULT, *Sin and Sex*, 1931, pág. 132

Todos los defectos morales que detectó Weininger pasaban por virtudes en la sociedad victoriana. Hay que reconocerle a Weininger el mérito de haberlas descrito debidamente. Sin embargo, sus concepciones sobre el ego, la identidad, la lógica y la moralidad se habían configurado a partir de la observación de ese mismo statu quo indeseable y es muy posible que las mujeres de hoy descubran que lo que Weininger describe como defectos podrían ser de hecho *libertades* que les convendría fomentar. Por ejemplo:

En las mujeres el pensamiento y el sentimiento son idénticos, en el hombre se contraponen. La mujer tiene muchas de

sus experiencias mentales en forma de percepciones indiferenciadas, mientras que en el hombre han pasado por un proceso de clarificación.⁸

Definitio est negatio. Podríamos argumentar que clarificación equivale a falsificación; si alguien desea saber qué ocurrió en una situación particular, le convendrá más preguntarle a alguien que la haya percibido en su conjunto y lo haya recordado todo, y no sólo una clarificación extrapolada. ¡Qué triste es para los hombres que sus sentimientos y sus pensamientos sean contrapuestos! Eliot argumentó que en el siglo XVII se había dado una disociación de la sensibilidad, de manera que la inteligencia dejó de servir como indicador directo de la intensidad de sentimientos y en adelante, por el contrario, más bien la socavó.⁹ ¿Podría ser que las mujeres sobreviviesen al proceso que debilitó al resto de la cultura occidental dominada por los hombres? Si podemos extraer alguna conclusión de una posibilidad tan seductora, tendremos que considerar que las mujeres más instruidas sólo han sido admitidas en la cultura académica masculina y han perdido su capacidad de percepción indiferenciada. Según Antonin Artaud, Anaïs Nin podría haber sobrevivido incluso a este trance:

Había llevado a muchas personas, hombres y mujeres, a ver la hermosa tela, pero es la primera vez en mi vida que he visto que la emoción artística hiciera palpar a un ser humano como lo hace el amor. Tus sentidos temblaban y comprendí que la mente y el cuerpo están magníficamente vinculados en ti, puesto que algo tan puramente espiritual pudo desencadenar una tormenta tan potente en tu organismo. Pero en ese matrimonio universal, la mente manda sobre el cuerpo y lo domina, y tiene que acabar dominándolo en todos los aspectos. Siento que hay en ti un universo de cosas deseosas de nacer, si llegasen a encontrar un exorcista.¹⁰

En su mayor parte, esto no tiene ningún sentido. ¡Cabía esperar que el inventor del teatro de la crueldad observase el fenómeno de la sensibilidad unificada y dedicase un párrafo a intentar demostrar el dominio de la mente, hasta el extremo de darle a entender que necesitaba un exorcista! El maniqueísmo de Artaud le impidió apreciar que el estímulo de la pintura era sensual para empezar. Nin respondió simplemente con su mente y su cuerpo ante un estímulo sensible e inteligible. La pintura era una y su respuesta fue igualmente integral.

Cuando las mujeres conservan sus experiencias en su forma original no clasificada pueden lograr salvarse de la gran limitación del pensamiento específico, que A.N. Whitehead señaló en *Adventures of Ideas*.

En el estudio de las ideas es necesario que la insistencia en una claridad realista emerja de la sensación sentimental, como si fuese una bruma que recubre las complejidades de los hechos. La insistencia en la claridad a toda costa se basa en una mera superstición sobre el modo de funcionamiento de la inteligencia humana. Nuestros razonamientos se asen a pequeñas briznas en busca de premisas y flotan suspendidos sobre telas de araña para alcanzar deducciones.¹¹

En un plano banal, esta diferencia en el funcionamiento del pensamiento masculino y femenino se puede demostrar fácilmente: basta pensar en el padre burlándose de la madre porque guarda la sal en una caja con un rótulo que dice "Sago", o en la frecuentemente ensalzada intuición femenina, que a fin de cuentas sólo es la capacidad de observar minúsculos aspectos insignificantes del comportamiento y alcanzar una conclusión empírica que no admite un examen silogístico. Ahora que la mayor parte de la información no se difunde bajo forma argumentativa en letra impresa, sino que se asimila por diversas vías no verbales a través de medios de comunicación visuales y auditivos, la clarificación y las virtudes del debate aparecen

cada vez con mayor claridad como meras vías alternativas de conocimiento, y no ya como las únicas o las principales. Una vez que los ordenadores se han hecho cargo de gran parte del pensamiento vertical, cada vez se hace mayor hincapié en las inclinaciones creativas del pensamiento humano. El repentino aumento de la pasión política en la última década, especialmente entre la generación que ha absorbido la mayor parte de su educación bajo esta forma indiferenciada, da fe de una reintegración en gran escala del pensamiento y el sentimiento. En estas circunstancias, cualquier peculiaridad de la mente femenina en ese sentido podría convertirse perfectamente en un punto fuerte.

Lamentablemente, mis propios argumentos tienen todos los defectos de un respeto insuficiente hacia la lógica y ninguna de sus virtudes; el precio de haber recibido una educación cartesiana, a fin de cuentas. Para eso sirven los privilegios. Y aquí me tienen: ¡una negra que no sabe bailar el *lindy-hop* ni cantar el *blues*! Actualmente, la educación misma está cambiando de manera que el pensamiento creativo no decrezca cuando se inculcan las disciplinas mentales, que ahora no se enseñan como fines sino simplemente como medios para otros fines. Por desgracia, hasta el momento, el principal resultado de ese cambio parece ser la reticencia de los niños a estudiar ciencias, pero con el tiempo las ciencias mismas se acabarán convirtiendo en un estudio completo.

Weininger tenía, sin embargo, acusaciones más serias:

Una mujer es incapaz de comprender que hay que actuar según unos principios; como carece de continuidad, no siente la necesidad de un apoyo lógico para sus procesos mentales ... podríamos considerarla "lógicamente demente".¹²

Es cierto que las mujeres a menudo se niegan a argumentar lógicamente. En muchos casos, simplemente no saben hacerlo y los hombres pueden deslumbrarlas con unos cuantos sofismas

pomposos. En otros casos, se sienten intimidadas e incómodas antes de que empiece la racionalización. No obstante, también es cierto que en la mayoría de situaciones la lógica es mera racionalización de un objetivo infralógico. Las mujeres lo saben; hasta las más instruidas saben que las discusiones con sus hombres son *realpolitik* encubierta. No se trata de una competencia de agilidad mental en la que el botín del vencedor es la razón, sino de un enfrentamiento de voluntades. Las normas del discurso lógico son tan poco relevantes como las normas de urbanidad del marqués de Queensberry para una bronca de taberna. La obcecación femenina rechaza la idea masculina equivocada de que los hombres son animales racionales. La lógica masculina sólo puede tratar cuestiones simples; las mujeres, por el hecho de ser pasivas y estar condenadas a observar y reaccionar en lugar de iniciar, son más conscientes de la complejidad. A los hombres se les ha obligado a reprimir su receptividad, en interés de la dominación. Una de las posibles ventajas de la infantilización de las mujeres es que podrían llegar a convertirse a fin de cuentas, en palabras de Lao Tsé, en «un canal que atrae al mundo hacia él», de manera que «no se cortará su vínculo con la virtud eterna» y «podrán retornar de nuevo al estado de la infancia». ¹³ Si el estado de las mujeres fuese por lo menos el de la infancia y no aquel al que hemos reducido a la infancia misma, algunas nuevas posibilidades podrían estar más cerca de hacerse realidad de lo que parece. Cuando Schopenhauer describió el estado de las mujeres como *infancia moral*, con ello no sólo reflejaba su prejuicio contra las mujeres, sino también contra los bebés. La incapacidad de las mujeres para tomarse en serio la lógica tiene graves consecuencias para su moralidad. Freud añade la guinda al texto de Weininger:

No puedo evitar la idea (aunque vacilo en expresarla) de que el nivel de lo que es éticamente normal es distinto para las mujeres que para los hombres. Su superego nunca es tan inexorable, tan impersonal, tan independiente de sus orígenes

emocionales como exigimos que lo sea en los hombres. Los rasgos de carácter que los críticos de todas las épocas han reprochado a las mujeres: que manifiestan un menor sentido de la justicia que los hombres, que están menos dispuestas a someterse a las grandes exigencias de la vida, que sus juicios con frecuencia están más influenciados por sus sentimientos de afecto u hostilidad, todo ello quedaría ampliamente explicado por la modificación de la formación de su superego ... No debemos dejarnos desviar de esas conclusiones por la negativa de las feministas, que ansían obligarnos a considerar a ambos sexos como completamente iguales en cuanto a su posición y su valor.¹⁴

La circularidad de esta declaración resulta bastante espeluznante. Después de todo, ¿son iguales los sexos en posición y valor? ¿Qué significa posición? ¿Qué significa valor? Freud promete explicar unas deficiencias no demostradas en el carácter femenino a través de una modificación no demostrada de una entidad no demostrada: el superego; si la fisiología es destino, Freud desea ansiosamente inventar una fisiología de la mente. Si no se hubiera separado de un modo tan antinatural el juicio del sentimiento en los oficiales nazis, seguramente no habrían cumplido con tanta precisión sus órdenes. ¿Qué tipo de crítica supone decir que las mujeres son menos estoicas que los hombres? Tras dos guerras mundiales, el estoicismo parece haber perdido su valor. Dado que la "justicia" masculina ha negado la responsabilidad moral a las mujeres y las ha calificado de ángeles mientras las trataba con desprecio, es probable que éstas hayan alcanzado sus propias conclusiones sobre el monstruoso superego y la moralidad ilusoria de los hombres. La Europa protestante se ha impuesto una moralidad de integridad inalcanzable en un desafío contra la misericordia divina, la conciencia carga sin ayuda con la plena e infinita responsabilidad por todas las acciones, a pesar de la parcialidad del conocimiento y la flaqueza de la voluntad que caracterizan la acción

humana. Freud vio los resultados en su propia comunidad, pero no pudo plantear una alternativa a la culpa y la neurosis. El principal puntal de una religión de ese tipo es la capacidad del ego para continuar manteniendo la represión. Las mujeres pueden ser poco diestras en mantener el ciclo del autocastigo del organismo, pero eso también puede constituir una ventaja que implica menos autoengaño que su contrario.

El sentimiento de identidad es muy imperfecto en todas las circunstancias en la verdadera mujer, puesto que su memoria, aunque sea excepcionalmente buena, está desprovista de continuidad ... cuando las mujeres consideran su vida pasada, nunca se entienden.¹⁵

Mi colega Nathan Leites, doctor en filosofía, ha llegado a la conclusión, después de pasar revista a la bibliografía pertinente, de que el término "identidad" es de escasa utilidad, salvo como una cobertura bajo la cual disimular la vaguedad, la ambigüedad, las tautologías, la ausencia de datos clínicos y la pobreza de las explicaciones.

ROBERT STOLLER, *Sex and Gender*, 1968, pág. x

Según las pruebas que ofrece Weininger, el ego es un sucedáneo, formado por la memoria del yo existente en cualquier momento concreto. Observa con horror que si se le pregunta a una mujer por su ser, entenderá que éste es su cuerpo. No intenta definirse manifestando la imagen que tiene de sus méritos, de su conducta. El hombre posee una noción temporal de su identidad, que se puede falsificar, la de la mujer es espacial y simple. «*Here you are*» («Es lo que hay») decían las chapas blancas que Yoko Ono repartió en su exposición. Parece im-

portante, al fin y al cabo. Quizá la mujer, como el niño, conserva alguna capacidad de conectar libremente con la realidad externa. Weininger parecía creer que sí. «La mujer absoluta no tiene ego.»¹⁶

El acto primigenio del ego humano es negativo: no aceptar la realidad, concretamente la separación del cuerpo del niño del cuerpo de la madre ... esta postura negativa culmina con la negación del yo (represión) y la negación del entorno (agresión).¹⁷

¡Vaya culminación! Si las mujeres no tuviesen ego, ni ningún sentido de separación con respecto al resto del mundo, ni represión, ni tampoco regresión, ¡qué bonito sería! ¡Qué necesidad habría de justicia si nadie tuviese ningún sentimiento de agresión sino sólo una compasión infinita! Evidentemente me estoy aprovechando de los maestros de la psicología al torcer y seleccionar de este modo sus palabras, pero ¿para qué otro fin pueden servir? No podemos permitirles que definan lo que debemos ser o la transformación sería imposible. Whitehead y Needham esperaban la aparición de un nuevo tipo de conocimiento que corrigiese la demencia de la inteligencia pura, «una ciencia basada en un sentido erótico de la realidad, en vez de en una actitud agresiva dominante hacia la realidad».¹⁸ Si cabe la posibilidad de que la sabiduría no sea incompatible con un bajo sentido del ego, entonces la caridad, en sus definiciones místicas, parece depender de esa corrosión de la separación: el mito más importante del cristianismo es el del cuerpo místico.

Sanar es devolver la plenitud; devolver la unidad; unificar o reunificar; es Eros en acción. Eros es el instinto que conduce a la unión, o la unificación, y Tánatos, el instinto de muerte, es el que conduce a la separación o la división.¹⁹

La repugnancia de Weininger hacia Eros y su devoción por Tánatos le condujeron a presentar con mayor detalle la integri-

dad de la mujer. De creerle a él, podríamos pensar que ya estamos salvadas:

Este sentido de continuidad con el resto de la humanidad es un rasgo sexual de la mujer y se manifiesta en el deseo de tocar, de estar en contacto con el objeto de su compasión; el modo en que se expresa su ternura es una suerte de sentido animal del contacto. Revela una ausencia de esa línea nítida que separa una personalidad real de otra.³⁰

El pobre Weininger por fin acabó desvinculándose por completo en un último acto de fidelidad a la muerte. La inmoralidad del individualismo resulta evidente en una época en que la soledad es la dolencia más perniciosa en nuestras sobrepobladas metrópolis. Los resultados de la parcelación de las familias en minúsculas porciones que residen en viviendas independientes ha destruido el paisaje de nuestras ciudades y ha creado innumerables problemas de circulación y cohabitación. Se intenta contrarrestar en vano el sentimiento de separación mediante la presión hacia el amoldamiento sin comunidad. En la mayoría de las grandes ciudades del mundo es peligroso caminar por la calle. El sentimiento oceánico de las mujeres hacia la raza tiene escasas oportunidades de expresarse; se metamorfosea grotescamente en obras de caridad organizadas, donde su genialidad para el contacto y el consuelo ha quedado reducida a una afectación simbólica. La repugnancia que sentía Weininger hacia el contacto animal sigue siendo universal entre las razas nórdicas. Incluso cuando está apretujado contra su hermano en el metro, el inglés actúa desesperadamente como si estuviera solo. Ningún contacto físico bendice el psicoanálisis, el contacto más obscenamente íntimo que existe. Últimamente, en los locales parroquiales de los barrios con pretensiones culturales se organizan clases especiales para que los hombres y las mujeres puedan recuperar su sentimiento de confianza a través del tacto. Para Weininger llegan demasiado tarde.

La presión intelectual encaminada a devolver su integridad al mundo completo ha procedido de místicos como Lao Tsé, científicos como Whitehead y Needham y Merleau-Ponty, y en forma de brillantes especulaciones de Norman O. Brown, Herbert Marcuse y Borges. Sus palabras no iban dirigidas específicamente a las mujeres, pues todos consideraban que la polaridad entre los sexos era la alienación básica del hombre de sí mismo, pero ninguno rechazaría la idea de que sus palabras animaban especialmente a las mujeres a asumir la tarea de salvar a la humanidad. Puede que haya tratado con brutalidad sus argumentaciones altamente sofisticadas, pero la reverencia ante la autoridad jamás ha conseguido mucho en lo que respecta a cambiar las cosas. Para inventar una nueva mitología hay que espigar de todas las fuentes, dejando que la situación en la que van cayendo las ideas actúe como crisol. La mayor parte de los defectos que señalan quienes critican a las mujeres son meramente el resultado de haber estado resguardadas de los tipos más sutiles y eficaces de culturización, que su sociedad prodigó sobre sus dirigentes masculinos. Sus puntos fuertes son fruto de la pura ignorancia.

Las ideas dominantes no siempre necesitan ser tan evidentes para poder ejercer una influencia organizadora igualmente potente sobre el modo de pensar de una persona y su manera de abordar un problema. Las ideas antiguas y adecuadas, igual que las ciudades antiguas y adecuadas, llegan a polarizarlo todo a su alrededor. Toda organización se basa en ellas, todo se atribuye a ellas. Se pueden realizar alteraciones menores en la periferia, pero es imposible cambiar radicalmente toda la estructura y muy difícil desplazar el centro organizador a un lugar distinto.²¹

Frente a este problema, Edward de Bono ideó una serie de ejercicios destinados a desarrollar la facultad que denominó pensamiento lateral. El pensamiento lateral es el que produce ideas e inventos, más que soluciones demostrables para pro-

blemas específicos. Es la manera de resolver problemas que no ayuda a obtener una buena puntuación en metodología en un examen y, sin embargo, es correcta. Un ordenador, que sólo tiene que aprender lo que se introduce en él y un método para procesarlo, no puede reproducirlo. De hecho, el pensamiento lateral es un análogo unidimensional de los modos de pensamiento infantiles. Una mujer puede afirmar que conserva algunas de las facultades infantiles, aunque muy limitadas y desactivadas, por la sencilla razón de que no se la ha animado a aprender métodos de pensamiento y a desarrollar una mente disciplinada. Mientras la educación siga siendo en gran parte inducción, la ignorancia conservará estas ventajas sobre el aprendizaje y ya va siendo hora de que las mujeres hagan uso impudicamente de ellas.

La mejor explicación de la crítica dominante del alma femenina viene dada por la lucha masculina para reprimir determinadas facultades en su propio funcionamiento mental. Las mujeres poseían en abundancia esas cualidades que los hom-

¿Es posible que la brecha entre lo subjetivo y lo objetivo se haya establecido mal; que la oposición entre un universo de la ciencia —totalmente exterior al yo— y un universo de la conciencia —definido por la presencia total del yo para el yo— sea insostenible? Y si el análisis realista falla, ¿encontrará la biología su método en un análisis ideal de tipo psicomatemático, en la intelección espinosiana? ¿O no es posible quizá que el valor y la significación sean determinaciones intrínsecas del organismo que sólo podrían ser accesibles a un nuevo modo de “compreensión”?

MAURICE MERLEAU-PONTY,
La estructura del comportamiento, pág. 10

bres civilizados se esforzaron por reprimir en ellos mismos, como también las poseían los niños y los salvajes. El valor de dicha crítica reside en el grado en que revela la intensidad del moldeado de la personalidad ideal; en otras palabras, la crítica masculina de la mente femenina sólo resulta reveladora con respecto al propio hombre. En nuestra cultura, los hombres se mutilaron imponiéndose una norma de integridad imposible; a las mujeres no se les concedió la oportunidad de engañarse de ese modo. Desde los albores de la civilización se ha acusado a las mujeres de arteria y duplicidad, con lo cual jamás han tenido la posibilidad de fingir que sus máscaras no eran tales. Es un argumento bastante exiguo pero quizá signifique efectivamente que las mujeres siempre han mantenido un contacto más estrecho con la realidad que los hombres; parece la justa recompensa por haberse visto privadas del idealismo.

*Pues una lágrima es algo intelectual
y un suspiro es la espada de un rey ángel,
y el amargo lamento de aflicción de un mártir
es una flecha del arco del Todopoderoso.*

BLAKE, *Jerusalén*, * lámina 52

Si las mujeres entienden por emancipación la adopción del papel masculino, ciertamente estamos perdidos. Si las mujeres no pueden aportar un contrapeso a la ceguera del impulso masculino, la sociedad agresiva se precipitará hacia sus extremos más dementes a una velocidad siempre creciente. ¿Quién resguardará las despreciadas facultades animales de la compasión, la empatía, la inocencia y la sensualidad? ¿Quién evitará

* Traducción castellana de Xavier Campos Vilanova, *Jerusalén, la emanación del gigante Albión* (Castellón: Universitat Jaume I, 1997). (N. de las T.)

que corramos la suerte de Weininger? La mayoría de las mujeres que han alcanzado posiciones de poder en un mundo de hombres lo han conseguido adoptando métodos masculinos que no son incompatibles con la farsa de la feminidad. Continúan explotando la conexión sadomasoquista entre los sexos, en la que «sólo podemos elegir entre ser martillo o yunque».²² Wanda vestía ropas femeninas para hacer más patética la tortura de Gregor, igual que la señora Castle* se aseguraba de estar atractiva cuando acudía a denostar a los obreros como un elemento criminal e irresponsable de la sociedad. Es tarea de las

Hay bastantes indicios que sugieren que cuando los seres humanos adquirieron los poderes de la atención consciente y el pensamiento racional, quedaron tan fascinados con estas nuevas herramientas que se olvidaron de todo lo demás, como pollos hipnotizados con los picos pegados a una raya de tiza. Nuestra sensibilidad global se acabó identificando con esas funciones parciales, con lo cual perdimos la capacidad de percibir la naturaleza desde dentro y, más aún, de percibir la unidad sin fisuras entre nosotros y el mundo. Nuestra filosofía de la acción cae en las alternativas del voluntarismo y el determinismo, porque no tenemos ninguna percepción de la integridad del nudo infinito y de la identidad de sus acciones y las nuestras.

A.E. WATTS, *Nature, Man and Woman*,** 1958, pág. 12

* Barbara Castle, secretaria de Estado para el Empleo y la Productividad de 1968-1970 en el gobierno laborista de Harold Wilson, puesto desde el cual intentó introducir una política de contención salarial. (N. de las T.)

** Versión en castellano editada por Kairós (1989) titulada *Naturaleza, hombre y mujer*.

mujeres desarrollar una forma de auténtico poder femenino frente al cual no pueda prevalecer la Administradora Omnipotente con braguitas de blonda.

Un poder femenino significa la autodeterminación de las mujeres, y esto quiere decir que habrá que tirar por la borda todo el bagaje de la sociedad paternalista. La mujer necesita espacio y horizonte para diseñar una moral que no la inhabilite para alcanzar la excelencia y una psicología que no la condene a la condición de lisiada espiritual. Las penas para ese delito pueden ser terribles, pues deberá explorar las sombras sin ninguna guía. Al principio, tal vez parezca que simplemente está intercambiando una forma de sufrimiento por otra, una neurosis por otra. Pero por fin podrá afirmar que ha hecho una elección clara, primer requisito de la acción moral. Puede que ella misma jamás llegue a ver la meta final, pues el tejido de la sociedad no se desenmaraña en el lapso de una sola vida, pero podrá expresarla como su convicción y encontrar esperanza en ella.

La gran renovación del mundo tal vez consista en esto, en que el hombre y la doncella, libres de todo falso sentimiento y aversión, se busquen, no como opuestos, sino como hermano y hermana, como vecinos, y se reúnan como seres humanos.²³

EL TRABAJO

En Inglaterra, las mujeres constituyen el 38 % de la fuerza de trabajo, lo cual significa que la mitad de las mujeres de 16-64 años trabaja fuera de casa.¹ El salario medio de las mujeres que ocupan puestos administrativos, técnicos y auxiliares no llega a las 12 libras esterlinas semanales; en los mismos sectores, los hombres ganan un promedio de 28 libras semanales. Los trabajadores manuales ganan un promedio de 20 libras semanales los hombres y 10 las mujeres. Sin embargo, la igualdad de salarios por igual trabajo no modificará tanto estos datos como seguramente esperan las mujeres. El patrón de empleo de las mujeres sigue la trayectoria del papel que cumplen fuera del trabajo remunerado: casi siempre realizan tareas subordinadas, de apoyo al trabajo más importante de los hombres. De los dos millones y medio de mujeres empleadas en la industria manufacturera en 1967, el Ministerio de Trabajo describía a 750.000 como trabajadoras semicualificadas y 700.000 realizaban tareas administrativas, técnicas y auxiliares, podemos tener la certeza de que la mayoría de las veces en la categoría más baja. La mayor parte, con mucha diferencia, de los hombres empleados en el sector manufacturero son operarios cualificados o están en período de formación para llegar a serlo. El número de mujeres cualificadas sólo supera al de hombres en tres sectores: el textil, el calzado y la cerámica. De los nueve millones de mujeres empleadas en Inglaterra, sólo

un 2% ocupa puestos administrativos y sólo un 5 % trabajan como profesionales. Sólo dos millones de trabajadoras están sindicadas. El triple de chicas que de chicos abandonan los estudios a los quince años; sólo una tercera parte de los estudiantes que superan los exámenes de nivel avanzado previos al acceso a la universidad y sólo una cuarta parte de los estudiantes universitarios son chicas. En nuestra sociedad, tres cuartas partes de las jóvenes de dieciocho años no reciben ningún tipo de formación o educación superior.² El patrón resultante es el de una fuerza de trabajo femenina inerte y no valorada, que se considera mano de obra temporal, dócil pero poco fiable. Más de la mitad de las trabajadoras del país están casadas y se da por sentado que la familia constituye su interés principal, que el trabajo fuera de casa les sirve para obtener algún ingreso adicional para gastos extra, y que no tienen ambiciones. Estas suposiciones son correctas a grandes rasgos, pero perjudican las oportunidades de la otra mitad, las mujeres que se tienen que mantener solas. Incluso en los puestos en los que realizan exactamente el mismo trabajo que los hombres, el salario de las mujeres es entre un 5 y un 2 % inferior al masculino, pero enmendar esta injusticia contribuirá poco a mejorar la suerte de la mayoría de trabajadoras.

Posiblemente debido a la significación tácita de que en 1969 se celebrara el quincuagésimo aniversario del sufragio femenino en Gran Bretaña, el congreso anual del Trades Union Council (TUC) resonó con las incitantes intervenciones de las delegadas y se comprometió a continuar la lucha por un salario igual por igual trabajo, hasta el extremo de apoyar las huelgas de las trabajadoras y de convocarlas incluso en su nombre. El primer ministro de aquel entonces señaló que el país no podía asumir el coste estimado de semejante subida salarial y que ésta se tendría que llevar a cabo de manera gradual, de año en año, mientras su gabinete se devanaba los sesos intentando idear algún nuevo tipo de pacto de productividad aplicable a esa situación. El potencial de agitación femenina ya había quedado

de manifiesto en la huelga de las trabajadoras de la planta de la Ford en Dagenham,¹ que Barbara Castle* abordó por la indigente vía de compartir un té con las mujeres y hablarlo de tú a tú. Las trabajadoras tuvieron la cortesía de no señalarle a la señora Castle que un sueldo de 8.500 libras esterlinas tal vez fuese igual al de los demás miembros del gabinete, pero las mujeres que trabajaban en la cantina de la Cámara de los Comunes ganaban treinta chelines menos que los hombres por el mismo trabajo, aunque también es cierto que nadie señaló que las administrativas de la sede del TUC ganaban menos que los administrativos. El TUC había descartado un año antes la idea de que una comisión se encargase de investigar la situación y las oportunidades de las mujeres en la industria, mientras que el proyecto de ley por iniciativa propia de la señora Joyce Butler a favor de la creación de un comité dedicado a la discriminación sexual había decaído en los Comunes por "falta de tiempo".

La escasa influencia de las mujeres en el gobierno de los estados se debe en gran medida a su propia inercia ... No sólo manifiestan escasos deseos de alcanzar un lugar político directivo, sino que además la gran mayoría acepta el sistema de justificación inventado por los hombres para racionalizar su distanciamiento. Curiosamente, a veces parecen ser más intransigentes que los hombres en este aspecto, y más antifeministas.

MAURICE DUVERGER, *The Political Role of Women*,
UNESCO, 1955, pág. 126

* Véase la nota de las traductoras que aparece al pie de la página 152.

El congreso del TUC se mostró anhelante de que se legisase esa cuestión pero los analistas más imparciales de la situación no compartían su ingenua confianza. No se les escapaba que la igualdad de salario podría tener como resultado que se dejase de contratar a mujeres en los casos en que no gozasen de la ventaja de ser más baratas y que el trabajo femenino fuese quedando cada vez más segregado y relegado a las categorías semicualificadas y no cualificadas.⁴ El efecto de la supresión de la distinción entre mujeres y hombres en los anuncios de ofertas de empleo ha sido en último término ocultar la discriminación, de manera que las mujeres se presentan a convocatorias de puestos de trabajo sin connotación de sexo pero que no tienen ninguna posibilidad de conseguir. La triste realidad es que los prejuicios y la discriminación no se pueden eliminar por ley. Las leyes desde luego no harán surgir de la nada mujeres con formación y un interés constructivo en su trabajo. En general, a las mismas mujeres no les interesa el problema. El hecho de que no se afilien al sindicato y de que las mujeres sindicadas no se muestren activas dentro de su sindicato se puede atribuir en parte a las exigencias de la familia, exigencias reconocidas por el TUC, que intentó establecer salvaguardias para evitar que se obligue a las mujeres a trabajar horas extras y en turnos nocturnos. Las mujeres alegaron que estaban dispuestas a soportar los mismos inconvenientes que soportan los hombres, pero éstos eran renuentes a poner en peligro su propio derecho a disponer del trabajo no remunerado de las amas de casa.⁵ Incluso se mencionó la posibilidad de crear guarderías en las fábricas, gestionadas conjuntamente por la dirección de las empresas y los sindicatos. La intromisión del sexo y de los niños añade un toque de frivolidad a los argumentos: de hecho, es muy probable que ante la posibilidad de enfrentarse con el problema de organizar a los hijos de su personal además de al personal mismo, el empresario se sienta inclinado a discriminar cada vez más, a pesar de la aleccionadora consideración de que la concentración de trabajadoras organizada por la campa-

ña nacional de acción colectiva a favor de la igualdad de derechos para las mujeres reunió a apenas un millar de asistentes el 18 de mayo de 1969.⁶ En tales circunstancias, las activistas se ven obligadas a compensar su escaso número con una mayor estridencia, que suscita la burla y el sabotaje entre su propio sexo. Viene fácilmente a la memoria el caso de la gallarda señora Lillian Bilocca: los pescadores de arrastre de Hull enviados a faenar en invierno en medio de las glaciales galernas del mar del Norte accedieron a la categoría de mártires nacionales gracias a su campaña de agitación. Su hermoso rostro indignado adornó todos los diarios nacionales y su retórica vulgar proporcionó material excitante para las crónicas, que acabó forzando una intervención a favor de sus hombres. Actualmente, la señora Bilocca no tiene posibilidades de conseguir un empleo y el capitán Laurie Oliver, secretario del Gremio de Oficiales de Pesqueros de Arrastre de Hull, le lanzó el insulto máximo, en nombre de su sexo:

Las esposas de algunos de mis afiliados me han pedido que manifieste que la acción de la señora Bilocca no ha mejorado la imagen que pueda hacerse la opinión pública de las esposas de los pescadores. Mujeres que perdieron a algún hombre en los tres buques han sido las que menos han hablado de ello y ésta es la actitud que admiramos. La idea de crear un comité de mujeres para librar las batallas en nombre de los hombres me parece absolutamente ridícula.⁷

El Gobierno británico aún no ha ratificado los acuerdos 110 y 111 del convenio de la OIT, relativos a la igualdad de salario y de oportunidades para las mujeres. El primer ministro justificó este hecho alegando que el Gobierno no podía ratificar el acuerdo cuando sabe que no ha cumplido las condiciones que éste exige. ¿Qué cabe esperar que ocurra cuando se plantea este dilema del huevo y la gallina? Como si esto no bastase para inflamar la indignación, es poco probable que se acepte la formula-

ción de la OIT, que concreta *igual salario por un trabajo de igual valor*; nuestros dirigentes se han apresurado a aprovechar la brecha que les brinda la resolución del Mercado Común que establece que las mujeres deben recibir el mismo salario por un trabajo *idéntico*, lo cual quiere decir que un cambio de denominación del puesto de trabajo de una mujer puede justificar la desigualdad salarial. Para una feminista, uno de los aspectos más descorazonadores de la situación es la reflexión de que en los sindicatos donde las mujeres han conseguido que se acepte la igualdad salarial, se la han concedido los hombres. En el congreso del TUC de 1969 que reclamó la igualdad salarial, sólo había 51 delegadas y más de 1.200 delegados. Entre tanto, las empleadas de banco tienen una escala salarial con un tope máximo de 800 libras esterlinas anuales, mientras que la de los hombres se eleva hasta 1.100; poco más de una mujer entre treinta llega a ganar el salario masculino medio. Las cobradoras de autobús se incorporaron al sector atraídas por la igualdad salarial, utilizada como señuelo cuando el reclutamiento de personal empezó a plantear un problema, pero no pueden ser conductoras, jefas de terminal ni inspectoras; cuando se introduzcan los autobuses sin cobrador, las despedirán o las emplearán en las cantinas con un salario más bajo. Sin embargo, todavía faltan tres mil conductores. Mientras fue repitiendo que las trabajadoras podrían acceder a la igualdad salarial si los trabajadores con salarios más altos estaban dispuestos a pagar el precio, el señor Wilson tuvo en la mano la fórmula perfecta para apelar a la paranoia masculina, y mientras tanto las mujeres seguirán trabajando gratis en casa y por una miseria en el mercado. Todavía está por ver qué supondrá en términos reales su decisión de conceder a las mujeres igual salario por igual trabajo.

Hasta este momento me he referido a las mujeres con un trabajo remunerado y no he hablado de la inmensa proporción de mujeres británicas que son amas de casa: dieciséis millones. El ama de casa no recibe ninguna remuneración, aun cuando el

proyecto de ley sobre la propiedad matrimonial de lady Summerskill de 1964 establecía su derecho a quedarse con la mitad del dinero destinado a los gastos domésticos. Una norma de este tipo sólo podía beneficiar a los ricos, pues evidentemente no podía obligar a los maridos a entregar una cantidad para gastos que duplique la que de hecho necesita la familia. El número de esposas que efectivamente ganen algo y puedan ahorrar con cargo al dinero destinado a los gastos domésticos tiene que ser por fuerza muy reducido. De hecho, toda la legislación en materia de divorcio destinada a proteger a las esposas *abandonadas* tiene la misma curiosa característica: desde un punto de vista realista, sólo es aplicable a las gentes más acomodadas, que parecen ser la minoría, con mucha diferencia, si el salario medio de los trabajadores y trabajadoras puede servirnos de criterio. A las menos acomodadas no les queda otra opción que continuar casadas, pues las esposas carecen de toda independencia económica; la cohabitación es lo único que pueden permitirse. El documento del Partido Conservador *A Fair Share for the Fair Sex* («Un trato justo para el bello sexo») no tiene prácticamente ninguna aplicación útil para la mayoría de las esposas, aunque las tres mil elegantes delegadas ensombreradas que asistieron a la XLIª Conferencia Anual de Mujeres del partido quedasen encantadas con él.⁸ El proyecto de (reforma de la) ley de familia es aplicable asimismo a una pequeñísima minoría y las medidas que abolía —por incumplimiento de promesa, restitución de derechos conyugales, y engaño y seducción— ya eran anacrónicas e infrecuentes. El proyecto de ley sobre la propiedad matrimonial, que permitió que las esposas reclamen una compensación y la restitución del dinero invertido en el hogar o el negocio conyugal, tuvo el efecto de convertir el divorcio en una prerrogativa todavía más clara de los ricos. La comisión legislativa ha investigado las posibilidades de que una esposa abandonada reclame una indemnización por daños a la “otra mujer”; de nuevo, los hechos indican que son raras las “otras mujeres” que disponen de medios para pagar

una indemnización. El matrimonio se podría convertir en una situación aún más sórdida si esas acciones llegasen a ser mínimamente frecuentes. Lo más probable es que la "otra mujer" demandada tuviera que pedirle a su marido que se hiciese cargo del pago en su nombre, lo cual no se diferenciaría en la práctica del pago de una pensión. Del mismo modo que el país no se puede permitir pagar un salario igual por igual trabajo, tampoco se puede permitir redimir a las mujeres del feudalismo financiero del matrimonio. Si se estableciera algún tipo de seguro nacional destinado a proteger a las esposas frente al abandono, los diarios dominicales lo interpretarían como un fomento de la inmoralidad por parte del gobierno. En cualquier caso, a pesar de la fuerte tributación de los grupos de renta media en Gran Bretaña, un plan de ese tipo sería económicamente inviable. Las esposas deben seguir siendo víctimas económicas de todo el sistema, dado que son quienes deben actuar como único amortiguador de la desproporción entre el coste de la vida y los ingresos reales, sin poder esperar ninguna autonomía o libertad de movimientos como compensación.

Más de la mitad de las amas de casa de Gran Bretaña también trabajan fuera del hogar. Algunas son profesionales que se gastan la mayor parte de sus ingresos en servicio doméstico, un coche, las cuotas de la pensión de jubilación y el pago de impuestos. Por ejemplo, la directora casada de un colegio bastante grande gana 1.900 libras esterlinas anuales, de las cuales paga 1.010 de impuestos, otras 110 de cuotas de la pensión de jubilación, 200 de servicio doméstico, 300 por su coche y 75 para pequeños gastos, como ropa y libros, lo cual le deja unos ingresos netos de 205 libras esterlinas al año. Una médica descubrió que su asistenta se llevaba más dinero a casa que ella. Los funcionarios de hacienda tratan muy mal a estas mujeres, con quienes se niegan a comentar las declaraciones de renta de sus maridos.⁹ Si el país no se puede permitir que las mujeres casadas tributen como individuos independientes, lo cierto es que tampoco se puede permitir un despilfarro de mano de obra

La intención con la que se te enseña a coser y bordar, tejer y otras cosas por el estilo no responde al valor intrínseco de todo lo que puedas hacer con tus manos, que es una minucia, sino para que seas capaz de juzgar con mayor perfección ese tipo de trabajo y dirigir su ejecución por otras personas. Otro objetivo principal es permitirte llenar de algún modo tolerablemente agradable las muchas horas solitarias que por fuerza tendrás que pasar en casa.

GREGORY, *A Father's Legacy to his Daughters*,
1809, pág. 59

profesional femenina. La gran mayoría de mujeres profesionales son profesoras y, sin embargo, sólo una tercera parte de ellas continúan trabajando seis años después de haber completado su costosa formación financiada por el Estado. No podemos prescindir de las médicas cuyos maridos no se puedan permitir subvencionar su permanencia en el empleo.

Las mujeres profesionales que se esfuerzan por desarrollar su vocación después de casadas son una ínfima minoría; la mayor parte de las esposas trabajadoras de Gran Bretaña se burlarían de su presunción de que necesitan ayuda doméstica para continuar participando en su profesión, aun cuando es evidente que una profesora o una médica no pueden permitirse la ineficacia que conllevaría su fatiga. Un salario más bajo para las obreras industriales incluso podría tener una justificación perversa si se piensa que más de la mitad de las trabajadoras realizan un trabajo más penoso fuera de su lugar de empleo que en éste. Para muchas mujeres, sentarse ante una máquina, sea una máquina de escribir o una máquina de coser eléctrica, constituye un descanso después de la incesante dedicación de toda su fuerza física y energía al servicio de una familia joven. La hora

del almuerzo es la parte más fatigosa de la jornada para una secretaria que tiene que hacerse cargo de la compra y del pago de las facturas de su familia. En julio de 1969, las esposas trabajadoras se manifestaron frente al ayuntamiento de Epping para protestar contra el aumento de las cuotas de las guarderías, de dos libras esterlinas con diez chelines a seis o siete libras, porque esto supondría que a muchas enfermeras y maestras tituladas les sería imposible continuar trabajando. La huelga de maestros de 1970 reveló que la función indispensable que realizan es hacer de canguros de las madres trabajadoras. Muchas esposas que tienen un empleo dependen del trabajo no remunerado de una persona de la familia para poder salir a trabajar. Muchas otras se enorgullecen del logro que supone llevar una casa y rendir debidamente en el trabajo al mismo tiempo y aceptan el título paternalista de "trabajadoras milagrosas" en el marco de una suerte de estajanovismo extraoficial.¹⁰ Algunas de mis experiencias de primera mano con esposas trabajadoras han sido sumamente desalentadoras. En una época, di clases en un colegio donde la mayoría de las profesoras estaban casadas y las conversaciones en la sala de profesores se limitaban estrictamente al éxito o fracaso de sus métodos anticonceptivos, sus malabarismos para mantener la buena marcha de su casa y de sus hijos, y sus ansias de dejarlo todo en cuanto sus maridos hubiesen alcanzado la antigüedad suficiente en sus empresas para poder permitirse una esposa ociosa. En otro contexto, vi desmoronarse de pura extenuación a una esposa trabajadora empleada como asistente personal de un director de televisión durante la grabación de un programa.

El aspecto subordinado del trabajo de las mujeres es casi universal; en el hogar, deben hacerle más fácil la vida a su marido y fomentar su confianza en sí mismo como proveedor de ingresos, y esto constituye un aspecto no evaluado del carácter secundario del trabajo de las mujeres fuera del hogar. Se da por sentado que las esposas ganan menos que sus maridos y se compadece a los hombres con esposas más exitosas que ellos.

El ocio a que dedica su tiempo la esposa ... no es, desde luego, una simple manifestación de vagancia o indolencia. Se presenta casi invariablemente disfrazado de trabajo o deberes domésticos o entretenimientos sociales que, debidamente analizados, resultan tener poca o ninguna finalidad, aparte de mostrar que aquélla no se ocupa ni tiene que ocuparse de nada lucrativo ni de nada que tenga otra utilidad importante o sustancial ... Pero el gusto al que tratan de agradar esos efectos de adorno y limpieza domésticos se ha formado bajo la guía selectiva de unas conveniencias que exigen precisamente esas pruebas de esfuerzo derrochado en ellos.

THORNSTEIN VEBLEN, *The Theory of the Leisure Class**, 1899, págs. 81-82

Las mujeres también deben servir a los hombres en el empleo; uno de los motivos de la crisis de nervios de la asistente personal del director fue que su jefe era exigente y prepotente y ella estaba demasiado angustiada por el temor a cometer algún error. El tipo más descarado de servicio personal es el que realizan las secretarias, parte de cuya tarea consiste en proteger el ego de sus jefes e incluso disimular sus errores. El departamento de secretariado de Alfred Marks constató que el 80 % de las secretarias con un sueldo superior a mil libras esterlinas anuales estaban dispuestas a hacer recados, un 74 % estaban dispuestas a hacer compras para sus jefes y sus esposas, y un 73 % no se mostraban renuentes a mentir para evitarles problemas con sus superiores." Una respuesta a la publicación de esa noticia en el *Sunday Times* incluía instrucciones para la "chica

* Traducción castellana de Vicente Herrero (México: Fondo de Cultura Económica, 1944/ 2002). (*N. de las T.*)

entre un millón", la secretaria particular perfecta; en orden creciente de importancia:

1. Usar siempre desodorante; no eres esa chica entre mil que no lo necesita.
2. Aprender a preparar un buen té o café.
3. No darle el número de teléfono de la oficina a tu madre/novio/marido/tía.
4. Usar el cuarto de baño para pintarte los labios, ponerte las pestañas postizas, pintarte las uñas o cambiarte de medias.
5. No poner las malas noticias encima de la pila de cartas recibidas.
6. Estar siempre guapa, pero sin resultar provocativa.¹²

Una secretaria es un símbolo de estatus para su jefe, igual que lo es su esposa: su valor aumenta cuanto más limitadas a satisfacer sus necesidades están sus obligaciones. Una telefonista/secretaria/recepcionista es un modelo utilitario; la secretaria particular es un modelo de carreras hecho a medida. Basta echar una mirada a las columnas de ofertas de empleo de un periódico para hacerse una idea de las cualidades de una perfecta acólita empresarial: una secretaria debe ser atractiva, "buena organizadora con un temperamento sereno", vital, inteligente, discreta, "eficiente, con buena apariencia", capaz; el tono de las demandas puede alcanzar un nivel de sutileza increíble:

Secretaria, más que avisgada, inteligente, eficaz, posiblemente también atractiva, para director-gerente.

Me marchó a Mauricio para reunirme con mi prometido. Mi jefe, el presidente de un pequeño grupo consultor de Mayfair, está desolado con mi partida. ¿Crees que podrías ser el tipo de secretaria personal de su agrado?

Secretario de la compañía lamenta amargamente haber dejado volar demasiado alto a su chica. Agradeceré que alguien me demuestre que no era insustituible.¹³

En casi todos los casos se indica la edad, y el conflicto entre el deseo de contratar a una mujer atractiva y una que sea eficaz genera a veces resultados interesantes. Nadie desea en ningún caso a una mujer madura como secretaria, ya que es preciso mantener la relación paternofilial. Treinta años parece ser más o menos el tope. Si una secretaria personal desea llegar a ser indispensable para su jefe, tendrá que intensificar voluntariamente su humildad y disposición de servicio.

Una buena secretaria se entrega exclusivamente a la tarea de promover los intereses de su jefe de todas las maneras posibles ... Es leal, obediente, meticulosa ... le apoya en todo lo que hace, jamás habla de él con el resto del personal y siempre le respalda ante los clientes...

También debe saber «recurrir a sutiles halagos» y no actuar nunca como una «sabelotodo». Su objetivo ha de ser convertirse en «un elemento atractivo y necesario del mobiliario de la oficina». ¹⁴ ¿Qué puede mover a una mujer a servir con tanta fidelidad a un hombre por un salario de baja categoría, ayudarle de hecho a mejorar su nivel de ingresos y disimular sus errores? Dado que debe conocer bastante bien su trabajo, ¿por qué no aspira a ocupar su puesto? ¿Por qué no recibe instrucciones de halagar al jefe de su jefe y dejar sutilmente en un mal lugar al suyo, de manera que los clientes acaben deseando tener tratos con ella, en vez de con él? La respuesta está en la alianza masculina: una chica que revelase que su jefe es un zopenco incompetente probablemente sería despedida antes que él y, en cambio, con una enorme dosis de marrullería e intriga cotidiana (aunque no más de la necesaria para apoyarle mendazmente) tal vez acabe consiguiendo la recompensa que se merece. Resulta tentador preguntarse cuántas empresas están dirigidas de hecho por sus secretarías. Una huelga nacional de secretarías podría tener consecuencias interesantes. En los escalafones inferiores del trabajo secretarial, un fenómeno interesante

revela que la liberación de las mujeres se está abriendo paso. El 15 de junio de 1969, el señor Harold Quitman, presidente de la Comisión de Asuntos Ciudadanos, escribió al *Times* para quejarse de que «existe una evidente escasez de personal administrativo cualificado dispuesto a ocupar de manera permanente las plazas vacantes en las oficinas», mientras que las agencias pueden ofrecer, en cambio, «personal temporal en el acto». ¡Pobre señor Quitman!¹⁵ Al fin y al cabo, parece lógico que una mujer que no puede aspirar a un ascenso no tiene ningún incentivo para enclaustrarse permanentemente en una empresa. Es preferible ir probando aquí y allá, poniendo a prueba y atormentando a nuevos jefes que no tienen la oportunidad de tiranizar a sus asistentes inconstantes. Priscilla Clemenson describió su sistema personal en la revista *Petticoat*.

Trabaja unos siete u ocho meses al año en veinte o treinta empleos distintos. Durante esos meses ahorra y hace planes; luego, en cuanto lo tiene todo a punto, hace el equipaje y parte, rumbo a Escandinavia si quiere navegar, rumbo a Suiza si va a esquiar...

—Cuando estoy de viaje, soy una persona distinta —explica—. Mucho más interesante y más interesada en la otra gente...¹⁶

La proliferación de agencias de colocación de personal temporal permite apreciar su éxito. Durante el trayecto de regreso a casa en el metro, cualquier chica hastiada de su trabajo es asaltada por reiterados anuncios lisonjeros, que intentan convencerla de que podrá ganar más y encima tener tiempo libre si se decide a abandonar el servicio de mecanografía y aventurarse en el mundo alocado del trabajo temporal. Como contrapartida, los futuros empleadores se ven obligados a engatusar y seducir con la promesa de una plantilla joven, oficinas agradables, localización de prestigio, la oportunidad de conocer a gente interesante, junto con una dosis prudente de

halagos. Las anárquicas jóvenes de hoy no se dejan impresionar. El señor Quitman y sus compinches no pueden negar que lo tienen bien merecido, pero aun así se empeñan en atribuir sus dificultades presentes a la frivolidad de la población femenina joven, en vez de comprender que lo que ofrecen es *nada*. Desesperados, los empresarios parece ser que están acudiendo a las mujeres casadas, cuyas responsabilidades familiares esperan que las hagan más fiables. Al menos no desaparecerán para irse a esquiar o a navegar. Pero su corazón y sus pensamientos estarán puestos en su familia. De un modo u otro, las mujeres ganarán esta batalla. Está habiendo algunos retrocesos: llegan noticias de que en Estados Unidos las mujeres comienzan a manipular a sus hombres con el "poder del sexo", mimoso y acariciador, en vez de retador. Las caricias encubiertas de las secretarias ya son suficientemente rastreras; las trabajadoras temporales parecen haber descubierto un método de negociación más digno y con mayor impacto. Si un jefe quiere que su asistente temporal se quede, simplemente tendrá que ofrecerle el incentivo adecuado. Llegará un día en que sólo su propio puesto será suficiente. Las empresas deberían aprovecharse de los resultados de la pericia de las jóvenes que han conocido diferentes tipos de organización administrativa, pero es muy probable que la cicatería y los prejuicios, sumados a la incapacidad masculina para encajar las críticas, se encarguen de asegurar que esto jamás suceda. Lamentablemente, las oportunidades de que disfruta la taquimecanógrafa londinense no se extienden hasta los núcleos de provincias, donde el personal de secretaría está inmovilizado y mal pagado, y vive "con la familia".

El fenómeno más deprimente en el contexto del patrón laboral de las mujeres es la grave situación de las enfermeras. La enfermería nació cuando Florence Nightingale dedicó a las hijas ociosas de la clase media victoriana a una labor de compasión que evitaba que sus manos hicieran travesuras, a semejanza de las mujeres ricas que continuaban colaborando con la Cruz

Roja u Oxfam o quién sabe qué. El sector no ha evolucionado y, como resultado, actualmente 640.000 mujeres trabajan por un simulacro de salario en una tarea esencial que requiere cualificación, iniciativa y "dedicación". La enfermería y la enseñanza han sido durante largo tiempo las profesiones femeninas más populares, y de hecho podría decirse que casi las únicas, pero mientras que las aspirantes a formarse para la docencia casi se han duplicado en diez años, la formación de enfermeras sólo ha atraído a seis mil nuevas matrículas, con un aumento del 25 %. Mientras tanto, el flujo de pacientes se ha duplicado en veinte años y los casos que siguen tratamiento hospitalario son más graves, a medida que va arraigando la política de tratamiento en el hogar. Una enfermera diplomada gana 390 libras esterlinas el primer año (240 netas), 450 el segundo año y 480 el tercero. Las enfermeras psiquiátricas ganan 100 libras esterlinas anuales más. Cuando las enfermeras recibieron un incremento salarial de 30 libras esterlinas anuales, de inmediato aumentaron las tarifas de las residencias hospitalarias y el incremento quedó anulado al instante. La enfermera jefe de sala Elsa Farrier expuso la situación en el *Times* en mayo de 1969, después de un acto público convocado por las enfermeras del hospital de Orpington para advertir a la comunidad a la que atendían de que no podían seguir trabajando de ese modo: «No hablamos con los pacientes como deberíamos. No tenemos tiempo para hablar con los familiares cuando están preocupados. Nos queda poco tiempo para ser humanas o amables».¹⁷

Las tan ensalzadas satisfacciones emocionales del trabajo de enfermería se han degradado, víctimas de las reducciones de personal. Las enfermeras se ven obligadas a realizar trabajos no cualificados, como fregar los suelos, porque hasta el personal doméstico no se deja intimidar como ellas, las profesionales. Mientras tanto, los métodos complejos de tratamiento exigen una mejor formación de las enfermeras: los riesgos de la medicación preventiva pueden convertir en homicida a

una enfermera cansada. De hecho, sólo una de cada tres enfermeras ha completado más de tres cursos de grado medio y la misma proporción sólo ha completado dos, que se considera el nivel mínimo admisible, puesto que han accedido al empleo después de superar el examen general de enfermería. Una tercera parte de las enfermeras en prácticas abandonan, antes de completar su formación, y existe la impresión de que esta sangría no se lamenta, pues constituyen una fuente valiosa de mano de obra barata. Una vez que una enfermera completa su formación, su situación no varía de manera apreciable: usa un cinturón de otro color y sigue haciendo lo mismo que antes. A las enfermeras se las mantiene, además, enclaustradas y disciplinadas, mediante el uso de uniformes arcaicos en las horas de trabajo y la aplicación de unas normas fiscalizadoras y salaces durante su tiempo libre. Toleran el trato más consumadamente maternal de las supervisoras de las residencias hospitalarias, que a menudo las tratan sin respeto y exigen una obediencia absoluta. La excusa que lo justifica todo es el paciente, pero es éste quien sufre en manos de unas enfermeras cansadas, resentidas y agobiadas. Lo absurdo de la situación quedó de manifiesto ante la opinión pública británica en mayo de 1969, cuando la Asociación de Enfermeras Unidas, organizada por la enfermera Veal, salió a la calle, pero incluso entonces quedó patente la mano de hierro de las supervisoras, cuando éstas les ordenaron que no se manifestasen de uniforme y las enfermeras *obedecieron*. La prensa sensacionalista ha vilipendiado desde entonces a la enfermera Veal por ser una enfermera particular que anuncia sus servicios, pero con ello no hace más que lo que está autorizada a hacer cualquier persona cualificada y con iniciativa. De hecho, la enfermera Veal sólo cuenta con trescientas seguidoras: el argumento habitual de que está dañando la imagen pública de la profesión parece disuadir a muchas enfermeras de la participación en acciones reivindicativas. Las enfermeras diplomadas no son un grupo cohesionado: profesionalmente, están divididas entre visitadoras sanita-

rias, enfermeras de quirófano, enfermeras psiquiátricas, enfermeras de sala, enfermeras de distrito, enfermeras jefe, enfermeras contratadas por el Estado. No todas están afiliadas al Real Colegio de Enfermeras. Doce organizaciones distintas representan a las enfermeras en el Whitley Council,* donde se negocia la remuneración y las condiciones de trabajo; en mayo de 1969, cuando éste otorgó a las enfermeras 48 libras esterlinas anuales en concepto de gastos de comidas, en vez del injusto sistema de reembolso puntual del gasto (que tributaba en el acto), apenas 1.200 electricistas de hospital no tuvieron escrúpulos en declararse en huelga para conseguir un chelín más a la hora, con objeto de equipararse a los trabajadores externos. El significado queda claro. Que sea posible usar en contra de las enfermeras el carácter esencial de su trabajo para obligarlas a aceptar una remuneración vergonzosa constituye una acusación contra nuestra sociedad, que las está desafiando a que se atrevan a abandonar a los enfermos y los moribundos, a sabiendas de que no lo harán. ¿Tendrán que esperar hasta que los enfermos y los moribundos se decidan a declararse en huelga en su nombre? Según se ha visto, para que la lamentable situación de los docentes sea objeto de atención hay que esperar a que los estudiantes se decidan a declarar una huelga en su apoyo y se nieguen a obtener sus títulos. ¿Tal vez los pacientes deberían negarse a recuperarse? En ambos casos, el Estado utiliza a los receptores de los servicios de las enfermeras y de los profesores para oprimir a unas y otros. Es necesario idear nuevas estrategias. La subida salarial del 26 % que se acaba de conceder suena muy bien hasta que se considera a qué cantidad corresponde ese 26 %; y todavía queda por ver cómo se hará pagar a las enfermeras por ese aumento.

Las enfermeras son sirvientas cualificadas y, en este aspec-

* El sistema de los Whitley Councils es un sistema de determinación de las condiciones de empleo en el sector público a través de negociaciones paritarias entre los empleadores y los trabajadores. (*N. de las T.*)

to, se ajustan al patrón dominante del empleo femenino. Las vendedoras, camareras, limpiadoras y empaquetadoras completan el cuadro. El trabajo de asistenta o señora de la limpieza está tan asociado a la imagen femenina que en Viena se dio un caso gracioso con un tal Alois Valkan, que necesitaba trabajar para completar su pensión y se tuvo que disfrazar de mujer para encontrar un empleo como limpiadora. Finalmente, acabó siendo detenido por la policía —que había acudido a investigar unos robos en el vestuario— cuando entró en el lavabo de señoras sin su disfraz.¹⁸ Incluso en los oficios donde predominan las mujeres, los puestos importantes los ocupan hombres; ¿han oído hablar alguna vez de una *maîtresse* de restaurante o de hotel? En la industria de la confección, los cortadores y diseñadores casi siempre son hombres. Las ramas femeninas de las fuerzas armadas no están integradas por soldados propiamente dichos, sino por auxiliares administrativas y otros tipos de asistentas de los hombres. Incluso las azafatas de avión, que figuran entre las trabajadoras más envidiadas, no son más que camareras con pretensiones, dirigidas a menudo por un sobrecargo. Uno de los casos más escandalosos de explotación de las mujeres como mano de obra barata es el de las *trabajadoras en el domicilio*, protagonistas de un escándalo destapado por el diario *News of the World*. En teoría, estas trabajadoras deben estar declaradas ante las autoridades locales, pero *News of the World* tuvo noticia de que esta norma no se cumplía en la práctica, según descubrió una investigación del Comité de Precios y Rentas. De los sesenta sindicatos presentes en los sectores donde podría darse el trabajo en el domicilio, sólo uno contaba con alguna regulación al respecto. Superfoam Ltd. de Skegness daba a coser fuera delantales a cinco peniques la pieza. El fabricante de fuegos de artificio Brock's pagaba a las amas de casa un chelín las doce docenas por enrollar y pegar los recipientes de cartón. Las mujeres que confeccionaban bolsas de bizcochos a once chelines las doce docenas tenían la satisfacción de verlas a la venta en las tiendas por dos chelines y

seis peniques cada una. Para despejar cualquier duda, Conway Steward daba a montar en centros de discapacitados, hospitales psiquiátricos, centros de detención y reformatorios, y a amas de casa, bolígrafos en los que había que introducir el recambio, enroscar un tapón, ajustar la caperuza con el clip en el otro extremo y empaquetarlos en envoltorios de seis, por ocho o nueve peniques las doce docenas (según el tamaño). La señora Pollard, que puede llegar a montar doce docenas de barquitos de plástico en cinco horas por ocho chelines, le respondió inocentemente al periodista de *News of the World*: «Lo hago como un pasatiempo para ocupar mi tiempo libre ... Me gusta hacerlo». Las mujeres que realizan este trabajo, que en muchos casos también dominan el manejo de maquinaria, no les cuestan nada a sus empleadores en concepto de electricidad, calefacción o medidas de seguridad, y no pueden reclamar ninguna indemnización ni el pago de horas extras, y se ignora su número. Se supone que sólo en el sector de la confección hay como mínimo quince mil mujeres empleadas en esas condiciones. Los fabricantes justifican sus métodos apelando a la competencia de Japón y Hong Kong: la mujer que trabaja en el domicilio es la culi anglosajona.¹⁹

Las jóvenes que buscan una alternativa al trabajo servil en una profesión a menudo sueñan con el teatro como una salida. Si damos crédito al *Sunday Times*, la mayoría de las mujeres influyentes de nuestro siglo fueron actrices. Michael Croft, director del National Youth Theatre, advirtió a las jóvenes que no buscasen esta alternativa. Según destacaba, en las nuevas obras sólo hay dos papeles femeninos por cada cinco masculinos. En el conjunto de la profesión siempre hay cuatro quintas partes del personal en paro y la mayoría son mujeres. Y aun así, dos terceras partes de los 4.150 aspirantes a ingresar en el Youth Theatre, que sólo podía ofrecer 200 plazas, eran mujeres.²⁰ La profesión de modelo parece ofrecer otra salida para las jóvenes que desean explotar su belleza, pero incluso después de una formación en el arte de posar y el uso de cosméticos, la aspi-

rante a modelo tiene que hacerse un conjunto de buenas fotografías y ofertarlas a las agencias.²¹ Las modelos de más éxito han sido aupadas por fotógrafos, una profesión dominada por los hombres con unas pocas excepciones destacadas. La modelo que trabaja se encuentra con que no cobra hasta varios meses después de realizar el trabajo, por diligente que sea la agencia a la hora de cobrar sus honorarios; la mayor parte del tiempo se encontrará sin trabajo y deberá recurrir a otras vías más innobles para llegar a fin de mes. Posar desnuda para revistas para hombres está bien pagado, pero las indignidades son casi insoportables. Bob Guccione de *Penthouse* alardea de que hace tomar la píldora a sus chicas para que se les hinchen los pechos y las nalgas, las manda a Tánger para que se pongan morenas, les hace poner fundas en los dientes y quitar los lunares, la revista corre con los gastos de vestuario, peluquería y manicura, y luego les paga 200 libras diarias durante una semana, dedicada a fotografiarlas.²² Se las convence para que posen mediante una combinación de halagos y ginebra. En el caso ideal, luego consiguen ofertas para rodar películas y continuar posando; si esto no sucede, se habrán quedado sin lunares, con los dientes igualados, morenas e hinchadas, con mil libras esterlinas que se les irán de las manos en el pago de fuertes impuestos y nuevas inversiones en su imagen.

Las artistas del espectáculo, sean cantantes, bailarinas o profesionales del *strip tease*,²³ están sindicadas, pero el camino es largo y ningún sindicato puede garantizarles trabajo o la continuidad del mismo. Las chicas que acuden a las pruebas de selección de potenciales empleadores en estas "profesiones" cuentan historias espeluznantes, la mayoría de ellas apócrifas, pero yo misma recuerdo algunas humillaciones por las que preferiría no haber pasado. Hace poco, cuando acudí a una cita con el productor de una famosa serie de televisión, a petición suya, o eso pensaba yo, me dio un beso húmedo y me palpó los pechos como una muestra de su poder, una prerrogativa que no podría haber ejercido con ninguno de los hombres que han

aparecido en el mismo programa. Desde entonces le he dado instrucciones a mi agente para que rechace cualquier oferta de trabajo suya, pero la mayoría de chicas no estarían en condiciones de poder hacer lo mismo. Aun así, arriesgarse a probar probablemente es más sano para el espíritu que una servidumbre ignominiosa: a una joven que crea tener verdadero talento para el espectáculo en realidad no le queda otra alternativa que intentarlo. La mayoría acaban adquiriendo un marido que las mantenga durante los períodos de “descanso”. La industria del espectáculo siempre ha ido del brazo de la prostitución, desde los tiempos en que las primeras actrices de Drury Lane y de la Comédie Française también eran las cortesanas más famosas. Muchas prostitutas, independientemente de que se describan como *call-girls*, azafatas o putas comunes y corrientes, se imaginan que están explotando al sexo masculino, y puede que así sea mientras consigan mantener su independencia emocional, pero el papel del proxeneta, el empresario de la prostitución, está demasiado consolidado para poder suponer que las prostitutas han encontrado un estilo de vida autónomo. El maestro de los proxenetas de la sociedad occidental es Hugh Hefner, que inventó burdeles donde las prostitutas sólo se ofrecen para ser miradas, pero no dejan de ser burdeles. Cada “conejita” tiene como tarea inducir a beber a los clientes. Trabajar de camarera con orejas de conejo y un rabito no es una alternativa claramente preferible a la enfermería o el trabajo en el domicilio. La profesional del espectáculo explota tan a menudo su atractivo como objeto sexual que su situación es comparable. En su búsqueda de protección frente a los abusos sexuales a menudo puede acabar más tiranizada por su escolta de lo que jamás habría llegado a estarlo por un jefe. Es más probable que en otras circunstancias que pueda llegar a convertirse en una propiedad valiosa para otro, hasta el extremo de que incluso su verdadero talento quede ensombrecido en medio de la promoción ostentosa del objeto sexual. A la mayoría de la gente le sigue sorprendiendo la noticia de que Marilyn Monroe era una gran ac-

triz, un hecho especialmente lamentable para ella y uno de los motivos por los que está muerta.

Hay alternativas a esta explotación; tiene que haberlas. Me atrevería a decir que he encontrado una en la academia. Recibo un salario igual; me nombraron de preferencia a otros competidores masculinos, y nada me puede impedir avanzar en mi carrera si todo sigue su curso normal. También debo reconocer con sentimiento de culpa que no me esforcé en exceso para conseguir los méritos académicos que poseo. En mi calidad de profesora de una universidad de provincias, tengo que tolerar las manías de las esposas de los miembros del claustro, pero no cuesta demasiado ignorarlas. Probablemente tuve que conseguir distinciones académicas más deslumbrantes de las que habría necesitado un hombre para lograr mi actual nombramiento, pero no puedo demostrarlo. Quizá si hubiese sido hombre me habrían ofrecido una beca de investigación en Cambridge. Las probabilidades en contra de que la adolescente media prosiga su educación son, sin embargo, grandes, a causa de la pérdida de iniciativa y energía que acompaña a la pubertad femenina. La experiencia real justifica el prejuicio de que las mujeres académicas son neuróticas, aunque la teoría no lo diga, pero si una chica cree que puede salir adelante en ese campo, no existe ningún motivo para que no lo haga. La docencia en otras instituciones continúa siendo la vocación preferida de las chicas inteligentes, pero es una vida difícil e ingrata, como se apresuran a señalar las profesoras, aunque luego sean lentas a la hora de actuar. Los hombres que ejercen esta profesión donde predominan las mujeres consideraban tan intolerables las condiciones de trabajo y los salarios, y tan inerte y apática a la afiliación, predominantemente femenina, del Sindicato Nacional de la Enseñanza, que decidieron fundar la Asociación Nacional de Maestros para emprender una acción militante con el fin de mejorar su situación. El sindicato acabó siguiendo el camino marcado por ellos, rechazó el timo de la paridad e inició una serie de huelgas durante el invierno de

1969-1970. Huelga decir que todos los portavoces del sindicato eran hombres: entre los cuarenta y cuatro miembros de la ejecutiva sólo había cuatro mujeres.

Una joven que estudie medicina obtendrá su titulación si trabaja con suficiente denuedo, pero lo cierto es que las pacientes prefieren a los médicos varones, y los pacientes también. Una joven puede obtener el título de arquitecta o ingeniera y puede salir adelante bien si logra que sus empleadores se la tomen en serio. Los datos indican que las mujeres que aprenden oficios como los de técnico electricista u operador de radio no consiguen encontrar empleo.²⁴ Las químicas y científicas pueden ganar el premio Nobel si se dedican a la investigación, pero es improbable que lleguen a estar al frente de un centro de investigación profesional. Mientras intenta alcanzar todos esos logros académicos asexuados, la joven tiene que enfrentarse con un enemigo implacable: su familia. Las constantes recriminaciones, los lamentos de que se está perdiendo todo aquello por lo que vale la pena ser una chica: salir con chicos y lucir ropas bonitas, de que acabará tirando por la borda su formación cuando se case, etc., toda esa fatigosa letanía va minando su resistencia de día en día. La presión de las tareas domésticas, de las que se exige a un chico en su misma situación, no varía, a no ser que se vaya a estudiar a una universidad distante, un recurso que puede topar con la desaprobación parental. El bienestar emocional de una joven depende tanto de la actitud de los hombres hacia ella que puede llegar a poner en peligro sus posibilidades académicas debido a su entrega emocional. Puedo dar fe, por mi experiencia personal como tutora en varias universidades, de los efectos desgastadores que tienen las relaciones emocionales para las estudiantes. Los hombres pueden darse gusto cómo y cuándo quieran, o no hacerlo; las chicas se sienten rechazadas si no son objeto de atención masculina y degradadas por todo lo que no sea un compromiso total, y mientras así suceda será altamente probable que acaben figurando entre las bajas académicas. Las jóvenes raras veces

destacan y los hombres les arrebatan los máximos honores en la deprimente mayoría de los casos, mientras que, por otra parte, la joven que quiera gozar de las mismas oportunidades que ellos en el ámbito profesional no debe igualarlos sino superarlos claramente, debido a los prejuicios iniciales en su contra. Si se siente obligada a conservar al mismo tiempo su identidad sexual mostrándose femenina, el choque de deseos puede tener efectos radicales.

También hay mujeres que han triunfado y, después de pintar este cuadro tan deprimente, ha llegado el momento de contar su historia. Asha Radnoti se graduó con todos los honores en política, filosofía y economía en Oxford y el comité de contratación de la universidad le ofreció el habitual empleo femenino en la enseñanza. Rechazó esa posibilidad, y también otros empleos en IBM y otras consultorías de empresas, para entrar a trabajar como analista en el departamento de estudios de inversiones de Prudential. Al cabo de dieciocho meses se fue a trabajar como asistente del director de inversiones de un banco de inversión canadiense y actualmente es administradora de la cartera de acciones de Castle Britannia Unit Trust Group y responsable habitual de la inversión de más de cuatro millones de libras esterlinas. La señora Ishbel Webster se pasó doce años trabajando como depiladora en la Clínica Tao hasta que patentó su propia fórmula para un producto depilador en forma de aerosol llamado Spray Away. Jennifer Philips vendió su serie cómica *Wink to Me Only*. Turi Wideroe es la primera mujer piloto empleada en una compañía aérea comercial. La señora Nora Rotheroe comenzó como criada doméstica en Camden Town, consiguió un empleo como supervisora motorizada encargada de conseguir contratos de limpieza y de realizar la estimación de costes para su empresa, hasta alcanzar el puesto de directora de Acme, la mayor empresa de limpieza industrial de Gran Bretaña, y llegar a ser finalmente presidenta de Multi-Offices Services Ltd. La señora Margot Newlands es la primera mujer directora en Thomas de la Rue International. La señora

Margery Hurst es una millonaria y copresidenta de la mayor agencia de secretarías británica, Brook Street Bureau. Verite Collins ideó su propia empresa de presentadoras y vendedoras de productos británicos en el extranjero, Union Jills, y llegó a ser directora empresarial del conjunto de agencias y empresas que organizan esas exposiciones comerciales. La industria de la confección puede vanagloriarse de contar con muchas mujeres astutas y creativas, como Mary Quant, Dorothy Tyoran, Sybil Zelker, Gina Fratini, Rosalind Yehuda, Marion Foale y Sally Tuffin, Fiona Browne (Spectrum), Janet Lyle (Annacat), Alice Pollock, Lee Bender, y la temible Biba. Otro campo en el que las mujeres están teniendo considerable éxito es el del periodismo y la escritura en general; el número de mujeres periodistas y novelistas actuales destacadas es demasiado grande y son sobradamente conocidas para que haga falta enumerarlas aquí. Las mujeres han estado bien representadas en la televisión, aunque actualmente existe una tendencia a sustituirlas por hombres, como en los casos de Grace Wyndham Goldie, actual jefa de asuntos de actualidad de la BBC, Catherine Dove (productora de Panorama) y Mary Somerville (directora de Schools Broadcasting). Las locutoras han sido reemplazadas por hombres y las productoras tampoco han conseguido seguir ascendiendo en la cadena directiva, si bien Yvonne Littlewood continúa produciendo programas de entretenimiento; Paddy Foy, de música; Margaret Douglas, de actualidad, y Maggie Dale, de danza. En el teatro, después de Dame Ninette de Valois en Daller's Wells, las productoras han tenido amplias oportunidades y Joan Littlewood es una de las personalidades teatrales más influyentes de nuestro tiempo. Lloyd's ha recibido cuarenta solicitudes desde que declaró, en febrero de este año [1970] que admitiría mujeres, y la Bolsa continúa discutiendo la admisión de mujeres en el recinto, mientras la señora Muriel Burley, candidata desde 1962, sigue esperando la decisión que le permitiría ser socia de una agencia de corredores de bolsa o crear la suya propia. Se acaba de nombrar a la primera jueza.²⁵

Según parece, una mujer tiene más probabilidades de triunfar cuanto más alto apunte y más rara sea su presencia en el medio elegido. La sociedad actual concede el máximo valor a la creatividad, ya sea en el diseño de productos de consumo en gran escala, en la redacción de textos publicitarios o de novelas, o en la invención de formas de organización adaptadas a la demanda actual. El comercio británico depende de la exportación de ideas y pericia y los hombres no tienen el monopolio de ninguna de ambas cosas. Tampoco son incompatibles con la feminidad, pues —si eso es lo que le apetece— hasta Mary Quant se ha hecho afeitar el vello pubiano en forma de corazón por su enamorado marido. Una de mis historias de éxito femenino preferidas es la de la señora Pamela Porter, que es propietaria de su propio camión remolque y recorre 1.500 millas semanales acompañada de tres perros spaniel que viajan con ella en la cabina. Ahora les toca actuar a las mujeres que no sólo deben igualar a los hombres, sino que están obligadas a superarlos en la carrera por el empleo. Ese incentivo se acabará convirtiendo por fuerza en una ventaja.

EL AMOR

EL IDEAL

Si el Dios del que se dice que es amor existe en el imaginario de los hombres es porque lo han creado. Sin duda tuvieron la visión de un amor divino, aunque en la actualidad resultaría imposible identificar un paradigma en este sentido. En situaciones llenas de odio, los hombres han repetido la frase cual un mantra, porque parecía ley de vida. «Dios es amor.» Sin amor, no podría haber existido el mundo. Si sólo existiera Tánatos, sin Eros, nada habría nacido. El deseo es el origen de todo movimiento, y el movimiento es el rasgo característico de todo ser. El universo es un proceso y su regla es el cambio. La llamamos danza de Heráclito, o música de las esferas, o gallarda infinita de los protones y neutrones, en todas las culturas participamos de la idea de un movimiento creativo de vaivén, impulsado por el deseo y frenado por la muerte y la segunda ley de la termodinámica. En todas las épocas se han empleado diversos métodos de formulación para aproximarse a su conocimiento, pues las leyes encaminadas a controlar esta dinámica y formalizarla para ponerla al alcance del pensamiento lógico se tienen que reformular incesantemente. La energía, la creación, el movimiento y la armonía, el desarrollo: todo ello ocurre bajo los auspicios del amor, en el dominio de Eros. Tánatos le sigue detrás, pone orden en la casa, traza los límites y consigue dominar. A pesar de su tendencia compulsiva a limitar y explotar el amor, los seres humanos aman, de manera caótica. Su amor

les induce a hacer promesas, a construir casas y a acabar enfocando su pasión hacia el deber.

Cuando los místicos dicen que Dios es amor, o cuando Aleister Crowley dice «El amor es ley», no se refieren a la clase de amor que es el destino de las mujeres. De hecho, muchos platónicos opinaban que las mujeres no estaban en absoluto capacitadas para el amor, puesto que eran inferiores a los hombres física, social e intelectualmente, e incluso desde el punto de vista de la belleza física. El amor entre inferior y superior es imposible, ya que el primero no puede desvincular su amor del interés egoísta —ya sea en forma de un anhelo de seguridad o de ventaja social—, y su inferioridad le impide comprender las cualidades del superior que son dignas de ser amadas. Por otro lado, el ser superior no puede rebajarse amando a un ser inferior; sus sentimientos estarán necesariamente teñidos de condescendencia o incluirán una cierta perversión y una deliberada autodegradación. El objeto adecuado del amor es un igual, toda vez que la esencia del amor es la reciprocidad y lo inferior no puede generar nada superior a sí mismo. Cuando ve su propia imagen, el hombre la reconoce y la ama, movido por un pertinente y justificado amor propio, un amor basado en la comprensión, la confianza y el sentido de pertenencia compartida. Es la clase de amor que crea comunidades, desde los grupos más modestos hasta los más encumbrados.¹ Es la única base sobre la cual se pueden construir estructuras sociales viables, dado que es la manifestación del bien común. La sociedad descansa sobre el amor, pero no así el Estado, puesto que éste es un conjunto de minorías con bienes comunes distintos, inconciliables incluso. Como un padre que controla a sus hijos de diferentes edades y sexos, el Estado debe crear armonía entre los grupos enfrentados, no a través del amor, sino mediante una disciplina externa. El hombre siente fascinación e interés hacia quienes son muy diferentes a él, y esta fascinación se desvanece cuando la novedad se acaba y aparece la incompatibilidad. En esta situación se encuentran las mujeres femeninas

que se hallan encadenadas a los hombres en nuestra sociedad. Se las forma para que resulten artificialmente diferentes y cautivadoras a los ojos de los hombres y acaban sintiéndose meramente diferentes y aisladas en la casa de un ser aburrido y antagónico.

Desde los primeros instantes de la vida, el amor humano es una función del narcisismo. El bebé que percibe su propio yo y el mundo exterior como una misma cosa, ama todas las cosas hasta que aprende a temer sufrir daño.² De modo que, si lo lanzamos al mar, nadará, al igual que flotaba en el vientre de su madre antes de que éste se le hiciera demasiado estrecho. El bebé acepta la realidad porque carece de ego.

El ángel que presidió mi nacimiento
dijo: «Pequeño ser, hecho de alegría y alborozo,
ve y ama sin ayuda de nadie en esta Tierra».³

Incluso durante la formación de su ego, el bebé debe aprender a concebirse en relación con las otras personas y a éstas en relación con él. Cuanto más minada esté su autoestima, peor opinión tendrá de sus semejantes; cuanto más importante se crea, más esperará de sus amigos. Esta interacción se ha comprendido siempre, aunque no siempre se le ha prestado la debida atención. Cuando Adán descubrió a Eva en el Paraíso, la amó porque era una parte suya, hueso de su hueso, y se le antojaba mucho más parecida que cualquiera de los animales creados para su deleite. El movimiento de deseo que le aproximó a ella fue un acto de amor hacia los de su misma especie. Siempre se ha aceptado que esta clase de narcisismo difuso constituye uno de los cimientos del amor, excepto en la relación entre hombre y mujer, en cuyo caso se supone que lo que inflama el amor del hombre es lo que hay de diferente en la mujer, y por esto se han exagerado estas diferencias hasta el extremo de que los hombres tienen más en común con otros hombres de distintas razas, credos y colores que con las mujeres de su pro-

pio entorno. El principio de la fraternidad humana es de origen narcisista, ya que este amor se ha justificado siempre por el supuesto de que somos iguales en todo el mundo.

La fraternidad humana sólo llegará a ser realidad cuando la conciencia de la existencia de alienígenas corrija la miopía de los hombres y éstos comprendan que tienen más en común con los esquimales, los mendigos bengalíes y los maricones negros que con la forma de vida inteligente del sistema solar X. Por otra parte, se supone que no debemos llamar amor a la relación que une a personas que mantienen intereses comunes, como los futbolistas o los músicos, sobre todo si pertenecen al mismo sexo. Al rechazar esta definición ignoramos el testimonio de los cuerpos y del comportamiento. Cuando Denis Law abraza a Nobby Stiles en el campo de juego, toleramos el gesto porque *no* se trata de amor. Cuando en el escenario Kenny Burrell le manda un beso a Albert King, nos felicitamos porque sabemos lo que significa. El ama de casa cuyo marido baja al bar del barrio cada noche no piensa que quiere más a sus amigos que a ella, aunque a pesar suyo le duele como una infidelidad.

Los argumentos sobre la compatibilidad entre las personas casaderas son producto de una hipótesis implícita sobre el principio de paridad en el amor; sin embargo, pocas veces se advierte que la compatibilidad de intereses en materia de aficiones, libros y cine no compensa el enorme abismo entre los sexos que se mantiene abierto en todos los demás campos. En este contexto cabe recordar con espanto los consultorios sentimentales que recomiendan a las chicas que hagan suyas las aficiones de sus novios, a fin de seducirlos con un interés fingido por algo que les guste. En cualquier caso, el verdadero amor de los hombres continúa estando centrado en sus pares de sexo masculino, aunque su sexualidad pueda ser patrimonio exclusivo de su chica. El vínculo afectivo entre los varones puede explicarse por el sencillo principio de la armonía que reina entre *similes inter pares*, o sea, el amor. Por otra parte, la castración de las mujeres tiene por efecto la concentración de sus

sentimientos en su compañero y la hace incapaz de encontrarse con las de su mismo sexo. Puesto que todo su amor está guiado por la búsqueda de seguridad —ya sea para su prole, ya sea para su propia persona mutilada y temerosa—, no puede esperar encontrarlo entre sus iguales, a las que sabe débiles e inadecuadas. Las mujeres no pueden amar, pues una falta de narcisismo les impide encontrar placer en la contemplación de sus iguales. El efecto de la inseguridad femenina que socava el narcisismo natural y apropiado se puede calibrar, de hecho, con el máximo acierto en el recurso al maquillaje y el disfraz, artimañas que las mujeres detectan de manera infalible. Las mujeres que con mayor efusión presumen de su amor hacia las de su propio sexo (aparte de las lesbianas, que deben inventar su propio ideal del amor) suelen mantener relaciones curiosas con ellas, íntimas hasta un extremo extraordinario pero desleales, inciertas y cargadas de tensiones, por estrechas y prolongadas que sean.

Podemos hablar de la fraternidad humana y fingir que incluye la hermandad femenina, pero sabemos que no es cierto. La cultura popular dice que las mujeres sólo se reúnen para cotillear sobre las integrantes ausentes del grupo y continúan reuniéndose porque son perfectamente conscientes de las consecuencias de su ausencia. Se dice como un chiste, pero igual que los chistes sobre las suegras, el comentario se basa en una amarga verdad. Las mujeres no hacen una escapadita al bar, no inventan, como los hombres, pretextos como el coleccionismo de monedas, o las reuniones de ex alumnos, o la práctica no demasiado entusiasta de ciertas actividades deportivas para poder estar juntas. Cuando las invitan a las reuniones masculinas, contemplan impertérritas los abrazos y las payasadas de sus maridos mientras comentan que en realidad son como niños grandes. No conocen el amor entre compañeras. No son capaces de amarse entre sí de esa manera desenvuelta, inocente y espontánea, porque no saben amarse a sí mismas. Lo que realmente vemos, sentadas a las mesas pegadas a la pared, es un

grupo de sirvientas disfrazadas con los adornos del símbolo de prestigio para evitar un examen crítico —delantales fuera, venga perfume—, que fingen estar ociosas y relajadas cuando sólo sienten cansancio. Lo único que podría convertir la noche en un éxito para alguna de ellas sería lograr interrumpir la historia de amor que se desarrolla a su alrededor consiguiendo que su marido se desviviese por ella o procurando que otro lo haga. Aun en el caso de que los hombres no dejen de lado a las mujeres, la conversación continúa desarrollándose entre varones, con algún contrapunto femenino. Los chistes son chistes de hombres; la actividad y las anécdotas correspondientes son cosa de hombres. Si la sexualidad que se ha excluido de esta relación homosexual no se concentrara exclusivamente en ellas, las mujeres podrían considerar tener motivos de queja. Nadie se queja de que ella tenga sexo sin amor y él, amor sin sexo. Así es como debe ser, cualquier otra cosa sería un espanto.

La esperanza no es lo único que nunca se pierde. El amor hace acto de presencia de vez en cuando de motu proprio. Un sentimiento de benevolencia espontánea hacia nuestros semejantes continúa transformándonos ocasionalmente, no en relaciones en que intervienen la búsqueda de la seguridad y la adulación, sino en ciertas vivencias ocasionales de confianza y de cooperación, en situaciones en las que el deber y la obligación no tienen ningún papel. En las cartas al director de *The People* apareció el siguiente caso extraordinario de amor libre:

Hace dieciocho años mi marido y yo nos instalamos en nuestra primera casa y dos semanas después unos vecinos se mudaron a la casa de al lado. Nos parecieron bastante estirados y ellos tampoco nos miraban con simpatía.

Sin embargo, con los años hemos llegado a bendecir el día en que se mudaron a la casa de al lado. Hemos compartido tiempos felices. Son los padrinos de nuestra hija. Y en los momentos más difíciles, siempre estuvieron dispuestos a echarnos una mano.

Ahora nos han hecho el mayor cumplido posible. Mi marido cambió hace poco de trabajo y tuvimos que mudarnos a más de 300 kilómetros de distancia. Nos resultaba insoportable tener que despedirnos. En vez de separarnos, el marido de mi vecina también cambió de trabajo y se mudaron al mismo tiempo que nosotros.

Aunque ahora no somos vecinos, vivimos a solo cinco minutos de distancia. Nuestra amistad realmente ha aguantado el paso del tiempo.⁴

Esta insólita situación es ciertamente poco frecuente, pues las relaciones familiares tienden a actuar en contra de esta clase de afecto extrafamiliar. Cada vez que una persona se sincera con un extraño, consolida el amor que une a la humanidad. Es cierto que con ello se desahoga, pero al mismo tiempo también le anima la esperanza de encontrar interés y empatía, y habitualmente los recibe. Su interlocutor se siente incapaz de imponer sus propias normas al comportamiento de su confidente: por una vez siente lo que siente otro ser humano. No sólo se transmiten penas y desgracias de este modo, a veces también se comparten alegrías y satisfacciones. Recuerdo que en cierta ocasión un camionero me habló de su mujer, de lo seductora y lista y cariñosa que era. Me mostró una fotografía y me sentí abochornada, pues esperaba una muñeca de plástico y lo que vi fue una mujer que según los criterios de belleza actuales se podría considerar feúcha, gorda y mal vestida. Una parte de la finalidad con la que leemos novelas o vamos al teatro o al cine es ejercer la capacidad de empatía hacia nuestros congéneres; muy a menudo, los múltiples controles y compulsiones de la existencia social ordinaria anulan esta capacidad. En efecto, cuando dejamos de sentir desprecio por Camila o celos de Julieta, podemos llegar a comprender hasta al regicida o al violador de su propia madre. El amor es esto.

El amor entre semejantes se basa en la comprensión y, por lo tanto, en la comunicación. El amor nos enseñó a hablar y la

muerte nos hará callar. Cualquier obra literaria, por injuriosa que sea, es un acto de amor, y todas las formas de comunicación electrónica confirman que la comprensión es posible. Su capacidad real de circundar la aldea global no se ha comprendido adecuadamente aún. Más allá de los argumentos de los estadígrafos, políticos y demás cínicos y fabricantes de muerte profesionales, los ojos de un niño de Biafra transmiten un mensaje inequívoco. Sin embargo, mientras los medios electrónicos alimentan el amor por nuestros semejantes, las circunstancias de nuestra vida sustituyen la pasión por la proximidad.

Y entonces ocurrió también –¡y, en verdad, ocurrió por vez primera!– que su palabra llamó bienaventurado al egoísmo, al egoísmo saludable, sano, que brota de un alma poderosa:

–de un alma poderosa, a la que corresponde el cuerpo elevado, el cuerpo bello, victorioso, reconfortante, en torno al cual toda cosa se transforma en espejo:

–el cuerpo flexible, persuasivo, el bailarín, del cual es símbolo y compendio el alma gozosa de sí misma.

NIETZSCHE, *Así habló Zaratustra**

Si fuéramos capaces de representar un ideal de amor asequible, se parecería a la relación que Maslow describe entre personalidades autorrealizadas. Con toda probabilidad, se trata de un equilibrio bastante precario; las fuerzas del orden y de la civilización reaccionan sin duda de un modo bastante directo para limitar las posibilidades de la realización personal. Las personalidades ideales de Maslow son capaces de percibir me-

* Traducción castellana de Andrés Sánchez Pascual (Madrid: Alianza, 2003). (N. de las T.)

jor la realidad; poseen lo que Herbert Read denominó una mirada inocente, semejante a la mirada de una criatura que no intenta rechazar la realidad. Su relación con el mundo de los fenómenos no se rige por su necesidad personal de explotarlo o dejarse explotar por él, sino por el deseo de observarlo y comprenderlo. No sienten repugnancia, no les asusta lo desconocido. No están a la defensiva y carecen de afectación. Sólo se arrepienten de la pereza, los arranques de ira, el dolor causado a los demás, los prejuicios, los celos y la envidia. Su comportamiento es espontáneo, pero se adecua a un código moral autónomo. Su pensamiento no es egocéntrico, sino centrado en los problemas y, por consiguiente, la mayoría de las veces se sienten comprometidos con una causa que trasciende sus cuitas cotidianas. Sus respuestas están orientadas hacia el presente y no hacia la nostalgia o las expectativas. Aunque ni los sentimientos de culpa, ni el miedo ni ninguna otra compulsión les inducen a profesar una religión, les resulta más fácil acceder a la experiencia religiosa, al *sentimiento oceánico*, como lo llamó Freud, que a las personas religiosas en un sentido convencional. El factor esencial de la realización personal es la independencia, la resistencia a la culturización; el riesgo inherente es el de un exceso de independencia o de una franca excentricidad. Sin embargo, esta clase de personas son más capaces de dar amor, si podemos dar crédito a lo que dice Rogers: «Sólo podemos amar a otro en la medida en que no nos sentimos amenazados por él». La persona autorrealizada podría asegurar que es capaz de amar a cualquiera, ya que nadie puede amenazarla. Naturalmente, las circunstancias limitarán la posibilidad de que ame a cualquiera, pero sin duda sería una gran casualidad que una persona así mantuviera una monogamia absoluta. Sería una pareja poco satisfactoria para una persona que desee ser dominada o explotada o establecer cualquier otra clase de simbiosis compulsiva; puesto que existen muchas menos personalidades autorrealizadas que de otro tipo, éstas casi siempre están mal emparejadas. Maslow ofrece un comentario bastante

inesperado sobre el comportamiento sexual de la persona autorrealizada:

Otro rasgo característico que observé en el amor de las personas sanas fue que no establecen ninguna diferencia muy marcada entre los papeles y las personalidades de ambos sexos. Es decir, no presuponían que la mujer es pasiva y el hombre activo, ni en el sexo, ni en el amor, ni en ningún otro aspecto. Esas personas estaban tan seguras de su masculinidad o de su feminidad que no les importaba asumir algunos de los aspectos del papel del sexo contrario. Un aspecto especialmente notable es que podían ser amantes tanto pasivos como activos ... un ejemplo de cómo las dicotomías habituales se resuelven a través de la realización personal y sólo parecen dicotomías válidas porque las personas no están suficientemente sanas.⁵

Es posible que Maslow esté expresando poco más que un prejuicio a favor de un cierto tipo de estructura de la personalidad, simplemente otro compromiso entre Eros y civilización; sin embargo, todos practicamos alguna forma de compromiso práctico de esta índole. El planteamiento de Maslow por lo menos indica una dirección que podríamos seguir y no se limita a ofrecer una descripción teórica de la personalidad que podría llegar a desarrollarse si el psicoanálisis consiguiera el objetivo que hasta la fecha ni siquiera se ha marcado con claridad ni ha justificado ante un mundo que permanece a la espera: «Restituir nuestras almas a nuestros cuerpos, devolvernos nuestro propio ser y superar así el estado humano de alienación personal».⁶

Aunque resulte sorprendente, Maslow incluyó algunas mujeres en su muestra de personalidades realizadas. Sin embargo, a fin de cuentas, es previsible que las haya, aunque mis planteamientos sobre la culturización de las mujeres sean correctos. En algunos aspectos, el estereotipo femenino opera de una ma-

nera tan descarada y tan absolutamente inalcanzable para muchas mujeres, que resulta fácil reaccionar en contra. Se requiere una buena dosis de valor e independencia para decidir diseñarse una imagen propia en sustitución de la que premia la sociedad, aunque con el tiempo se hace cada vez más fácil. Una mujer que decide seguir su propio camino comprobará que le es imposible eliminar su condicionamiento, pero por lo menos puede reconocer cómo funciona y optar por contrarrestarlo, mientras que un hombre puede encontrarse con que le han engañado de un modo más sutil. Una mujer que haya decidido ser una amante sin condiciones puede encontrarse con que sus relaciones se rompen con cierta facilidad, debido a su resistencia a los intentos de "domarla", y sus amistades casi siempre se pondrán de la parte del hombre que estaba dispuesto a hacer lo que es debido, que estaba enamorado de ella, etc. Por lo general, nadie distinguirá su promiscuidad, fruto de su constante deseo sexual, ternura e interés por la gente, de la promiscuidad compulsiva o la incapacidad de decir que no, aun cuando son esencialmente distintas. Es probable que las personas por quienes mayor ternura siente menosprecien su amor y que su autoestima sufra muchos ataques directos. Estas presiones nunca pueden estar completamente exentas de consecuencias. Aunque la mujer no se reprima por su causa, reaccionará de algún otro modo, actuando con descaro cuando sólo deseaba ser espontánea, y así sucesivamente. Tal vez se limite a escribir alegatos a favor de la promiscuidad, o incluso libros sobre las mujeres. (Mmm.)

Las mujeres deben rechazar los papeles que nuestra sociedad les ofrece en aras del amor. Jamás podrán amar con generosidad si son seres impotentes, inseguros e inferiores. El ideal del amor platónico, de Eros como fuerza estabilizadora, creativa y armonizadora del universo, quedó plasmado con la máxima plenitud en lengua inglesa en el poema abstracto de Shakespeare «El tórtolo y Fénix», quienes:

Así amaron como aman dos
siendo su esencia sólo una,
dis pares, división ninguna,
al número su amor mató.

Almas lejanas, no escindidas;
distancia, espacio no se viera,
entre este tórtolo y su reina;
¡maravilla de maravillas!

El poema no es un llamamiento a favor de la *sati*, a pesar de que describe las exequias mutuas de Fénix y el tórtolo. Nombrar y celebra los conceptos de armonía, de fusión, de unión sin sacrificio ni aniquilación, aquel conocimiento no destructivo que Whitehead aprendió a valorar de los escritos de Lao-Tsé.

Propiedad pusieron pálida,
¡el ser en sí mismo cambiar!
Natura simple, nombre par,
ni dos ni uno se llamaba.

Razón, consigo confundida,
división vio hacerse junta,
las aves cada una ninguna,
simples tan bien se componían.⁷

El amor entre iguales representa el espíritu de pertenencia compartida, la unidad de la belleza y la verdad. Fénix y el tórtolo no necesariamente viven juntos, ya que encarnan el principio de la empatía, que no depende de la familiaridad. Fénix se renueva permanentemente a partir de sus propias cenizas, como una figura de existencia proteica. El amor entre Fénix y el tórtolo no significa la cohesión de una pareja atada el uno al otro durante toda una vida, sino el principio del amor que se reafirma en la relación del yo narcisista con el mundo del que

forma parte. No se trata de una fantasía de la aniquilación del yo, subsumido en la identidad de otro a través de la dominación sexual, sino del estado espiritual de la comprensión.

La espiritualidad —y por ella entiendo la pureza de una naturaleza fuerte y noble, con todas las fuerzas nuevas y no probadas que deben emanar de ella— no ha aparecido aún en nuestro horizonte y su ausencia es consecuencia natural de la diversidad de intereses entre hombres y mujeres, que la atracción de la pasión aproxima en su mayor parte y que, de no ser por ésta, permanecerían tan distanciados como los polos.⁸

Los hombres y las mujeres aman, en efecto, de un modo distinto y buena parte del comportamiento que describimos con esa palabra está tan alejado de la benevolencia y es tan antisocial que se debe considerar contrario a la naturaleza esencial del amor. Nuestro estilo de vida incluye más *Tánatos* que *Eros*, pues damos mayor cabida al egoísmo, la explotación, la decepción, la obsesión y la adicción que al erotismo, la alegría, la generosidad y la espontaneidad.

EL ALTRUISMO

Amor no busca agradarse a sí mismo,
no tiene para sí cuidado alguno,
sino que a otro da su tranquilidad,
y construye un cielo en desesperación de infierno.

Así cantaba un pequeño Terrón de Arcilla
Hollado por las patas del ganado...¹

He hablado del amor como afirmación de la confianza en sí mismo, una ampliación del narcisismo para incluir a nuestros semejantes, concebidos de diverso modo. Sin embargo, nos dicen: «No hay amor más grande que el de quien da la vida por un amigo». En el colegio nos animaban a sacrificarnos por los demás. No comíamos golosinas y depositábamos nuestros peniques en una hucha roja y amarilla con un negrito en la tapa, destinada a las misiones; si éramos devotos, claro está. Este concepto del amor consistía en la negación de sí a través de la abnegación, el olvido de sí a través de la humildad, la paciencia y el sacrificio. El egoísmo esencial de esa práctica resultaba evidente para muchas de nosotras en la actitud de las chicas más beatas, puesto que la finalidad última de esa práctica era alcanzar la gracia del Señor. Todas esas acciones se tenían que ofrecer como un sacrificio o, de lo contrario, el depósito celestial no se abonaba en nuestra cuenta. Sin embargo, se trataba

de una idea tentadora. Se aprovechaba de nuestras tendencias masoquistas y enlazaba con las fantasías de aniquilamiento. Nos decían que así era el amor de la madre que cubre a su criatura con su cuerpo cuando la amenaza un peligro, de la mamá pato que atrae la atención de los cazadores para alejarlos de su nido. Generoso, instintivo y femenino. Todas nuestras madres lo poseían, pues de lo contrario no se habrían expuesto a sufrir dolor y malestar para traernos al mundo. No había palabras para describir la grandeza de los sacrificios que hacía una madre por sus hijos, especialmente por nosotros que ni siquiera recibíamos una educación gratuita. Todas las madres eran santas. Aunque el mandamiento, evidentemente, ordenaba amar al prójimo como a sí mismo, a las monjas les entusiasmaba la idea de amar al prójimo más que a sí mismas.

Tal vez el altruismo sea un alto ideal, pero lamentablemente es una quimera. Nadie puede liberarnos de ser quienes somos, y no podemos actuar en contra de nuestras propias motivaciones, a menos que seamos patos y actuemos como criaturas instintivas, al servicio de la especie. Nosotras, las hijas que éramos las receptoras, sabíamos que el sacrificio de nuestras madres existía sobre todo en nuestra cabeza. Nos exhortaban continuamente a estar agradecidas por el don de nuestra vida. Después de la redención, que nunca podríamos agradecer suficientemente —aunque, para empezar, no teníamos una idea muy clara de por qué necesitábamos que alguien muriera por nosotros—, teníamos que agradecer el don de la vida. Las monjas nos advertían que el mandamiento que nos ordenaba a amar a nuestro padre y nuestra madre seguía inmediatamente después de los mandamientos sobre el amor a Dios, y como ellas estaban *in loco parentis* y vivían solamente para Dios y sus vecinos, debíamos estar agradecidas también por todo eso. Ahora bien, los niños son seres pragmáticos. Comprendíamos que nuestras madres nos chantajeaban con su sacrificio, aunque ignorábamos si habrían podido llegar a ser grandes estrellas de ópera o las mujeres más aclamadas de la

ciudad, si no nos hubieran traído al mundo. En nuestros momentos de mayor rebeldía, les hacíamos notar que nunca habíamos pedido nacer ni tampoco estudiar en un colegio tan caro. Sabíamos que ellas debían tener sus propias razones para hacer lo que nos hacían. La idea del sacrificio de nuestros padres no nos llenaba de gratitud, sino de confusión y de culpa. Queríamos que fueran felices, pero estaban tristes y sufrían privaciones, y todo por nuestra culpa. El grito de la madre de Portnoy es el de todas las madres, salvo que hayan renunciado por completo al papel de mártires. Cuando nos reñían y nos pegaban por hacer sufrir a nuestras madres, intentábamos explicar que no les habíamos pedido que se preocuparan tan minuciosamente por nuestras actividades. Cuando nuestras notas escolares eran motivo de reproches y reprobación, nos dábamos perfecta cuenta para la satisfacción de quién debía servir el sacrificio. ¿No tendríamos nunca la oportunidad de estar en el lado acreedor en esas transacciones emocionales? En cuanto a las monjas, estábamos casi seguras de que, al renunciar al mundo para consagrar su vida a Dios y a nosotras, no habían renunciado a nada que desearan con pasión, sobre todo no por nosotras a quienes ni siquiera conocían.

Ahora bien, mientras que los chicos pueden mantener una actitud relativamente distanciada y cínica con respecto a las motivaciones de sus padres, las niñas acaban capitulando. Su concepto de sí mismas es tan confuso y la dependencia que les han inculcado, tan intensa que comienzan a sacrificarse muy pronto. Todavía están expiando la culpa primaria por haber nacido, cuando abandonan valerosamente todos sus demás intereses para concentrarse en hacer felices a sus hombres. La percepción de la verdadera motivación del sacrificio coexiste de algún modo con la ideología oficial. Los expertos en relaciones públicas intentan atraer a las chicas hacia la enfermería alegando que se trata de la profesión más gratificadora del mundo, cuando es la más dura y la peor pagada. La satisfacción procede de la sensación de hacer el bien. Las enfermeras se sienten

bien no sólo porque alivian el dolor, sino porque además reciben una escasa recompensa a cambio; lo cual las convierte en acreedoras emocionales permanentes. Cualquier paciente de un hospital público puede dar fe de lo que significa en la práctica esta explotación del masoquismo femenino. Cualquiera que se haya retorcido de dolor toda la noche para no llamar a la enfermera de turno, abrumada de trabajo y cargada de reproches, lo sabe por experiencia propia.

En las relaciones sexuales, esta confusión del altruismo con el amor pervierte a la mayoría. El sacrificio es el tema principal de una gran parte de los juegos matrimoniales de las mujeres, desde el más burdo («Te he dado los mejores años de mi vida») hasta el más refinado («Sólo me acosté con él para que te ascendiera»). La recompensa que esperan a cambio de tanto sacrificio personal se llama seguridad y, puesto que esperan una recompensa, no se trata de un sacrificio propiamente dicho. En realidad, es una especie de transacción comercial, en la que la mujer siempre será la acreedora. Naturalmente, también la practican algunos hombres, que se justifican por no hacer un trabajo más interesante o no arriesgarse a una cierta inseguridad escudándose en sus obligaciones hacia su esposa e hijos; sin embargo, no es algo que ocurra invariablemente, mientras que resulta difícil imaginar una relación hombre-mujer en la que esté ausente el elemento del sacrificio femenino. Mientras se las obligue a vivir por persona interpuesta, a través de los hombres, las mujeres tendrán que procurar hacerse indispensables, y ésta es una tarea a tiempo completo, que suele denominarse equivocadamente altruismo. Bien mirado, el altruismo es un absurdo. Las mujeres se sacrifican en proporción directa con su incapacidad de ofrecer algo más, aparte de ese sacrificio. Sacrifican lo que nunca han tenido: su propia persona. El grito de la mujer abandonada, «¿Qué he hecho yo para merecer esto?», deja repentinamente al descubierto la falsa economía emocional que ha estado practicando. La mayor parte de los hombres sólo advierten en las riñas conyugales con cuánta hi-

pocresía y cuán a regañadientes han capitulado sus mujeres ante ellos. Evidentemente, el falso altruismo no es patrimonio exclusivo de las mujeres, pero mientras ellas necesiten a los hombres para vivir a través de éstos, y ellos, en cambio, puedan elegir tomar esposa o no, y vivir igualmente, el altruismo tendrá mayor peso en la motivación femenina que en la masculina. El mandamiento, a menudo mal interpretado, de Aleister Crowley, *haz lo que quieras*, es una advertencia para que no nos engañemos pensando que tenemos otra alternativa y asumamos toda la responsabilidad de nuestros actos. Cuando alguien ha elegido de verdad su camino, no puede pedirle responsabilidades a otra persona. El altruismo de las mujeres no es más que la falta de autenticidad de la persona femenina trasladada a su comportamiento. Es otra función de la falta de narcisismo femenino.

EL EGOÍSMO

Mas una piedra del arroyo
cantó estos adecuados metros:

«Amor sólo busca agradarse a sí mismo
para ceñir a otro a su goce,
se alegra en la pérdida de tranquilidad de otro
y construye un infierno a despecho del cielo».¹

Que el altruismo sea una quimera no significa automáticamente que todo comportamiento amoroso sea fundamentalmente egoísta. El narcisismo que he presentado como fundamento del amor no es un fenómeno del ego —que constituye tan sólo la parte consciente de la personalidad y aquella donde anida la conciencia del yo—, sino una función de la personalidad completa. El egoísmo en el amor no es el amor de una persona hacia otra semejante a ella, sino la creencia de que existe una unidad entre dos personas que es preciso consolidar y proteger frente a todos los intentos de socialización. Si alguien ama a una sola persona y se muestra indiferente hacia el resto de sus congéneres, su amor no es amor sino apego simbiótico o un egoísmo ampliado.² Freud dio por sentado que la pasión sexual era excluyente, visto que los celos parecían formar una parte tan intrínseca de la misma y, de hecho, como veremos, la mayor parte de los experimentos de matrimonio en grupo fracasan

a causa de las dificultades que experimentan casi todas las personas cuando, con la mejor voluntad del mundo, intentan superar el egoísmo sexual. Los celos de un hombre con respecto a su mujer son obviamente egoístas de un modo muy distinto de los celos femeninos. Una mujer se convierte en la extensión del ego del hombre, igual que su caballo o su coche. La pueden robar y la infracción será imputable al ladrón, no al bien robado. Por consiguiente, los hombres que se enfrentan con violencia a los que bailan con su mujer o la miran con descaro están intentando restaurar su imagen dañada. En nuestra sociedad, los celos masculinos no suelen tener su origen en la supuesta promiscuidad de las mujeres, sino más bien en la presunción de que sólo se avienen a mantener relaciones sexuales. Diríase que la mayoría de las veces los hombres flirtean con las mujeres de otros hombres no porque las deseen, sino por el afán de agraviarlos a ellos; de ahí el síndrome de la pelea de gallos, tan absurdamente frecuente aún en la sociedad anglosajona del siglo xx. Algunas personas conciben las relaciones amorosas bajo la forma de una exclusividad cargada de celos. «Me gusta tenerla cerca. No necesito que tengamos grandes conversaciones. Simplemente me siento fatal cuando la veo con otro.»³ Todos los términos en los que se expresa esta clase de pasión son negativos. «Nunca he querido estar con nadie más. Eres la única mujer a quien he amado» se considera justificación suficiente para que la propiedad sea indiscutible. Puesto que el amante no puede vivir sin su amada, ésta debe permanecer a su lado incluso contra su voluntad. Esto se interpreta la mayoría de las veces como amor. Mientras la amada se quede, es posible que sea tratada con suma generosidad, pero en cuanto abandone la relación se convertirá en objeto de odio y de represalias. Las connotaciones de esta clase de simbiosis quedan muy bien resumidas en un caso macabro que publicó la prensa italiana. Meo Calleri raptó a Maria Teresa Novara de la casa de sus padres en Asti, en el Piamonte, y la instaló en un cuarto subterráneo sin que nadie lo supiera. Allí la mantenía abasteci-

da de comida y cómics, en cuyos márgenes ella llevaba una especie de diario donde describía cómo pasaba los días esperando a su amante. Pero un día éste tuvo un accidente con el coche y murió ahogado. Nadie conocía la existencia de su nido de amor y su desafortunada rehén se asfixió lentamente, tumbada en la estrecha cama, esperándole, perfectamente maquillada. Resultó ser demasiado cierto que no podía vivir sin él.⁴

Y, sin embargo, según una consejera sentimental actual, la respuesta afirmativa a las preguntas «¿Cree que no podría vivir sin él?» o «¿Piensa que la vida dejaría de tener sentido si mañana le perdiera y que jamás volverá a sentir por otra persona lo que ahora siente por él?»,⁵ es señal de que una mujer está enamorada de verdad. Mientras que los hombres consideran la fidelidad de las mujeres como un apuntalamiento necesario de su ego, y el adulterio, como la peor afrenta —y así ocurre incluso en Inglaterra—, las mujeres están dispuestas a tolerar la infidelidad porque necesitan desesperadamente una seguridad no aparente, sino real. Viven atormentadas por los celos porque las aterra el abandono, que la mayoría consideran más que probable.

Ningún hombre espera que lo vayan a abandonar hasta que no se enfrenta con la prueba de que le están poniendo los cuernos o de que ya le han dejado. Como observó Compton Mackenzie por boca de una de sus mujeres extraordinarias (*Extraordinary Women*):

Voltaire dijo que ningún hombre puede llegar a ser capaz jamás de imaginar por qué una mujer podría desear *coucher* con otra persona que no sea él; pero yo creo que podría haber dicho asimismo que, pasada cierta edad, ningún hombre puede tener la absoluta certeza de que la mujer *qui couche avec lui veut coucher avec lui*. En cambio, desde el instante mismo en que una mujer *couche avec un homme* no cesa de pensar que él está deseando *coucher avec une autre femme*.⁶

Los hombres sienten celos por amor propio; las mujeres, debido a la falta del mismo. En cierta ocasión, cuando le pregunté a un chico que quería que me fuese a vivir con él si se mostraría posesivo, para tranquilizarme, me respondió que me haría el amor tan a menudo que sería incapaz de desear a otro. Esta clase de arrogancia es la causa de que el engaño real les resulte tan intolerable a los hombres; la absoluta imposibilidad de que las mujeres puedan llegar a sentirla, convencidas como están de que no tienen manera de controlar la sexualidad de sus maridos, es lo que genera la inseguridad femenina. Una mujer está tan segura de que su marido la aprecia como si fuese un objeto, un objeto estereotipado, además, que no ve motivo para que él no desee el busto que exhibe ante sus ojos otra invitada a la cena; sobre todo si tiene la triste sospecha de que el busto ajeno es más vistoso según los criterios del estereotipo. Naturalmente, muchas mujeres controlan la sexualidad de sus compañeros y una de las maneras más sencillas de hacerlo es habituándoles a alguna práctica hasta que se vuelven adictos a ella. Recuerdo que, en cierta ocasión, una mujer alardeó ante mí de ofrecer algo en la cama que yo no tenía, de manera que un amigo común por fuerza tenía que haberla apreciado más que a mí. Más adelante supe que lo que ofrecía en la cama era el deseo de ser azotada y humillada, lo cual obligó a nuestro amigo común a ceder a una inclinación que siempre le había inspirado recelo, un hecho que le hizo sufrir mucho. Las mujeres están encantadas de reemplazar cualquier unión espontánea por placer por la adicción, porque ésta ata más. En Inglaterra se cuentan por centenares los casos de esposas que aceptan vestirse de cuero o de látex, azotar a sus maridos o cagar sobre ellos, o cualquier otra cosa que les pidan, pues su seguridad reside en el carácter compulsivo de la actividad.

Una mujer puede justificar esta clase de humillación ante sus propios ojos como una forma extrema de altruismo, cuando es evidente que, como sucede con prácticamente todas las demás formas de altruismo femenino, se trata de egoísmo en-

cubierto. Cuando las mujeres abandonadas corren detrás de los maridos que huyen con la cara bañada en lágrimas y gritando: *No puedes hacerme esto*, dejan al descubierto que todo lo que entregaron en nombre de la generosidad y el altruismo formaba parte de una transacción tácita, en la que tenían derecho a recibir una compensación. La expresión última de esta clase de amor-egoísmo es el intento de suicidio, y lo practican ambos sexos. Nuestra sociedad alienta la sustitución del placer espontáneo por la adicción y en particular anima a las mujeres a alimentar dependencias que reduzcan la tendencia de sus compañeros al mariposeo y otras formas de inestabilidad. Sin embargo, mientras los moralistas populares animan a las mujeres a responder de manera indirecta a las infidelidades de su marido, utilizando su sentimiento de culpa como argamasa para consolidar la simbiosis matrimonial, a la vez les conceden

Envidia tenía la enorme forma, en desacuerdo consigo misma en todos sus miembros, víctimas del eterno tormento del amor y de los celos, al meter a los amores libres de Jerusalén en un cautiverio infernal para que pudieran nacer entre luchas de castidad y en el odio mortal que hay entre Lía y Raquel, hermanas del engaño y del fraude, que llevan las imágenes de varias especies de lucha y de celos y aborrecimiento y venganza y mortal asesinato, hasta que se niegan a darle libertad al macho, y no como en Beulah, en donde todas las hembras se complacen en ofrecer sus doncellas a sus esposos.

BLAKE, *Jerusalén*,* lámina 69, II, 6-15

* Traducción castellana de Xavier Campos Vilanova (Castellón: Universitat Jaume I, 1997). (*N. de las T.*)

a los hombres un poder considerable de vigilancia y restricción con respecto a sus esposas, incluso sobre actividades en apariencia inocentes. Prácticamente todas las revistas femeninas ofrecen ejemplos de este mecanismo. El siguiente procede de una carta dirigida a Evelyn Home, de la revista *Woman*:

Una fiesta que tuvo lugar hace un año continúa siendo un tema explosivo entre mi mujer y yo.

La semana siguiente, uno de los invitados que había estado bailando con mi mujer fue a verla mientras yo estaba en el trabajo. No sé si hice bien o no, pero llamé a su casa y su mujer se rió y me explicó que su marido sólo le había hecho una visita de cortesía. Mi mujer me hizo una escena tormentosa y me aseguró que podía confiar en ella, pero si no lo hacía, se acostaría con el próximo hombre que llamara a la puerta y me daría un motivo real de preocupación.

Yo sigo insistiendo en que después del matrimonio ninguno de los cónyuges debería recibir esa clase de visitas. ¿Debo mantenerme firme o debo imitar el comportamiento de mi mujer?

El pobre desgraciado se pasó un año entero cavilando sobre el asunto. Su mujer recibe una visita durante el día y él le da vueltas durante un año. En realidad, la tiene en tan poca estima que discute el asunto con la esposa del otro hombre, la cual se burla de él, de su deslealtad, su inseguridad y su presunción. Su mujer, por su parte, no demuestra quererle demasiado, puesto que le amenaza, y no entra en la cuestión de principios: ¿estamos hablando del matrimonio, el puntal de la sociedad? Evelyn Home, en cambio, no rechaza la moral del marido afrentado. Refrenda sus presunciones básicas sobre las amistades de su mujer y dignifica su relación dándole el nombre de "amor".

Puesto que no admira el comportamiento de su mujer, no

lo imite, pero pregúntese, sin embargo, por qué aceptó las atenciones de otro hombre. No pongo en duda que su visita fue sólo de carácter social, pero es evidente que el gesto encantó a su mujer.

¿Le dice con frecuencia que la quiere? Si no lo hace, empiéce a hacerlo, pues ella necesita que se lo asegure. Y reflexione sobre la clase de vida que lleva. ¿Le resultaría aburrida si estuviera en su lugar? ¿Desearía tener otras actividades o intereses intelectuales? Quizá su mujer también los necesite para poder seguir siendo felizmente fiel.⁷

Es posible que la gente que compra libros se burle de estas opiniones y las descarte como actitudes propias de una determinada cultura, pero ello equivale a ignorar que las actitudes morales de un ente llamado Evelyn Home, un nombre que rezuma domesticidad,* son las que resultan aceptables para la gran mayoría de lectoras, según indican los ordenadores.

El amor de los enamorados es un amor exclusivo; cualquier otro tipo de amor, incluido el amor por la prole nacida de ese amor, causa celos. De ahí el proverbial odio contra la suegra, otro ejemplo del distanciamiento de la unidad doméstica reducida a una sola pareja del entramado social más amplio. Con ella se repite la situación edípica y se reproduce el complejo de Edipo en la prole, de manera que la familia se convierte en el campo de batalla de la casa de Atreo, todos cautivos en la red, esperando ser despedazados poco a poco hasta morir lentamente. Los amantes viven sólo el uno para el otro, muertos para el mundo exterior. Un hombre muerto es un buen empleado y su mujer muerta permanece anulada en su mausoleo de ladrillo rojo esperando el regreso de su marido para poder continuar su juego homicida ritual, mediante caricias o por medio de insultos y golpes, poco importa, pues todo hombre mata al

* En inglés, *home* significa "hogar". (N. de las T.)

objeto de su amor, como apuntó Oscar Wilde con la irresponsabilidad que le caracterizaba. Las mismas técnicas que se usan para mantener a las criaturas reducidas a la categoría de muñecos y lisiados se emplean en el contexto del amor matrimonial para sellar la unidad egoísta. Un lenguaje infantil, que llega hasta el extremo de llamar "papá" o "papito" al marido y "mami" o "mamá" a la esposa, y "bebé" el uno al otro, mantiene el discurso a un nivel de oportuna necesidad.

Incluso entre amantes que rehuirían el lenguaje infantil, la acumulación de pequeños objetos y rituales con valor sentimental forma parte del egoísmo mutuo del amor. Objetos, lugares, palabras graciosas, juegos y regalos se reparten por la casa como amuletos encargados de conjurar la intrusión del mundo externo. El egoísmo de las mujeres funciona con mayor perfección que el de los hombres en ese contexto; en efecto, ellas consideran la indiferencia hacia sus juguetes y rituales como la máxima crueldad. Regalar un objeto predilecto o llamar a otra persona por el mismo apodo significa el final de la relación: no tiene perdón. Con el tiempo, muchos de los recursos del *égoïsme à deux* acaban conduciendo a la separación de los amantes; en efecto, cuando no existen vínculos visibles no es posible romperlos de manera visible. (Si no me regalas la insignia de tu asociación estudiantil, no podré devolvértela.)

Me avergonzaría tener que devolverla a sus padres: con su pelo haré una toca para cubrir mi cabeza y machacaré sus huesos para fabricar mortero. No la dejaré marchar, pero me casaré con otra.

Novio decepcionado, Battak, Sumatra

Uno de los aspectos más interesantes del egoísmo del amor es el deseo, tanto de los hombres como de las mujeres, de sen-

tirse orgullosos de su pareja. La mayoría de los hombres desean a mujeres de las que puedan presumir ante sus colegas, que resultan deseables para los otros hombres, pero que estén claramente sometidas al deseo exclusivo de su propietario. Gran parte de la indignación que sienten los hombres cuando sus mujeres flirtean con otros hombres se debe a que el prestigio que supone tener una esposa guapa y deseable se desvanece ante la impresión de que ella no está feliz y satisfecha con su dueño. La cantidad de canciones para adolescentes que lamentan la inconstancia de las mujeres bellas y sueñan con muñecas de papel que los demás no puedan arrebatarles indica cuán extendida se halla esta clase de egoísmo. Cuando un hombre se compromete con la chica de sus sueños, uno de sus deseos más apremiantes es exhibirla ante sus amigos; en cambio, a las mujeres esto les preocupa menos, puesto que están dispuestas a desatender a todas sus amistades para adoptar las de su pareja. Entre las actitudes de las mujeres con respecto a los hombres, sólo encontramos un egoísmo comparable cuando la mujer forma parte de un grupo que considera demasiado sosos, cursis o aburridos a ciertos hombres para que merezcan la pena, y ninguna aseveración sobre sus encantos o tesoros ocultos o lo que sea podrá contrarrestar la inquietud por la impresión causada en público. Una mujer demuestra su valor ante sus hermanas eligiendo a un hombre triunfador y presentable. Probablemente forma parte del proceso de selección natural que actúa muy al principio del cortejo, a la vez que es una muestra de egoísmo saludable; lástima que los criterios que intervienen en dichos juicios sean tan artificiales y comerciales, y tan triviales. Un conocido mío, en un intento de explicar por qué estaba tan perdidamente prendado de su secretaria, con absoluto desprecio de su matrimonio, aclaró que aquélla había tenido muchos amantes famosos, había sido *hippy* cuando todavía se estilaba y se había marchado de Haight Ashbury cuando dejó de estar bien visto vivir allí. Tenía las piernas largas, una larga melena rubia y un cuerpo a la moda, lo sabía todo sobre el "ácido" y la

habían iniciado Leary y Kesey: ¿cómo no iba a estar prendado de ella? A su mujer, que diez años antes había sido un buen partido, no le iban demasiado bien las cosas (en parte por haber estado casada con él), de modo que todos saldrían ganando si él siguiera su camino. También las mujeres se deleitan con el resplandor de la gloria de los compañeros que han elegido. No tendría sentido casarse con un hombre famoso y artista y mostrarse indiferente a sus logros: todas las personas desean ser reconocidas y recompensadas, pero el mundo tal vez sería más agradable si los logros se juzgasen con criterios más variados y la gente no pensara tanto en conquistar el amor de los demás y más en amarlos. «Le conseguí» carece de sentido desde el punto de vista de una relación de amor, al igual que «Le perdí». Si pudiéramos dejar de pensar en términos de una captura, no tendríamos que temer que se aflojaran los lazos que retienen al cautivo ni que nuestra belleza menguara, y él no tendría úlceras por el temor a ser superado o humillado por otros. Lillian Hellman amó a Dashiell Hammett durante toda su vida y sigue amándolo, aunque ya murió. Su amor por él no le impidió amar a otras personas, no se lo impuso cuando él no lo pedía, no le denigró ni le destruyó, ni siquiera a través de elogios mendaces. Cuando se estaba muriendo, ella estuvo a su lado para ayudarlo. Esta extraña y distante relación de amor es tan sólo un ejemplo de las formas que podría adoptar el amor si tuviéramos la previsión y la imaginación para rescatarlo de los estereotipos de nuestra agonizante cultura de consumo.

(Sé tan poco sobre la naturaleza del amor romántico como cuando tenía dieciocho años, pero ahora conozco, en cambio, el profundo placer del interés continuado, la excitación de querer saber qué piensa otra persona, qué hará, qué no hará, las estratagemas que ha usado y las que no, el corto cordón que los años convierten en una cuerda y que, en mi caso, todavía sigue ahí suspendida, con el cabo suelto, mucho después de la muerte).

Y así fue como vivió conmigo durante los cuatro últimos años de su vida. No todos los momentos fueron fáciles, algunos fueron en realidad muy malos, pero el hecho de haber resistido, después de habernos encontrado tantos años atrás, y de haber destruido tantas cosas y reparado unas pocas, era un motivo de tácito placer. A veces me dolía la parte silenciada o raras veces explicitada de nuestra relación e, intuyendo que la muerte no estaba demasiado lejos, intentaba conseguir algo para conservarlo después. Un día le dije:

—Nos ha ido muy bien, ¿no crees?

—Muy bien es una expresión demasiado grande para mí —respondió—. ¿Por qué no decimos simplemente que nos ha ido mejor que a la mayoría?⁸

La característica del amor egoísta, aunque adopte la apariencia de amor altruista, es la respuesta negativa a la siguiente pregunta: «¿Mi deseo de que mi amor sea feliz es superior a mi deseo de tenerle a mi lado?». En cuanto nos descubramos intentando hacernos indispensables e instaurando un patrón de vulnerabilidad en nuestros seres amados, deberíamos comprender que nuestro amor ha adoptado la forma sancionada socialmente del egoísmo. Todas las mujeres que se afanan por mantenerse guapas, preparar los platos preferidos de su marido, apuntalar su orgullo y su confianza en sí mismo a expensas de su sentido de la realidad, por ser su mejor y, de hecho, la única amiga, por animarle a que rechace el consenso de opiniones y sólo se sienta seguro entre sus brazos, está atando a su compañero a ella con bandas de acero que acabarán por estrangularlos a ambos. Cada vez que una mujer se ríe de los chistes ya sobados de su marido, le está traicionando. El hombre que mira a su mujer y dice «¿Qué haría yo sin ti?» ya está aniquilado. La victoria de su mujer es completa, pero también pírrica. Ambos han sacrificado tanto de lo que en un principio los hizo dignos de amor, a fin de potenciar la simbiosis de la dependencia mutua, que apenas llegan a constituir un ser humano completo entre los dos.

LA OBSESIÓN

Enamorada, como *enajenada*, *envenenada*, *encadenada*, *enterrada*.

El amor es un estado, presumiblemente temporal, una desviación de la norma.

Sus síntomas externos son: insomnio, aturdimiento, pérdida de apetito, alternancia entre la euforia y la depresión, mirada encendida (como en los estados febriles) y agitación.

La explicación principal del aturdimiento, con sus secuelas de extravío de objetos, confusión, descuidos e irresponsabilidad, reside en la obsesión absoluta con el objeto de amor, tal vez sólo avistado a lo lejos una vez. Dicho objeto de amor ocupa el pensamiento de la persona que recibe el diagnóstico de "enamorada" a todas horas, aunque en realidad probablemente se sepa muy poco al respecto. Se le atribuyen todas las cualidades que la persona obsesionada considera favorables, independientemente de que las posea o no en alguna medida. Se crean expectativas que ningún ser humano podría cumplir. El objeto elegido desempeña, por lo tanto, un papel especial en relación con el ego de la persona obsesionada, que ha decidido que él o ella es la persona *adecuada* o *única* para ella. En el caso de un hombre, esta convicción puede sancionar cierto grado de comportamiento abiertamente agresivo, bien destinado a conseguir el objeto, bien a ahuyentar a la competencia. Cuando se trata de una mujer, ésta no puede adoptar ninguna conducta agresiva.

va y es más probable que las manifestaciones sean ensimismamiento, mal humor inexplicable, dependencia del teléfono y cotilleo con otras mujeres sobre el objeto de amor, o incluso gestos de fingido rechazo o desdén destinados a llamar la atención del objeto.

Antiguamente se creía que esta condición aquejaba de manera aguda a la persona a partir del primer contacto con el objeto:

¿Quién no ha amado a primera vista?¹

Sin embargo, el carácter súbito y agudo de la aflicción parece haber sido propio de la variante ilícita; desde que la obsesión se convirtió en fundamento del matrimonio, se han empezado a observar también estados crónicos más paulatinos. El origen de la causa de la dolencia se atribuía a la mirada contagiosa de los ojos del objeto de amor, descrita habitualmente de manera metafórica como la flecha de Cupido, que se clavaba en el corazón del observador y dejaba una herida dolorosa que no cicatrizaba. En los casos más extremos de pasión destructiva, se inventaban pseudoexplicaciones aún más extravagantes; por ejemplo, la convicción de Fedra de que ser víctima específica de los tormentos de Venus:

Ya no es sólo un ardor oculto en mis venas:
lleva a Venus entera adosada a su proa.²

Un elemento muy utilizado en esta imaginiería es el fuego, que sugiere tanto el ardor lujurioso como los tormentos de la frustración. Curiosamente, se suponía que cualquier intento de controlar dicha afección —bien evitando al objeto causante, bien intentando controlar las pasiones por la fuerza de la voluntad— equivalía a echar más leña al fuego, que aumentaba y acabaría ardiendo con mayor furia que antes. «El amor acaba encontrando su camino. El amor se ríe de los candados.» “Ena-

morarse" era, por lo tanto, una desgracia terrible que conllevaba inevitablemente la ruptura de cualquier relación estable, así como la autoinmolación en la pira de una pasión irracional. Racine utilizó un término equivalente para definir el amor a la vez como un hecho funesto y una enfermedad, cuando lo llamó un "mal". La convicción de que el amor es una enfermedad o, al menos, igualmente imprevisible y dañino, se ha conservado en expresiones como "enfermo de amor", así como en la imaginiería de la sensiblería popular.

Algunas de las canciones de popularidad consagrada se apoyan muy directamente en la imaginiería tradicional. El hilo musical que embota los sentidos de los bebedores de té en los hoteles refinados y vibra en las salas de las fuentes en los balnearios trasnochados continúa sirviendo el menú habitual de grandes canciones de los años treinta y cuarenta. Las letras son a veces menos conocidas que las melodías, sobre todo porque Irving Berlin y compañía son, comprensiblemente, reacios a autorizar su reproducción; aun así, raro es el bebedor de té o el huésped del balneario que no sepa canturrear distraídamente aquello de la "luna en abril". Estos temas "clásicos" están tan sobrecargados de referencias a corazones desbocados, ojos destumbrados chispeantes de estrellas, cegados por el humo y las emanaciones de la caldera de la pasión que es el corazón, como cualquiera de los extravagantes poemas del Quattrocento y del barroco. Los amantes no resbalan, ni nadie los empuja, caen, esperanzados aunque patéticos, y quedan envueltos de pleno en una cálida caricia. Se sienten muy raros, pero a gusto, afligidos por lo que parece ser un placentero dolor o incluso restregados con un guante de terciopelo. Suspiran, penan y sufren vahídos, y otras veces no, pero entonces sólo desean mantener la mirada clavada en los ojos de la persona amada.

El colmo de la ironía lo constituyen sin duda esos momentos en que el ama de casa aburrida se distrae de sus tareas más monótonas canturreando casi inconscientemente las palabras, por lo demás poco memorables, de alguna cancioncilla de

amor barata. ¿Cuántas de ellas se paran a evaluar las consecuencias reales del hecho de que “todos los enamorados son ciegos” o hasta qué punto la culpa la tuvo “esa sensación inexplicable”? ¿Qué clase de canciones, habría que preguntarse, canta una cuando el corazón ya no arde y el humo no la vuelve misericordiosamente ciega a la realidad banal de la propia situación? (Pero, claro, para ese momento no existen canciones.)

Otra canción niega irónicamente que el cantante esté enamorado, puesto que ni suspira, ni llora, ni le dan vahídos. ¿Nos hemos alejado mucho de la descripción que hace Romeo de su pasión artificiosa por una desconocida que se mostraba absolutamente indiferente a sus intentos de acercamiento?

El amor es niebla de suspiros hecho humo,
cuando avivado, chispas en ojos de un amante;
si se extingue, océano de llanto enamorado.
¿Más todavía? Una discreta locura,
miel que alivia, hiel que ahoga.³

Esta actitud, que constituye una percepción del todo coherente de la pasión adúltera, sobrevive en la imagería del “enamoramiento” como estado apropiado en el que deben permanecer las esposas. Por ejemplo, irónicamente, se sigue afirmando que el amor es ciego, del mismo modo que la tradición del amor cortés representaba a Cupido con los ojos vendados. No obstante, esta ceguera se suele interpretar por regla general como una indicación de la resistencia del enamorado a ver a la persona amada de un modo mínimamente realista y, sobre todo, de advertir sus defectos.

Las expresiones habituales según las cuales alguien está “locamente”, “arrebataadamente”, “desquiciadamente” enamorado y ha “perdido la cabeza” reconocen la impotencia de la voluntad y la razón frente a esa manía, mientras que sería, en cambio, un oxímoron afirmar que estamos plácidamente, responsablemente o sensatamente enamorados. Existe cierto de-

sacuerdo acerca de las tendencias inmunizadoras de la enfermedad, ya que hay quien sostiene que uno se enamora de verdad sólo una vez en la vida, otros dicen que la segunda vez es mejor, otros, que la única manifestación auténtica del fenómeno es la primera, y finalmente, hay otros que se enamoran cada semana o incluso a diario.

El sexo es una comezón pasajera,
el amor ya no te suelta.⁴

Una característica fundamental de la dolencia es que no tiene cura; por lo tanto, cuando se considera necesario separar a los enamorados —porque son demasiado jóvenes, o no forman una pareja adecuada—, el único método posible es negar que sufran el mal. Hay que demostrar que el “amor” no es tal; por ejemplo, porque no se puede dar entre personas tan jóvenes...

Recuerdo cuando Nat King Cole encabezó la lista de éxitos (en algún momento de mi adolescencia inenarrablemente gris) con un tema de una insulsez conmovedora sobre una pareja rodeada de enemigos que no cesaban de repetirles que eran demasiado jóvenes para *amaarse deee verdaaad*, pues para ellos el amor era sólo una palabra (igual que todas las demás ideas que conocían). El argumento de esos aguafiestas carecía claramente de peso, pues si la autenticidad de la idea del amor se tuviera que comprobar a través de la experiencia, es de suponer que seguirían adelante y se amarían. Aunque el argumento no fuera válido, la conclusión contraria de la canción, en el sentido de que su amor perduraría muchos años, no parece una refutación pertinente.

Del mismo modo que en realidad no se puede demostrar que el amor exista, tampoco se puede demostrar su autenticidad. Negar su existencia en un caso concreto tiene la ventaja de que no hay manera de refutar dicha negación aunque, como insinúa la canción, es probable que ésta genere una pose persistente de joven amor perseguido por el mundo, una fantasía a

la manera de Aucassin y Nicolette que persiste básicamente para contradecir a los críticos.

Los métodos para diagnosticar este estado varían. Los observadores externos basarán su juicio en las muestras de agitación, pérdida de capacidad de concentración y eficacia, o preocupación exagerada por el objeto de amor, que se manifiesta en forma de curiosidad o especulaciones. Sin embargo, cabe apuntar que dichos observadores tienen un interés personal en la localización de historias de amor, motivado por los placeres voyeristas particulares que les proporcionan, y muchas veces provocan esa clase de situaciones. «A todo el mundo le gustan los enamorados». El paciente puede autodiagnosticarse a partir de la intensidad de sus reacciones cuando espera la llegada del objeto de su amor o lo divisa o éste no aparece en el momento previsto. También tendrá siempre presente una imagen mental del objeto amado, en sueños, durante las comidas o mientras mantiene conversaciones del todo irrelevantes. Si el amor no es correspondido, los síntomas, o bien se desvanecen paulatinamente con el tiempo o se transfieren a otro objeto nuevo, o bien aumentan hasta volverse insoportables. La alternativa dependerá en gran parte de la actitud del paciente con respecto a su dolencia. Cuanto mayor sea el grado de masoquismo y la consiguiente incertidumbre acerca de su capacidad para llevar adelante una relación amorosa en la práctica, más tenderá a resignarse al aislamiento y a un sufrimiento estéril. El objeto de amor ignorante acabará cargando con una gran parte de la responsabilidad por dicho estado autoiducido y es posible que sea acusado de crueldad o de jugar con el corazón de una persona buena. Si el amante descarga su indignación contra el ser amado, a fin de vengarse de su crueldad, será objeto de especial consideración por parte de los legisladores, que otorgan un estatuto especial a las personas "enamoradas", sobre todo si el objeto de su amor se considera indigno. Cuando no se concede este privilegio a su pasión, ello se justifica negando que tenga la categoría de "amor" y reduciéndola a la condición de mero afán de venganza o algo por el estilo.

En general, se considera más apropiado que una mujer no llegue a dicho estado de obsesión, a menos que un hombre haya actuado como inductor. Por desgracia, el estado de enamoramiento se presenta de manera tan convincente como una experiencia humana deseable e incluso sublime que las adolescentes parecen pasar mucho más tiempo sumidas en él que sus compañeros. La imaginería popular poblada de chicas que responden al cortejo de los varones y al contagio del amor mantiene, no obstante, la ficción social. La prueba decisiva de la experiencia reside en el beso y su asombroso poder. «Fue mi primer beso y entré en un estado de éxtasis increíble, incontrolable. Hacía tanto tiempo que estaba loca por Mark y ahora, después de habernos besado, ¡sabía que él también me amaba!»⁵

Amar es *estar loco por alguien* («oh, estoy loca por Harry...»), y los extraordinarios efectos del contacto de un labio con otro y una lengua contra otra desencadenan un éxtasis increíble, incontrolable. Sin embargo, en el caso antes citado, el amor es falso, aunque los síntomas sean idénticos a los auténticos: Betsy acaba de ser besada por Mark, «¡el mejor deportista del instituto y el chico más rico de la ciudad! Soy una chica con suerte». Pero Hugh, el vecino de al lado, que la quiere bien, la previene contra Mark y su conducta ligera y arrogante. Cuando vuelven a verse, Hugh se arma de valor, se declara y estrecha a Betsy entre sus brazos... «Su beso aceleró mi corazón y me inundó una sensación indescriptible... como si estuviera flotando con los pies sobre una nube...» Esta vez la experiencia parece ser auténtica o, al menos, así lo indica la conclusión: «Había cometido un error, ¡y ésa era la prueba! El amor no es siempre lo que parece y los besos pueden ser un engaño».⁶

No es posible establecer ninguna auténtica distinción entre las sensaciones provocadas por uno y otro beso. Ambos se describen en unos términos que se ajustan mejor a ciertas experiencias paranormales del organismo bajo los efectos de las

drogas: el corazón se sale del pecho, los oídos retumban, las piernas flaquean; en realidad, en la mitología popular el *amor* es la droga que hace aceptable la sexualidad. El sexo sin amor se considera una grosera evacuación animal; acompañado del amor, se convierte en una experiencia extática y trascendente. Evidentemente, se le asigna una función de autosugestión a través de su acción sobre las respuestas sexuales corticales y probablemente la cumple. Aun así, ello no modifica el hecho de que Betsy sólo es capaz de distinguir entre ambos besos sobre la base de algún criterio político: en realidad, es deseable que se case con alguien de su misma clase social y no habría nada que decir si esta política se declarara abiertamente en vez de encubrirla bajo el galimatías de la comparación entre dos besos idénticos. En ambos casos, los referentes son más propios de una alucinación que de una razón para el matrimonio: toda la atención se centra en la respuesta egoísta y no se concede ninguna importancia a la comunicación entre las personas que se abandonan al ósculo.

Esta confusión es característica de toda la bibliografía acerca del diagnóstico del verdadero amor. El sesgo sentimental lucha contra la supeditación del amor a cualquier control racional o intencional, al tiempo que la pasión anárquica se contempla con gran suspicacia. Por lo general, tal como demuestra el ejemplo antes citado, la elección más adecuada debe transfigurarse en la más gratificadora. La auténtica diferencia entre el amor verdadero y el falso —ambos compuestos de lujuria y de imaginación— reside en que el amor verdadero acaba en matrimonio. Con la condición de que así sea, se tolera, pero no se reconoce, una importante reducción del grado de excitación. El adulterio y la fornicación siguen siendo más emocionantes que el matrimonio, aunque nuestra cultura se dedique a sostener lo contrario. Estamos verdaderamente comprometidos con la idea de que esta manía es un requisito previo fundamental para el matrimonio... ¿ES UN PECADO CASARSE ANTES DE ENAMORARSE?, rezaba el gran titular de un anuncio de

Let Love Come Last [Dejemos el amor para el final] de Taylor Caldwell.⁷ Paradójicamente, el amor santifica tanto el matrimonio como los encuentros ilegítimos. «El amor vence todos los obstáculos.»

La irracionalidad del amor se celebra con fruición en las novelas rosa sobre mujeres que abandonan una fría carrera y sus ambiciones a cambio del calor del amor insistente de un marido. La eficaz mujer de carrera X se resiste al amor del auxiliar de compras Y durante meses, hasta que éste se muestra frío y ella siente celos, o hasta que sufre un accidente y ella le acompaña en la ambulancia. A fin de cuentas, «Cuando el amor llama a tu puerta, ¿quién se puede resistir?».⁸

El amor se compara en este caso con una función humana necesaria (cf. ¡La llamada de la naturaleza!) o con la invitación de una persona que convoca a cumplir un deber agradable, otra reminiscencia de analogías más antiguas. No obstante, los momentos de crisis de esta clase de relatos tienen como finalidad descubrir a la paciente inconsciente que en realidad está enamorada, igual que el leproso descubre su estado cuando derrama agua hirviendo sobre sus pies insensibles. Este tipo de pruebas se consideran admisibles y hasta aconsejables para quienes dudan de si están verdaderamente enamorados. «El amor sólo es amor de verdad una vez que ha superado la prueba de la realidad.» Las separaciones como prueba pueden resultar útiles para comprobar la durabilidad de una obsesión. Algunos especialistas en este tipo de homeopatía han diseñado cuestionarios que el paciente debe rellenar por su cuenta; un procedimiento poco fiable en el mejor de los casos. Las preguntas pueden incluir desde «¿Se sentiría capaz de seguir viviendo si él la dejara?» hasta «¿Le resulta desagradable su aliento?». Otro procedimiento más común consiste en informar a la persona destrozada por el amor —un término con connotaciones francamente siniestras, si alguien captara su significado— de todo lo que *no* es el amor, lo cual no sirve de guía para saber qué es.

El amor no es mera excitación ni un placer pasajero. No es un recurso para evitar la soledad o el aburrimiento, no es un cómodo arreglo práctico o por razones de conveniencia mutua. Es un sentimiento que no funciona en una sola dirección y que no puede convertirse en bidireccional por obra de la voluntad o el deseo.

Es comprensible que el adolescente enamorado que aplique esta norma se sienta un poco confuso. Desde luego, muchos poetas y otras personas se han consumido de amor no correspondido; es absolutamente imposible instaurar la paridad en el amor. No es posible saber si el placer es pasajero hasta que ya ha pasado, y si no es un recurso para evitar la soledad o el aburrimiento, o un cómodo arreglo de conveniencia mutua, no parece que tenga demasiado sentido adoptarlo como desiderátum. La definición positiva que nos ofrece el mismo autor resulta igualmente desalentadora:

El amor es muchas cosas. Es la respuesta satisfecha de la criatura cuando recibe atención y ternura y también la tierna curiosidad del niño mayor. Son las ganas de jugar del adolescente y sus fantasías románticas. Y es también la ferviente devoción adulta del matrimonio maduro...

El amor es delicado, esquivo y sobre todo espontáneo. Florece con la honestidad, la sinceridad y la naturalidad, combinadas con la responsabilidad y el interés mutuos. Al inicio, simplemente "surge", pero para florecer y perdurar necesita la plena capacidad de un alma y un corazón abiertos.⁹

He aquí un intento personal de contrarrestar el peligroso mito del enamoramiento como fundamento del matrimonio, pero no resulta convincente. Semejante visión difusa, aunque profundamente comprometida, jamás ha inspirado un solo poema de amor. Su mala prosa no merma en absoluto el atractivo de la experiencia psicodélica del amor, que transforma el mun-

do en un lugar hermoso, pone estrellas en los ojos, nos hace perder pie y nos atraviesa el pecho con la saeta de Cupido. La mágica obsesión persiste en nuestro imaginario como una potente compulsión. «¿La amaba mucho?», pregunta la segunda esposa sobre su rival difunta. «Estaba loco por ella», comentan del hombre que mató a su mujer adúltera, y el jurado pide clemencia. «Sabía que había matado, pero le amaba», dice la señora que se casó con el hombre recluido en el corredor de la muerte. Amor, amor, amor: toda su infame hipocresía que encubre el egoísmo, la lujuria, el masoquismo, la fantasía bajo un conjunto de poses sentimentales míticas, un amasijo de aflicciones y alegrías autoinducidas, que ciegan y enmascaran las personalidades esenciales bajo los gestos congelados del cortejo: los besos, las citas y el deseo, los cumplidos y las peleas que animan su desierto. «No estamos hechos para idolatrarnos; sin embargo, todo el esfuerzo del cortejo es pura idolatría.»¹⁰ Aunque tal vez parezca que los jóvenes ya no cortejan a las mujeres con el minucioso servilismo al que aludía Mary Astell, la feminista del siglo XVII, la mitificación de la locura de amor aporta la misma aureola falaz y alimenta las mismas expectativas, que se desvanecen en cuanto la recién casada empieza a ser capaz de “considerar con calma su condición”. En el siglo XX, una feminista como Ti-Grace Atkinson señala lo mismo con mayor crudeza: «El amor es la respuesta de la víctima ante su violador».¹¹

La descripción no abarca todo el amor, pero eso es exactamente la obsesión enfermiza que hace vibrar la estructura nerviosa de las heroínas de las grandes historias de amor, en las historietas románticas de las fotonovelas o en los apasionados cortejos que narran las novelas de tapa dura. Las mujeres deben reconocer en la ideología barata del *enamoramiento* la inducción fundamental a dar un paso irracional y autodestructivo. Esta obsesión no tiene nada que ver con el amor, porque el amor no es ni desvanecimiento, ni posesión, ni obsesión, sino «un acto cognitivo; en realidad, la única manera de aprehender el núcleo central de la personalidad».¹²

EL AMOR ROMÁNTICO

Tal vez ya no sea cierto que toda joven sueña con el amor. Es posible que la revolución del pop, que reemplazó el sentimiento por la lujuria con la potente incorporación de los valores del *blues* negro urbano en la cultura que se estaban forjando los jóvenes, haya tenido repercusiones de largo alcance sobre las costumbres sexuales. Puede ser que las jóvenes hayan permitido que una auténtica batalla sexual ocupe el lugar de las lánguidas fantasías a las que yo, desde luego, me abandoné en mi adolescencia. Sólo tal vez, no obstante. Los estudios del doctor Peter Mann de la Universidad de Sheffield demuestran que las mujeres de entre veinticinco y cuarenta y cinco años son ávidas lectoras de novelas rosa, sobre todo las amas de casa y las secretarias. Algunas llegan a comprar hasta ochenta libros al año. La demanda es mayor que nunca.¹ «¡El romanticismo vive!», proclamaba la revista *Women's Weekly*, “reputada por sus relatos de ficción” en fecha tan reciente como el mes de agosto de 1969.

A pesar de todas sus libertades recién adquiridas, la mayor parte de los “jóvenes de hoy” siguen teniendo los mismos sueños, aprecian los mismos valores y la vida les parece una aventura tan grande como a las generaciones previas.

... esa tarde, sentada en el césped, habría sido posible tomar a Kathy por la modelo de la foto de la portada de una no-

vela de amor victoriana. Su vestido blanco, de un tejido vaporoso, le cubría el cuello y descendía hasta sus zapatitos de satén negro. Una cinta de terciopelo negro rodeaba su fina cintura, llevaba una cadena de oro antigua con un relicario y el cabello negro peinado con la raya en medio...

—Va a ser su primer baile...—me dijo su madre—. Está tremendamente emocionada.

... Por cada hija balaperdida que inhala marihuana en una discoteca oscura hay miles de chicas como Kathy, "tremendamente emocionadas" porque lucen su primer traje de baile de etiqueta.²

Esto es el romanticismo, según parece. La importancia que concede el autor de este relato a esa prenda de vestir apropiada para una situación romántica es característica del tono de este código popular. El baile es la misa mayor donde Kathy hará su aparición en toda su gloria, para ser cortejada y adorada. Su joven acompañante quedará hechizado y la seguirá trastabilleante en su apagado traje de etiqueta, le estrechará la mano fría, la enlazará por la cintura diminuta y la hará girar por la pista de baile, abandonada entre sus brazos. Elogiará su belleza, su estilo al bailar, y le dará las gracias por una noche inolvidable.

Cada año se siguen presentando en sociedad nuevos grupos de muchachas; vestidas de blanco virginal, saludan con una reverencia a la reina, al alcalde, al obispo o a quienquiera que sea y ejecutan los movimientos establecidos con la mirada baja. Los muchachos les piden muy educados un baile y ellas aceptan gentilmente o buscan un pretexto para negarse, con la esperanza de que se acerque otro más atractivo. Su galán les habrá regalado flores, pero cada una espera que ocurra algo más emocionante, más romántico, que se salga del guión previsto del acontecimiento social. Tal vez un hombre terriblemente guapo la estrechará un poco más fuerte que los demás para aspirar el perfume de su pelo. Tal vez, cuando salgan a pasear a la terraza después de la cena, él se detendrá deslumbrado por el

esplendor de sus ojos inmensos. Ella sentirá palpar con fuerza su corazón y un delicioso rubor teñirá sus mejillas. Él le dirá cosas maravillosas, con una ternura y una intensidad desconocidas. Tal vez la estreche en un experto abrazo. No ocurrirá nada más sexual que un beso, nada de vulgares magreos, sólo sus fuertes brazos en torno a ella para protegerla del mundo hostil, sus cálidos labios sobre los suyos y los maravillosos estímulos que se comunicarán a todo su cuerpo.

En el mundo romántico los besos nunca preceden al amor, salvo cuando los ofrecen hombres malvados que consiguen engañar a las chicas inocentes durante un tiempo, pues pronto llegará a rescatarlas el omnipotente enamorado sincero. Si todo va bien, el primer beso significa embeleso, entrega mutua de corazones y boda inminente. En caso contrario, el beso *mentía*. Todo muy burdo y absurdo, pero es el mito habitual de centenares de historietas tituladas *Sweethearts* (Enamorados), *Secretos románticos*, etc. El estado que genera el beso es, evidentemente, autoinducido, pues pocos labios están dotados de tales facultades eléctricas o psicodélicas. Más de un joven que intentaba pegarse el lote con su chica se ha quedado asombrado ante su arrebató y exaltación, sólo para acabar envuelto en una intensa relación no deseada, obligatoriamente asexual.

Cuando ocurra será fantástico, inolvidable, maravilloso, como cuando Mimí y Rodolfo cantan arias perfectas en su primer encuentro. Tal vez no se enamoren a primera vista, pero sentirán una creciente ternura hasta que un buen día, ¡PLAF!: ese beso alucinante. A continuación deberán seguir las constantes manifestaciones de ternura, estima, halago y vulnerabilidad por parte del varón, acompañadas de un comportamiento caballeroso y galante en cualquier situación. El protagonista de las novelas románticas sabe complacer a las mujeres. Flores, pequeños regalos, cartas de amor, quizá unos versos dedicados a sus ojos o su cabello, cenas a la luz de las velas en terrazas iluminadas por la luna, con suave acompañamiento de violines. Nada precipitado, nada físico. Suspiros. Labios ardientes

sobre el fino tejido de su corpiño. Nombres cariñosos susurrados entre su exuberante cabellera. «Los pequeños detalles son tan importantes.» Sus bombones preferidos, los apodos cariñosos, que se acuerde de su cumpleaños, los aniversarios, los juegos tontos. Y todas esas boberías que le recuerdan a él su persona: su perfume, su pañoleta, su ropa interior con volantes y sus absurdos pañuelitos de encaje, los gatitos sobre su regazo. Misterio, magia, champán, ceremonia, ternura, emoción, adoración, veneración: las mujeres nunca se cansan de ello. La mayoría de los hombres desconocen por completo este mundo de fantasía de las mujeres: no están expuestos a esta clase de literatura ni a la comercialización del romanticismo. El hombre que se aplica a esta clase de comportamiento y se convierte en un seductor —por lujuria, amor o por codicia— suele ser temido y rechazado por los demás hombres, que lo tachan de *gigoló* o incluso de marica. Los esteticistas y los peluqueros estudian las flaquezas de sus clientas y flirtean con ellas de manera deliberada, les hacen los cumplidos de los que están hambrientas, mientras les insinúan que se merecen algo mejor que el sórdido destino doméstico que tienen que soportar.

Aunque *Sweethearts* y las otras publicaciones de este tipo con sus alucinadas imágenes sobre el amor proceden de Norteamérica, lamentablemente encuentran una amplia distribución en Inglaterra. Existen asimismo semanarios basura, con nombres como *Mirabelle*, *Valentine*, *Romeo* y *Jackie*, el más famoso de todos, que venden más de un millón de ejemplares semanales a jovencitas de diez a dieciséis años y son los abanderados de los ideales románticos en Gran Bretaña. Sus chicas tienen las piernas más largas y visten más a la moda, llevan faldas diminutas, el pelo alborotado y los ojos tiznados de negro, y sus relatos suelen rehuir la cursilería del beso psicodélico. Los hombres son perversamente guapos, a la manera del galán estilo regencia, atildados e impassibles en mayor o menor medida, dados a mirar con cara de granito a los ojos trémulos de las féminas a punto de derretirse. Llama la atención la importancia que atribuyen a los objetos fetiche. El amor romántico

co parece girar en torno a los discos, libros, chucherías y —en un caso concreto que puede llegar a resultar surrealista a los ojos de un observador imparcial— en torno a un banco del parque. Kate y Harry son novios. Sentados en un banco del parque, intercambian el siguiente diálogo:

—Oh, Kate, te quiero más que a nada en el mundo.

—Y yo te quiero más que a nada en el universo entero, mi amor.

El banco adquiere un papel tremendamente importante en su relación y cuando el ayuntamiento decide cambiarlo de sitio, Kate acude corriendo a la oficina municipal donde trabaja Harry para pedirle que hagan una sentada de protesta en el banco. Harry así lo hace hasta que su jefe, el topógrafo municipal, le comunica que perderá su empleo si sigue manteniendo su actitud. Harry claudica y deja que Kate defienda su banquito sola. Ella lo interpreta como una prueba de la poca solidez de su amor por ella. Uno de los encargados de trasladar el banco —un enamorado, sin duda, a juzgar por su fuerte mandíbula y su cabello byroniano— se sienta, en cambio, a su lado. «Salvaremos este banco por ti, por el pasado y por todos los enamorados que lo ocuparán en el futuro.» El último fotograma muestra a nuestra protagonista que lo mira con los ojos nublados de lágrimas mientras sus labios de bebé esbozan un mohín a un palmo de su poderosa mandíbula. «Pero perderás tu trabajo en balde. ¿Crees... de verdad crees que podemos ganarles?», dice su “bocadillo”. Estoy convencido —responde el “bocadillo” de él—. Es posible conseguir cualquier cosa si uno lo intenta con todas sus fuerzas y cuando se ama de verdad. Intentémoslo, tú y yo...» *Fin*, no hace falta añadir más.

El enamorado de la novela romántica es un hombre de modos imperiosos, claramente superior a su amada al menos en un sentido y habitualmente en varios; es mayor que ella, o de un nivel social superior y más exitoso, o más inteligente y más

experimentado. Es enérgico, pero cuida atentamente de su dama, a quien protege y guía de un modo claramente paternal. Puede ser un hombre adusto, distante y hasta intimidador, pero las protagonistas de las novelas románticas lo enamoran a fuerza de modestia y gracias a su belleza y el encanto de sus ropas. En sus conquistas se adivina un elemento de riesgo no desdeñable, un sufrimiento secreto o un cierto desdén hacia las mujeres. El fuego incandescente de la pasión arde casi a ras de piel, dominado por su ternura y la comprensión omnipotente de las necesidades emocionales de la protagonista. El modelo de estos personajes es efectivamente romántico, en el sentido histórico de la palabra, y es posible que los primeros fueran Rochester, Heathcliff, el señor Darcy y lord Byron. Sin embargo, el sentido común de Austen y las Brontë se ve eclipsado por la sensibilidad de lady Caroline Lamb. Georgette Heyer sacó partido de manera excepcionalmente deliberada del éxito sexual del héroe byroniano y creó al arquetipo de la edad del plástico, lord Worth, el galán estilo regencia. Un buen ejemplo del estereotipo al que se parecen prácticamente todos los protagonistas de las novelas románticas, ya sean apuestos jóvenes con un sentido de humor ligeramente infantil que felicitan a la vivaz heroína por su valor en los relatos de aventuras de los años treinta (la concepción más igualitaria), o el rey Cophetua y la mendiga.

Era la encarnación del hombre a la moda. Se había calado el gorro de piel de castor sobre sus rizos negros artificialmente despeinados; su fular de muselina almidonada sostenía su barbilla formando una sucesión de bellos pliegues, su gabán de tela gris llevaba por lo menos quince esclavinas y una doble hilera de botones plateados. La señorita Taverner no pudo dejar de reconocer que era un ser muy apuesto, aunque tampoco le resultó difícil sentir una profunda aversión por su talante en general. Tenía un aire petulante; sus ojos, que la escrutaban con ironía por debajo de los párpados desganados,

tenían la mirada más dura que jamás había visto y no revelaban la menor emoción, aparte del hastío. Su nariz era demasiado recta para su gusto. Tenía la boca muy bien formada, firme pero de labios finos. Le pareció que se burlaba de ella...

Lo más molesto era su indolencia. Tanto la destreza con que había conseguido evitar un accidente como el lamentable estado en que había quedado la calesa le dejaron indiferente. Conducía con gran destreza; esas manos elegantemente enguantadas que sostenían las riendas con tan marcada indiferencia aparente debían ocultar una fuerza insospechada; pero ¿por qué, en el nombre de Dios, tenía que adoptar esos aires de dandi afectado?⁴

Semejante criatura jamás podría cometer ningún acto de cursilería. ¡Con esos párpados tan *desganados*! ¡Esos rasgos patricios y el desdén aristocrático que abrieron inicialmente las puertas de la buena sociedad para Childe Harold, y la amenaza de su *fuerza insospechada*! Como puede verse, la existencia del galán gira básicamente en torno a su inmaculado atuendo —Beau Brummell se cuenta entre sus amigos—, excepto cuando se enfrenta con la siguiente visión...

Habría preferido tener el pelo negro; sus rizos de oro pálido le parecían insípidos. Por suerte, tenía las cejas y las pestañas oscuras y sus ojos, con su mirada azul asombrada (a la manera de las muñecas de cera, como le comentó con desdén a su hermano en una ocasión), contenían una sinceridad y un fulgor que dotaban de fuerte personalidad a su rostro. A primera vista, se la podría desdeñar como una muñequita de porcelana de Dresde, pero una segunda mirada descubría inevitablemente la inteligencia de sus ojos y el claro gesto de determinación en la curva de su boca.⁵

Su inteligencia y determinación quedan felizmente circuncritas, como es natural, a sus ojos y a la curva de su boca, si

bien sirven de excusa para la poca cortesía con que trata a lord Worth, el cual, por obra de un ingenioso malentendido, resulta estar vinculado a ella por la más excitante de todas las relaciones de parentesco excitantes: la de joven tutor. Al verla, encantadoramente vestida —con «una sencilla túnica ancha de batista francesa con un volante de puntilla alrededor del cuello y un mantón de seda fina ceñido. Una papalina con el ala trenzada y cinta de terciopelo listado...»⁶— y en una postura tremendamente comprometida, mientras intenta sacudir una piedrecilla de su sandalia, lo cual la obliga a ocultar bajo la falda el pie cubierto sólo por la media, la iza en brazos y la deja caer en el interior de su calesa (pues en ese momento ambos desconocen la relación que los une), donde «le cogió la sandalia de la mano dócil y se la tendió con firmeza para que volviera a calzársela». Luego la besa, lo cual acaba de azuzar su encantadora indignación. Si la conquista hubiese seguido avanzando a ese ritmo, la novela no habría pasado de las veinte páginas, pero el tutor Worth es un hombre con demasiados principios para convertirla en objeto de sus atenciones. Con su ayuda, ofrecida con adusta timidez, llega a convertirse en la reina de la temporada, cortejada por todos, sin que ella ame a ninguno (salvo a él). La joven posee una renta de ochenta mil libras anuales, que es el móvil de una parte de sus pretendientes, mientras que el deseo lúbrico mueve al resto, entre los que destaca el príncipe de Gales, cuyas insinuaciones son tan repugnantes que ella se desmaya y permanece inerte hasta que su diestro padre-amante —el único que la ama sin codicia ni interés personal (ya que es fabulosamente rico), sin condiciones y con firmeza— la hace volver en sí y la acompaña a casa. Él la protege continuamente, aunque ella casi nunca lo advierte, hasta que alcanza la mayoría de edad, después de detenerse a contemplar su rostro un instante, la estrecha entre sus brazos. Georgette Heyer posee una veta de discreción, o tal vez de mojigatería, que le impide explotar los clímax sexuales en sus novelas; Barbara Cartland se regodea, en cambio, en las descripciones de los abrazos, con lo cual re-

vela mucho mejor las preocupaciones románticas primordiales. En *The Wings of Love* divide el interés amoroso en dos; por un lado, el lujurioso cuarentón lord Ravenscar, que codicia el adorable cuerpo de la menuda Amanda y le impone sus detestables atenciones...

La estrechó con más fuerza; sus labios parecían atornillados [sic] a los de ella. Amanda sintió crecer la pasión del hombre en su interior como una llama maléfica y entonces, de repente, la levantó en sus brazos.

—¡Amanda! —dijo con voz ronca—. ¡Qué diantres! ¿Por qué habríamos de esperar? —La transportó hasta un gran sofá del fondo de la estancia, mientras ella luchaba y se resistía hasta agotar su última miaja de fuerza, consciente de su pequeña talla y de la inutilidad de sus esfuerzos, y a sabiendas de que su resistencia sólo le excitaba más.

—¡Amanda! ¡Amanda!

Sus gruesos labios se posaron sobre sus ojos, sus mejillas, su cuello. Advirtió que la acostaba en el sofá, mientras ella forcejeaba en vano por volver a levantarse, consciente de su absoluta impotencia. Oyó desgarrarse entre sus manos la esclavina de su capa.⁷

La protagonista absolutamente impotente es el elemento más importante del relato, impotente contra el rapto (porque ¿cómo va a dar un puntapié a la pasión emergente de un par del reino una criatura tan delicada?) y también frente a las formas más agradables de la conquista sexual a manos del otro varón, el héroe que la protegerá de sus propias pasiones animales y de los crímenes y desvaríos del mundo.

Se volvió hacia la puerta y un instante después Peter Harvey estaba a su lado con una rodilla hincada en el suelo. Desconcertada, le vio coger el borde de su vestido de muselina blanca y acercárselo a los labios.

—Amanda —le dijo—, así es como debería acercársete un hombre, cualquier hombre. Ninguno, y Ravenscar menos que nadie, es digno de ir más allá de besar el dobladillo de tu vestido. ¿Lo recordarás?»

Ésa es la clase de hombre con quien una se casa. De rodillas, mordisqueando el dobladillo manchado de barro, pero sin dejar de erigirse en su consejero moral. La afición de miss Cartland por las escenas excitantes supera a la de Heyer en la misma medida en que las incursiones de ésta en el color histórico superan a las de la primera. Merced a una serie de absurdos artilugios, los amantes se conocen en el dormitorio de un burdel donde él se entrega a la tarea de salvarla. Amanda confiesa su amor en un escenario más decoroso.

—Amanda, estás haciendo insostenible esta situación para mí —le dijo Peter, y su voz sonó como si estuviera ahogándose.

—Tú no me quieres —respondió ella.

—Algún día te obligaré a pedirme perdón por lo que acabas de decir —dijo él—. Igual que algún día te besaré hasta que pidas clemencia. Mientras llega ese día, y quiera Dios que sea pronto, cuídate, mi pequeña adorada.

Le cogió ambas manos y las alzó hasta sus labios. En lugar de besar el dorso, las volvió. Ella sintió sus besos sobre sus palmas, reverentes y a la vez cargados de una ávida pasión que la hizo estremecerse hasta que todo su cuerpo empezó a temblar sacudido por un inesperado éxtasis.⁹

Todavía no se han besado, pues Peter antes ha dicho: «Si tus labios llegasen a rozar los míos, no sería capaz de responder de las consecuencias». Desde luego, si un beso en la mano conduce al orgasmo, un beso de verdad posiblemente sería capaz de provocar un ataque de epilepsia. Cuando ya se encuentra ante el altar y está repitiendo los votos que la unirán a Ra-

venscar hasta el fin de su vida, su enamorado le acusa de traidor, se bate en duelo con él y ocupa su lugar a su lado.

Sintió crecer el amor en su seno como una llama. Sintió temblar de *exaltación* todo su cuerpo y el *éxtasis de la emoción* que la invadían, al saber que dentro de pocos instantes sería su mujer y le pertenecería para siempre.¹⁰

Compré ambos libros en un supermercado por unos pocos peniques, pero no puedo decir que haya sido una elección al azar: recordaba esos nombres —Heyer y Cartland— de mi adolescencia plagada de ensoñaciones. De hecho, tuve ocasión de conocer a miss Cartland, adornada con una cascada de aguamariñas, en un debate universitario en torno al tema «Sé buena, dulce doncella, y deja la inteligencia para quien la prefiera». Por descontado, miss Cartland estaba de acuerdo, ¡como si fuera posible ser buena sin ser inteligente! Según parece, en la actualidad se ha establecido como consejera sentimental y proveedora de productos afrodisíacos basados en la miel; además, puede acreditar el éxito de su hija, felizmente casado con un aristócrata. Si los movimientos de liberación de la mujer pretenden tener éxito, tendrán que enfrentarse a fenómenos como el negocio millonario de Cartland. El tercer libro que compré ese mismo día lo escogí al azar. Se llamaba *The Loving Heart* y se anunciaba como «otra gran historia romántica de la Australia rural». En sus páginas encontré toda la probada parafernalia de las novelas románticas. Para crear a Grant Jarvis, Lucy Walker había recurrido al feudalismo paternalista de las grandes explotaciones ganaderas. Su protagonista no sólo es rico, sino el jefe directo de una colectividad de fieles servidores, algunos blancos y relativamente infantilizados, y otros negros y completamente infantilizados.

Con objeto de conseguir una yuxtaposición de los elementos de su relato que genere la máxima cantidad posible de emociones sentimentales, Lucy Walker concibe una trama tan complicada e inverosímil que se tardaría tanto en resumirla como

tardó ella en idearla. Bastará saber que Elizabeth Heaton se hace pasar por novia de Grant Jarvis para protegerle de las intrigas de algunas mujeres que le desean para forjar alianzas, movidas por la ambición. Son rápidas, briosas y guapísimas; ella, en cambio, tiene una piel y una pureza inglesas, así como la costumbre de imitar a la reina mientras cumple sus funciones de señora de aquella mansión más que feudal. Su modestia es tan exagerada que sufre terriblemente cuando, en su primera noche en la explotación, se ve obligada a dormir en ropa interior en el suelo junto al fuego, al lado de Grant, que la protege del frío con su cuerpo. Cuando él visita su dormitorio a plena luz del día, y a pesar de que no está sola, no «tiene manera humana» de evitar «el rubor revelador que afloró lentamente a las mejillas». Se alegra de tener «la bandeja del desayuno sobre las rodillas ... como un escudo simbólico». ¹¹ Físicamente, Grant está bien diseñado a la medida de su papel de padre fálico, «extremadamente guapo», «con un par de fríos ojos de color gris azulado» que, junto con su boca recta y su mandíbula firme, le «daban un aire de dureza... y de indiferencia». ¹² Ella dedica todos los esfuerzos imaginables a ganarse su aprobación y en sus momentos de descanso, cuando no está dando clases a los niños o lavando la bandera del Reino Unido (¡literalmente!) se entrega a la contemplación de su dura belleza masculina y a las fantasías masoquistas.

Pero mientras contemplaba a Grant, reclinado contra la balaustrada, con la mirada perdida en la llanura, con aquella fina cicatriz blanca que tenía en el brazo, intuyó que, a pesar de su riqueza y su poder, era un hombre solitario. Elizabeth no sabía si estaba solo a causa de su tragedia personal o de su gran riqueza. Si le pedía que se quedase, no opondría dificultades. Sentía una extraña compulsión de servirle. ¹³

Todas las novelas románticas están obsesionadas con la ropa. Cada acercamiento sexual tiene que lidiar con la atracti-

va barrera de la vestimenta; el pie como fetiche que aparece en las descripciones de la señorita Walker es un complemento op-tativo.¹⁴ El libro cuenta con cuatro reimpresiones en su haber en la edición de Fontana, y la autora ha escrito al menos once novelas más. La excitación alcanza su punto culminante cuando Grant Jarvis sube en Colombo a bordo del buque en el que Elizabeth viaja de regreso a Londres.

Supo que su presencia era real porque el *tweed* de su abrigo le lastimaba la nariz y sentía la fuerza enorme de sus brazos que la aplastaban contra su pecho...

Había ocurrido lo increíble. Una persona en el mundo había cruzado continentes y sobrevolado los mares para ir a buscarla... a ella, Elizabeth Heaton, mecanógrafa...

Él inclinó la cabeza y sus labios se encontraron. Durante un largo rato Elizabeth sintió el sabor del cielo en su boca.¹⁵

Éste es el héroe elegido por las mujeres. Sus rasgos los inventaron mujeres que adoran las cadenas de su cautiverio. Entre los hombres, es un tópico que las mujeres adoran a los sinvergüenzas, pero de hecho éstas se sienten fascinadas por el hombre de éxito que parece controlar su destino; anhelan dejar su responsabilidad de cuidar de sí mismas en manos de alguien capaz de administrarla de la manera más conveniente para ellas. Semejante criatura no existe, pero las mujeres muy jóvenes aquejadas del astigmatismo de la fantasía sexual son capaces de verla donde no está. Abrir las puertas de los coches, manejar a los camareros, elegir regalos y ganar dinero, se valoran a menudo como logros románticos; en su búsqueda de una relación romántica, muchas mujeres estarían dispuestas a sacrificar gustosas su buen juicio moral acerca de su elegido. Más de un ama de casa se estremece con la historia de Charmaine Biggs, y en su relato para los diarios, la esposa del atracador del tren, o su "negro", ha sabido escoger perfectamente los aspectos de una vida bastante sórdida y enrevesada que convenía

subrayar y acentuar.¹⁶ Los artículos destacan la estatura de Biggs, su fuerza física y su temeridad, junto con su insolencia en los tribunales y centros de detención, su actitud displicente con respecto al dinero y sus proezas en la cama. Incluso se recuerda sin aspavientos un adulterio.

Aunque el amor romántico es básicamente una vivencia indirecta, la intensidad de la fantasía falsea el comportamiento real. Resulta difícil exagerar la solidez de la convicción de que un hombre debe ser más fuerte y de mayor edad que su mujer. Yo misma no podría asegurar haberme liberado por completo del sueño de que un hombre enorme, de un metro noventa o así, con los hombros anchos y todos los demás aditamentos a juego, me aplastase contra su chaqueta de *tweed*, me mire a los ojos y deje el sabor del cielo o el ardor de su pasión sobre mis labios expectantes. Estuve casada con él durante tres semanas. La impresión de que las mujeres se visten para agradar a los hombres debe interpretarse en el sentido de que se visten para crear una impresión que, a su parecer, equivale a los estragos que causó, en Peter Harvey, Amanda vestida de muselina blanca. Los bailes de salón representan una extraordinaria capitulación de la sociedad al mito de la sumisión femenina; las mujeres se mueven de espaldas, enlazadas en un casto abrazo, con la cara cerca del rostro del hombre, pero sin rozarlo. Esta clase de baile, que sólo se remonta a los tiempos del galán de estilo regencia de Heyer, se puede considerar como una expresión de los usos de la clase media; en efecto, el estilo de baile aristocrático era formal, mientras que las clases bajas concedían a la mujer un papel independiente, que exigía un cierto esfuerzo. No tengo noticia de ningún baile tradicional o indígena en el que el hombre se haga cargo de mover a la mujer. El espectáculo preferido de la mujer de clase media es el ballet, que encarna todos y cada uno de los estereotipos románticos; en efecto, aunque sus solos requieren una gran fuerza y disciplina, la bailarina *salta*, pero *parece elevarse* transportada como una hoja o una pila de plumón de cisne. Incluso en el plano exclusivamente social,

el baile de salón bien ejecutado entraña la misma contradicción. La mujer debe ejercer un control físico para aparentar que es conducida ingrávida sobre la pista.

La operación más significativa del mito romántico tiene lugar, empero, en la situación del cortejo. Los chicos —a menos que exploten conscientemente la vulnerabilidad femenina— ignoran casi por completo el significado que tiene el beso dentro del canon romántico. Para ellos representa un principio, un preámbulo de la intimidad; para las chicas, es la coronación del amor que tiene lugar en los momentos culminantes. Aunque en realidad no creen que sea así, tampoco comprenden la actitud de los chicos. Los abrazos entre adolescentes carecen casi siempre de esa intensidad reverente, aunque los hombres más maduros pueden fingirla y lo hacen de manera casi inconsciente. Hasta el adolescente más comedido practica el besuqueo y el magreo, aunque en *Valentine*, *Mirabelle* y *Sweethearts* no lo haga nadie, pero incluso las adolescentes que lo reconocen añoran el amor y el romanticismo como algo que podría ocurrirles y que no son capaces de conseguir. El impulso de abandonarse forcejea con el impulso de imponer la forma adecuada a las circunstancias y, en la mayoría de los casos, la chica que exhala su alma sobre los labios de su enamorado bisoño se engaña con una percepción exagerada de lo que en realidad está ocurriendo. Le ofrece al mismo tiempo más y menos de lo que él le pide. Las escenas desconcertantes que se producen cuando los chicos violan el protocolo sentimental son una prueba fehaciente de la labor irreal del romanticismo. El papel es tan sencillo que los jóvenes más desvergonzados lo fingen de manera deliberada: hasta el novato más inexperto aprende enseñada que la mejor artimaña es la del deseo-reprimido-pero-casi-incontrolable que unos pocos suspiros y unas cuantas miradas elocuentes consiguen transmitir. ¿Y qué me dicen de la frase de Cartland: «Si tus labios llegasen a rozar los míos, no sería capaz de responder de las consecuencias»? Esta clase de diálogos puede resultar explosiva. A pesar de la mojigatería

con que describen los sonrojos y de la supresión de cualquier referencia a un contacto humano menos intenso y menos decoroso, tanto Cartland como Heyer preparan el camino a los seductores; a los seductores, no a los amantes. A la vez que facilitan la tarea a los "guaperas", interponen aún más obstáculos en el camino de los feos. Aunque el héroe romántico no es un estereotipo tan inamovible como la chica pasiva y sin personalidad, también debe reunir ciertas cualidades indispensables. Nunca es torpe, aunque puede llegar a ser insolente o incluso ofensivo; nunca se muestra nervioso o indeciso o humilde, y siempre es guapo. En el contexto tribal de la adolescencia hay chicos con los que una chica no sale; no son aceptables, porque son feos, o sensibleros, o se muestran demasiado ansiosos. Incluso la intemperancia resulta más aceptable que cualquiera de estas características.

La ambientación, la ropa y los objetos son otras tantas muestras de la ritualización del sexo, que es la característica fundamental del amor romántico. Del mismo modo en que la comunión no es un alimento verdadero y no sacia el hambre, el Beso Todopoderoso ocupa el lugar de una comunión que no puede disfrutarse en la práctica. La imaginería de Cartland con su gesto de besar el dobladillo de la falda y sus lirios delatan que nos encontramos ante una especie de religión sexual. Lo que se requiere es devoción, no amor. Algunas mujeres necesitan estos rituales incluso en su vida de casadas para que el sexo les resulte aceptable. Sin esta clase de ritos, la relación sexual se convierte en otra tarea doméstica y a menudo la reticencia de la esposa responde más a esta necesidad de *glamour* que a un mero sórdido regateo sexual. El deseo de que el sexo se convierta en un acontecimiento importante guarda una curiosa relación con la presunta lentitud de la respuesta femenina, pues muchas mujeres buscan en el sexo, no un alivio físico, sino una exaltación, la veneración física prometida en la ceremonia del matrimonio. Parte de la demanda sexual de las mujeres es, en realidad, la petición de que se represente la ceremonia sexual

de la unión; los hombres la rehúyen porque la interpretan erróneamente como una exigencia de potencia sexual.

Lo llamaba "gnangnan". Me contestaba "trastornada". Te amaré como te amaba en Saint-Rémy en el cuento... Cedía, y yo estaba desesperada.

Comencé con arabescos. Mi mano era mi esperanza. Frívola, liviana, aérea, aventurera, simple, complicada, envolvente, sorprendente, desconcertante, vacilante, precisa, monótona, indefinida, matizada, vivaz, lenta, agotada, concienzuda. ¿Quieres que durante un rato te rodee el seno? Golondrina llegada de países cálidos, desde tu cadera hasta el arranque del pie, escucha, Gabriel, escúchala sobre el perfil de tu cuerpo. Diletante, laboriosa, atenta, curiosa, en acecho, precavida, trazo el nombre de Saint-Rémy sobre mi amante. Escribo también el de la vieja que recoge la flor podrida al terminar el mercado y pinto un largo párrafo de madre selvas alrededor de los tobillos, de las muñecas y de la oreja. Mi lento arroyo de lotos corre en su sangre, pero Gabriel no se dormirá. Estremecimiento de sus omóplatos, mi poder. Ventorrillo, pescaditos fritos en las axilas y en la ingle. Encogida en mi desorden de amor, mi mano sigue el perfil de su pierna mientras me alimento del talón de mi marido. Querido profesor, tú me alentabas. Escuchaba el claro: su hombro sobre el que yo jugueteaba. Mis dedos y mis uñas te hablaban de la luna frágil cuando la intimida una nube, de lo ensangrentado de una puesta de sol, del trino y de la gota de agua del pájaro de las tinieblas. Pesado paseo. Dios mío, qué bien escribía desde sus rodillas hasta su pubis. Dios mío, era mi religión.¹⁷

En la obra de Violette Leduc, la vulgaridad se convierte en una virtud. Aquí el sentimentalismo barato se une a la variante superior llamada romanticismo para recrear un ritual panteístico del amor. De acuerdo con el concepto romántico de la unión, la Bastarda se embarca en un viaje sentimental egoísta a

través del cuerpo indefenso de su esposo. Diríase que cualquier hombre habría de sentir una profunda aversión contra esta clase de preciosismo y añoraría un poco de obscenidad clara, un poco de entusiasmo por el asunto, en vez de esa necesidad neurasténica. Una versión inferior de esa mezcla de vanidades y devoción es lo que induce a las mujeres a rechazar ciertos actos sexuales, inconfundiblemente específicos y mecánicos, mientras que, en cambio, toleran ciertas perversiones porque están revestidas de un carácter ritual. En el sexo se pueden conseguir muchas cosas mediante la adulación, que es una modalidad de la oración. Ni los amantes más extrovertidos pasan por alto el acto de la adoración del cuerpo desnudo de la mujer, y las caricias son, de hecho, en gran medida prácticas rituales, sin olvidar la repetición ritual de las palabras «Te quiero», que reclaman hasta las mujeres más disolutas. La terminología recurrente de las revistas pornográficas que se refieren al orgasmo como la experiencia "culminante" es otro reflejo del romanticismo y la fe en una especie de inmolación mística a través del sexo.

Como la mayoría de chicas jóvenes, siempre había estado anhelando de manera difusa la llegada de mi príncipe azul, que me despertaría con su beso mágico. Pero cuando recibí mi primer beso y luego muchos más, sin que se produjeran los resultados prometidos, me sentí profundamente desilusionada. Sólo mucho más adelante y tras un profundo y satisfactorio orgasmo, de repente comprendí el verdadero significado del cuento y la naturaleza del beso mágico al que se refiere.¹⁸

En mi época de joven y desvergonzada revolucionaria sexual, insistía a menudo en que era más pertinente interpretar el beso místico del amor romántico como un orgasmo, pero he llegado a la conclusión de que estaba equivocada. En realidad, en la concepción romántica del sexo, el orgasmo denota el beso, y no a la inversa. El pensamiento condicionado por los

cuentos de hadas traduce los fenómenos a los términos de la cultura popular barata. Ningún chico que se haya masturbado alguna vez, en un guante de béisbol en una escenificación burlesca o sobre una hoja impoluta de papel en blanco, caería jamás en la tentación de describir el orgasmo de un modo tan *ridículo*. Maxine Davis no es consciente de la pomposidad de sus palabras cuando afirma:

Por más que una chica haya estudiado con diligencia todos los manuales matrimoniales e intentado absorber todas las instrucciones que personas objetivas y responsables hayan puesto a su disposición, si nunca ha besado, ni ha intercambiado caricias y toqueteos, ni se ha masturbado o ha alcanzado el orgasmo en sueños, no tendrá la más remota idea de cómo puede ser esa experiencia cumbre.¹⁹

Es el mismo tono que siempre me ha molestado en los escritos de D.H. Lawrence sobre la experiencia sexual real. En ellos compagina una extraña reticencia a describir qué hace exactamente su protagonista masculino con la imaginería más rimbombante sobre el orgasmo cósmico. Sólo un pequeño paso la separa de la siguiente descripción más conocida:

Lenta, muy lentamente y con maravillosa ternura, sus labios encontraron los suyos. Sus bocas se rozaron apenas un instante: el pétalo de una flor contra el pétalo de otra flor ... Su boca la buscó de nuevo y el mundo entero pareció desvanecerse, dejándoles a solas, flotando por encima de las nubes envueltos en el glorioso resplandor del sol, que tenía algo divino.²⁰

con todos sus elementos religiosos propios del cuento de hadas, de esta otra:

Pareció desmayarse bajo su cuerpo y él pareció desmayarse, inclinado sobre ella. Fue un desvanecimiento perfecto para

ambos y, al mismo tiempo, el acceso más insufrible a la existencia, la maravillosa plenitud de la satisfacción inmediata, incontenible, que desbordaba de la fuente de la fuerza vital más profunda, la más ignota, profunda y desconocida fuente de vida del cuerpo humano, en la parte posterior y en la base de sus caderas.²¹

Es la misma clase de romanticismo que conduce a Elizabeth Heaton a proteger su regazo con la bandeja del desayuno, la idea de que el pene es una fuente poderosa que un misterioso dinamismo hace aflorar a ratos. No obstante, no acababa de tener claro cuál era el problema hasta que presté atención a la imaginiería sexual del *blues* urbano, que parece ser ajeno a toda la mojigatería y falso misticismo del profeta del sexo. Tal vez esto explique que en Estados Unidos hayan aparecido algunos autores capaces de hablar del sexo con entusiasmo y claridad. Entre los cuales no puede contarse, sin embargo, a Hemingway, cuya descripción de un orgasmo logrado es que *se mueve la tierra*, y la tradición más antigua parece seguir siendo la que más abunda, con mucha diferencia.

La mojigatería, la exaltación y la "poesía" de la escritura de Lawrence y de Hemingway les sitúa dentro de la tradición de los románticos del sexo, aunque vendan sus productos a un público más culto. Su vocabulario es más amplio que el de Cartland, pero las estructuras de la estimulación son idénticas, con la condición que aceptemos el coito, en lugar del beso, como desenlace del relato. Como denotación de un estilo de vida sexual, resultan igualmente engañosos. El papel femenino continúa consistiendo en pasar de manera misteriosa, con toda la lentitud que convenga, de un estado de exultación febril al siguiente. Quizá merezca la pena recordar que tanto a Lawrence como a Hemingway se les ha acusado de impotencia. Ahora que se reconoce el papel sexual de las mujeres, las posturas masoquistas de la novela romántica femenina se están complicando y comienzan a adquirir una mayor complejidad, pero bá-

sicamente no han variado. Ahora se espera que las mujeres disfruten del sexo, pero sin salir de su reclusión en el templo burgués. El sexo se está trasladando, por el contrario, al templo como parte de la práctica ritual, una experiencia mística que es una gracia otorgada por los hombres, igual que Dios concedió el éxtasis a Teresa de Ávila.

Desde su infancia se les dice a las mujeres, y lo aprenden del ejemplo de sus madres, que un pequeño conocimiento de la debilidad humana, denominado justamente astucia, un genio suave, obediencia externa y una atención escrupulosa a una especie de decoro pueril les obtendrá la protección del hombre...

MARY WOLLSTONECRAFT,
Vindicación de los derechos de la mujer, 1792, PÁG. 33

Una mujer jamás volverá a ser tan feliz como durante el cortejo. Entonces es dueña de todo lo que observa, foco de todas las miradas, hasta el día más glorioso de todos cuando avanzará majestuosamente hasta el altar, una visión vestida de blanco, tan hermosa como las asclepiadáceas que lleva, diáfana, conducida por el brazo varonil de su padre para ser entregada a su nuevo sustituto paterno. Si es lista y si su marido dispone del tiempo y los recursos necesarios, exigirá ser cortejada durante toda su vida. Sin embargo, es más probable que descubra que el matrimonio no es nada romántico, que los maridos se olvidan de los cumpleaños y los aniversarios, pocas veces pronuncian un cumplido y a menudo lo hacen de manera mecánica. Nadie la lisonjea, nadie la hace sentirse deseada. Advertirá que su marido es mucho más sensible en el terreno sexual que en el personal o al menos eso le parece a ella: es tan

poco cuidadoso con los rituales que ella había conseguido establecer cuando era una novia ruborosa. En la fase del cortejo, su relación era toda *glamour* (el preludio mágico de su encarcelamiento en la montaña de cristal), pues sólo veía a su marido cuando él la invitaba a salir y a cenar, la agasajaba con vino, la galanteaba, y ella iba arreglada y sólo hablaba de sí misma y de su amor. Si su necesidad de seguir recibiendo la adulación anterior llega a ser perentoria, ello puede llegar a afectarla seriamente. Su idilio romántico ha sido la única aventura a su alcance y ahora ha terminado. El matrimonio es el final de la historia. Las revistas femeninas la animan a que no deje que el romanticismo llegue a desaparecer de su matrimonio. Intenta no "abandonarse", mantenerse joven y guapa; procura no preguntarle a diario a su marido si todavía la ama; desearía que su beso matinal antes de dejarla sola durante todo el día fuera un poco menos mecánico. Tarde o temprano acabará considerando su cortejo como una seducción; tal vez culpe a su marido, pero en realidad fue ella misma quien urdió la seducción. El amor que imaginaba, lleno de labios electrizados y de anhelo por él, tumbada despierta en la cama, en realidad no llegó a materializarse jamás. Comprende que fue una estúpida niña romántica. Descubre que el matrimonio es un empleo duro. Su romanticismo se convierte en escapismo, si no lo era ya. Se obsequia con pequeños regalos románticos, como perfumes, que su marido ni siquiera advierte. El amor romántico pasa a ser su ensueño privado.

Felice, una aventura veraniega que durará para siempre.

Miss Lenthéric es una historia de amor. Es en verdad el nuevo perfume más romántico que existe y nunca sabrá lo que se ha perdido si no lo prueba.

Aqua Manda. Dos palabras que cambiarán su vida.

Ahora que tiene que complacerse ella sola, el mercado le ofrece un sinnúmero de productos con los cuales gratificarse.

Desde la isla de Zanzíbar perfumada de clavo de olor ... hasta el primer rocío de Birmania ... en todo el mundo, las jóvenes que usan Lux son cada vez más numerosas que las usuarias de cualquier otro jabón. Bellas muchachas de tez hermosa. Porque la espuma de Lux está especialmente enriquecida con crema de aceites naturales ... que la hacen más suave, para mantener tu piel más tersa y más lisa de manera natural. Únete a las mujeres más bellas del mundo...

Los anuncios de tintes para el pelo siempre se elaboran con el ojo puesto en el escapismo de las mujeres: verán emerger un *nuevo yo descocado*, se les abrirán nuevas posibilidades. Incluso el baño puede convertirse en un ritual romántico:

New Dew incorpora la magia de los Alpes a tu baño. Como una flor, recién despertada por el rocío. Fresca, hermosa y dispuesta para saludar el nuevo día. Así te sentirás cada vez que te bañas con New Dew ... Dos tapones de esta fragante esencia verde te bastarán para dejarte transportar lánguidamente hasta el mundo natural de las flores y el frescor.²²

La mayor aventura sigue siendo, no obstante, enamorarse; aunque la emoción sideral haya pasado, las mujeres se empeñan en volver a vivirla. Es el único relato que verdaderamente desean escuchar. Una vez vi en Venecia, en un *vaporetto*, a una joven recién casada —desde hacía un par de meses, como máximo, calculé— acompañada de su marido, enfrascada en una fotonovela mientras él se esforzaba en vano por charlar con ella y acariciarla. Ya en ese momento, la fantasía resultaba más apasionante que la realidad. Las revistas femeninas reelaboran la misma historia una y otra vez, cambian el decorado, inventan combinaciones de acontecimientos cada vez más extrañas

que modifican la trama de fondo, pero el enamoramiento, el beso, la declaración de amor y la boda inminente constituyen sus ingredientes básicos. Otros relatos tratan temas secundarios, como el adulterio, el engaño y la frustración o la nostalgia; sin embargo, el mito romántico familiar continúa siendo el elemento central de la cultura femenina.

La religión sexual es el opio de las supercriadas. Una carta singularmente ingenua dirigida a una revista femenina lo demuestra con desusada claridad:

¿Se han parado a pensar alguna vez en el daño que causan los inventos modernos al romanticismo? Ya no hace falta que ella se encargue de zurcir sus indestructibles calcetines de nailon, ni de planchar su camisa inarrugable. ¿Cuál será el hombre dispuesto a recoger el pañuelo de papel que ella ha dejado caer o a empujar un carro de la compra repleto? Una chica en minifalda no necesita que le ayuden a subir al autobús y su encendedor de gas funciona siempre.²³

El amor romántico justifica el trabajo duro, la incompetencia física y la prostitución (en efecto, la situación del encendedor probablemente incomodará sobre todo a las prostitutas callejeras). Si la señorita S.A. de Rhiwbira tiene razón, el amor romántico está abocado al fracaso; sin embargo, no existen tantos indicios de que así sea como yo desearía para tener motivos para el optimismo. La ropa femenina es mucho más romántica ahora que en los años de la austeridad y aunque las minifaldas han mejorado la movilidad, el pelo y las pestañas postizas, sumados a la falsa modestia con que se visten las susodichas minifaldas, han vuelto a reducirla. Incluso un libro tan poco emocionante y tan descriptivo como *Groupie* encarna el estereotipo romántico fundamental en el personaje de Grant, el diestro amante que desplaza a todos los demás ligues de Katie. Le indica cuándo puede llamarle y cuánto tiempo puede quedarse; le ordena que haga la cama y que atienda a todas sus

demás necesidades sin rechistar y ella lo hace encantada.²⁴ Katie se convence de que eso es amor encubierto, igual que en el caso de lord Worth y de Grant Jarvis, y el libro termina con una nota de esperanza cuando la deja aguardando su regreso de América para continuar mandándola. El libro se basa en una experiencia real y su fidelidad resulta a menudo francamente monótona; el personaje de Grant es, no obstante, una falsificación genuinamente inconsciente del original. Si queremos que la liberación de la mujer tenga lugar, si queremos aprovechar el caudal del verdadero amor de las mujeres, tendremos que contrarrestar este autoengaño estéril. La única forma literaria que podría desplazar a esta basura romántica como éxito de ventas en el mercado femenino es la pornografía dura. La empalagosa estimulación de Cartland y las de su clase satisface una necesidad imaginaria, pero su hipocresía limita la satisfacción a la que es posible obtener leyendo entre líneas. Podemos saltarnos las insinuaciones entre líneas y evitar todo el proceso. Mis amiguitas y yo nos pasábamos *True Confessions* porque estábamos cachondas y llenas de curiosidad. Si deja el *Manual de la perfecta ama de casa adúltera*²⁵ en un lugar visible, quizá su hija no llegue a leer nunca con ninguna credulidad las novelas rosa de Cartland o Heyer.

EL OBJETO DE LA FANTASÍA MASCULINA

Tanto las niñas como los niños leen historias de aventuras. Cuando son pequeños leen aventuras "unisex" con protagonistas masculinos y femeninos. Los mayores leen relatos segregados de hazañas de chicas solas o de chicos solos. Si las historias de chicas pretenden ser verosímiles, los autores no pueden excluir a los personajes masculinos, si bien protegen a sus lectoras preadolescentes de todo interés sexual o amoroso. En el caso de los chicos, la exclusión del sexo supone la de cualquier personaje femenino. Todavía recuerdo cuánto nos molestaba a todos en octavo que las películas de los Biggles incluyeran una preocupación amorosa, como concesión a las parejitas de novios. La pubertad pone punto final a las valerosas fantasías de la chica que sueña con ser Pony, por ejemplo, y que salva al coronel Buffalo Bill Cody lanzando una piedra hasta el otro lado del río, contra la cabeza de un arquero indio, el mismo al cual, dos fotogramas más adelante, arranca de las fauces de un caimán¹ y que la inicia en las emociones pasivas de la heroína infantilizada de los relatos románticos. En el caso de los chicos que pronto serán hombres, la fantasía dominante de la aventura simplemente se amplía y da cabida a las mujeres como una hazaña más: el sexo se admite como un nuevo tipo de proeza o riesgo. Dado que la novedad es un rasgo esencial de la aventu-

ra, cabe esperar una diversificación superficial del interés sexual, en el aspecto racial, físico y tal vez social, pero los modelos de satisfacción son simples y suelen dividirse en dos categorías: la Gran Zorra y la Doncella Ponzoñosa.

La "gran zorra" es la mujer letal, digna contrincante del héroe omnipotente, sobre y a través de la cual éste puede ejercer su poder. Está llena de deseo, es codiciosa, lista, deshonesta y siempre lleva la delantera. El héroe puede tenerla a su lado y lanzarla cual domador de leones contra sus enemigos o puede tener que luchar para salvar su vida de sus garras.

... la rendición incondicional era su único alimento. A fin de cuentas, una Gran Zorra debe contar con las posibles pérdidas si el caballero se le escapa. En efecto, en el caso ideal, una Gran Zorra extermina a cualquier macho que tenga el valor de conocerla carnalmente.²

Mailer ensambló su Deborah Caughlin Mangaravidi Kelly con esmero, para que representara el mayor número posible de rasgos del estereotipo. El autor no es del todo imparcial en sus descripciones: su narrador continúa murmurando inmerso en el pesado sueño americano. La fuerza del libro procede de la tensión entre el cirujano y su propia herida. La tensión mortífera del sexo concebido como proeza, la infatigable autoafirmación que imposibilita cualquier comunicación, la lucha a muerte entre los sexos, imaginaria pero auténtica, de todo ello consigue escapar Stephen Rojack, pero su fuga impide que pueda continuar el libro. El mito sexual actual no ofrece alternativas, a menos que demos crédito a la vocecilla autosuficiente de los *hippies*. Lo más importante con respecto a Deborah es la característica que se menciona al principio: la hipérbole descabellada de Mailer eclipsa todas las descripciones de mujeres lujosas, elegantes, ricas, de primera clase. etc., de Spillane y Fleming. El contexto y la expresión eufemística deberían delatar su juego, aunque feministas como Kate Millet insistan en considerarle un cretino.³

Conocí a Jack Kennedy en noviembre de 1946. Ambos éramos héroes de la guerra y acabábamos de ser elegidos miembros del Congreso. Una noche salimos con dos chicas y la velada me fue favorable. Logré seducir a una joven que miraría con desgana un diamante del tamaño del Ritz.⁴

Lo cual se debe interpretar en sentido de que Rojack es un típico héroe americano, que se mueve en el ambiente de Grace Kelly/Jacqueline-Lee-Bouvier, con una polla más interesante bajo cualquier punto de vista que cuanto haya podido expresar con palabras Scott Fitzgerald. La imaginería de la guerra y del sexo se confunden de manera inextricable. El enemigo es un maricón que será acibillado en el bajo vientre hasta dejarlo convertido en una masa sanguinolenta; el dolor es un dolor limpio, un dolor bueno, prueba de una destrucción buena y limpia; no indica podredumbre, porque de la podredumbre nace la vida. El útero huele a podredumbre, ya que el origen de la vida desespera al varón yermo que es Rojack, cuyos pensamientos mismos parecen un arsenal. Además de la guerra, Deborah también representa el juego.

... había sido famosa en su día, por su capacidad de elegir y escoger entre toda una galería de galanes: políticos de primera línea, pilotos de carreras, magnates, así como una buena parte de los playboys acreditados del mundo occidental; ella me abrió las puertas de la primera división.⁵

Los atributos físicos de esta criatura son los propios de las exuberantes tigresas de la literatura de suspense. Barbara Cartland y Georgette Heyer no reconocerían a las ágiles, pechugonas y altísimas matonas con asombrosas matas de pelo que despedazan a los héroes con una sola mirada. Mailer resulta menos artificioso, aunque los atributos son inconfundibles.

Era una mujer guapa, esa Deborah, y alta. Con sus tacones

me sobrepasaba al menos tres centímetros. Lucía una abundante mata de pelo negro y unos ojos de un verde increíble ... Tenía una gran nariz irlandesa y una boca ancha que adoptaba muchas formas, pero su belleza residía en su cutis; tenía la piel blanca como la leche y un suave rosa pálido teñía sus mejillas...⁶

No nos hallamos muy lejos de las mujeres extraordinariamente elásticas, con los ojos rasgados y arremolinadas nubes de pelo, que se deslizan de puntillas por las páginas de los cómics de suspense hasta encararse de repente con el héroe con las garras desenfundadas para matar. Tienen la boca grande, arqueada y reluciente como un alfanje; la musculatura de sus hombros y sus muslos es asombrosa, sus pechos semejan granadas, estrechos cinturones de acero, como los de los saltadores de toros cretenses, ciñen su cintura.⁷ Ian Fleming inventa mujeres que conducen con gran destreza o que son hábiles Amazonas o tiradoras.⁸ Deborah pertenece a la clase más inquietante de mujeres especialistas, la de las asesinas.

... era una cazadora fuera de serie. Había participado en un safari con su primer marido y había matado a un león herido que se arrojó sobre ella cuando estaba a tres metros de su garganta; había derribado un oso en Alaska de dos disparos en el corazón (con una Winchester 30/06) ... A menudo disparaba desde la cadera, con la misma desenvoltura con que señalaría a alguien con el dedo.⁹

¿Y cuál es el destino de la tribu de antiheroínas de escote generoso, pecho abundante, caderas estrechas y piernas de bailarina como Deborah? En la mitología menos consciente se someten a la polla férrea del héroe que las amansa con su vigor animal hasta dejarlas húmedas, blandas y sumisas, aunque sean odiahombres, como Pussy Galore. Así domeña el Tiger Mann a Sonia Wutko:

Tenía una boca cálida y húmeda, tan insaciablemente apasionada que actuaba por sí sola como una espoleta que provocaba una explosión tras otra. Su boca se fundió con la mía, una tea capaz de gritar si no se le ahogaba; todo su cuerpo un pulpo de emoción que pedía y pedía, y cuando quedaba saciado durante un breve instante se relajaba, contento, cercano a la muerte.

Pero no le permití descansar. Recibiría lo que andaba buscando. Quería saber cómo era un tigre y ahora lo sabía. Conoció la profundidad de los colmillos y la sensación de ser absorbida, porque era simplemente una mujer presa del arrebató de un hambre espantosa y bajo la aterradora luz del sol supo por primera vez lo que significaba vivir como mujer.¹⁰

El sexo de aventura está asociado a la pirotecnia, los explosivos, los animales salvajes, el buceo en aguas profundas, las cabalgatas por terreno difícil. La compañera sexual ideal ofrece una buena pelea, y cuanto más animosidad albergue, mejor. De la imaginería del párrafo de Spillane se desprende claramente que el destino adecuado para la Gran Zorra es la muerte, ya sea la muerte metafórica del frenesí del orgasmo devastador, ya sea la muerte real, que el héroe de Mailer administra a su mujer salvaje por estrangulamiento. Ella se lo ha buscado.

Sonrió como una lechera, se desvaneció y ya se había ido. Y en medio del esplendor oriental del paisaje sentí cómo su dedo perdía el contacto con mi hombro, cómo radiaba una tenue pero indeleble cadencia de aversión hacia la nueva gracia. Abrí los ojos. Me sentía cansado, lleno de una fatiga distinguida, y mi carne parecía nueva. Desde los doce años no me había sentido tan bien. En ese momento me parecía inconcebible que en esta vida pudiese haber algo que no me complaciese.¹¹

Matar a la mujer es como matar a un oso o un monstruo legendario: la virilidad se libera de la dominación del sexo, escapa de la adicción. Volvemos a encontrarnos en un mundo de hombres. La cultura de una nación donde se segrega a los hombres y se les educa en un régimen espartano de esfuerzo físico, deporte y aseo personal refleja necesariamente este elemento; sin embargo, resulta aterrador imaginar las consecuencias que debe tener en las transacciones ordinarias no escritas de la relación cotidiana entre los sexos. La Velda de Mike Hammer es una gran zorra, pero ella trabaja para su amo (como un perro callejero) y mata por encargo suyo, lleva la presa a casa y la deposita a sus pies. Su recompensa es que Hammer se abstiene de abordarla sexualmente; en apariencia, porque le tiene reservada una recompensa adecuada en un reino futuro donde incluso Hammer aceptará una vida doméstica, pero en realidad el contacto sexual con Velda la aniquilaría. La extraordinaria colección de armas fálicas que acarrea James Bond hizo reír a algunos cinéfilos enterados, que captaron la broma del director que presentó cada artilugio como una nueva variedad de polla, pero quizá no se habrían reído tanto si se hubiesen parado a pensar que, recíprocamente, también es cierto que el pene se ha convertido en un arma.

El pene-arma se utiliza con agresividad contra la Gran Zorra: en el caso de la Doncella Ponzoñosa, se emplea como defensa. La Doncella Ponzoñosa de *Un sueño americano* se llama muy oportunamente Cherry [cereza]. Es pura y virgen a todos los efectos prácticos, como su nombre indica:

Tuve un orgasmo contigo. Hasta entonces, nunca lo había conseguido... Nunca. De todas las demás formas, sí. Pero nunca, Stephen, mientras un hombre estaba dentro de mí, con un hombre dentro de mi cuerpo.¹²

Conseguir ser el primer amor de la Doncella Ponzoñosa es como aspirar a la silla vacante de la Mesa Redonda. Cherry

está rodeada de animales peligrosos, entre los que destacan los "gorilas" de discoteca que se sientan a su alrededor cuando canta en un antro del Village, negros, boxeadores profesionales de mala reputación, detectives y arpías, que mueren acribillados por las balas que les dispara mentalmente Rojack. En su apartamento vivía antes su hermana, muerta por culpa del maligno supermacho Shago (!) Martin. El regreso inminente del negro seductor pone en peligro los preciados momentos que Rojack pasa allí a su lado. En apariencia, aquél es un cantante, pero ¡qué cantante! «... Resplandecías, cuando él acababa de cantar, tu oído se sentía en la gloria, habías sido sometido por un campeón.»¹³

Otros caballeros que han frecuentado a la dama han huido corriendo; sólo Rojack resistirá, sin más arma que su poderoso pene contra un negro enloquecido que esgrime una navaja automática. Por supuesto, gana. La Doncella Ponzoñosa lleva en el vientre su criatura y está a punto de ingresar en la categoría divina de madre cuando un último desalmado la mata a garrotazos. La conclusión final del romanticismo masculino es que todo hombre acaba matando lo que más ama: sea Catherine en *Adiós a las armas*, sea la urna griega,* la "obligación de verla perfecta" significa que debe morir,¹⁴ para mantener intacta la condición de gran amante del protagonista. Este patrón sigue siendo el habitual: el héroe no puede casarse. La hazaña sexual debe consistir en la conquista, no en la cohabitación y la tolerancia mutua.

Los desahogos fantasmáticos del sexual barón de Munchausen, John Philip Lundin, permiten apreciar hasta qué extremo es posible encontrar las características del sexo de aventura en la vida real o, más bien dicho, inyectadas en la vida puesto que forman parte de las preocupaciones de los varones. Una introducción firmada por R.E.L. Masters a su libro *Wo-*

* La autora alude aquí a la «Oda a una urna griega» de John Keats. (*N. de las T.*)

men da fe de su carácter autobiográfico en cierto modo. El primer capítulo esboza una de las fantasías masculinas predilectas: el valor de mercado de los encantos femeninos. Tanto si están casadas con un marido rico como si trabajan como azafatas en un club de lujo, están empleadas como “modelos” o sencillamente hacen la calle, se da por sentado que las mujeres siempre se embolsan algo. La proeza de Lundin consiste en obtener gratis aquello que otros hombres están obligados a pagar a un precio considerable. Por supuesto, no es un proxeneta que se afana por dar placer a la prostituta que lo mantiene. Es un amante, al nivel de las expectativas de las profesionales. Los maridos son clientes que pagan o, hablando claro, mamones. En su calidad de gorrón perpetuo, Lundin siempre corre peligro, y todas sus mujeres reúnen la emoción de la Doncella Ponzofiosa y la destreza cazadora de la Gran Zorra. Según sus propios criterios, su mejor aventura la tuvo con Florence, la mujer del jefe. Ésta sigue el patrón clásico de las hazañas sexuales habituales en la literatura masculina. El chispazo ocurre a primera vista y los síntomas son los acostumbrados.

Ninguna chispa eléctrica que se haya descargado jamás sobre mí al interponerme en un circuito eléctrico me ha impactado tanto como la visión de Florence. El corazón me latía con fuerza, la sangre se aceleró en mis venas como si tuviera fiebre y se me hizo un nudo entre la tráquea y la aorta. Sentí caer mi estómago por el hueco de un ascensor, como si temiera por mi vida. Y noté un temblor en los testículos, como si ya supieran que esa mujer los haría entrar en acción.¹⁵

La extraordinaria calentura de Florence exagera deliciosamente los riesgos del adulterio clandestino, junto con el hecho de que el basto marido cornudo disponga de unos “chicos” que se encargan de proteger sus intereses. Finalmente, éstos consiguen ahuyentar a Lundin. Siendo como es universalmente deseable, muchos otros hombres están prendados de ella, un re-

quisito primordial de toda fantasía masculina, dada la necesidad de que la hazaña sea aclamada por los demás varones. Florence consigue convencer a los esbirros de su marido para que la lleven a ver a Lundin en el coche, y ambos celebran un apasionado reencuentro en el asiento trasero. Cuando aquéllos le exigen idénticos favores e intentan chantajearla, sale huyendo a toda prisa con destino a México, donde se casa con otro mán, millonario, por supuesto. Le abandona para buscar refugio al lado de otro feroz ángel guardián, la arpía de su madre. Su posición permanente como único amor de Lundin queda garantizada cuando se entera de que tiene cáncer y vuelve con el primer marido rico: «Desde que me dijeron que había muerto, supe de algún modo que mi vida jamás llegará a ser completa sin ella».¹⁶

Para demasiados hombres de nuestro tiempo, el amor consiste en acostarse con una mujer seductora, debidamente dotada de la adecuada combinación de curvas y ventajas, y sobre la cual han adquirido un derecho permanente por intermedio de la institución del matrimonio.

ASHLEY MONTAGU,
The Natural Superiority of Women, 1954, pág. 54

La idea bastante artificial de una vida completa es intrínseca a la concepción masculina del enamoramiento. Los hombres no esperan encontrar a una hija —como las mujeres esperan encontrar a un segundo padre—, ni tampoco a una madre. Esperan encontrar una mujer que dé “respuesta a todo”, “que sea capaz de colmar mis necesidades de comprensión, compañía y pasión sexual”. En la base de esta búsqueda se encuentra una idea exagerada de la capacidad de deseo (necesidad), pa-

sión sexual, compañía y comprensión del varón en cuestión. El hombre es la constante: su compañera debe estar a su altura o adaptarse a él. La mujer excitante fantaseada genera el deseo y libera el potencial masculino con su sola visión y la visión de todos los demás hombres presentes que la admiran embobados. Un aspecto de esta fantasía se traduce casi invariablemente en la práctica, en forma de la satisfacción que procura a los hombres ser vistos en compañía de una mujer que los demás codician. La intensidad que puede alcanzar esta satisfacción queda patente en el recurso extremo ideado por James Jones en *El hacedor de viudas* para dejar constancia del excepcional atractivo de Lucky Videndi y de la seguridad que le da a Grant el hecho de poseerla. Después de negarse a formar parte de un grupo que ha decidido bañarse desnudo, Lucky espera a que su marido y todos los demás hayan salido del agua y entonces:

De pronto, Lucky se levantó y se adentró en el agua. Se tumbó y, medio chapoteando, medio remando, se alejó un poco, con todo el cuerpo sumergido en el agua, excepto la cabeza ... luego se incorporó de repente y alzó los brazos por encima de la cabeza en una clásica pose de ballet. Se había quitado el bañador y estaba completamente desnuda. El agua pareció deslizarse por su cuerpo como en cámara lenta, hasta que toda su gloriosa sensualidad quedó al descubierto, con sus hermosos pechos blancos y las delgadas caderas redondeadas, que hacían parecer a las demás chicas más flacas y de aspecto mecánico y asexuado. Con los brazos todavía levantados y el agua cubriéndola apenas hasta las rodillas, ejecutó una serie de pasos clásicos de *ballonné fouetté* y un genuino *pas de bourré* exactamente en dirección al grupo, todo ello ejecutado con gran perfección. En ese movimiento ... su entrepierna parecía quedar completamente abierta y debía haberlo elegido a propósito. En la orilla se hizo un silencio ... Su melena color champán no se había mojado y desprendía resplandores de oro blanco en torno a ella al compás de sus movimientos.¹⁷

No es de extrañar que Grant esté loco por esta criatura, sobre todo porque además posee el don atlético adicional de apoyar ambos pies detrás de su cabeza cuando hace el amor. Desde luego da prestigio ser capaz de *necesitar* a una mujer así. Para dejarlo aún más claro, Lucky Videndi se define como "puta de escritores" y el hombre de quien se enamora es escritor, de modo que su presencia continuada a su lado aumenta su prestigio profesional.

¿Hay otra que tenga un marido como el mío? Le atraieron mis piernas largas y mi pelo castaño. Ahora, al cabo de seis años de matrimonio, ha empezado a desear un cambio y sueña con una rubia de pecho abundante. Pero no se ha ido ni me ha sido infiel. En cambio, ahora tengo una peluca rubia, de cabello largo y sedoso, y un tensor de pectorales para mis ejercicios diarios.

V. Ladbrooke, Essex.

P.S.: ¡Si consigo una guinea, la invertiré en una peluca de "cantante pop" para él!

Petticoat, 15 de noviembre de 1969

En palabras de Mailer, ella representa su ingreso en *la primera división*. Siempre que el señuelo sean estos modelos de mujer, estaremos ante una literatura subpornográfica destinada a alimentar una fantasía imposible y que, dada la estrecha relación que existe entre la potencia y la fantasía, tiende a interferir con el comportamiento sexual real. Puede que las mujeres sean frías porque los hombres no cumplen con los requisitos del amor romántico, pero a ellos también les hace estremecer la escasez de estímulos que ofrece la vida doméstica.

No puedo vivir contigo,
eso sería Vida,
y la vida está allá,
detrás de la alacena.¹⁸

EL MITO DE LA CLASE MEDIA SOBRE EL AMOR Y EL MATRIMONIO

El matrimonio sin amor es un anatema en nuestra cultura, y una vida sin amor resulta inimaginable. La mujer que permanece soltera por fuerza ha debido de dejar escapar la oportunidad, de perder a su chico en la guerra o bien de dudar demasiado; el hombre, en cambio, por alguna razón no ha llegado a encontrar la chica adecuada. Se considera un axioma que todas las parejas casadas están enamoradas.

Tengo treinta y nueve años y he estado recibiendo castigos físicos de mi marido desde que nos casamos, hace quince. Ambos los considerábamos un procedimiento normal y sólo recientemente hemos descubierto a través de algunas cartas publicadas en Forum que hay personas que sufren un cierto complejo de culpa por pegar a su pareja.

Nuestra manera de verlo es muy sencilla. Mi marido opina que en el matrimonio debe mandar el marido. Yo estoy de acuerdo y reconozco que las malas acciones deben ser castigadas. Ambos pensamos que la manera

más sencilla, más práctica, más efectiva y más natural en que un marido puede castigar las faltas de su mujer, es dándole una zurra o unos azotes, aunque no demasiado severos y, desde luego, nunca con brutalidad.

Carta publicada en *Forum*, vol. 2, n.º 3

A menudo se expresa conmiseración hacia quienes, como los reyes y las reinas, no pueden regirse únicamente por la flecha de Cupido, si bien a la vez se da por sentado de manera tácita que incluso las parejas reales están enamoradas. En el imaginario común, todas las monjas son mujeres que han sufrido un engaño amoroso y las mujeres de carrera buscan una compensación por el hecho de no haber sabido encontrar la felicidad más grande a la que puede aspirar la humanidad en este valle de lágrimas. Ahora bien, estas creencias no han existido siempre, aunque la normalidad de la idea nos convenza de que debe haber sido así. La mera mención de la flecha de Cupido debería recordarnos que hasta hace relativamente poco prevaleció otra concepción del amor, no solamente separada del cortejo prenupcial, sino incluso bastante enemiga del matrimonio. Incluso durante la breve existencia de la noción del amor nupcial, éste no siempre se ha concebido del mismo modo: muchos de los defensores del matrimonio por amor del siglo XVI se quedarían horrorizados si conocieran el exagerado romanticismo y la pasión sexual con que se adorna actualmente su ideal. La modificación gradual de las presunciones de fondo ha ocultado el rastro de la evolución del mito del enamoramiento que conduce al matrimonio; resulta difícil conseguir información demográfica sobre sus fases iniciales. Una vez reconocidas con la debida humildad todas estas incertidumbres, podemos emprender una indagación especulativa.

Actualmente ha llegado a ser un lugar común afirmar que en la literatura feudal el amor romántico era por esencia antisocial y adúltero. Son bien conocidos los debates de de Rouge-

mont y otros autores parecidos, al menos en sus aspectos esenciales.¹ El término "amor cortés" se ha convertido en un tópico de la crítica histórica. Las leyendas de Ginebra e Isolda fueron producto de la cultura minoritaria de la clase dominante y debían dejar estupefactos a los siervos y vasallos cuando las oían contar en las canciones y relatos populares. Fueron producto de la situación feudal, en cuyo contexto una esposa noble sólo cumplía el papel de tal cuando su marido guerrero estaba en casa (algo que, con un poco de suerte, ocurría sólo muy de tarde en tarde); el resto del tiempo gobernaba una comunidad de hombres, muchos de ellos jóvenes y lozanos, lo cual les inducía a acariciar fantasías sobre la dama inalcanzable a quien ni siquiera podían intentar insinuar. Ella explotaba su servilismo, que fue el origen de la conducta caballeresca, y no está claro si también se servía de ellos para satisfacer sus propios deseos libidinosos. Con su marido, se mostraba sumisa y le ofrecía su cuerpo como feudo. Los estudiosos victorianos pusieron el grito en el cielo ante la descripción del amor conyugal que ofrecen ciertos tratados, como *Hail Maidenhad* (Aclamación de la virginidad),² y aplaudieron con satisfacción a los re-

El arte de manejar a los hombres se tiene que aprender desde la cuna. A medida que se va adquiriendo experiencia, resulta cada vez más sencillo. Algunas mujeres poseen un don instintivo, pero la mayoría tienen que aprender dolorosamente por el método de "prueba y error". Algunas mueren sin haber conseguido dominarlo. El éxito depende en cierta medida de la distribución de las curvas en el cuerpo de cada una, de un instinto afinado y de una alta dosis de pura astucia felina.

MARY HYDE,
How to Manage Men, 1955, pág. 6

formadores protestantes, como introductores del primer soplo de "aire fresco en el establo" de la teoría conyugal.³ El autor monástico del tratado del siglo XIV *Hail Maidenhad* sugería a las vírgenes a quienes se dirigía que, si en verdad les gustaba leer en latín, iluminar manuscritos, bordar (no antimacasares y toallas de invitados, sino preciosas vestiduras y tapices llenos de magia que actualmente se cuentan entre los tesoros más preciados de los museos europeos) y componer poesía y música, vivirían mejor en la sociedad exclusivamente femenina de un convento. Allí no estarían rodeadas del bullicio y la brutalidad de un cuartel, ni condenadas a peligrosos partos y a las brutales caricias de un marido demasiado acostumbrado a forcejear con cautivas infieles y prostitutas militares en quienes no percibía las necesidades emocionales y sexuales de su mujer. Cabe deducir, aunque él no lo diga, que el amor de clérigos y monjas resultaba probablemente mucho más satisfactorio que los cortejos de los jóvenes escuderos y la interminable exaltación del deseo incumplido que constituye la sola fuerza motriz de la lírica trovadoresca provenzal. Rabelais reunió en su alegre monasterio seglar de Thélème los elementos de la fantasía humanista medieval de la armonía sexual e intelectual.⁴ Rattray Taylor ha clasificado la época como "matrista" y, por cuestionable que pueda resultar en última instancia su clasificación, lo cierto es que las características de la civilización medieval estuvieron muy marcadas por la influencia de las mujeres,⁵ cuya significación resulta aún mayor cuando se considera que toda manifestación cultural que no fuese absolutamente efímera fue privativa de una minúscula minoría. Posiblemente sea significativo que la mayoría de las mujeres que hicieron aportaciones valiosas a la cultura medieval fuesen religiosas o viviesen en estado de celibato, dentro del matrimonio o una vez extinguido el vínculo, como fue el caso de Hilda, la reina Edit, santa Margarita, sus hijas Matilde y María, y doña Margarita Beaufort.

En el castillo feudal, el papel del enamorado recaía en el joven doncel, que no podía aspirar a incorporarse al servicio de

caballería hasta haber cumplido los veintiún años. Su juventud y belleza imberbes se solían describir como afeminadas, pues llevaba el pelo largo, vestía ropas bordadas, era diestro en el arte de la interpretación musical, vocal e instrumental, la danza y la composición poética. Era inevitable que un muchacho arrancado del seno de su madre para entrar a servir como paje, primero, y como escudero, luego, suspirase por el afecto de la esposa de su señor feudal. Las exigencias de su carne adolescente se encargaban de garantizar que sufriese angustias y tormentos sexuales, que él asociaba como es natural a la imagen de su amada señora. Su actitud era sumisa, lacrimosa y servil; cuando alcanzaba la mayoría de edad y se familiarizaba con la sociedad permisiva del campo de batalla, ese sentimiento compulsivo adquiría un carácter más intelectual y menos inmediato, a la vez que él se iba haciendo más varonil y menos afeminado, y empezaba a estar inevitablemente menos obsesionado con el sexo. Era una situación plagada de riesgos. La esposa del señor a menudo tenía mayor afinidad con su compañero vasallo, por edad y por temperamento, y éste le resultaba sin duda físicamente más atractivo que su brusco marido desconocido. Si caía en desgracia y comprometía la legitimidad de sus herederos, el único resultado posible era un desastre. El divorcio era imposible, el adulterio se castigaba con la muerte, a resultas del *crime passionnel* del marido o por sentencia jurídica. La comunidad procuraba exorcizar ese temor profundo exteriorizándolo. Los relatos sobre las pasiones malogradas tenían su moraleja. El amor era una plaga, una maldición, una herida, la muerte, la peste. El acto sexual mismo estaba proscrito, excepto cuando lo impulsaba el deseo de tener descendencia. El cinturón de castidad y sus horrores nos recuerdan la enorme tensión que generaba dicha situación. La dicotomía entre cuerpo y alma, característica del pensamiento medieval, protegía el statu quo. Las jóvenes criadas y campesinas eran seducidas sin piedad, mientras se exaltaba hasta un fervor casi religioso la pasión por la señora feudal. Igual que los modernos relatos de obsesiones, fetichismo y perversión, la lite-

ratura sobre la pasión adúltera permitía asomarse indirectamente a ese territorio tan plagado de peligros que sólo un lunático osaría adentrarse en él. Todos los jóvenes clérigos aprendían de sus pastores el significado del *amor*:

Observad cuán espantoso, cuán absolutamente insensato es amar, palidecer, enflaquecer, llorar, adular y someterse ignominiosamente a los dictados de una ramera maloliente, sucia y corrupta, pasarse toda la noche suspirando y oteando la ventana de su aposento, sucumbir a sus encantos y estar a su entera disposición, no atreverse a hacer nada, a la espera de que ella asiente o niegue con la cabeza, soportar la dominación de una estúpida mujer y sus recriminaciones, separarse con insultos, para luego volver a unirse, someterse voluntariamente a una dama, permitiendo que os convierta en objeto de sus burlas, dejando que os maltrate, manipule y corrompa. Y yo os suplico: ¿qué se habrá hecho entonces del nombre de un hombre? ¿Qué se habrá hecho de su barba? ¿Qué se habrá hecho de su espíritu noble, creado para las cosas más bellas y encumbradas?⁶

Ahora bien, cuanto más se esforzaban por observar sus enseñanzas y desdeñar el amor, mayores eran las probabilidades de que la mirada luminosa de la casta esposa de otro hombre los abatiera cuando menos lo esperaban; así le ocurrió un día fatídico a Francesco Petrarca. Las repercusiones que esto tuvo sobre las letras europeas se prolongarían durante quinientos años. Además de ser genial, Petrarca también era muy astuto y comprendió con bastante lucidez la naturaleza de su pasión. Consiguió integrarla en su sistema filosófico global y la sublimó a través de un proceso absolutamente deliberado y meticuloso. Laura se convirtió en la mediadora de todo el amor y todo el conocimiento, cuyo único Creador es Dios. Su muerte facilitó dicho proceso. El amor de Laura, la señora del laurel, el topacio y el armiño, el ciervo blanco, la *madonna*, fue su mayor cruz y su mayor bendición. Una cruz con la cual cargó fielmente durante toda

su vida, convirtiéndola así en su salvación. Petrarca logra conciliar su alegría y su dolor, su cuerpo y su alma, prácticamente en cada soneto, pero sus millares de émulos no fueron tan inteligentes ni tampoco tan afortunados. Probablemente sólo Dante consiguió el mismo tipo de equilibrio dinámico con su Beatriz, que expresó deliberadamente en el *Purgatorio* y el *Paraíso*, donde ella releva a Virgilio y le conduce hasta la visión beatífica. Los simples mortales adoptaron el petrarquismo como un refinamiento de la sensualidad adúltera. Uno de los factores que contribuyó a su supervivencia fue que Petrarca no vivió en una situación feudal. Laura no era la esposa de su señor, sino de un igual, un ciudadano de una ciudad-estado con una estructura no jerárquica, sino burocrática. Petrarca logró trasladar con su solo esfuerzo el amor cortés del castillo a la comunidad urbana bajo una forma que permitió que sobreviviera al desarrollo de la comunidad mercantil y el gobierno centralizado.

La caída del sistema feudal conllevó la corrosión de la religión jerárquica y dogmática. El catolicismo medieval basaba su autoridad en la condición filial del clero célibe. Los edictos eclesiásticos a favor de la abstinencia sexual alentaban incesantemente el celibato no sólo del clero, sino incluso entre las personas casadas. Resultará tedioso, a la vez que sorprendente, enumerar las prohibiciones que imponía la Iglesia al coito dentro del matrimonio: antes de la comunión, durante el Adviento y la Cuaresma, así como en los días de rogativas y de ayuno, o los lascivos interrogatorios que tenían instrucciones de realizar los sacerdotes en los confesionarios. El matrimonio representaba un estadio de la vida inferior al celibato asumido a través del voto de castidad, la virginidad infantil y la abstinencia de las viudas. En los rituales católicos, el segundo matrimonio no recibía ninguna bendición. Se consideraba preferible que un sacerdote tuviera cien prostitutas antes que una sola esposa. Algunos místicos y santos que, por su condición, se vieron obligados a casarse, como fue el caso de Eduardo el Confesor, hicieron votos de celibato dentro del matrimonio. Esa categoría subalterna del matrimonio fue uno de los

temas principales de la Reforma. El fraile agustino Martín Lutero tomó esposa casi inmediatamente después de clavar sus noventa y cinco tesis en la puerta de la iglesia de Wittenberg.

La mejor manera de comprender la Reforma posiblemente sea en relación con el declive del sistema feudal en los países del norte donde aquélla tuvo lugar. En Inglaterra, su trayectoria refleja con bastante precisión la influencia de los valores de las clases bajas sobre la cultura de la clase alta. Los pobres no se casan por razones dinásticas, ni contraen matrimonio fuera de su comunicad con objeto de establecer alianzas con sus pares. Los enredos del castillo nunca emularon las prácticas habituales en las casas de pueblo, excepto cuando un noble decidía hacer suya a una sierva, como ocurre en la historia de la Paciente Griselda, narrada por Boccaccio en el siglo XIII y que el Renacimiento retomó luego con gran estilo;⁷ es posible que la fascinación que ejerció durante el Renacimiento en toda Europa este relato del noble que se casa con una joven campesina sea un indicio del replanteamiento del matrimonio que estaba teniendo lugar de manera imperceptible y extraoficial. Griselda deja su mísera cabaña para ocupar el lugar de humilde y resignada esposa de su señor. No abandona su actitud servil ni siquiera cuando él toma una segunda esposa, joven y noble; Griselda la acoge y la viste para la boda, y gracias a ese gesto recupera el afecto de su señor. Evidentemente, éste alega que su intención era ponerla a prueba. La historia refleja, aunque sea de manera deformada, las consecuencias generales que tuvo la influencia de las costumbres de las clases bajas sobre la sexualidad menguada y neurótica de la clase dirigente. Cuando Adán cavaba y Eva tejía, la veneración de las damas no tenía demasiado sentido. Los relatos nostálgicos y probablemente míticos sobre el matrimonio y la entrega en matrimonio en la dichosa Inglaterra coinciden unánimemente en su aclamación de los jóvenes que se han criado trabajando codo con codo en una comunidad agraria estrechamente cohesionada. Un joven elegía a su futura esposa entre las candidatas de su aldea, en-

cauzado cariñosamente por sus padres y los de ella, observado con indulgencia durante los festejos autorizados de la fiesta de la primavera y durante la recolección de las nueces, tras lo cual seguía un largo proceso de cortejo acompañado de regalos y besos robados, hasta que en su casa había espacio para acomodar a su esposa y hacía falta un nuevo par de manos para elaborar la mantequilla y el queso, ordeñar las vacas, elaborar la cerveza, cuidar de los corderos y las gallinas, y manejar la rueca y el telar. Los manuales de agricultura enumeraban las cualidades que debía buscar el joven en una esposa: salud, fortaleza, fecundidad, buena disposición de carácter y buen humor, así como la correspondiente dotación de habilidades domésticas.^{*} Él la respetaba como una compañera y, si ambos eran personas fuertes y sanas, también se deseaban. La obsesión del amor romántico resultaba sencillamente irrelevante en ese contexto. Si su edad y posición social eran compatibles (una condición que la dote y los bienes parafernales se encargaban de garantizar), su relación no encontraba ningún impedimento, salvo los tediosos caprichos de las leyes eclesiásticas contra las relaciones de afinidad, que se tenían que sortear mediante la obtención de dispensas, dado que hacia el siglo XVI hacían imposible el matrimonio entre prácticamente la totalidad de los habitantes de una localidad, debido a su relación de consanguinidad o bien a los vínculos imaginarios del compadrazgo, las relaciones espirituales que se establecen con los padrinos de bautismo.

En el siglo XVI, ese plácido panorama, parecido a la situación de cortejo que todavía forma parte de los sistemas de parentesco extenso de las sociedades feudales de Calabria y Sicilia, se desbarató por efecto de los cercamientos de tierras,^{*} las

* Separación obligatoria de las propiedades privadas de las tierras comunales impuesta en Inglaterra por una serie de decretos (*Enclosure Acts*) promulgados entre 1709 y 1869, que forzó a una parte importante de la población rural a emigrar a las ciudades, donde aportaría la mano de obra que precisaba la industria fabril. (*N. de las T.*)

crecientes exacciones de la Iglesia y el auge de los centros urbanos. La mayor movilidad, sobre todo de los hombres jóvenes, aumentó las probabilidades de que contrajesen matrimonio fuera de la comunidad tradicional. Las modificaciones del régimen de tenencia de la tierra supusieron que un joven no pudiese casarse hasta que muriesen sus padres y le dejaran como legado la titularidad de una pequeña parcela. Al entrar en el siglo XVII, en Inglaterra ya se había implantado un nuevo patrón que combinaba el matrimonio tardío con el compromiso matrimonial seguido de cohabitación. Peter Laslett constató que en los registros parroquiales aparecían bautizos celebrados poco después de las bodas, mientras, por otra parte, casarse a los treinta años se debe considerar un matrimonio senil, en relación con la esperanza media de vida.⁹ Hacía tiempo que la Iglesia había perdido el control sobre su parroquia y sus tribunales no estaban en condiciones de poder dar respuesta a los resultados de sus normas poco realistas sobre la afinidad y el parentesco. Muchas parroquias se quedaron sin clérigos competentes y empezaron a aumentar los matrimonios consensuales.* Los reformadores religiosos comenzaron a elaborar una nueva ideología del matrimonio como un vínculo público y sagrado, tan sagrado que Dios lo celebraba primero en el cielo. Fue ensalzado como el estadio superior de la vida, como requisito para adquirir el estatuto de ciudadanía y de virilidad. La creciente alfabetización y el desarrollo de la imprenta ofrecieron nuevas posibilidades para la divulgación de la teoría y los ejemplos literarios. Los antiguos relatos de historias de cortejo y matrimonio se pusieron por escrito y comenzaron a imprimirse para un nuevo público semialfabetizado. Muchos eran textos didácticos que exponían los modos y las razones del matrimonio; algunos eran aleccionadores, otros escapistas y otros

* Acuerdos de cohabitación basados en el derecho consuetudinario no escrito y no oficializados mediante una ceremonia religiosa o civil. (*N. de las T.*)

francamente polémicos. Aparecieron baladas que describían casos ejemplares de muchachas casaderas, posiblemente basadas en antiguas canciones de galanteo como *Jone can call by name her coves*.

Cualquier joven bien parecida, de buena salud y buen carácter¹⁰ podía esperar ser objeto de asiduos galanteos; sin embargo, el amor estaba siempre sujeto a firmes consideraciones sobre su idoneidad y ventajas. Su marido no debía ser viejo ni deforme ni cruel ni proxeneta. No la casaban de manera infame a cambio de dinero, pues los protagonistas de las baladas y sus admiradores condenaban firmemente las prácticas de la nobleza, que vendía a su prole como ganado de cría; por otra parte, una chica no podía dejar la casa de su padre para casarse hasta que no se presentara un pretendiente adecuado con la actitud apropiada. Ella se avenía a tratarle bien, respetarle y acatar alegremente su voluntad en la cama, pero no existen indicios de que esperase que el amor transformaría su vida. Se consideraba igual que la consideraban los demás: una criatura sexual dispuesta para el apareamiento y la idoneidad de su marido se juzgaba conforme al mismo criterio. El día de la boda, sus damas y caballeros de honor la despertaban, la vestían con su mejor atuendo, la adornaban con romero y a veces la coronaban con espigas de trigo, y la conducían en procesión hasta la iglesia del pueblo, donde su marido le prometía protección y que compartiría su suerte con ella. La bendición prometía hijos y la ausencia de temores innominables y de celos. La fiesta duraba todo el día, mientras la joven pareja se impacientaba por quedarse a solas, pues las bodas se celebraban en pleno verano, cuando el sol no se pone hasta las once de la noche. Entonces los escoltaban hasta la cama y los dejaban solos.

Así ocurría según las descripciones de los folcloristas del siglo XVI. Muchas veces no sucedía de esta forma, pero ello permitía alardear a la comunidad rural frente a la corte de ser la única que dominaba los secretos del "amor verdadero", basado en la confianza y el control paterno.¹¹ Ahora bien, gracias al in-

vento de la imprenta, el legado de la pasión petrarquesca empezó a ser una idea cada vez más accesible que afectaba a la sensibilidad de los jóvenes, con el cerebro ya inflamado por la abstinencia sexual que les imponía el sistema del matrimonio tardío. Los maestros de escuela, sacerdotes y reformadores se indignaban y se lamentaban por la abundancia de libros y obras teatrales de contenido libidinoso; las obras en prosa narraban largos relatos de caballería transformados en historias de aventuras, los poemas cantaban al adulterio y las delicias de la excitación sexual, las obras dramáticas presentaban imágenes de enamoramientos juveniles y bodas clandestinas. Jóvenes en busca de mujeres no contaminadas, pues muchas cosas se habían complicado con la aparición de las enfermedades venéreas a principios del siglo XVI, recorrían el campo a caballo para cortejar a las campesinas acaudaladas con fragmentos de Serafín, Marino y Anacreonte, que justificaban invocando el nombre del gran Petrarca, a quien pocos ingleses habían leído.¹² La prensa isabelina atronaba indignada contra los lujuriosos seductores de necias muchachas campesinas. Tanto la reina Isabel como la reina María promulgaron severísimos edictos contra los jóvenes que embelesaban a las muchachas campesinas, las inducían a casarse con engaños, despilfarraban su dote y luego las abandonaban.¹³ Las autoridades eclesiásticas insistían en que las amonestaciones se debían leer en las parroquias de ambos contrayentes, pero a menudo se leían en lugares totalmente distintos y la mayoría de las veces ni siquiera se leían. Los desórdenes religiosos contribuían al caos. Las parroquias que se habían quedado sin titulares dependían de curas sin formación para que se encargaran de legitimar a las criaturas; se desconocían las normas absurdamente complicadas que podían invalidar un matrimonio, hasta que una parte interesada y mejor informada las invocaba. Probablemente jamás se llegará a saber cuántas personas se vieron afectadas por la confusión en torno a las normas eclesiásticas relativas al matrimonio y la herencia, unida a los cambios de la religión oficial en el siglo XVI.

Podría ser que el mito del matrimonio perfecto sólo fuese una invención del clero reformista, perseguido por la reina María y decepcionado por la negativa de Isabel a aceptar el matrimonio de los sacerdotes; en cualquier caso, las minorías transforman la cultura de la mayoría y desde luego estaba teniendo lugar un cambio.

Hacia fines del siglo XVI, el amor y el matrimonio ya estaban consolidados como un tema literario importante. La familia nuclear era la forma característica de los hogares urbanos y un porcentaje mayor de la población total residía en las ciudades, si bien incluso la mayoría agrícola también empezaba a seguir la tendencia a las familias de tres personas. Sin embargo, se trataba de un argumento todavía en proceso de desarrollo y todavía no escapista. La ciudad seguía el ejemplo del campo, donde el matrimonio significaba tolerancia y supervivencia compartida en un par de habitaciones, donde el invierno era más largo que el verano y la escasez más frecuente que la abundancia. Todavía no se había dado el paso desastroso hacia el matrimonio como el *final* de la historia y la presunción de que "vivieron muy felices hasta el fin de sus días". Uno de los defensores más destacados del matrimonio como modo de vida y como camino hacia la salvación fue Shakespeare. Aún no se ha demostrado qué parte de lo que tiene de bueno el ideal del amor exclusivo y de la cohabitación se la debemos a Shakespeare, pero es evidente que en sus modernas comedias se preocupó tanto de desbrozarlas de los detritus de romanticismo, ritual, perversidad y obsesión, como de conseguir un final feliz, y muchas de las dificultades que plantean sus obras se resuelven cuando se logra distinguir cómo opera este principio. Uno de los motivos shakespearianos que se han analizado a menudo es el del travestismo; sin embargo, pocas veces se ha considerado como un modo de revelación, además de artificio que genera una cierta inquietud. Tanto Julia (en *Los dos hidalgos de Verona*) como Viola (en *La duodécima noche*) son heroínas travestidas, familiares para el público, que se contraponen ex-

plicitamente a Silvia y Olivia, los ídolos pertrarquescos que habitan en otro plano ceremonial y de representación. En el transcurso de la obra, sus propias tácticas demasiado humanas e incluso, en el caso de Silvia, un intento de violación acaban degradando a las diosas. Las chicas vestidas de hombres conquistan a sus amados mediante estrategias más laboriosas; ya que no pueden valerse de los velos ni de la coquetería, deben ofrecer servicios en lugar de exigirlos y su trabajo de ayudas de cámara las obliga a contemplar el lado menos heroico de sus amados. En *Cómo gustéis*, Rosalinda logra disuadir a Orlando de las fútiles poses italianizantes con que desfigura a los árboles con sus malas poesías; el amor a primera vista hacia una dama desconocida que le dirigió unas palabras amables un día victorioso da paso al amor basado en la familiaridad hacia un mozo asexuado que le da lecciones sobre las mujeres y el tiempo, mientras va descubriendo su propio papel a la vez que le enseña a él el suyo, traspasando los límites de la feminidad y de la tutela. En *Romeo y Julieta*, se consigue el mismo efecto cuando Romeo oye por azar la confesión de amor de Julieta, de modo que ésta no puede entretenerse en la forma por mucho que lo desee. Dado que su amor no cuenta con el beneplácito de su sociedad enferma, deben perecer, pues el amor shakespeariano es siempre social y nunca romántico, en la medida en que no aspira al aislamiento de la sociedad, la familia y la autoridad establecida. En *El sueño de una noche de verano*, la obsesión se manifiesta a modo de alucinación y de locura que requiere el exorcismo mediante el rito comunitario. En *El mercader de Venecia*, Porcia sólo puede hacerle ver a Bassanio el valor de lo que en realidad ha encontrado en su cofre de plomo cuando se pone una toga para abogar a favor de Antonio, el amigo y benefactor de su marido, de manera que su amor consolida los vínculos que unen a la sociedad masculina, en lugar de desmembrarla.

Cuando se plantea la elección entre la mujer superfemenina y la virago, Shakespeare se inclina por esta última. Todas las

mujeres de las tragedias son femeninas, hasta lady Macbeth (presentada tan a menudo erróneamente como una furia) y sobre todo Gertrudis, moralmente inconsciente, indefensa, voluptuosa, así como su versión más joven, la infantil Ofelia, y las lujuriosas hermanas Goneril y Regan, que tienen como contrapunto a la princesa guerrera Cordelia, que se niega a someterse con una falsa sonrisa al deseo irracional de su padre. Desdémona es fatídicamente femenina, aunque lo reconoce y muere sabiendo cuánto ha decepcionado a Otelo. Sólo Cleopatra posee la iniciativa y el deseo suficientes para acceder a la condición de heroína.

El contraste entre las mujeres que son personas y aquellas que no llegan a serlo no reside sólo en el contraste difuso entre las mujeres de las comedias y las de las tragedias. Existen ejemplos más explícitos de mujeres que pueden conquistar el amor, como Helena, que sigue a su marido por los burdeles militares hasta lograr el matrimonio y el honor en *A buen fin no hay mal principio*, y aquellas otras que deben perderlo por culpa de su inercia y su estupidez, como Criseida. En *La fierecilla domada*, Shakespeare enfrentó a dos tipos de mujer para exponer su teoría sobre el matrimonio, que demuestra en la última escena mediante la valoración explícita de ambos tipos de galanteo. Kate lucha por tener una existencia propia en un mundo donde es un *cebo*, un señuelo que debe competir en la puja con el valor de mercado más alto de su hermana, de modo que decide abandonar el juego convirtiéndose en una rezongona indomable. Bianca, en cambio, ha descubierto que la astucia femenina y la falsa dulzura reportan beneficios más altos; se presenta bajo una apariencia falsa y manipula tanto a su padre como a sus pretendientes mediante un juego peligroso que podría ser su perdición. Kate se expone a otra clase de desastre, pero tiene la buena fortuna poco frecuente de encontrarse con Petruchio, que es lo bastante hombre como para saber lo que desea y cómo conseguirlo. Desea el espíritu y la energía de Kate, porque quiere tener una esposa que merezca la pena. La

doma como domaría a un halcón o a un caballo de raza, y ella le recompensa con un intenso amor sexual y una sólida lealtad. Lucencio, en cambio, tiene que cargar con una mujer fría y desleal que no tiene reparos en humillarlo en público. La sumisión de una mujer como Kate es genuina y emocionante, pues tiene algo a lo que renunciar: su orgullo incorrupto y su individualidad; Bianca es, por el contrario, la encarnación de la hipocresía y su compromiso adolece de una falta de sinceridad y de buena voluntad. El monólogo de Kate que cierra la obra constituye la mayor defensa de la monogamia cristiana que jamás se haya escrito. Ésta se basa en el papel del marido como protector y amigo, y es válida porque Kate cuenta con un hombre capaz de ser ambas cosas, pues Petruchio es amable y fuerte (es una vil tergiversación de la obra hacer que él le pegue en algún momento). Probablemente nos encontramos ante un doble mensaje: sólo las Kates llegan a ser buenas esposas y sólo pueden llegar a serlo para los Petruchios; en las manos de los demás, el trigo se troca en paja.

No hay ningún romanticismo en la concepción shakespeariana del matrimonio. Admitía que se trataba de una etapa difícil de la vida que requería disciplina, energía sexual, respeto mutuo y una gran paciencia; sabía que no existían respuestas fáciles para los problemas matrimoniales y que el encaprichamiento no era una buena base para la cohabitación continuada. Su vida se desarrolló a caballo entre el declive del Estado antiguo y el nacimiento del Estado moderno, la caída del catolicismo y la consolidación del protestantismo inglés, así como de la transformación de las concepciones con respecto a la creación del universo, la ética, la ciencia y el arte que se designa como el Renacimiento inglés. Gran parte de su obra se refiere explícitamente a estos cambios y su significado, y busca un equilibrio entre los conceptos de la legitimidad y la ley y otros como la cooperación, la espontaneidad y el compromiso moral, entre la naturaleza y la clemencia, y la autoridad y la venganza.

La nueva ideología del matrimonio requería su propia mito-

logía y Shakespeare la aportó. Los moralistas protestantes intentaron rescatar al matrimonio de su condición de remedio contra la fornicación restándole importancia al componente sexual y tratando al marido como amigo de su esposa.¹⁴ Para ellos era inconcebible que los hijos pudieran casarse sin el consentimiento de los padres, pero también lo era que los padres se opusieran a un enlace que resultase idóneo en la medida en que ambos contrayentes fuesen de la misma condición social y económica, de edad parecida y estuviesen libres de impedimentos por razones de enfermedad o de un historial delictivo. En una época en que la propiedad que habría que parcelar y transferir por la vía del matrimonio era más fácilmente divisible y transferible, las jóvenes tenían posiblemente mayor libertad de elección, pero por los mismos motivos también habían desaparecido las antiguas salvaguardias. Los padres reivindicaban el derecho a tener alguna información sobre los orígenes del novio y recelaban del matrimonio con un extraño, que podría resultar bígamo o indigente. El campo continuaba mofándose de la ciudad recordando las diferencias en sus hábitos matrimoniales, pero la comunidad urbana estaba creciendo a expensas de la población agraria, mientras la comunidad rural iba perdiendo su cohesión.

En un contexto en el que la mujer casada participaba activamente en la producción y colaboraba en las labores de la siembra y la cosecha, además de ocuparse de las tareas propias de las mujeres, evidentemente no era la consumidora principal de la familia en condiciones de ocio dependiente. No se la elegía en primer lugar por sus encantos visibles, no estaba acostumbrada a manipularlos para sus propios fines, ni tampoco tenía ocasión de callejear, lucir ropas finas y hacer travesuras. Las protagonistas de las farsas populares sobre el matrimonio y los maridos cornudos eran las esposas de ciudad que no estaban ocupadas atendiendo el negocio de sus maridos junto con éstos y se pasaban el día chismorreando, coqueteando, bebiendo, exhibiendo las nuevas modas y actuando como correveidiles, lle-

vando mensajes y divulgando, o dedicadas a entretener al cura. La detalladísima descripción de Antoine de la Sale en *Les Quinze Joies de Mariage* (Las quince alegrías del matrimonio) gozó de varios siglos de popularidad e incluso fue traducida y adaptada por Dekker a finales del siglo xvi.¹⁵ No se trataba de un mero tratado misógino, sino del lamento sincero de un hombre que creía haber sido explotado por las mujeres durante toda su vida. En la comunidad más amplia de la ciudad donde la competencia sexual era mayor y las mozas aprendían desde pequeñas a resaltar sus encantos con ayuda de cosméticos y otras formas de exhibición sexual, a realzar los pechos y a abultar las nalgas con ayuda de rellenos. Sus madres supervisaban el proceso e instruían a sus hijas en el arte de la negociación sexual; en el peor de los casos, si el devaneo con un joven semental en celo ponía en peligro un enlace ventajoso con una inoportuna descendencia, las madres se encargaban de organizar un aborto o una boda rápida con un pardillo más o menos acaudalado. Las leyes que impedían contraer matrimonio a los aprendices hasta que hubiesen completado sus largos aprendizajes exacerbaban tensiones inherentes a la situación: más de un maestro artesano que por fin tenía libertad para casarse, al elegir a una apetitosa jovencita se encontraba con los despojos de algún soldado o aprendiz. Muchas de las esposas urbanas llevaban una vida ociosa, pero a diferencia de las mujeres de otros países, donde el desarrollo de la vida urbana databa de tiempos más antiguos, no llevaban damas de compañía ni se las mantenía vigiladas o recluidas en las casas, sino que podían pasear libremente y saludar a sus amistades. La materia prima de la farsa francesa e inglesa fue el inocente marido cornudo, trabajador y sometido a una esposa que no se hacía cargo de la casa ni de prepararle la comida.¹⁶ El desdichado marido cavilaba que la lujuria de su mujer parecía dispararse ante la visión de cualquier hombre excepto él, se lamentaba de que ella rezongaba, lo engatusaba para que le comprara ropas finas destinadas a atraer a los desconocidos, y tras el primer embarazo

empezaba a decaer su salud y adoptaba una actitud de permanente fragilidad. Tan sombrío cuadro es, evidentemente, una exageración, pero ya incluye, no obstante, los rasgos característicos del matrimonio de clase media: la esposa es la consumidora principal y el escaparate de la riqueza de su marido, no trabaja, no produce, es narcisista e intrigante. Elegida como objeto sexual, de preferencia a otros tipos de mujer, la imaginaria de la obsesión resultaba especialmente apropiada en su caso. La suya fue la clase más expuesta al contacto con la literatura popular sobre el matrimonio como evasión nacida de la colisión entre el romance adúltero de clase alta y los sencillos relatos sobre las bodas campesinas. Mientras la literatura mantuvo visible el carácter básico del matrimonio, las historias de amor y matrimonio continuaron siendo relatos llenos de vida, ambiguos e inteligentes. Sin embargo, el término "amor verdadero" tardó poco en convertirse en una muletilla; los campesinos lo empleaban para designar sus inocentes apareamientos que conducían a una vida de dificultades y esfuerzo compartidos; los reformadores religiosos le añadieron el concepto extraído de las Sagradas Escrituras: «Regocíjate con la esposa de tu juventud, que sus pechos te deleiten siempre». El placer sexual dentro del matrimonio era sagrado, pero éste debía servir también como remedio para la lascivia, toda vez que una buena esposa contenía la pasión de su marido y a la vez practicaba la modestia y la continencia matrimonial, sobre todo durante el período de crianza. Se creía que la indulgencia desenfrenada conducía a la enfermedad, la esterilidad, el hastío y una descendencia contrahecha. Por este motivo se consideraba especialmente espantoso que una mujer se casase en contra de su buen juicio.¹⁷ En un principio, se consideró un error casarse con una mujer con quien se habían tenido "amoríos", a cuyos pies uno se hubiese postrado llorando y para quien hubiese compuesto canciones y poemas panegíricos. En su descripción de Luciana y Adriana en *La comedia de los errores*, Shakespeare glosó la diferencia entre lo que se promete a la mujer du-

rante el cortejo y lo que puede esperar de un modo realista la esposa. A las pocas horas de la boda, la amante divina quedaba reducida a la condición de esposa: la diosa se encontraba empleada como sirvienta.

*Esas mozas londinenses son tan firmes,
no son lo que hacen;
no te permiten un retozo
sin una o dos coronas a cambio.*

*Se adornan el cuello, se rizan el pelo,
se perfuman el aliento;
tienen el trasero salpicado por la peste
y eso sí que te invitan a compartirlo.*

*Dadme, por el contrario, una moza campesina de pecho
generoso,
bien caliente tras el contacto con la vaca;
ella aceptará tumbarse en la hierba,
te desposará y, encima, te estará agradecida.*

*Con su color lozano como el de una rosa de junio,
su carácter suave como una paloma,
complacerá a su amante con una sana melodía
y le entregará su amor sin pedir nada a cambio.**

Balada inglesa, circa 1719

A pesar de todas las presiones en contra de los reformadores religiosos, poetas y dramaturgos inteligentes, así como del interés desesperado que los padres propietarios ponían en mantener el control sobre la conducta matrimonial, el casamiento por amor acabó imponiéndose y culminó con el sùmmum de la cursilería, la boda de blanco. Esto se explica en parte por la

suerte que corrió el petrarquismo en la Inglaterra protestante. Los sucesos que narraban los sonetos ingleses de la década de 1590 eran claramente adúlteros, como en los de sir Philip Sydney, o absolutamente honrosos, como la pasión artificial de Daniel por la condesa de Pembroke. Wyatt no consiguió eliminar un deje de sincera tensión física de sus dramáticas traducciones coloquiales de Petrarca, aunque nunca dejó de batallar contra esta sensualidad irrelevante. Sydney ni siquiera lo intentó. Su poesía da cuenta de sus triunfos sexuales con Penélope Rich.¹⁸ Una sociedad que abogaba a favor del matrimonio, como estado sagrado, y que, tras medio siglo de escándalos, era profundamente consciente de las diferencias en la práctica de la nobleza, no tardó en reaccionar contra esa clase de libertinaje en el mismo plano literario. Los puritanos hicieron campaña a favor de un castigo más severo de la fornicación, dado que algunos jóvenes galanes consideraban el permanecer de pie junto a la puerta de la iglesia envueltos en una sábana blanca como un símbolo de proeza y de prestigio. La reacción contra el elemento adúltero de la literatura del amor cortés de los años noventa se encuentra en los epitalamios, redactados como material publicitario a favor del matrimonio. Los de Spenser, que son los mejores, también fueron prácticamente los primeros, pues sus precedentes fueron en su mayor parte injuriosos y latinizantes. Spenser unió en su obra reminiscencias de las loas rurales a las novias con imágenes extraídas del *Cantar de los Cantares*, junto con una inyección platónica de veneración de la belleza intelectual. El resultado es un triunfo poético, a pesar de que la secuencia del soneto que con él culmina sea fallida. La adopción de la forma petrarquesca para describir los pasos metodológicos del galanteo, muy correcto, de Spenser es sencillamente un error, aunque éste se siga cometiendo. La prometeda legítima estimula de manera artificial el suplicio y la obsesión del amante petrarquesco mediante accesos de despecho o de frivolidad; el pretendiente legítimo se abandona a un artificioso frenesí cuando el padre de ella frunce el ceño.¹⁹ Wi-

William Habington siguió el nuevo patrón de la boda petrarquesca en una aburrida secuencia titulada *Castara*,²⁰ que debería haber demostrado sin discusión posible que el adulterio era mejor fuente de inspiración que el matrimonio. Los dramaturgos tuvieron más éxito que los poetas en el empeño de consagrar el matrimonio como el no va más del amor romántico; sin embargo, el verdadero origen del mito del matrimonio como final feliz – “se casaron y fueron muy felices hasta el fin de sus días” – es la forma artística inventada para llenar las horas muertas de las esposas ociosas: la novela de amor.

Todo empezó con *Pamela* de Richardson, aunque ésta contó con varias fuentes de las cuales alimentarse. La invención de la imprenta, que hizo que la literatura dejara de ser patrimonio exclusivo de la nobleza, y el desarrollo de la educación bajo la dinastía Tudor, afianzado por el afán de los protestantes de que todo el mundo fuese capaz de leer la Biblia, fomentaron la aparición de un mercado para todo tipo de literatura escapista, que en gran parte trataba el matrimonio como una aventura. Las hijas de los prometedores nuevos burgueses aprendieron el concepto del amor romántico en las mismas fuentes donde aprendían el uso de los cuchillos y tenedores, así como a evitar dejar escapar ventosidades en público. El concepto del matrimonio como hazaña aparece por primera vez en relatos como los dirigidos al noble gremio de los zapateros, historias sobre el rapto de princesas por parte de humildes zapateros remendones.²¹ Poco a poco se fue creando el relato arquetípico del triunfo del plebeyo virtuoso sobre el noble, como el de la Bella Doncella de Fressingfield.²² Las obras de Nashe, Defoe y otros autores de novelas picarescas no se consideraban lecturas apropiadas para las damas. *Moll Flanders* y *Fanny Hill* no eran heroínas adecuadas para el sexo débil. El patrón de las tribulaciones de *Pamela* es idéntico al patrón de *La leyenda dorada*, donde las santas vírgenes lidiaban contra todas las maquinaciones del demonio y sus agentes terrenales para poder ofrecerse como esposas puras al propio Cristo en el cielo.²³ El divino esposo de

Pamela es el terrateniente y su cielo reporta una renta de varios millares de libras anuales. Richardson continuó la historia, pero su final adecuado para que concuerde con la estructura de la fantasía sexual es el acceso a la vida de casada y a una dicha inimaginable. Los seguidores de Richardson no intentaron describir lo indescriptible. Hasta nuestros días, el grueso de la industria novelística se ha mantenido gracias a las bibliotecas de préstamo que dependen en gran medida de la categoría denominada *novela romántica*, literatura escapista de amor y matrimonio que las amas de casa consumen con voracidad. Actualmente les disputan el mercado los libros de bolsillo baratos y el cine, las revistas femeninas, las historietas de amor y las fotovelas. Gillian Freeman recibió una oferta de trabajo de una revista femenina que describía así el argumento tipo de sus relatos:

La chica debía ser secretaria ... su novio debía ser de condición social más alta, puede ser el hijo del jefe, un ejecutivo de una agencia de publicidad, un estudiante o un militar ... o un joven médico. La historia tenía que tener un final feliz, no debía incluir ninguna referencia religiosa o racial, y el contacto amoroso debía limitarse a un beso.²⁴

El mito continúa estando tan extendido como antaño, aunque algunos proclamen a voz en grito que la permisividad ha hecho estragos. La leyenda no guarda ninguna relación demostrable con lo que en realidad suele ocurrir en la mayoría de los casos, pero esto no merma para nada su influencia como mito. Éste se ha basado siempre en la riqueza, la apostura, el encanto y la delicadeza de un hombre como sólo se encuentra uno entre un millón. Existen suficientes mujeres dispuestas a presumir de haber conseguido a uno de esos hombres entre un millón para lograr convencer a las demás de que el hecho de no haber encontrado a un varón lo bastante rico, guapo, hábil amante y considerado demuestra la inferioridad de sus méritos

o su menor capacidad de atracción. Más de la mitad de las umas de casa de este país trabajan tanto fuera como dentro del hogar debido a que sus maridos no ganan lo suficiente para asegurarles un nivel de vida aceptable a ellas y sus criaturas. Un número aún mayor sabe que sus maridos tienen barriga, son bajitos, nada atléticos, y roncan, huelen mal o dejan la ropa tirada por todas partes. Un porcentaje altísimo no encuentra la felicidad en el abrazo conyugal y la mayoría se queja de que sus maridos se olvidan de las pequeñas cosas tan importantes. Y, sin embargo, todo esto no invalida el mito como tal. Siempre existe alguna circunstancia atenuante: el gobierno, o los impuestos, o el trabajo sedentario, o una enfermedad, o tal vez un simple error o insuficiencia en el caso particular, que se pueden invocar para explicar la desviación de la norma mítica. La mayoría de las mujeres que han seguido el camino que les indicaba el mito declaran ser felices a pesar de las dificultades cotidianas como un acto de fe y continúan asegurándolo aunque los hechos lo contradigan flagrantemente, pues confesar su desengaño equivaldría a reconocer su fracaso y tener que abandonar el empeño. Nunca se les ocurre buscar la causa de su infelicidad en el propio mito.

Las mujeres de las clases más bajas han trabajado siempre, como criadas, obreras de fábrica o costureras, o como sirvientas en su propio hogar, y cabría esperar que el mito de la clase media no subyugara su pensamiento con igual fuerza. No obstante, la triste realidad es que la mayoría de las familias de clase obrera siguen un patrón de "progreso social" y de "mejora personal" que las conduce a incorporarse a las filas de la clase media. En muchos casos, el trabajo de la mujer se considera como una medida transitoria, una contribución para comprar o amueblar la casa, y el marido omnipotente aguarda anhelante el día en que ella podrá quedarse en casa y dedicarse a tener hijos. Aunque en realidad no esté a su alcance, ambos opinan que mamá *debe* quedarse en casa y hacer de ella un lugar agradable para papá y las criaturas. En algún caso extremo, el marido in-

cluso puede rechazar la visión de su esposa arrodillada fregando el suelo como una afrenta contra su romanticismo masculino. Con demasiada frecuencia, el trabajo de su mujer sólo le permite adquirir la propiedad o pagar la hipoteca necesarias para ser admitido definitivamente en las filas de la clase media, mientras en el trasfondo permanece acechante el mito, bien asentado e impertérrito.

La boda constituye la ceremonia principal de la mitología de la clase media y marca el acceso oficial de los esposos a su estatus de clase media. Ésta es la verdadera finalidad con la que han estado "ahorrando para casarse". La joven pareja se esfuerza por crear la imagen de una vida confortable, que tendrán que mantener durante todos los años venideros. Las decisiones sobre el coste de la celebración serán probablemente menos importantes que la elección de la tienda con la cual concertarán la *lista de boda*. Cuanto mayores sean las pretensiones de clase de las familias, mayor será el tributo que podrán obtener en forma de regalos en las fiestas de despedida de solteros y otros festejos organizados con este fin. Una lista en la tienda más cara de la ciudad sitúa a la pareja y a sus respectivas familias en el grupo de consumo de nivel superior. El resultado es un gran negocio y la satisfacción mutua. Harrods le asegura a la novia que sólo tendrá que encargarse de «buscar al novio; nosotros hacemos todo lo demás». Algunas tiendas bombardean a las jóvenes cuyo compromiso se anunció en los periódicos con propuestas para hacerse cargo de su lista de boda. Cierta tienda de Londres factura más de dos o tres millones de libras anuales por este concepto, sobre todo gracias a la manipulación de la madre de la novia. Las tiendas más caras esperan un volumen de ventas de unas quinientas libras esterlinas [de 1970] por lista, aun cuando la más cara de todas se queja de que sólo la mitad de los invitados compren los regalos de boda en su establecimiento.²⁵ El verdadero patrón ya queda establecido a través del papel de la novia como encargada de iniciar y controlar todo este consumo espectacular, igual que el vestido y las joyas

de la novia y el atuendo de las invitadas darán la clave de la sintonía de todo el clan con los dictados de la moda, y del mismo modo que su amiga del alma habrá calibrado su éxito en la carrera matrimonial por el tamaño de la piedra que lucía cuando se anunció su compromiso. La imáginería de las películas, obras teatrales y libros dedicados al matrimonio, donde todas las casas son acogedoras y luminosas, todas las esposas delgadas y elegantes, y todos los maridos triunfadores, mantiene el elemento de alto consumo desde el principio hasta el fin.

En realidad, no resulta sorprendente el número de hombres cuyas esposas no alcanzan un clímax satisfactorio. Puesto que ya se ha hablado de los vibradores, permítanme que añada que éstos no deben ser necesariamente del modelo con pilas que imita la forma del pene y que resultará difícil de "disimular" si lo encuentran sus hijos. Tenemos el modelo Pifco estándar, que es realmente fantástico. Reto a cualquiera a que sea capaz de afirmar que su mujer no podría alcanzar un magnífico clímax gracias a la estimulación de su clítoris con un vibrador de este modelo.

R.W. (Cheshire), *Forum*, vol. 2, nº 8

El mito es tan omnipresente y se mantiene vivo con tan poco esfuerzo como la vana esperanza de ganar el premio gordo de la lotería. Cuando lee un artículo sobre la esposa de un millonario en el *Sunday Times*, cualquier mujer ajada y exhausta por el exceso de trabajo puede soñar que tiene «tres hijos, una cocinera/ama de llaves, una niñera, dos mujeres de la limpieza, dos jardineros, un Rolls-Royce, un Fiat, un coche oficial de la empresa, un helicóptero, una casa de campo en Cheshire, un apartamento en Londres en la zona de Belgra-

via». Y «mi marido me compró un precioso bolsito de piel de cocodrilo con cadena de Gucci que hace juego con casi todo. Naturalmente no sé cuánto le habrá costado. También me regaló un abrigo de visón de color marrón oscuro de Maxwell Croft que se puede llevar prácticamente a todas horas ... Los negligés y los camisones los compro en Fortnum, naturalmente. No tengo la menor idea de lo que cuestan. A veces mi marido me regala alguno y me da una gran alegría ... Mi marido sabe escoger muy bien las joyas que me regala...».²⁶ Todo el efecto se estropearía si la mujercita envidiosa que lee el *Sunday Times* tuviera una visión de la secretaria del industrial en el momento en que le recuerda que es el día de su aniversario de bodas, y la viera aprovechar luego la hora del almuerzo para acercarse en un momento, cheque en ristre, a recoger la pieza elegida por el jefe de ventas de la joyería. El amor parece desvanecerse o esconderse para hibernar en un contexto de penuria económica, de modo que la valerosa esposa se dice: «Sé que él me quiere. No habla mucho y ya no estamos para toqueteos y esas cosas. Pero jamás me haría daño, ni tampoco a los chicos». Resulta fácil imaginar que el amor sobrevive en un chalé con rosas junto a la puerta o en una mansión en Cheshire, con una cocine-

Cuando un hombre te invita a cenar, es muy probable que signifiqués mucho para él. Una invitación a cenar quiere decir que no le importa gastarse un montón de pasta en ti y tampoco —lo que es aún más importante— pasarse un largo rato sentado a una mesa frente a ti, sin nada mejor que hacer que comer y charlar. Significa asimismo que espera poder sentirse orgulloso de ti cuando te siga hasta la mesa conducidos por el maître.

Datebook's Complete Guide to Dating, 1960, pág. 115

... cuando ella pasó a ser una persona dependiente como consecuencia de la organización social y económica masculina, y por lo tanto, él comenzó a escoger y elegir ... la mujer tuvo que empezar a seducir, pues le iba la vida en ello; además de emplear las artes pasivas innatas en su sexo, comenzó a exhibirse con todo el oropel que en otro tiempo había sido uno de los accesorios del varón durante el cortejo, abandonado luego por éste cuando la superioridad alcanzada mediante sus hazañas laborales le permitió hacerlo. Bajo los efectos de ese nuevo estímulo para mostrarse atractiva, con el aditamento del adorno al repertorio de sus encantos, la mujer ha empezado a adoptar una actitud casi agresiva ante el cortejo...

W.I. THOMAS, *Sex and Society*, 1907, pág. 235

ra/ama de llaves, una niñera, dos jardineros y dos asistentas, donde la señora de la casa va siempre perfumada y siempre está guapa, vestida con telas finas de Fortnum, descansada y feliz entre los brazos amantes de su marido triunfador.

Pero no es cierto, nunca lo ha sido, y ahora ya es seguro que nunca lo será.

LA FAMILIA

Mamá pata, papá pato y todos sus patitos. La familia –con el padre, que la preside y la mantiene, y la madre, que la amamanta y la nutre– nos parece una institución inherente al orden natural. Mientras mamá gorila cría y amamanta a los pequeños, papá gorila monta guardia y la protege de los peligros de la selva. Incluso cuando la selva no guardaba peligro alguno, Adán cavaba, Eva hilaba y Dios Padre era su papá, y paseaba con ellos al anochecer si se portaban bien. Cuando empezaron a portarse mal, fueron expulsados del jardín y fundaron su propia familia. Sus hijos se pelearon, como suelen hacer los hermanos, y nació el homicidio. En algún lugar de los textos apócrifos merodeaba Lilit, la destructora, que brindaba amor y libertinaje y amenazaba la estructura de la familia. Los nietos de Adán confraternizaban con las hijas de la carne. El mito del origen de la familia patriarcal en el Antiguo Testamento es ambiguo: el padre es vengativo, la madre su vasalla, los hermanos escenifican el crimen primario, el asesinato para granjearse el amor del padre, mientras que la ramera los invita a abandonar la cárcel doméstica. Sin embargo, el cristianismo moderno desarrolló su propio paradigma de la familia nuclear a partir de esta fuente y la definió como un reflejo de la ley natural. La estructura del Estado, considerado ingenuamente como un mero conjunto de familias, es una manifestación de este principio natural: el rey/presidente actúa como padre benévolo y justo de

una única, inmensa familia. También la Iglesia reconoció a un único jefe, el lugarteniente de Dios Padre. El hombre era el alma, la mujer el cuerpo; el hombre era la mente, la mujer el corazón; el hombre era la voluntad y la mujer las pasiones. Los chavales aprendían su papel masculino del padre y las chicas su papel de mujer de la madre. Todo parecía claro, simple e in-

Todas sabemos que el hombre espera instintivamente que la mujer se encargue de castigarle. Se trata de un sentimiento natural que nace de la relación entre la madre y el hijo. Estoy bien dispuesta a contribuir a satisfacer la necesidad recurrente de ser disciplinado que siento mi marido, no simplemente por la carga erótica del acto, sino también porque mis esfuerzos en este campo se ven ampliamente recompensados de otras maneras.

He comprobado que mi marido tiene un deseo casi insaciable de complacerme, no sólo en cuestiones sexuales, sino también en los asuntos generales de la casa. Se ha hecho cargo del trabajo doméstico, de la compra, la colada y el planchado de la ropa. Sólo tengo que mencionar que necesito una estantería nueva, que hay que limpiar el horno o que habría que decorar una habitación, para encontrármelo hecho en un abrir y cerrar de ojos. Ahora estoy intentando despertar su interés por las artes culinarias.

Estoy convencida, no sólo por experiencia propia, sino también por la de otros matrimonios, de que mi marido no es anormal. Estoy segura de que nueve de cada diez maridos responderían afirmativamente si sus mujeres les preguntasen si les gustaría recibir unos azotes.

(Señora) L.B. (Essex), *Forum*, vol. 2, nº 3

mutable. El padre era responsable de las personas a su cargo; era el dueño de las tierras y las traspasaba a su primogénito junto con su apellido. En la cadena de mando, desde los patriarcas hasta los vasallos más pobres, no faltaba ningún eslabón.

La familia individual moderna descansa sobre la esclavitud abierta o encubierta de la mujer ... El hombre es en la familia el burgués; la mujer representa en ella al proletariado.

FRIEDRICH ENGELS, *El origen de la familia*, 1943, pág. 79

Sin embargo, estas condiciones, en apariencia tan elementales e inapelables, son absolutamente aleatorias. La familia patrilineal se fundamenta en el derecho de paternidad que las mujeres obsequian gratuitamente a los hombres. La paternidad no es una relación intrínseca; no se puede demostrar, salvo de forma negativa. Ni la vigilancia más estricta puede garantizar de manera inequívoca que un hombre es el padre de su hijo.

¿No hay otro modo de que el hombre llegue a ser
sin que las mujeres aporten la mitad del trabajo? Todos
somos bastardos...¹

Cuando había tierras que legar y una legitimidad que era preciso mantener, era imprescindible rodear de vigilantes a las mujeres, mantenerlas recluidas en un lugar y restringir en la mayor medida posible el desarrollo de su curiosidad natural y su afán de movimiento y expresión. El cinturón de castidad que los barones guerreros aseguraban en torno al cuerpo de sus mujeres cuando partían a la guerra era el emblema externo de

la futilidad del empeño, un intento de erigir una barricada en torno al vientre. En la actualidad, las mujeres exigen confianza y a cambio ofrecen libremente la garantía de la paternidad y hacen honor al contrato suscrito, por el que recibirán protección, alimento y vivienda a cambio de garantizar la inmortalidad a través de una descendencia legítima.

La familia que se funda cuando un joven instala a su esposa en un piso con cocina y cuarto de baño no está demasiado bien diseñada para cumplir la función de garantizar la paternidad. La mujer se queda sola la mayor parte del día, sin carabina; el grado de confianza necesario es, por consiguiente, mayor. La unidad doméstica moderna no dispone de sirvientes ni familiares que puedan encargarse de salvaguardar los intereses del marido y, no obstante, se considera una forma natural y adecuada, el resultado lógico de todas las demás formas patriarcales que la precedieron. De hecho, la familia integrada por un solo matrimonio —que en la antropología y la sociología se denomina familia nuclear— es posiblemente el sistema familiar más efímero que ha llegado a desarrollarse. En la época feudal, la familia pertenecía al tipo denominado familia tribal: el jefe era el varón mayor de la familia, que mandaba sobre una serie de hijos y las esposas e hijos de éstos. El trabajo de la unidad doméstica se repartía conforme al estatus de cada mujer: las hijas solteras lavaban, hilaban y tejían; las esposas en edad de procrear criaban; las esposas de más edad cuidaban y educaban a las criaturas y se ocupaban de la cocina, y la mayor de todas ellas supervisaba el buen funcionamiento general. No existía el aislamiento que fomenta la neurosis de las familias encerradas en sus chalés de ladrillo rojo. Había fricciones, pero no tenían ocasión de progresar hasta convertirse en la intensa angustia introvertida de la confrontación cara a cara entre los cónyuges aislados. Los problemas familiares se podían discutir abiertamente en el foro de la familia y se respetaban las decisiones de los mayores. El amor romántico se consideraba prácticamente irrelevante como motivo para la cohabitación. Bastaba con que

el hombre desearse tener hijos con una mujer que encajase en su familia. La desilusión, el resentimiento y el aburrimiento tenían menos espacio para florecer. Las criaturas se beneficiaban de este arreglo, como aún sucede en algunas zonas de Grecia, España y el sur de Italia. Siempre había alguna persona disponible y con tiempo suficiente para contestar a sus preguntas, contarles un cuento, enseñarles habilidades nuevas o salir de pesca, aunque sólo fuera un abuelo o un tío o una tía solteros. En cuanto aprendían a caminar solos, a cada niño se le asignaba una pequeña responsabilidad: las gallinas o el palomar o la crianza de un cordero o un choto. No les enviaban a dormir en una habitación a oscuras, mientras sus mayores conversaban en la cocina, sino que podían quedarse para escuchar y aprender, hasta que caían dormidas en los brazos de alguien. Entonces los desvestían en silencio y los acostaban sin despertarlos. No existía ninguna brecha generacional, puesto que en la casa estaban representadas todas las edades. Cuando estuve viviendo en una diminuta aldea del sur de Italia, pude observar cómo una de estas familias se mantenía unida con denuedo a pesar de la pobreza más intensa y de la ausencia de la mayor parte de los hombres, que estaban trabajando en Alemania; sus criaturas eran las más felices, las menos tímidas y menos violentas que jamás he visto. Todas las familias vecinas estaban emparentadas y, por lo tanto, la comunidad mantenía una fuerte cohesión. Las exigencias de la convivencia en grupo habían creado sólidas normas de decoro que se guardaban sin excepción. Habríamos muerto de hambre sin el intercambio de cualquier producto del que tuvieran un excedente las familias emparentadas, pues no hubiésemos podido pagar los precios exorbitantes que exigían los latifundistas por los alimentos en el mercado libre.

La familia tribal constituye una fuente de unión que se resiste al control del Estado, pues es inamovible y su mayor lealtad es para consigo misma. Cuando este principio se aplica como un desafío contra la autoridad institucionalizada puede dar lugar a la tristemente famosa *famiglia* de la mafia. Los ri-

tuales de defensa del honor familiar han conducido a las manifestaciones antisociales de la *vendetta* y la *omertà*; sin embargo, éstas sólo cobran importancia cuando la comunidad regional se ve amenazada por la autoridad política. Los libertadores norteamericanos* enseguida reconocieron la importancia organizativa de la mafia en Sicilia, pero, en cambio, no comprendieron que el tipo de cohesión de la que intentaban aprovecharse era ya un anacronismo económicamente inviable.

Las repercusiones de la industrialización y la urbanización sobre los patrones de distribución de la población y por efecto de la movilidad de la mano de obra requerida aceleraron el declive de la familia tribal, que en Europa occidental empezó a perder fuerza hacia finales del siglo xv. Los cambios en el régimen de tenencia de la tierra, la decadencia de la autoridad regional, la centralización del gobierno, los cercamientos de tierras, el desarrollo del pago de una renta monetaria y el absentismo de los propietarios fueron otros tantos factores que contribuyeron al nacimiento de la familia nuclear; sin embargo, su reducción hasta el residuo de vida comunitaria en que se ha convertido en la actualidad es reciente. Mientras la mayor parte de la comunidad trabajadora estuvo empleada al servicio de grandes familias, las solteras y los solteros vivían en la misma casa, se solía enviar a los hijos y las hijas a trabajar en hogares ajenos, la familia mantuvo su carácter orgánico y abierto a las influencias externas. Los maridos y las esposas no podían abandonarse a una introspección excesiva de su relación, firmemente apuntalada por las leyes contra el divorcio, la opinión pública y el crecimiento incontrolado de las familias. Los padres ancianos permanecían en el hogar y eran atendidos allí. Sin embargo, ya no había un negocio familiar ni un patrimonio que fuese preciso incrementar y atender. La densidad de la comunidad urbana generaba un distanciamiento de los vecinos inmediatos y la necesidad de encon-

* Como vencedores en la Segunda Guerra Mundial. (N. de las T.)

trar trabajo alejaba a los hijos del ámbito inmediato de influencia de la familia. Los frutos de la educación comenzaron a distanciar de manera más específica a las familias, sobre todo cuando la enseñanza obligatoria creó una generación más instruida que la de sus padres. La progresiva ampliación de la educación, de generación en generación, continúa prolongando este efecto. En la época en que Ibsen y Strindberg escribieron sus tragedias domésticas, la familia se había convertido en una cárcel donde los jóvenes pugnaban por escapar al peso muerto del control de sus mayores, la comunidad exterior sólo estaba representada por el policía, el médico y el párroco, y los criados eran unos desconocidos y enemigos de clase. La moral puritana había conducido a la hipocresía, la frustración y la pornografía. El marido y la esposa ejecutaban a diario su danza homicida. El padre-protector, incapaz de demostrar su superioridad o su iniciativa en ningún otro ámbito, ejercía sobre todo el papel de árbitro moral, aunque no estuviese a su altura; la esposa era una muñeca maquinadora, desilusionada de su marido, confusa y amargada a causa de su propia ociosidad e insignificancia. Se había cerrado el círculo del síndrome del ocio vicario al que se refiere Veblen para volver al punto de partida. Las ocupaciones de las mujeres habían llegado a ser a todas luces más insignificantes que nunca. La amargura de los cónyuges empezaba a ser tan claramente destructiva que en la mayoría de los países occidentales se comenzaron a promulgar leyes destinadas a facilitar el divorcio. Las mujeres empezaron a reivindicar el derecho a trabajar en otras tareas que no fuesen del servicio doméstico y la industria en expansión comenzó a necesitarlas, sobre todo tras los estragos causados por la Primera Guerra Mundial entre la mano de obra masculina. Aumentó el número de mujeres solteras y se agravó un problema ya presente desde principios de siglo. Las grandes casas residenciales victorianas se fueron subdividiendo progresivamente en unidades más pequeñas. Proliferaron los apartamentos para responder a la necesidad de una mayor densidad residencial. Un número creciente de funciones de la familia extensa —la atención

de las personas mayores, de los enfermos, y de los enfermos y retrasados mentales— se volcaron en el Estado.

Si la monogamia estricta es la cumbre de la virtud, la palma se la ha de llevar la lombriz solitaria, que dispone de un juego completo de órganos masculinos y femeninos en cada uno de sus 50-200 proglótides o secciones, y que se pasa la vida entera copulando consigo misma en cada una de sus secciones.

FRIEDRICH ENGELS, *El origen de la familia*, 1943, pág.

La familia de los años sesenta es reducida, independiente, centrada en sí misma y efímera. El joven abandona el hogar paterno tan pronto puede en busca de oportunidades de formación y de empleo. Los niños viven más plenamente en el colegio, los padres en el trabajo. La madre es el corazón muerto de la familia, que se dedica a gastar los ingresos del padre en productos de consumo destinados a mejorar el lugar donde él come, duerme y ve la televisión. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, ha ido en aumento la tendencia de los jóvenes a crear sus propios grupos sociales, más vitales, que adoptan modos de vestir y conductas rituales de carácter tribal. Incluso las chicas suelen entrar a trabajar y se van a vivir con otras chicas en los enormes cinturones de habitaciones amuebladas de las grandes ciudades. La esposa sólo tiene un papel significativo en calidad de tal durante el período de procreación y crianza de los hijos pequeños, si bien las condiciones en que lleva a cabo esta importante tarea y la confusión que existe con respecto a su correcto desarrollo aumentan su aislamiento de la comunidad e intensifican la relación maternofilial durante esos primeros años.

La joven trabajadora que se casa, continúa empleada duran-

El conocido complejo de Edipo, dado a conocer por la escuela freudiana, que lo cree de carácter universal, corresponde esencialmente a nuestra patrilineal aria, donde el desarrollo de la patria potestad ha sido sostenido por la ley romana y la moral cristiana y sublimado por las actuales condiciones económicas de los burgueses acomodados.

BRONISLAW MALINOWSKI,
Sex and Represion in Savage Society, 1927, pág. 5

te un tiempo después de la boda y luego se retira para criar a los hijos, no está preparada en absoluto para el aislamiento de la familia nuclear. Le gustase o no su trabajo poco cualificado de mecanógrafa, vendedora, camarera u oficinista, al menos disfrutaba de una cierta libertad de movimientos. Su horizonte se reduce para quedar limitado a la casa, el centro comercial y la tele. Su criatura está demasiado mimada y atendida con excesiva diligencia durante el día, para quedar desterrada rápidamente del mundo adulto y relegada a su cama cuando el marido vuelve del trabajo, a fin de que papá pueda descansar. La situación edípica, que siempre se reproduce en el matrimonio, se ha intensificado hasta un extremo que hasta Freud habría considerado repugnante. El padre se ha convertido en un rival y un extraño en un sentido muy real. Es posible que el niño reciba tantas amenazas como mimos durante el día, pero lo cierto es que es objeto de demasiada atención de la única persona que está a su completa disposición. La intimidad entre madre e hijo no es beneficiosa ni saludable. El niño aprende a aprovecharse de la receptividad de su madre y la importuna con preguntas y peticiones que carecen de verdadero interés para él, la pone en evidencia en público, la chantajea para que le compre golosinas y

lo coja en brazos. La dependencia no significa amor. La actitud del niño hacia la escuela, que le aleja de su madre tras cinco años de intimidad forzosa, es tan ambivalente como sus sentimientos con respecto a ella. Mientras sea una escapatoria, es bienvenida, pero cuando se vuelve exigente, el niño descubre que puede enfrentar a la madre con la escuela para lograr sus fines. Los celos que sienten las madres de la escuela y el intento de esta última de convertirse en una fuente de control sobre el niño contrapuesto al de la madre pueden conducir a situaciones enormemente tensas. El carácter antisocial de este tipo de relación maternofilial resulta muy evidente para los maestros, sobre todo cuando se plantean problemas de disciplina o relacionados con el tratamiento de trastornos emocionales.²

La desgraciada esposa-madre también se ve convertida en un ser antisocial en otros aspectos. Su hogar es su reducto y allí se siente sola. Le gustaría que su familia pasase más tiempo con ella, puesto que su única significación procede de su relación con ese grupo casi ficticio. Se empeña en mantener a sus hijos atados a ella, imponiéndoles restricciones, esperándolos despierta, fisionando en sus asuntos. Ellos se retraen cada vez más y se refugian en la incomunicación y un desdén apenas disimulado. Ella le suplica a su marido que no salga con los amigos y se extraña de que sea capaz de aguantar un partido de fútbol bajo la lluvia torrencial y luego se encuentre demasiado cansado para arreglar el tejado o cortar el césped aunque haga un día espléndido. Se queja cada vez más de que a él no le preocupa en qué andan metidos los chicos, de que la tarea de imponer disciplina recae toda sobre ella, de que nadie le habla, de que no sabe nada, de que ha entregado los mejores años de su vida a una panda de gamberros desagradecidos. La política es para ella un misterio y, además, aburrido; el deporte, la prueba de que los hombres no crecen nunca. Lo mejor que puede ocurrirle es que retome el hilo donde lo dejó y vuelva a trabajar en un empleo que sólo empezó a ocupar como un recurso provisional, en el cual no puede esperar ningún ascenso, ni una

remuneración significativa, ni tampoco que amplíe su horizonte, pues tendrá que seguir cumpliendo con las obligaciones de la casa. Cualquier trabajo le sirve de hipnótico. Limpia, teje, borda. Sin parar.

Las mujeres que intentan luchar contra la tendencia de la familia nuclear a aislarlas de todo contacto social se enfrentan con curiosas dificultades. Anne Allen reprodujo la siguiente conversación con una joven esposa en el *Sunday Times*:

—Verá —me dijo—, tenemos alrededor de una docena de buenos amigos. Gente a la que me siento más unida que a mi propia familia. Gente a la que quiero más y que conozco mejor.

»Pero, ¿qué ocurre? Pues, que *tenemos que organizarnos para poder vernos*. Tenemos que encontrar un canguro. La otra pareja se siente obligada a prepararnos una buena cena.

»Y entonces, el bebé se pone enfermo o alguien está cansado, y preferirías no haber quedado. O lo pasamos tan bien que es una verdadera lástima tener que dejarlo tan pronto.

»En cambio, imagínese qué ocurriría si un grupo de amigos bien unidos viviera en el mismo edificio, o en la misma calle. Podría llegar a ser posible.

»Hay arquitectos que están trabajando en el diseño de un par de edificios especialmente pensados, donde cada uno pueda disponer de una parte propia y de una inmensa zona de vivienda comunitaria.

»Personalmente, no podría soportar compartir en el plano sexual y me costaría tanto como a mi madre compartir la cocina. Valoro demasiado mi intimidad.

»Pero hay docenas de ocasiones a lo largo del día en las que echo de menos tener a alguien con quien poder hablar. O cuando me siento sola las noches que mi marido trabaja. O cuando tenemos una pelea y me gustaría tomarme una hora de respiro.

»No se me ocurre una manera mejor de vivir que en compañía de mi marido y rodeados de la mayoría de mis mejores ami-

gos. A fin de cuentas, miles de personas hacen estrecha amistad con sus vecinos. Sólo estaríamos invirtiendo el proceso.³

Hubo un tiempo en el que todo el mundo vivía en una casa llena de amigos con grandes zonas comunitarias, en el que las calles estaban repletas de amigos pues, dada su inmovilidad, todos los miembros de la comunidad se conocían y estaban al corriente de sus respectivas historias familiares. El sistema tiene sus desventajas: el inconformismo resultaba a menudo intolerable y el hecho de que la comunidad estuviera permanentemente atenta a los movimientos del individuo tenía mayores desventajas que ventajas. En una comunidad de ese tipo, una viejecita no se pasaría cuatro días tirada al pie de la escalera con la cadera fracturada, pero una mujer tampoco podía permitirse una relación amorosa prohibida. En la actualidad, la gente vive más pegada que nunca, pero en hacinado aislamiento. Las torres de pisos albergan a docenas y docenas de pequeñas familias que tienen mucho en común, pero no se conocen. Sus puertas encierran un mundo privado incapaz de comunicarse más allá de los pasillos y ascensores vacíos, salvo para quejarse del ruido del otro. Las mujeres que vigilan a sus hijos mientras juegan en las zonas de juego comunes sólo conocen a los padres de los otros niños cuando alguna ofensa requiere la intervención materna. Por efecto de la competitividad, es frecuente que cada familia se aferre a una fantasía de superioridad, racial, moral, religiosa, económica o de clase. Los urbanistas se quejan de que los habitantes de las torres no mantengan limpias y cuidadas las zonas comunitarias, mientras que las víctimas de esos realojamientos se quejan de que las torres generan un tipo particular de angustia, relacionada con la altura y el encierro. Nunca se cruzan en sus desplazamientos arriba y abajo en el ascensor, no pueden asomarse al interior a través de la ventana del otro, ni charlar frente a la puerta de su casa mientras limpian la terraza de la entrada. Los intentos forzados de estimular la intimidad no funcionan. Las mujeres mantienen celosamente

te separadas sus unidades domésticas, por el temor a exponer a sus hijos y su modo de vivir a toda clase de formas imaginarias de corrupción a través del contacto con extraños. El ama de casa de Anne Allen rechaza la posibilidad de compartir en el plano sexual, pero al menos la contempla abiertamente. La comunidad familiar resguarda sus relaciones sexuales mediante restricciones contra el incesto, no justificadas inicialmente por el temor a las consecuencias de la endogamia, desconocidas para quienes promulgaron por primera vez dichas normas. Las mujeres que viven en los bloques de apartamentos tal vez no sean conscientes de su temor a una relación íntima con otras mujeres extrañas, pero la tensión está presente. El fracaso de esta forma de vida en comunidad tal vez se podría evitar con la inclusión de un bar y una lavandería en cada bloque, pero desde un punto de vista económico una interacción auténticamente orgánica parece requerir que se compartan las tareas que se duplican sin cesar en cada una de las cápsulas-vivienda.

Las consecuencias arquitectónicas de la familia nuclear se consideran desastrosas en todo el mundo: la desairada propagación de cinturones sucesivos de urbanizaciones, de hectáreas y hectáreas de cajitas, ha destrozado la faz de todas nuestras ciudades. El mantenimiento de esas zonas resulta prohibitivo y su acceso a los servicios públicos plantea dificultades. Los defensores de las viviendas de alta densidad tienen a su favor la utilidad y la comodidad. Sin embargo, no comprenden que la familia nuclear actúa a contrapelo; todos los estudios antropométricos, todas las mejoras en la orientación de los limpios y eficientes habitáculos hacia la luz, el calor y una vista despejada nada pueden contra el recelo que sienten las unidades edípicas hacia las demás unidades de su misma clase. Las tensiones y presiones de la introspección conyugal no toleran un horizonte más amplio. Una alternativa es que el patrón ocupe el lugar del padre, como sucede en algunos pueblos de Estados Unidos contruidos especialmente para albergar a los empleados de las empresas conforme a sus ingresos y su cargo, donde

se les alienta a hacer vida social. Las esposas se convierten en esposas universitarias o esposas de empresa. Prolifera el compañerismo. Los resultados a largo plazo son inimaginables, al menos para mí. La empresa domina todos los aspectos de la vida familiar; el infortunado que consigue su puesto de trabajo sobre la base de una evaluación de su personalidad que incluye a toda su familia, se ve obligado a cumplir el papel marcado por la empresa en todos los aspectos de su vida personal. Incluso su conducta sexual puede convertirse en un asunto de empresa: Masters y Johnson han establecido la norma hedonística. Ningún siervo obligado a acatar avergonzado el *jus primae noctis* y a entregar a sus hijos al servicio de su señor feudal se encontró en peor tesitura. Debe su alma al economato de la empresa, tan infaliblemente como cualquier minero de la fiebre del oro o cualquier esclavo liberto. Se ha producido el resultado lógico del control del empleo sobre la movilidad de la mano de obra. El mantenimiento de su seguridad depende de la conducta de toda su familia; el resultado deseado es la perfecta inmovilidad y predecibilidad. Esto explica que los maridos universitarios tengan una libido más baja que los demás porque se han convertido en gordos ratones blancos que viven en un laboratorio higiénico, y no debido a la proximidad de sus mujeres, como sostiene Lionel Tiger.⁴ El gran padre patrón, el espectro que planea sobre *Quién teme a Virginia Woolf*, ha castrado a sus hijos. Sin embargo, el alma humana es indestructible y para que el grupo pueda desarrollar una conciencia especial, el pecado capaz de paralizarle ha de ser un pecado grupal, para que nadie pueda chivarse al gran padre. El patrón de la decadencia norteamericana comienza por la borrachera colectiva, que es el único camino para acceder a una conducta no censurada y, finalmente, el intercambio de mujeres, el incesto del siglo xx:

En otoño de 1962, las dos parejas se hallaban extáticamente, escandalosamente unidas. Frank y Marcia estaban en-

cantados de encontrarse juntos tan a menudo sin tener que esforzarse. Janet y Harold hacían bromas en privado sobre las estratagemas ahora transparentes de los otros dos amantes. Estas bromas comenzaron a escaparse a sus conversaciones a cuatro bandas...

Las otras parejas comenzaron a llamarlos los Applesmith...

—¿No te das cuenta? Esto está tan *mal*. Ahora somos realmente corruptos. Todos nosotros.⁵

Los columnistas de ciertas “revistas de relaciones humanas” como *Forum* abogan seriamente a favor del intercambio de parejas como un método para revitalizar los matrimonios anquilosados. Un comportamiento compartido, aunque secreto, consigue consolidar cualquier grupo gracias a la complicidad; ahora bien, las consecuencias pueden ser difíciles de soportar. El intercambio de parejas es una actividad tan claramente falta de espontaneidad, tan alejada de los caprichos del auténtico deseo sexual; no pasa de ser una variación del baile de la cuadrilla. En este tipo de transacciones el sexo lleva las de perder: la pasión se convierte en lascivia. Introducir cambios en la manera de *obtener placer* encubre el aburrimiento, pero no restaura la vida. En tales circunstancias, el sexo deja de ser progresivamente una forma de comunicación para convertirse cada vez más en una distracción. Resulta divertido, igual que el bingo, las máquinas tragaperras, el *hula-hoop* y los yoyos. Una diversión razonable y casera. No inocente, sino calculada; no dinámica, sino contenida. Cuando el gran padre consiente este tipo de travesuras, cabe suponer que incluso el sexo ha pasado a estar bajo su benévola tutela. Al ratón blanco sobrealimentado y falto de sexo se le permite una breve incursión en la jaula ajena para reanimarlo un poco. Podría ser una manera de imponer una uniformidad sexual: el señor Jones podrá poner en práctica con la señora Jones lo que aprendió con la señora Smith, etc. La domesticidad universal acabará sepultándolo todo.

Anne Allen es un ama de casa inglesa sensata, tirando a liberal. Con una mirada condescendiente hacia su joven interlocutora, continúa:

En teoría lo considero una idea bastante atractiva. Ahora bien, en la práctica no puedo pensar en una docena, o siquiera en media docena de parejas con quienes me gustaría sentirme tan unida. O a quienes les gustaría vivir de este modo con nosotros...

No me gusta la manera en que educan a sus hijos. Yo doy a mis hijos una asignación mayor, o menor, y esto podría conducir a peleas.

Odio la manera en que llenan su cocina de olores extraños al cocinar o de porquerías. O siento sus ojos escrutadores sobre mi manera bastante laxa de llevar mi casa.

Pero ante todo soy irremediable y completamente posesiva, y si mi marido se largara con una mujer apetecible del vecindario cada vez que le levanto la voz, podría haber un asesinato.⁶

En tanto que unidad social, la familia denota al individuo impulsado por sus instintos más agresivamente individualistas; no es la base de la sociedad, sino su negación. La sociedad humana no ha nacido ni podría haber nacido nunca de un conglomerado de intereses individualistas contrapuestos. Debe su origen a los instintos que borran esos instintos individualistas, aquellos que conformaban, a través de sentimientos vinculantes de interdependencia, lealtad, solidaridad y devoción, un grupo más extenso que la familia patriarcal y, por su naturaleza, capaz de expandirse de un modo infinito.

ROBERT BRIFFAULT, *The Mothers*, 1931, pág. 509

Anne Allen probablemente se parece más al ama de casa británica media que la joven con quien se entrevistó, y es mucho más "normal" que las esposas del profesorado universitario, las esposas de empresa o las esposas intercambiadas. No se avergüenza del carácter antisocial de su familia, aunque en realidad también podría haber dicho que no existía *una sola* pareja a la cual pudiese soportar tener tan de cerca y muy pocas con las que mantuviese algún tipo de relación íntima. El propio término *parejas* implica de por sí una unidad cerrada hombre-mujer: Allen no usó el término *familias*. En esto se ha acabado convirtiendo prácticamente la familia nuclear. Las revistas femeninas comentan con desconsuelo que las criaturas pueden perturbar la relación conyugal, que la dedicación de la joven esposa a sus hijos y su agotamiento pueden interferir con las pretensiones de su marido con respecto a ella. ¡Vaya una idea: una familia amenazada por sus hijos! Los métodos anticonceptivos han aumentado el egoísmo de la pareja: los hijos planificados deben ajustarse a un cierto patrón; los hijos no planificados tenían por lo menos las ventajas propias del azar. En primer lugar y ante todo *existían*, les gustara a sus padres o no. En la familia nuclear limitada, los padres son los amos y los hijos les pertenecen y son manipulados con una intencionalidad inédita. La brecha generacional se acentúa en estas familias, en las que los hijos no deben importunar a sus padres, se les relega a zonas específicas a determinadas horas del día, en habitaciones propias, etc. No disponer de ellas, se considera señal de miseria. La madre no debe tener más hijos de los que sea capaz de controlar: el control significa una atención plena durante la mayor parte del día y luego, el aislamiento. La canguro tiene que entrar, por tanto, en la casa a hurtadillas, porque si el "peque" se entera de que sus padres van a salir, empezará a berrear. Recuerdo la sucia casa de dos habitaciones de Calabria, donde nunca oí llorar a ningún niño salvo de dolor, donde la tía de doce años cantaba mientras hacía la colada en la fuente y el padre anciano paseaba por el olivar con su nieto en brazos.

Los niños ingleses han perdido su inocencia, pues sus primeras lecciones les han enseñado a explotar a su esclavo adulto. Una madre o un padre esterilizados son un eunuco en el harén de su hijo. Desde luego, reconozco que una anticoncepción eficaz es necesaria para el placer sexual, y que el placer sexual es necesario; ahora bien, la anticoncepción por motivos económicos es otra cosa. «Sólo nos podemos permitir dos hijos» es un argumento miserable, aunque en nuestra sociedad resulta más aceptable que «no nos gustan los niños». Una madre o un padre esterilizados permanecen atados para siempre a los hijos que ya tienen, su conducta será más pasiva y previsible y esos hijos estarán a su vez más atados a ellos. «Sólo nos podemos permitir dos hijos» en realidad significa: «Sólo nos gustan los niños limpios, disciplinados, de clase media, que van a buenos colegios y acaban siendo profesionales liberales»; los hijos consiguen gastar todo el capital que se destina a ese fin, con independencia de la parte del total de los ingresos familiares que éste represente, del mismo modo que el trabajo de la casa aumenta y ocupa todo el tiempo disponible. El padre o la madre esterilizados son el animal doméstico por excelencia. La cultura masculina encierra una fuerte tendencia contraria a la domesticidad, a pesar de que los hombres difícilmente podrán llegar a vivirla del mismo modo en que se les ha inculcado las mujeres. El mito de la pareja perfecta coexiste con la conciencia de lo que significa la familia para un chico adolescente.

Lo único que de verdad me asusta es el matrimonio. Supongo que con la chica adecuada debe estar bien, pero soy incapaz de imaginarme dueño de una casa y casado. Me gusta sentirme libre, ir donde me apetezca y no preocuparme de nada. Esto es lo bueno de no tener novia, eres libre de salir y pasártelo bien con los colegas. Cuando tienes novia, te limita.

Cuanto más sales con una chica, más te lías. Tengo miedo a comprometerme. Eso acabaría conmigo; porque jamás rom-

pería un compromiso, no es justo para la chica. Demasiados adolescentes se meten de cabeza en el matrimonio...

La próxima vez que tenga una novia fija, le diré desde el principio que cada semana quiero tener una noche libre para salir con los colegas. En cuanto pierdes a los amigos, te quedas enganchado a la chica y se acabó.⁷

¡Se acabó, estás enganchado, muerto! Una relación estrecha significa liarse, atarse.

La mayoría de los chicos busca el mejor empleo que pueda conseguir, trabaja para que le asciendan y luego, cuando ganan lo suficiente, se buscan una chica y se casan con ella. Entonces hay que comprar una casa y un coche y, ¡hala!, ya estás atado para el resto de tu vida. Cuando llegas a los treinta y cinco, no te atreves a probar nada nuevo, por miedo a perder tu seguridad. Y eso significa vivir arrepentido, añorando todas las cosas que deseabas hacer.⁸

La visión desencantada de estos chicos pone de manifiesto la función que cumple la unidad familiar patriarcal en la sociedad capitalista: inmoviliza al trabajador, lo vuelve vulnerable para poder tentarle con la imagen de la seguridad. Le brinda un patrón de consumo controlado al cual se entrega por completo. Se siente comprometido con su pequeña familia y con su patrón, no con su comunidad. Nunca se ha analizado, que yo sepa, la influencia de las presiones conyugales sobre los maridos huelguistas. La responsabilidad con respecto a una familia provoca a menudo una reacción drástica en el huelguista; si el patrón consigue aguantar el tiempo suficiente, esa misma presión le hará volver al trabajo. Las esposas desconfían del ocio de sus maridos; muchas de ellas preferirían que su marido ganase menos, antes que tenerle rondando por las calles con sus amigotes y metiéndose en líos. El espectáculo que dieron las esposas de los mineros despedidos por el cierre de las minas

—cuando rechazaron furiosas la solución de que cobrasen sin trabajar, alegando que se pasarían el día merodeando por la casa sin hacer nada o se meterían en líos con los amigos— constituye uno de los comentarios más lastimosos sobre la familia en la sociedad industrial. Muchas chicas inician sus funciones antisociales a una edad muy temprana, cuando restringen rigurosamente la relación de sus novios con sus “colegas” a cambio de ciertos favores sexuales. Lo cual no es imputable enteramente al egoísmo de las mujeres, pues los grupos de hombres que la chica percibe como una amenaza no la admiten salvo en circunstancias muy especiales y con un papel muy concreto. No la dejan jugar a los dardos, tomar cerveza o darle patadas a un balón. No recela de esa clase de actividades por temor a que su hombre se relacione con otras mujeres en compañía de sus colegas, sino porque sabe que él disfruta con esas otras actividades y depende de ellas en una medida en que no disfruta ni depende de ella. No se siente celosa de sus favores sexuales, sino de la circunscripción de su pasión sexual y de la mayor intimidad que experimenta con los hombres. Todas las esposas viven forzosamente con la certeza de tener sólo su casa y su familia; en el mejor de los casos, su hogar es el campamento base al que puede retirarse su agotado guerrero-cazador y donde puede exhibir sus peores modales, su conversación menos divertida, mientras se lame las heridas y se recompone, con ropa limpia, un baño y la fiambarrera, para una ulterior incursión.

Es evidente que ninguna mujer que pretenda liberarse mínimamente, disfrutar de la vida y buscar una manera de expresar su propio potencial podrá aceptar semejante papel. Sin embargo, el matrimonio descansa sobre esta relación filial de la esposa, que adopta el apellido del marido, ve incluidos sus ingresos en la declaración de la renta de su cónyuge, vive en una casa que está a nombre de él y se presenta en público como su compañera, luciendo en todo momento su argolla en el dedo. Que cambien los detalles no significa que haya cambiado nada

más. Un marido que acepte llevar también una argolla, tener una cuenta bancaria conjunta y una casa a nombre de los dos, no está cediendo seriamente para dar cabida a las necesidades personales de su esposa. El carácter esencial de la institución acaba por imponerse. El hecho mismo de que esas concesiones sean privilegios que la mujer no puede reivindicar como un derecho tiene unas consecuencias muy particulares en forma de gratitud y de una servidumbre aceptada de más buen grado. Pero, aun así, ¿qué otras alternativas puede haber para que una mujer pueda tener hijos si queremos que la humanidad sobreviva?

... la firma de un contrato matrimonial es la transacción económica más importante que llevará usted a cabo en su vida ... Una de las dos partes debería ejercer la función de director ejecutivo del hogar; preferentemente el marido, aunque a veces su única calificación para ocupar el puesto es su fuerza bruta ... Los hijos, conforme van llegando, son las nuevas inversiones de la empresa y los directores deben procurar obtener un buen rendimiento de los fondos invertidos.

CYRUS FULLERTON,
Happiness and Health in Womanhood, 1937, págs. 40-41

Para empezar, el problema de la supervivencia de la humanidad no consiste en asegurar el nacimiento de las futuras generaciones, sino en restringirlo. El peligro inmediato que acecha a la humanidad no es que la especie humana no se reproduzca, sino el de su aniquilación total en el plazo de un par de generaciones. Una mujer que busque un modo de vida alternativo ya no debe sentirse moralmente obligada a pagar su tributo a la naturaleza. Las familias en que los padres se reemplazan procreando dos hi-

jos no son las más deseables para la crianza de un niño; las neurosis que genera la situación edípica intensificada se agravan cuando la relación con los padres predomina sobre los problemas de la adaptación al grupo de pares formado por los hermanos y hermanas. Aparte del prejuicio moral de que las mujeres que no tienen hijos están eludiendo su responsabilidad, no existe motivo alguno para que todas las mujeres deban sentirse obligadas a procrear. Por otra parte, por el hecho de dar a luz, una mujer no está automáticamente obligada a criar al niño. La mayor parte de las sociedades aprueban la suplencia mediante niñeras en el caso de las mujeres con responsabilidades de Estado. La práctica de entregar a los lactantes a un ama de cría no se tradujo en una estirpe de psicópatas. Un niño necesita cuidados y atención, pero no es preciso que éstos procedan forzosamente de una única persona siempre presente. Los cambios de lugar alteran más a las criaturas que la variación de las personas que les rodean; les afectan más las desavenencias y el resquemor entre los adultos próximos que las personas desconocidas. Un par de mujeres que asuman voluntariamente la tarea educarán con mejores resultados a un grupo de niños que si se les separa para que cada uno sea tiranizado por una mujer que se siente hastiada y víctima de un abuso. La alternativa no es la institucionalización burocrática de las funciones parentales —nada tan frío y azaroso como una granja de bebés—, sino una familia orgánica, donde la sociedad infantil pueda fundirse con una sociedad adulta en unas condiciones de cariño e interés personal. La familia, entendida no como una condición necesaria para la existencia dentro de un sistema, sino como un modo de vida libremente elegido, puede convertirse en una meta, un logro de tipo creativo.

Si las mujeres no consideraran la maternidad como un deber o un destino inevitable, sino como un privilegio que hay que merecer, del mismo modo en que el hombre se gana el derecho de tener una familia, tal vez las criaturas se criarían sin el peso de la gratitud por el regalo de una vida que nunca pidie-

ron. Algunas mujeres brillantes no se reproducen porque la maternidad se considera como un trabajo de plena dedicación; en términos genéticos, podríamos considerar que se encuentran en vías de extinción. En una situación en la que una mujer pudiese aportar una criatura a un hogar que ocupase su atención durante una parte del tiempo y a la vez le permitiese participar en otros ámbitos de influencia, las mujeres brillantes seguramente se sentirían más inclinadas a reproducirse. Ya llevo un tiempo reflexionando sobre el problema de cómo podría tener un hijo sin que se viese afectado por mis neurosis y por las dificultades que tendría para adaptarme a un marido y a las exigencias de una vida doméstica. Poco a poco se ha ido configurando un plan nada programático, que se ha convertido en una especie de sueño. En mi opinión, ninguna criatura debería criarse en el ambiente claustrofóbico de un piso de ciudad, donde tendrá escasas oportunidades de ejercitar los brazos, las piernas y los pulmones; por otra parte, yo tengo que trabajar en la ciudad donde dispongo de los materiales necesarios y de un mercado. Ninguna criatura debería criarse sola, al lado de una joven soltera cargada de resentimiento, que pugna por trabajar duro para salir adelante y sacar adelante a su hijo. Volví a recordar a los niños que conocí en Calabria y se me ocurrió el plan de comprar una granja en Italia, con la ayuda de algunas amigas con problemas similares, donde pudiéramos vivir cuando las circunstancias lo permitiesen y donde nacerían nuestros hijos. Sus padres y otras personas visitarían asimismo la casa con tanta frecuencia como pudiesen, para descansar y disfrutar de los niños e incluso para trabajar un poco. Algunas tal vez viviríamos allí durante temporadas bastante largas, tanto tiempo como deseásemos. La casa y el jardín estarían al cargo de una familia del lugar que viviría en la casa. Los niños dispondrían de un terreno que podrían explorar y dominar y aprenderían diversas habilidades de todos nosotros. No sería ningún paraíso, pero sería una pequeña comunidad con alguna posibilidad de salir adelante, con padres y madres y una multi-

tud de papeles entre los cuales poder elegir. Se podría evitar el peor aspecto de la vida en un *kibbutz*, sobre todo porque no sería necesario prohibirles estrictamente a los niños cualquier tipo de experimento sexual con otros de su misma edad, una restricción antinatural que ha tenido graves consecuencias para los hijos de los *kibbutzim*. Poder estar con mi hijo y con sus amiguitos sería un privilegio y un placer por el que sería capaz de trabajar. Si fuera necesario, ni siquiera haría falta que el niño supiese que yo era su madre biológica y, por mi parte, también podría mantener relaciones con los demás niños. Si mi hijo manifestase el deseo de intentar vivir en Londres o en Nueva York o de recibir una educación formal en algún lugar, también lo podría probar sin compromiso.

Cualquier nuevo arreglo que una mujer diseñe tendrá la desventaja de ser peculiar: los hijos no se habrán criado igual como los otros niños, y ésta es una época de uniformidad. Se plantearían algunos problemas en relación con la legitimidad y la nacionalidad. Nuestra sociedad ha creado el mito del *hogar desestructurado*, fuente de tantos y tantos males; sin embargo, el hogar íntegro que valdría más que se "desestructurara" es una fuente aún mayor de tensiones, como puedo atestiguar por mi propia amarga experiencia. La estructura orgánica y laberíntica de mi familia sustitutiva tendría la ventaja de representar un hogar irrompible, en el sentido de que no descansaría sobre los débiles hombros de dos individuos confusos que tratan de aplicar un programa contradictorio. Esta pequeña sociedad establecería su propia normalidad y se fomentaría toda clase de contactos con el resto de la civilización; ahora bien, podría ocurrir que estos niños se sintieran incapaces de integrarse en la sociedad y se convirtieran en marginados o esquizofrénicos. Como tales, no serían muy distintos de otros niños que he conocido. El propio concepto de integración en la sociedad —como si la sociedad fuera de algún modo homogénea— es falso. Existen suficientes excéntricos que están forjándose estilos de vida diversos para que mis niños no tuvieran que sentirse

más aislados que cualquier otro grupo minoritario en el contexto de esta mayoría ficticia. En la época de los ordenadores, es muy posible que la desintegración acabe siendo un valor más cotizado que la integración. Algunos cínicos alegarán que los niños de mi familia estarían deseosos de fundar familias "normales", como una reacción natural. Podría ser. Ante estas posibilidades dudosas, sólo queda recurrir a los datos empíricos. Yo sería materialmente incapaz de tener un hijo en otras condiciones, salvo por accidente y bajo protesta, de un modo fortuito por decirlo así, y en tal caso no asumiría ninguna responsabilidad por las consecuencias. Me gustaría poder pensar que he hecho cuanto estaba en mi mano.

La convivencia continuada entre un hombre y una mujer es ..., desde el punto de vista biológico, una condición sumamente antinatural.

ROBERT BRIFFAULT, *Sin and Sex*, 1931, pág. 140

El propósito de una familia orgánica es librar a los hijos de las desventajas de ser la extensión de sus padres, de modo que puedan ser ante todo dueños de su propio destino. Puede ser que acepten los servicios que les presten los adultos de manera natural y sin establecer dependencias. Podrían disponer de un margen de libertad para desarrollar sus propias actividades y definir el tipo y el alcance de su educación. Podría ocurrir que rechazasen su rareza, pero en otras circunstancias tal vez habrían rechazado la normalidad; frente a los problemas de adaptación, los hijos recurren a sus padres y a su educación como chivo expiatorio. Los padres no tienen otra alternativa que disfrutar de sus hijos si desean romper el círculo de explotación y recriminaciones. Para disfrutar de ellos, deben construir una situación en la que esto sea posible.

La constitución de familias orgánicas autorreguladas tal vez parezca un retorno al caos. El auténtico caos es más fructífero que el caos de dos sistemas contrapuestos mutuamente destructivos el uno para el otro. Cuando la herencia ha entrado en declive y la burocracia es la norma, de tal modo que las únicas riquezas son el poder adquisitivo y la movilidad, es absurdo que la familia persista en mantener el patrón patrilíneal. Es absurdo que la gente viva más hacinada que nunca, mientras finge que continúa residiendo en una casita con jardín. Es absurdo que la gente se comprometa de por vida, cuando el divorcio siempre es una posibilidad. Es absurdo que las familias aspiren a la normalidad, cuando la confusión sobre el significado y la función de la paternidad es tal que unos niños nacidos con una diferencia de una década y a menos de dos kilómetros de distancia pueden crecer en un ambiente totalmente diferente. ¿Dar el pecho o no darlo? Prescindir de los pañales, ¿cuándo y cómo? ¿Castigar o no? ¿Gratificar? Es absurdo que tantos niños se críen en un ambiente en el que su propia existencia está mal vista. Es absurdo que los niños teman a los adultos que no forman parte de su familia inmediata. La generación X, la brecha generacional, los *mod*, los roqueros, los *hippies*, los *yippies*, los *skin*, los maoístas, los jóvenes fascistas de Europa, los rebeldes sin causa: sea cual sea el nombre condescendiente que la generación de sus padres les asigne, los jóvenes reprochan a sus mayores que se amparen en una falsa autoridad para encubrir su propia confusión. El vandalismo, las botas con punteras de acero, las drogas, la violencia en el fútbol, ése es el caos, y los intentos de la autoridad institucionalizada para atajarlo resultan todavía más caóticos. El joven delincuente desafía al sistema o a uno de los sistemas a que haga algo con él, y el sistema fracasa invariablemente. El statu quo es el caos disfrazado de orden: nuestros hijos se agrupan para representar, mediante el ritual y el uniforme, una comunidad orgánica capaz de dejar en ridículo a la autoridad del Estado. La policía de California no se atreve a meterse con los Ángeles del Infierno,

que su burlan de su ley punitiva cuando se niegan a hacer lo que tal vez habrían hecho sus padres si hubiesen tenido su poder. Los Panteras Negras expresan el mismo tipo de burla. La familia ya ha fracasado; la tecnología ha superado al conservadurismo. El único modo en que el Estado patriarcal puede enfrentarse a sus hijos díscolos es a porrazos o a tiros en las calles o enviándolos a la guerra, el caos por excelencia.

Reich definió la familia autoritaria compulsiva como «parte integrante y, a la vez, condición ineludible del Estado y la sociedad autoritarios».⁹ Al igual que la familia, también el Estado contradice su propia esencia con su desconcierto y su permisividad, aunque en última instancia acabe interviniendo y ejerza de un modo caótico su autoridad. En Inglaterra, se circunscriben los “excesos” de los jóvenes y se les permite darles rienda suelta hasta que puedan ser controlados o castigados con discreción, para que no exalten más de la cuenta a la población juvenil aletargada. El resultado es un caos político y social, la “jungla del sexo”. El carácter informe, la inexistencia jurídica de mi familia soñada constituye una garantía contra el caos de lealtades opuestas, de aparatos educacionales contrapuestos, de juicios enfrentados. Mi hijo no recibirá ninguna orientación, pues la orientación que esta sociedad le ofrecería está encaminada a conducirlo hacia atrás, hacia delante y hacia los lados, todo al mismo tiempo. Si queremos recuperar la serenidad y la alegría de vivir, tendremos que escuchar lo que nuestros hijos nos digan a su manera, sin imponerles nuestra propia imagen distorsionada en el marco de nuestras familias desquiciadas.

LA SEGURIDAD

La seguridad no existe. Nunca ha existido. Y, sin embargo, hablamos de ella como algo a lo que la gente tiene derecho; explicamos las neurosis y las psicosis como producto de la falta de seguridad. Aunque no se da de manera natural, inventamos estrategias para burlarnos del destino, que denominamos seguros, aseguramiento, seguridad social, según cuál sea la deidad que las haya inspirado. Utilizamos servicios de seguridad y pagamos guardias de seguridad. Y, sin embargo, sabemos que el universo sigue siendo capaz de desencadenar catástrofes imprevistas para las que no existe indemnización. Sabemos que los planes de jubilación y los planes de pensiones no constituyen ninguna garantía contra las actuales fluctuaciones de los tipos de cambio. Sabemos que el dinero no compensa la pérdida de una pierna, un dolor de cabeza permanente o el deterioro de la belleza, y a pesar de todo contratamos seguros de todo tipo. Somos conscientes de un modo difuso de que nuestra vulnerabilidad ante el destino aumenta cuantas más barreras intentamos levantar contra lo imprevisible. El dinero depositado en el banco, una casa en propiedad y las inversiones son otras tantas ampliaciones de los ámbitos en los que somos vulnerables. Cuantos más ahorros amasemos, mayor será el riesgo de perderlos. Cuantas más medidas adopta el Estado para proteger al hombre de la enfermedad y la indigencia, mayor derecho tiene a sacrificarle en aras del bien común, a demoler su casa y ma-

tar a sus animales, a hospitalizar a sus hijos o internarlos en reformatorios; cuanto mayor sea el número de impresos en los que figure su nombre, mayores probabilidades tendrá de ser calumniado desde las altas instancias. John Greenaway sucumbió ante el mito del Estado del bienestar y se dejó tentar por la quimera antes de haber cumplido los dieciocho años.

No me siento demasiado seguro, y quisiera casarme algún día. Supongo que en busca de seguridad.

Lo más importante es sentirse seguro. Sin una reserva de dinero en el banco a la cual poder recurrir es imposible vivir libre de preocupaciones...

No es que me sienta inseguro en mi casa. Tengo un buen hogar, pero no puedo sentirme seguro debido a la situación del mundo...

Supongo que si tengo la suerte de encontrar un trabajo seguro que me permita ganar un sueldo francamente bueno, me volveré como todos los demás. Es increíble el cambio que puede suponer tener algún dinero en el banco y una casa agradable. Empiezas a pensar en el coche y en arreglar el jardín, en el seguro de vida y en la segunda tele, y no tienes tiempo de preocuparte por los temas más generales de la cantidad de gente que se muere de hambre en África.

La seguridad puede ser mortal y minar tu mente y tu alma. ¡Pero ojalá la tuviera!

Probablemente, el único lugar donde se puede sentir verdaderamente seguro un hombre es en una prisión de máxima seguridad, si no fuera por el peligro inminente de su puesta en libertad. El problema de la reincidencia debería haberles demostrado a los jóvenes como John Greenaway qué tipo de idea es esta de la seguridad, pero no existe el menor indicio de que lo hayan comprendido. La seguridad significa que todo está dispuesto, que nada puede ocurrir; es la negación de la vida. Los seres humanos están mejor preparados para enfren-

tarse a las catástrofes y las penurias que a una seguridad permanente; sin embargo, mientras la seguridad constituya el valor máspreciado de una comunidad, las personas que la integran tendrán escasas oportunidades de alcanzar esa conclusión por su cuenta. Es un hecho aceptado que los ingleses resistieron muy bien una guerra y que se mostraban más alegres, animosos y amables bajo la amenaza cotidiana de los bombardeos que ahora, bajo una paz benévola, cuando nos preocupa tan poco el número de personas que se están muriendo de hambre en África que toleramos la política británica en Nigeria. John Greenaway no advirtió que sus bastiones de seguridad brindaban nuevas oportunidades al riesgo. Los isabelinos denominaron *mutabilidad* a este fenómeno y lamentaban la transitoriedad de todo lo bello y duradero con algo así como una euforia melancólica, dado que atribuían a un designio divino la danza de Heráclito de los elementos y la interpretaban como un paso hacia una inmutabilidad platónica en un mundo sobrenatural de las ideas.² Greenaway no tiene acceso a este tipo de distanciamiento filosófico y tampoco puede adoptar el fatalismo del campesino, que siempre ve frustrados sus esfuerzos por la inestabilidad de los elementos. Cree en la existencia de la seguridad y que es posible que un patrón le pague menos a cambio de un puesto seguro, que podrá vivir y morir en la misma casa si la paga, que puede atarse a una esposa y una familia como una salvaguardia contra el abandono y la soledad.

Lo más curioso de la quimera de la seguridad del siglo xx es que nació en una época de máximo riesgo. Una catástrofe tan inminente y tan incontrolable como la guerra total era inimaginable antes de la era atómica. Diríase que en cuanto los hombres consiguen desactivar un peligro, otro lo sustituye. Las enfermedades se vuelven más complejas; las posibilidades de agresión y destrucción superan los sueños más descabellados del papa Gregorio. Puesto que un tratado internacional prohíbe el uso de gases tóxicos, esto obliga a desarrollar la guerra bacteriológica. Y así sucesivamente. La inseguridad es un factor

constante de la vida humana e imagino que los intentos de suprimirla deben ser igualmente constantes.

Greenaway confunde la seguridad vital y de las propiedades con la seguridad emocional, y difícilmente podría hacer otra cosa. Una parte del misterio que rodea el uso que hacemos de esta idea reside en el deje de reproche que lleva implícito el apelativo *inseguro* cuando se refiere a la personalidad. Además, se da por sentado que las mujeres tienen especial necesidad de sentirse seguras y protegidas por las comodidades de su casa y de recibir reiteradas garantías de que son amadas. Se considera que las mujeres que se niegan a casarse se exponen a la inseguridad, a una vejez desolada, a la pobreza y a la degradación. Sin embargo, los maridos mueren, las pensiones resultan insuficientes, los hijos se hacen mayores y abandonan el hogar, y las madres se convierten en suegras. Los trabajos que realizan las mujeres, casadas o solteras, son de baja categoría y mal pagados. El derecho de las mujeres a la propiedad está sujeto a restricciones, sobre todo si están casadas. ¿Cómo puede ofrecer seguridad el matrimonio? En cualquier caso, un marido es un bien que se puede perder o que te pueden robar, y la esposa abandonada de treinta y tantos años, con dos hijos, se encuentra mucho más afligida e insegura frente a sus responsabilidades de lo que jamás pueda llegar a sentirse una mujer soltera, con o sin hijos. Las leyes que facilitan el divorcio intensifican la inseguridad de las esposas. La pulla de la inseguridad emocional es una crítica contra la mujer que se niega a creer que no pueda ser abandonada. Resulta francamente difícil confiar en una relación incierta, cuya fragilidad se intensificará si se la pone a prueba con la petición reiterada de seguridades. La ceremonia de la boda promete seguridad; para las personas religiosas se trata de un símbolo sacramental y la seguridad que promete es seguridad en el cielo, donde los esposos serán una sola carne; en cambio, para las mujeres que la conciben como un contrato de por vida, por el cual confían su persona a la gestión de un solo hombre, se trata de un docu-

mento manifiestamente insatisfactorio. Debería llevar incorporadas de entrada las garantías e indemnizaciones, como los contratos de gestión, de manera que al menos tuviese un valor equivalente al de un documento mercantil. En una época atea, un símbolo sacramental carece de valor. Para todas las personas interesadas sería preferible que su carácter contractual fuese un poco más explícito.³

El matrimonio tampoco ofrecería seguridad emocional aunque fuera un contrato en que se especificasen las garantías e indemnizaciones. Su mérito residiría en que *no daría la impresión* de ofrecerla, con lo cual no se alentaría a las mujeres a confiar de manera absoluta en una situación carente de estabilidad intrínseca. El ama de casa es una trabajadora no remunerada en el hogar de su marido, a cambio de la seguridad de un empleo fijo: su situación representa la reducción al absurdo del caso del empleado que acepta un sueldo más bajo a cambio de la estabilidad en el empleo. Sin embargo, hasta los empleados peor remunerados pueden ser despedidos y, de hecho, esto sucede, igual que les ocurre a las esposas. No tienen ahorros, ni cualificaciones que les permitan negociar unas buenas condiciones en otra parte y además llevan el estigma de haber sido despedidas. La única alternativa, tanto para el obrero como para la esposa, consiste en rechazar la trampa de la seguridad y en negociar abiertamente. Para ello, la mujer necesita una seguridad diferente, una seguridad que le permita considerar la inseguridad como libertad.

A las mujeres se les exige que ejerzan la virtud de la seguridad personal, aunque carezcan de ella. En efecto, se espera que no vivan el matrimonio como una situación de riesgo y que no adopten medidas para proteger sus intereses. Sin embargo, hacen ambas cosas. En teoría, el matrimonio requiere un cierto grado de autonomía y, por lo tanto, no existe ningún motivo lógico para aceptar una seguridad quimérica, en la que no se debe confiar aunque llegue a materializarse. El anhelo de seguridad procede de la parte más débil de la personalidad: del mie-

do, la incompetencia, la fatiga y la ansiedad. A las mujeres no les gusta arriesgarse a apostar, ni siquiera en el pequeño grado en que lo hacen los hombres. Las esposas tienden a frenar la iniciativa de sus maridos, sobre todo cuando implica un riesgo, lo cual limita sus oportunidades de éxito, placer y sorpresas.

La familia —tener una casa, una esposa e hijos— ocupa un lugar muy importante en la vida. Sin ella, un hombre no sería una persona completa. Ahora bien, creo que uno no debería atarse antes de haber hecho algo por su cuenta.

La mayoría de los chicos busca el mejor empleo que pueda conseguir, trabaja para que le asciendan y luego, cuando ganan lo suficiente, se buscan una chica y se casan con ella. Entonces hay que comprar una casa y un coche y, ¡hala!, ya estás atado para el resto de tu vida. Cuando llegas a los treinta y cinco, no te atreves a probar nada nuevo, por miedo a perder tu seguridad. Y eso significa vivir arrepentido, añorando todas las cosas que deseabas hacer.⁴

Ésta es la visión que tenía en 1964 Mike Russell, el periodista de veintiún años del *Edinburgh Evening News*, acerca del matrimonio y de la seguridad. Lo que describe es la función de la esposa como encargada de atornillar a su marido al lugar que le corresponde dentro de la maquinaria económica. El Estado del bienestar justifica su existencia con la promesa de seguridad y obliga al trabajador a asegurarse contra sus propias inquietudes y contra cualquier accidente que pueda ocurrirle, para lo cual deduce de su sueldo las contribuciones al seguro para la vejez y de enfermedad, al tiempo que utiliza una parte de sus ingresos para seguir perfeccionando, en nombre de la defensa, las máximas amenazas contra la continuidad de su existencia. Una esposa actúa como aliada de esta represión. Las obligaciones de la casa, la hipoteca y las letras de las compras a plazos respaldan las tendencias a la parálisis laboral y socavan su aspiración a controlar sus condiciones de trabajo,

así como a cualquier interés por una acción directa. El hombre casado se convierte en un trabajador dócil y fiable siempre que se mantenga un nivel de remuneración adecuado y las anomalías de la situación no resulten demasiado evidentes. Un conservador hábil puede convertir a la clase obrera al conservadurismo más consumado si apela al temor a la inseguridad asociada a los inmigrantes y a la insatisfacción que generan la congelación de sueldos y la negociación de acuerdos de productividad.

El amor, por su misma naturaleza, debe ser transitorio. Buscar un secreto que lo haga constante sería una tarea tan extravagante como la búsqueda de la piedra filosofal o la gran panacea; y su descubrimiento sería igualmente inútil, o más bien pernicioso, para la humanidad. El galardón más sagrado de la sociedad es la amistad.

MARY WOLLSTONECRAFT,
Vindicación de los derechos de la mujer (1792), pág. 56-57

Si las mujeres rechazaran ese modelo y reconocieran que la inseguridad significa libertad, no les iría sustancialmente peor. Algunos cínicos han señalado que la situación económica de las parejas no casadas en materia de impuestos y cosas por el estilo a menudo es más favorable que la de las parejas casadas. Desde un punto de vista espiritual, para una mujer es preferible que no se pueda dar por descontada su presencia. Evidentemente, algunas relaciones informales pueden atar más que las formales cuando se establecen patrones de explotación mutua, como suele suceder por regla general; sin embargo, los efectos sofocantes de la simbiosis serían menores si las mujeres mantuviesen las uniones espontáneas como su ideal. La situación

podría mantener su carácter abierto y su capacidad de evolucionar en un sentido más enriquecedor. Si las mujeres tuviesen la certeza de que sus relaciones son en verdad gratificantes y no se limitasen a protegerlas mediante la exclusión de otras posibilidades, el adulterio no supondría una amenaza. No hay soledad más brutal que la que se experimenta en estrecha proximidad a una persona que ha dejado de comunicarse. Muchas amas de casa reducidas a contemplar el dorso del periódico de su marido o a oírle respirar a su lado en la cama se sienten más solas que cualquier soltera en una habitación de realquilada. Gran parte de la soledad de los solitarios es fruto de la desconfianza y del egoísmo y no de la imposibilidad de lograr algún acuerdo conyugal. El contrato matrimonial concebido como una garantía de seguridad emocional ofrece algo que está fuera de su alcance, pues la seguridad es un logro individual. El amor posesivo, aunque resulte atrayente, anula esa confianza personal y renueva la vulnerabilidad de sus víctimas. Las mujeres desconsoladas que culpan de su amargura y su aislamiento a los hombres que las han *defraudado* repiten a diario el error inicial de la renuncia a su responsabilidad personal de hacerse cargo de su vida. No habrían sido más felices de haber seguido casadas. Cuando un hombre corteja a una mujer, trata de hacerse tan imprescindible como pueda serlo cualquier mujer para cualquier hombre; tal vez incluso decida preñarla para frustrar su autonomía. En la lucha por seguir siendo una persona completa y amar desde la plenitud y no desde la deficiencia, una mujer puede parecer dura. Es posible que se sienta impelida hacia la rendición por el condicionamiento de sus primeros años, pero debería recordar que en un principio fue amada por ella misma; debería valerse por sí misma y no acabar convertida en una mujer rezongona, indefensa, irritable y enjaulada. Seguramente no tengo la edad suficiente para poder asegurar que la mujer independiente será amada siempre, pero desde luego sé que nunca estará sola mientras en el mundo haya personas que necesiten su alegría y su fortaleza; al menos, mi experiencia

siempre ha sido ésa. Los amantes que se sienten libres de marcharse cuando el cuerpo se lo pida siempre vuelven; los amantes que se sienten libres de cambiar continúan siendo personas interesantes. La amarga animosidad y la obscenidad del divorcio no se dan cuando las personas no se han convertido en gemelas siamesas. Es mucho más probable que duerma abrazado a ti toda la noche un amante que acuda a tu cama por su propia voluntad, que uno que no tenga otro lugar donde dormir.

EL ODIO

AVERSIÓN Y REPUGNANCIA

Las mujeres no tienen idea de lo mucho que las odian los hombres. Cualquier muchacho que haya crecido en una ciudad industrial inglesa puede contar cómo solían acudir los chicos a las salas de baile locales y merodear por allí toda la noche hasta que la presión del impulso sexual más elemental les impelía a *ligarse a una titi*. Cuanto más fácil les resultaba, más detestaban a la chica y la identificaban con el resabio de culpa que les dejaba su mezquino desahogo sexual. «Un paseo hasta la parada del autobús bastaba para echarse un polvo», comentan con rencor. Las chicas mantienen una actitud indiferente, de aceptación e impotencia, probablemente con la esperanza de que del desahogo que imaginan estar ofreciendo pueda nacer algún tipo de afecto y de sentimiento protector. Las más temerarias se dejan follar, de pie contra un muro o tumbadas sobre una chaqueta de cuero extendida en el suelo del aparcamiento de motos de los almacenes Woolworth. Este frío trámite genera escasa satisfacción. «Un polvo duraba poco más de un asalto en aquella época.» Después los chicos las conducen con brusquedad y a toda prisa hasta la parada del autobús, saboreando únicamente la perspectiva de poder alardear de su conquista ante sus amigos. En los momentos inmediatamente posteriores a la eyaculación, sienten una feroz aversión. «Porque cuando acabo, acabo. La habría estrangulado ahí mismo, en mi cama, para luego echarme a dormir.»¹ Todos están permanentemente sin blanca y

viven en casa de sus padres; aunque inicien una relación estable con una chica, será un asunto lastimero basado en una rutina mortal y constantes reproches y riñas. Encuentran desahogo, de manera arrebatada y sin premeditación, en las peleas con otra pandilla de chicos que despierten su aversión. Pelean con malas artes, abalanzándose sobre adversarios desprevenidos, mordiéndoles con furia en la cara o la nuca, y huyendo sin darles tiempo a responder, anonadados por el agravio.

Para esas criaturas resentidas, las únicas mujeres interesantes son las que están disponibles; no tienen mejor opinión de las inasequibles, pues en esa exclusividad ven sólo el deseo de negociar un trato más exigente: éstas son las brujas y las otras, las putas. Un hombre está destinado a acabar con una de uno u otro tipo. El matrimonio se contempla con fatalismo, más pronto o más tarde uno acabará atrapado inevitablemente por el sistema, deslomándose en un trabajo sin futuro para mantener a una mujer insulsa y su ruidosa prole en una vivienda inadecuada en una ciudad aburrida, hasta el fin natural de sus días. Pronto irá perdiendo hasta la energía para pelear y la única escapatoria será momentánea, un par de horas en el bar tan a menudo como la "jefa" se lo tolere. Por lo tanto, ven el sexo como su perdición, una abominable servidumbre, impuesta por las mujeres como involuntarias guardianas.

Uno tiene derecho a poner en duda que las guerras entre los babuinos puedan llegar a ser tan crueles y perjudiciales para los machos y las hembras cuando viven en libertad.

PAUL SCHILDER, *Goals and Desires of Man*, 1942, pág. 41

El hombre que me contó todo esto daba por sentado que todos los hombres se sienten asqueados por el sexo después

del acto. Estaba seguro de que la frialdad que manifiestan los hombres después del coito en realidad es repulsión. No recordaba haber tenido jamás una relación sexual que no fuera acompañada de aversión, excepto con una sola mujer. Resulta demasiado sencillo declarar que se trata de una manifestación singular de un tipo particular de remilgo. Su origen está en la pérdida percibida de la dignidad humana, producto del tedio y las restricciones. La repugnancia se puede atenuar cuando un grado razonable de opulencia permite que los encuentros sexuales vayan acompañados de menos elementos antiestéticos, pero una profunda ambivalencia con respecto al objeto de las atenciones sexuales subsistirá inevitablemente mientras el sexo siga siendo furtivo y algo sucio. En los casos extremos, esa incluso puede causar impotencia en el matrimonio, puesto que no se debe degradar a una esposa.

Cuando Freewheelin' Frank le dijo a Michael McClure en 1967 que desde que tomaba LSD ya no pensaba "guarrerías o marranadas" de las mujeres, no estaba diciendo toda la verdad. La rebelión de los Ángeles del Infierno invirtió los valores estéticos tradicionales y, como resultado, se impusieron los rituales sexuales más repulsivos como celebración de la repugnancia:

Cuando hablamos de comer el coño procuramos que suene lo más asqueroso y vulgar posible, como para hacer vomitar a alguien. Las *angel mamas* son ninfómanas dispuestas a hacer cualquier cosa cuando se trata de sexo. La tía está menstruando en ese momento, tiene la regla y está llena de sangre. Se considera que cuanto más repugnante esté, más clase demuestra el tipo que se la come delante de todos —seis miembros por lo menos— y el estilo con que lo hace, mientras todos miran ... Ha habido alguno que ha vomitado cuando se le ha obligado a hacerlo.²

Elridge Cleaver se convirtió en un violador, «de manera consciente, deliberada, premeditada y metódica», cuando salió de San Quintín.

Muchos blancos se hacen la ilusión de que el deseo lujurioso del hombre negro que sueña con la joven blanca responde a una pura atracción estética, pero nada está más lejos de la verdad. Su motivación es a menudo tan cruenta, tan cargada de odio y resentimiento y tan perversa que a los blancos les resultaría francamente difícil sentirse halagados por ella.³

Es una vana ilusión pensar que la violación es la expresión de un deseo incontrolable o una forma de respuesta compulsiva a una atracción abrumadora. Cualquier joven que haya sido golpeada y violada puede contar cuán ridículo resulta que cuando pregunta suplicante el porqué, su atacante le responda “porque te quiero” o “porque eres tan bonita” o cualquier otra necedad por el estilo. Los hombres mismos desconocen cuán intenso es su odio. A él apelan los artículos inflamatorios de las revistas pensadas para imbeciles con problemas de virilidad que se venden a un alto precio en los bares de carretera: «Mujeres ávidas: cómo se descubren», escribe Alex Austin en *Male* y luego procede a describir una serie de gestos inocuos, como quitarse un zapato y manifestar un buen apetito (de comida), que serían indicativos de una lascivia oculta en las mujeres.⁴ Barry Jamieson describe en *Stag* las tácticas subrepticias de «La traidora complaciente: la mejor amiga de tu mujer».⁵ La finalidad de esos artículos es dar a entender que el mundo está lleno de zorras calientes bajo tenues disfraces, dispuestas a acoger con agrado las proposiciones menos ceremoniosas a pesar de sus remilgadas protestas. Son mujeres *disponibles, casquivanas, fáciles de convencer*. Se tienen bien merecido lo que les pueda ocurrir. Cierta tipo de hombres trasladan esta discriminación imaginada a la práctica y les susurran obscenidades a las mujeres con quienes se cruzan por la calle para reírse luego

de su humillación y desconcierto, los cuales interpretan como prueba de que pecan de albergar los secretos deseos bestiales a los que ellos acaban de apelar. La mayoría de las veces las mujeres no captan el mensaje mascullado, pero el tono de voz y la mirada lasciva son inconfundibles. Los hombres que repasan con insolencia de arriba abajo a las mujeres con la mirada en los autobuses y en el metro mientras hacen tintinear algunas monedas en su bolsillo están comunicando la misma insinuación cargada de odio. Las fantasías que impulsan a los hombres a seguir a mujeres inconscientes de sus manejos por las calles de la ciudad nacen de la misma suposición de que bajo una apariencia modosa se oculta una calentura animal y una secreta apetencia por la degradación. La lujuria de las mujeres casquivanas es indiferenciada, una comezón implacable, que una vez pasada la susceptibilidad masculina inicial que incita al hombre a responder a las demandas femeninas, resulta profundamente molesta y repulsiva. Los artículos citados también incluyen descripciones de posibles maneras de evitar acabar liado con una de esas zorras calientes. Por mucho que las mujeres deseen rechazar esta visión de su sexo, lo cierto es que de las declaraciones de los Ángeles del Infierno no se desprende que anden escasos de *angel mamas*, que ocupan de hecho todo un capítulo del libro, aunque las mujeres que gozan de estatus entre ellos son las "viejas". Hay mujeres que buscan la degradación con tanta diligencia como los hombres buscan imponérsela, aun cuando su motivación sea muy distinta de la que fantasean *Male* y *Stag*, y su número muy inferior a lo que dan a entender dichas revistas. La imagen pública de *Freewheelin'* Frank surtía tanto efecto que consiguió más que su parte alícuota y el resultado fue el que cabía esperar.

... Luego le puse mi mentonera alrededor del cuello y la apreté con fuerza. Le entró tanto miedo que se puso contenta. Entonces por la radio empezó a sonar la canción *Everyone has gone to the Moon*. Yo le dije:

—¿Sabes de qué va esto?

—Hazme el amor —dijo ella.

—Mala zorra —le solté furioso, y me quedé frío y me aparté y me puse a escuchar la música ... A ratos, durante la noche, cuando me daba la vuelta, la veía ahí a mi izquierda, tumbada con los ojos muy abiertos, como una muerta. Eso me ayudaba a coger de nuevo el sueño. Ella quería dormirse. Una vez dijo que quería salir a dar una vuelta.

—Vete —le dije—. Y cierra la puerta.

No me gustan las mujeres, las desprecio. Ya no intento complacerlas. Cuando se quedan demasiado tiempo, me enfurezco. Siento que puedo permitirme hacerlas pasar y despedirlas luego.⁶

Nos concibieron en una zona comprendida entre el mear y el cagar, y mientras estas funciones excretorias se consideren intrínsecamente repugnantes, la otra, la eyaculación, merecerá igual consideración. La emisión involuntaria de semen durante el sueño se denomina *polución* nocturna: la sustancia en sí es viscosa y glutinosa, blancuzca y de olor acre, como una forma más repulsiva de moco, si uno considera repulsivos los mocos. Los seres humanos eluden su condicionamiento de maneras curiosísimas; así, por ejemplo, podemos ver a un caballero con bombín en el tren hurgándose distraído la nariz y comiéndose

*Cuando de los huesos toda la médula me sacó,
y al volverme, lánguidamente, hacia ella, para
rendirle un beso de amor, ¡sólo hallé
un odre de flancos viscosos y llenos de pus!*

BAUDELAIRE*

* Traducción castellana de Jacinto Luis Guereña, «La metamorfosis del vampiro». *Las flores del mal* (Madrid: Visor, 1996). (N. de las T.)

Pero si consideramos seriamente la naturaleza y cualidades de la generalidad del sexo, incluso a lo largo de todas las épocas, desde la caída del hombre hasta este momento presente, es muy posible que veamos que no sólo han sido extraordinariamente maléficas de por sí, sino que también han sido los instrumentos principales y la causa inmediata de asesinatos, idolatría y una multitud de otros pecados abominables, en muchos hombres eminentes y de altura...

A Briefe Anatomie of Women, 1653, pág. 1

lo que extrae, pero si le hacemos recobrar la plena conciencia, el resultado puede ser un profundo malestar, vergüenza, humillación, rechazo y hasta menosprecio. Cuando uno intenta abrirse camino entre la maraña de las *costumbres* sexuales, resulta fácil quedar empantanado en el cenagal de la repulsión, puesto que una manera de desplazar lejos de sí una actividad vergonzosa y compulsiva es atribuir toda la vergüenza y toda la compulsión a la pareja.

La mujer me tentó, y yo comí.

Cuando un hombre se avergüenza de masturbarse y en vez de hacerlo aborda a una mujer en busca de desahogo sexual, la vergüenza que hubiese debido acompañar a la actividad masturbatoria —con la que en ese caso no existe ninguna diferencia significativa, salvo que la fricción procede de un órgano femenino y la eyaculación puede tener lugar en la vagina— se traslada a la mujer. El hombre la considera como un receptáculo en el que ha vertido su esperma, una especie de escupidera humana, y se aparta asqueado de ella. Mientras el hombre esté en conflicto con su propia sexualidad y mientras mantenga redu-

cida a la mujer a la condición de criatura exclusivamente sexual, la odiará, al menos parte del tiempo. Cuanto más histérico es el odio contra el sexo, más extravagante es la expresión del desdén. No hace falta citar las restricciones medievales al acceso de las mujeres a la iglesia y a los sacramentos para demostrarlo, aunque los ejemplos tienen el mérito de resultar llamativos e increíbles. En el Renacimiento, hubo algún intento de comprender la emoción y los efectos de la lascivia.

Despilfarro de aliento en derroche de afrenta
es lujuria en acción; y hasta la acción, lujuria
es perjurá, ultrajante, criminal, sangrienta,
brutal, sin fe, extremosa, presa de su furia;

disfrutada no más que despreciada presto;
más que es razón buscada, y no bien poseída,
más que es razón odiada, como cebo puesto
adrede a volver loco al que a beber convida,

en la demanda loco, loco en posesión,
habido, habiendo y en haber poniendo empeño;
gloria dada a probar; probada, perdición;
antes, gozo entrevisto, y después, un sueño.
Todo esto el mundo sabe, y nadie sabe modos
de huir de un cielo que a este infierno arroja a todos.⁷

Shakespeare tenía razón al equiparar la fuerza del impulso lascivo y la intensidad de la aversión que seguía luego. Las primeras manifestaciones de la sífilis en Europa eran mucho más espectaculares que el proceso infeccioso actual y la ignorancia sobre el carácter del contagio contribuyó a teñir también las actitudes hacia el sexo. En los poetas medievales no es raro encontrar una imagen de sano goce animal, como el ingenuo orgullo de la Esposa de Bath por su capacidad para hacer sudar a sus maridos. A muchos humanistas, el placer mismo llegó a re-

sultarles sospechoso y vieron en la persecución del objeto sexual un empeño ilusorio, aunque la dama se mostrase complaciente, pues el placer no estaba a la altura de las fantasías del cerebro agitado por la lujuria. Pero cuanto más intentaban devaluar los neoplatónicos el sexo, los sentidos y la información sensorial, más florecía el empirismo y con mayor violencia afloraba el deseo sexual, distorsionado, sublimado o pervertido, en extrañas manifestaciones. El final del poema de Shakespeare continúa alterado por el deseo, la vehemencia misma de la sintaxis es prueba de la potencia persistente del apetito carnal. Las enfermedades, el idealismo, la repulsión no podían sepultar a fin de cuentas la energía libidinosa de los isabelinos, que al fin y al cabo todavía estaban obligados a excretar en condiciones semipúblicas, a no bañarse casi nunca, a comer alimentos que nuestros sentidos considerarían apestosos, y por lo tanto no habrían podido subsistir si hubiesen estado aquejados por un grado de escrúpulos comparables a los que caracterizan al hombre del siglo xx.

Post coitum omne animal triste est. Los románticos desarrollaron la sugerencia, siempre presente en la literatura erótica, de que el placer sexual real era necesariamente inferior a las arrebatadas fantasías de la lujuria, hasta convertirla en una rotunda afirmación de la superioridad de las melodías no escuchadas frente a las oídas. Los grandes amores eran los que la muerte truncaba o los jamás disfrutados debido a algún otro impedimento. La dicotomía mente-cuerpo, que tal vez imaginaban haber heredado de Platón, en realidad fue algo que se implantó en la sensibilidad de los europeos y que Descartes justificó luego. La apetencia romántica por la heroína moribunda constituye en sí misma una manifestación de repulsión sexual y de misoginia. Imaginar que una mujer se muere equivale a matarla: inmolada en el altar de la mortalidad, es posible deleitarse en ella con temerosa exaltación. El gran amante byroniano, consumido por el terrible fuego de un amor imposible que le devoraba el cerebro, torcía el gesto y alimentaba el bri-

llo mortecino de sus ojos, ahogaba los placeres de todos los sucesos reales en un sueño de lo que jamás podría ser. El acto de adoración imperecedera a lo jamás disfrutado en la práctica era sólo rechazo de lo gozado. Incluso un poeta tan *actual* como Dylan tiene dos tipos de figuras femeninas en su imaginería: la dama de ojos tristes de los Lowland —las tierras bajas de Escocia—, la doncella del país del norte, impoluta e inviolable, *to kalos*, y las demás, que son humanas, están confusas, y son despreciables. Esta versión tosca del romanticismo está implícita en la distinción entre dos tipos de chicas que prevalece de manera casi universal en nuestra comunidad, especialmente en los sectores donde la moral sexual de vanguardia no ha conseguido disimular o proscribir la aversión como un sentimiento inapropiado y neurótico. La primera vez que se acuesta con un hombre, cualquier mujer sabe que corre el riesgo de ser tratada con desdén. El amante escogido puede marcharse o volverle la espalda inmediatamente después del orgasmo y caer dormido o fingir que lo está; a la mañana siguiente, puede mostrarse lacónico o brusco; puede ocurrir que no vuelva a llamarla. Y la mujer confía en que no hable despectivamente de ella con sus amigos. Las palabras que se emplean para describir a las mujeres que no se muestran reacias a tener relaciones sexuales con hombres que están ansiosos de mantenerlas con ellas son la traslación de los epítetos del menosprecio del sexo, no enaltecidos por la profilaxis estética y la fantasía romántica. En ese ámbito, el fin del enamoramiento significa para muchos el desvanecimiento de un aura y la afirmación de la realidad desnuda de la relación sexual.

¡Oh! *Caelia, Caelia, Caelia* ¡mmm(ierda)!⁸

Los hombres de mundo saben que esa repugnancia es una proyección de la vergüenza y, por consiguiente, no le dan rienda suelta, pero puesto que su proceso de adiestramiento en el control de esfínteres y de civilización ha sido el mismo que el

de quienes son víctimas totales de la repulsión y el desdén, siguen experimentando sus ramalazos. Continúan diciendo "jó-dete" como un insulto despectivo; *coño* les parece aún la exclamación más degradante. *Lameculos* y *soplapollas* son palabras insultantes. Verse obligado a representar el papel de una mujer en la relación sexual es la máxima humillación concebible, la cual sólo se intensifica si la víctima descubre, con espanto, que disfruta con ello. Resulta imposible evaluar cuán extendido está este sentimiento en una comunidad civilizada como la nuestra: la gente tiende a minimizarlo para salvaguardar su autoestima, pero nadie se avergüenza de reconocer que la promiscuidad le inspira una cierta repugnancia, aunque cabría argumentar que si el sexo es una cosa buena no debería volverse repulsivo por el hecho de que se practique a menudo o con personas distintas. El argumento sofisticado alega que la promiscuidad devalúa el sexo, lo convierte en algo vulgar y corriente, impersonal, etc., pero la depresión que sienten los hombres a quienes las circunstancias obligan a ser más o menos promiscuos, como los músicos itinerantes, es en realidad la misma consabida repulsión. Muy pocos hombres que se han acostado con muchas mujeres de manera promiscua son capaces de mantener una conversación humana con aquellas que les dispensaron sus favores. Más de una mujer reflexiona con pesar sobre el hecho de que sus técnicas sexuales más estudiadas, su apreciación más delicada de las necesidades de su amante polimorfo, su generosidad sexual misma hayan acabado siendo el detonante directo de la repulsión y distanciamiento de aquél. La incapacidad de los hombres para desprenderse de sus inhibiciones con la mujer de bien que reúne las cualidades suficientes para que consideren oportuno casarse con ella, y el terror y la repulsión que les inspira lo que el deseo reprimido acaba empujándoles a hacer, pueden ofrecernos una clave de los ultrajes y crímenes sexuales. El peor aspecto de la prostitución es que más de una prostituta se ve obligada a someterse a los rituales bestiales que los hombres civilizados

consideran necesarios para su desahogo sexual. Muchas prostitutas afirman que ésa es su función sexual. Las desventuradas jóvenes que aparecen estranguladas con sus propias medias y violadas con botellas son víctimas del fetichismo y el odio masculinos; sin embargo, ninguna mujer ha exclamado después de uno de esos ultrajes contra su sexo: «¿Por qué nos odiáis tanto?», a pesar de que se trata claramente de odio.

Parte del escándalo y la alarma que suscitó *Última salida para Brooklyn* tenía su origen en los sentimientos de culpa de los lectores que identificaron el fenómeno de la brutalización de Tralala con la horrenda credibilidad de su final: si los forenses revelasen los horrores que llegan hasta las losas de la morgue, tendríamos pruebas aún peores de la supervivencia del odio contra las mujeres en nuestra sociedad.

... llegaron más, cuarenta o tal vez cincuenta y la follaron y volvieron a hacer cola para tomarse una cerveza, gritando y riendo, y alguien exclamó que el coche olía a almeja, y sacaron a Tralala y el asiento y lo dejaron en medio del erial y ella permaneció ahí desnuda, tumbada sobre el asiento del coche, y sus sombras ocultaban sus granos y sus costras, mientras bebía y se sacudía las tetas con la otra mano, y alguien le aplastó la lata de cerveza contra la boca y Tralala soltó un taco y escupió un pedazo de diente y alguien volvió a empujar la lata ... y el siguiente se le montó encima y esa vez se le partieron los labios y la sangre le goteó por la barbilla y alguien le secó la frente con un pañuelo empapado de cerveza y le dieron otra lata y ella empezó a beber y a gritar algo sobre sus tetas y le partieron otro diente y la herida de los labios se ensanchó y todos se rieron y ella también rió y siguió bebiendo más y más y al poco rato perdió el sentido y la abofetearon un par de veces, mientras mascullaba y movía la cabeza, pero como no consiguieron reanimarla siguieron follándola mientras yacía allí inconsciente, en el asiento del coche en medio del erial, y no tardaron en cansarse de ese trozo de carne inerte y el corro se

deshizo y volvieron a Willies the Greeks y a la base y los críos que les estaban observando y esperando su turno, desahogaron su frustración sobre Tralala y le hicieron trizas la ropa, apagaron unos cuantos cigarrillos sobre sus pezones, se le mearon y masturbaron encima, le metieron un palo de escoba en el coño, y por fin, hastiados ya, la dejaron ahí tirada, en medio de las botellas rotas, las latas herrumbrosas y la chatarra, y Jack y Fred y Ruthy y Annie se subieron vacilantes a un taxi, riendo todavía, y al pasar frente al erial, se asomaron por la ventanilla y contemplaron a gusto a Tralala allí desnuda, cubierta de sangre, orina y semen, mientras sobre el asiento entre sus piernas se iba formando una pequeña mancha a medida que la sangre se escurría por su entrepierna...⁹

Castigada, castigada, castigada a través de sus orificios mágicos, su coño y su boca, por ser objeto de odio y miedo y asco, pobre Tralala. Las mujeres nunca tienen un papel decisivo en los delitos de odio sexual; tampoco cuando éstos se cometen sobre el cuerpo de hombres. Cualquier movimiento de liberación de la mujer tiene que ser capaz de comprender las implicaciones de este estado de cosas.

El odio contra las mujeres ha sobrevivido en nuestra civilización en una miríada de manifestaciones ínfimas, que sus agentes desmentirían con denuedo en la mayoría de los casos. La profunda aversión contra la visión del vello pubiano en las modelos de revista que evidencia la selección de poses que minimizan la zona genital responde en parte a la repulsión que suscita el órgano mismo. Mujeres con considerable experiencia, como la autora de *Los profetas del underground*, que se enorgullecen de su pericia en el arte de la felación y se regodean en ella, consideran, en palabras de la señora Fabian, que el cunnilingus debe ser *menos guay* y no se lo pedirían a ningún hombre en la cama.¹⁰ A otras, las avergüenza y piensan que a los hombres seguro que les debe dar asco. A menudo también siento lo mismo, en contra de mi voluntad, y no puedo fingir que se deba única-

mente a que se trata de un procedimiento demasiado íntimo, o demasiado impersonal. Las secreciones vaginales son tema de un extenso folclore; las enormes campañas publicitarias de promoción de desodorantes y perfumes de la zona vulvar apelan deliberadamente a las reticencias de las mujeres con respecto a la aceptabilidad de sus olores y sabores corporales. Existe incluso un desodorante vaginal aromatizado con menta para crear una ilusión de frescor e inhumanidad. Otros son mentolados. La vagina se describe como un *problema* que impide algunos de los goces de la proximidad. El uso excesivo de enjuagues vaginales con aditivos químicos altera, de hecho, el equilibrio natural de los organismos presentes en la vagina, pero ningún médico se ha atrevido a denunciarlo abiertamente hasta la fecha. Las mujeres deseosas de hacer las paces con su cuerpo y que quieran comprender cuánto les falta en realidad para conseguirlo, deberían examinar sus propias reacciones ante la sugerencia de que prueben a qué saben sus propias secreciones vaginales cuando quedan adheridas a sus dedos o su sabor en la boca de un amante. A pesar de mi actitud proselitista, debo confesar que experimenté un ligero sobresalto cuando una de las mujeres a quienes está dedicado este libro me dijo que había probado el sabor de su sangre menstrual sobre el pene de su amante. En esa sangre no hay nada horrible ni ponzoñoso; me chuparía la sangre de un dedo, no tendría escrúpulos en besar un labio ensangrentado, y sin embargo... La única cura para esas supersticiones es un empirismo básico, abordado con inocencia.

La repugnancia reprimida hacia los genitales femeninos es la razón por la que raras veces se investigan debidamente las numerosas causas de los picores e inflamaciones vulvares y muchas mujeres utilizan tratamientos inadecuados para ciertas dolencias que consideran crónicas y de origen nervioso o moral, hasta que ya no admiten tratamiento alguno. Los casos incurables de infección por tricomonas se deben todos a una combinación de temor, superstición y desinterés de los médi-

cos. Las dolencias que afectan al pene pueden ser tan triviales y risibles como el pie de atleta y otro tanto puede ocurrir con las molestias vaginales. En ambos casos, se deberían examinar. La asociación ficticia del escozor vulvar, *prurigine vulvae*, con el deseo sexual excesivo es un motivo adicional por el que no se toman en serio los picores que sienten las mujeres. La fantasía del escozor insoportable de la vagina voraz va unida a otras ideas sobre la coloración y forma adecuadas de las ninfas, que influyen incluso las ideas de los médicos. Se supone que el coño de una mujer limpia y virtuosa debe ser sonrosado y suave, el clitoris apenas prominente, la membrana de los labios fina y lisa. La coloración amoratada de las mujeres de piel morena resulta sospechosa y la rugosidad del tejido labial se considera un indicio de excitación excesiva, masturbación u otros excesos.

A partir de presunciones arbitrarias sobre la coloración y forma de las ninfas, los médicos de Estados Unidos detectaron a principios de siglo centenares de casos de masturbación habitual y los trataron de la manera más bárbara imaginable: mediante la clitoridectomía.¹¹ Jamás se ha sugerido el mismo remedio para la masturbación masculina; en cambio, en muchos casos se procedió a la castración efectiva de las mujeres. Una práctica injustificable desde el punto de vista más burdamente fisiológico, puesto que los nervios que activan el clitoris también activan el resto de la zona anovaginal, y la masturbación, si en efecto tenía lugar o se practicaba con tanta frecuencia como afirmaban los médicos —y suponiendo que tuviese los efectos nocivos para el conjunto del organismo que ellos imaginaban, como neurastenia, anorexia, alteraciones de la presión sanguínea, debilidad, etc.—, se hubiese podido trasladar con toda naturalidad a otras zonas. La única motivación convincente de esa terapia (pues *justificación* no puede tener ninguna) es el odio contra las mujeres. La infibulación de las jóvenes en algunas tribus primitivas cumple la misma función punitiva y defensiva.

La falta universal de aprecio por el órgano femenino se traduce en una insuficiente autoestima de las mujeres. Mantienen una actitud furtiva y reservada con respecto a sus propios órganos y sus funciones, pero el efecto más terrible es el fenómeno de la mujer que busca la degradación a través de la asociación con sus "inferiores" e invitando a su amante a abusar de ella. Se rodó una película italiana muy divertida basada en la historia de una mujer rica que, cuando se emborrachaba, hacía el amor con su chófer y le rogaba: «*Chiamami tua serva!*». Muchas de las infamias y crueldades que infligen los hombres a las mujeres las cometen instigados por ellas. La muestra más evidente de odio contra las mujeres la constituye la introducción de objetos peligrosos en la vagina y en la uretra, por obra de las propias mujeres.¹² Entre las descripciones más antiguas de casos ginecológicos figuran ejemplos de mujeres que se introdujeron agujas y punzones en la vejiga y consiguieron causarse la muerte. Sus alegaciones de extravagantes accidentes no engañaron ni siquiera a los pioneros de la ginecología. Cuando la cirugía se encontraba en sus inicios, esos abusos solían ser mortales. Incluso en la actualidad no son raros los casos de este tipo de violencia autoinfligida. Muchos trastornos menstruales tienen su origen en una incapacidad de aceptar la condición de mujer y los procesos que la acompañan. Más de una joven necia que se atiborra de sal de frutas y ginebra y se escalda en un baño de agua caliente, más que intentar provocarse un aborto, se está castigando por su sexualidad femenina. El autodesprecio es un factor importante en la ninformanía, que suele ser una autodegradación compulsiva. La psicología popular lo designa en su jerga como un bajo concepto de sí misma.¹³

Las mujeres han sufrido un lavado de cerebro tan intenso sobre cuál debería ser su apariencia física que, a pesar de las descripciones de la narrativa popular, raras veces se desvisten con estilo. A menudo se disculpan por su cuerpo, evaluado en relación con ese objeto plástico del deseo cuya imagen difun-

den los medios de comunicación. Sus pechos y sus nalgas siempre son demasiado grandes o demasiado pequeños, de la forma inadecuada o demasiado blandos; sus brazos, demasiado velludos o musculosos o delgados; sus piernas, demasiado cortas, demasiado macizas, etc. Las excusas no siempre son un recurso para obtener cumplidos. Son verdaderas excusas. El cumplido es, de hecho, la confirmación necesaria de la ausencia de deficiencias y no meramente de que éstas carecen de importancia. La mujer que se lamenta de su culo caído no quiere que le digan: «A mí no me importa, porque te quiero», sino «Lo tienes perfecto, tontuela, tú no lo ves como puedo vértelo yo». Es fácil observar que las mujeres que tienen el pelo rizado insisten en alisárselo y las que lo tienen liso en rizárselo, se vendan los pechos cuando los tienen grandes y usan rellenos cuando los tienen pequeños, se oscurecen el pelo cuando lo tienen claro y se lo aclaran cuando lo tienen oscuro. Estas medidas no siempre responden al dictado del fantasma de la moda. En todos los casos reflejan una insatisfacción con su cuerpo tal como es y un deseo insistente de que sea distinto, no natural sino controlado, fabricado. Muchos de los artificios a los que recurren las mujeres no son de carácter cosméticos, ni ornamental, sino un disfraz de lo real, fruto del temor y el desagrado. Una luz suave, ropa interior de encaje, con el acompañamiento de alcohol y música, pueden ayudar a hacer pasar por buenos artículos de segunda calidad, que bajo una luz intensa y completamente desnuda podrían resultar fácilmente repulsivos. El dominio universal del estereotipo femenino es el factor concreto más importante de la misoginia masculina y femenina. Hasta que la mujer tal como es no sea capaz de expulsar ese fantasma de plástico de su imaginación y de la de su hombre, continuará excusándose y disfrazándose, mientras acepta sin quejarse la barriga, la papada, el mal aliento, las ventosidades, la barba incipiente, la calvicie y otras fealdades de su compañero. En su arrogancia, el hombre exige ser amado tal como es y se niega incluso a controlar el desarrollo de las distorsiones

más lamentables del cuerpo humano, que podrían ofender la sensibilidad estética de su mujer. La mujer, en cambio, no puede contentarse con estar sana y ágil: tiene que realizar esfuerzos exorbitantes para aparentar algo que jamás podría existir sin una diligente deformación de la naturaleza. ¿Es demasiado pedir que se exima a las mujeres de la lucha cotidiana por alcanzar una belleza sobrehumana con el fin de ofrecerla a las caricias de un varón subhumanamente feo? Se dice que las mujeres nunca sienten repulsión. La triste realidad es que a menudo la sienten, pero no hacia los hombres; siguiendo el modelo de éstos, la mayoría de las veces se sienten asqueadas de sí mismas.

INSULTOS

El 18 de diciembre de 1969, en el caso Regina contra Humphreys, el abogado, el señor Frisby, acusó a la defensa de intentar demostrar que la señorita Pamela Morrow, cuya violación se imputaba al acusado, era un *súcubo*.¹ Parece mentira que unos abogados del siglo XX acusasen a una joven de ser un malvado demonio escapado del infierno, el mismo que se le montó sobre la espalda al pobre Tom en el *Rey Lear* y le daba unas dentelladas tan crueles.² La palabra ha perdido gran parte de su antigua contundencia, tal vez debido a su uso indiscriminado en la caza de brujas, pero su origen continúa pesando. El elemento de la caza de brujas siempre está próximo en los juicios en los que se pide a jóvenes no exactamente virginales que testifiquen contra algún miembro del Parlamento y puede que el uso del término por parte del señor Frisby fuese más significativo de lo que él mismo era consciente, pero podemos seguir el hilo de este patrón de menoscabo a través del uso indiscriminado de términos altamente reprobadores.* La palabra *hag* ("vieja bruja") también se solía aplicar a una manifestación sátnica directa particularmente espeluznante; ahora simplemen-

* Dado que un seguimiento de la génesis y evolución de dichos términos en castellano sobrepasa los límites de la presente traducción, me he limitado a reproducir el análisis que hace la autora de las expresiones inglesas, indicando entre paréntesis su traducción aproximada. (*N. de las T.*)

te se refiere a una mujer que no tiene el mejor aspecto. *Hag-ridden* ("dominado por una mujer") se refería al estado del alma atormentada en sueños por espíritus diabólicos y no a un marido con una esposa rezongona. La ineficacia de las víctimas de esos insultos acabó quitando hierro a los propios improperios: *termagant* ("arpía") comenzó su trayectoria en las *chansons de geste* como designación de una deidad mahometana, ahora también designa a una mujer gruñona. La aplicación indiscriminada ha quitado fuerza a palabras como *broad* ("tía, fulana"), derivada originariamente de *bawd* ("alcahueta"), *hoyden* ("marimacho"), *wanton* ("libertina"), *baggage* ("bruja") y *fright* ("esperpento") —originariamente una máscara horripilante—, o *tart* ("furcia"), que empezó como una expresión afectuosa, adquirió un carácter insultante y ahora sólo es ligeramente ofensiva.³

Lamentablemente, la suavización del insulto por efecto de la exageración histérica no es el fenómeno más habitual en el lenguaje misógino. Son mucho más numerosas las expresiones que originariamente se aplicaban tanto a hombres como a mujeres y que adquirieron virulencia como resultado de la discriminación sexual. La palabra *harlot* ("ramera") no pasó a ser exclusivamente femenina hasta el siglo XVII. En la era del doble rasero no existe un equivalente masculino. La palabra *bawd* ("alcahueta") se aplicó a ambos sexos hasta entrado el siglo XVIII y la palabra *hoyden* ("marimacho") ya no se aplica a los hombres. Originariamente, *scold* ("gruñona") era una invectiva escocesa; ahora se refiere, como cabía esperar, a una mujer que siempre se queja. Puede haber *brujas* y *brujos*, pero sólo a las mujeres se las llama *brujas* como un insulto. *Chit* ("niñata") designaba originariamente a la cría de un animal, luego pasó a referirse a un niño y actualmente significa una chica tonta.

El antagonismo de clases ha tenido repercusiones sobre el vocabulario empleado para designar la condición de las mujeres. El recelo que inspiraban en las clases bajas el amana-

miento y la afectación ha dado lugar al uso irónico de términos como *madam* ("señora"), *lady* y *dame* ("dama") o *duchess* ("duquesa"), que es la justa contrapartida por el uso cargado de asociaciones despectivas de los términos dialectales que designan a las mujeres, como *wench*, *quean*, *donah*, *dell*, *moll*, *biddy* y *bunter* (en otro tiempo una traperera, pero ahora invariablemente una prostituta). El caso más reciente en que el desdén hacia el trabajo manual no cualificado ha dado origen a un nuevo insulto contra las mujeres es el uso de *scrubber* ("fregona") para designar a una joven ligera de cascos. Un seguimiento exhaustivo y detallado de estos desplazamientos lingüísticos nos daría un mapa de la evolución de la doble moral y la degradación de las mujeres. Mientras el vocabulario de la choza y el castillo permanecen separados, palabras como *wench* ("moza" y también "puta") y *madonna* ("virgen") no chocan; cuando dejan de estarlo, ambos conceptos se ven afectados y las que salen perjudicadas son las mujeres. Cuanto más se intensifica el rechazo del cuerpo, a la vez que la función sexual comienza a ser menospreciada y temida por quienes son incapaces de renunciar a ella, más abundan los términos insultantes en el lenguaje.

Cuando la mayoría de las jóvenes de clase baja se ganaban la vida como sirvientas domésticas, mientras luchaban por evitar la explotación sexual a manos de los varones de la familia, el lenguaje reprobador comenzó a centrarse cada vez más en los fallos en materia de pulcritud, que se equiparaban a fallos morales. El concepto de desaliño (*sluttishness*) o dejadez (*slatternliness*) con su implicación agravante de suciedad y deshonor generó una gran familia de palabras insultantes, como *drab*, *slut*, *slommack*, *slammerkin*, *traipse*, *malkin*, *trollop*, *draggletail*.^{*} La misma palabra *slattern* ("pazpuerca") perdió la vertiente masculina de su significado y pasó a aplicarse exclusivamente a las mujeres.

* Todas las expresiones designan a una mujer sucia, desaliñada o poco diligente, pero también son otros tantos sinónimos de prostituta. (N. de las T.)

El grupo más ofensivo de palabras que se aplican a la población femenina son las que llevan la carga de la repulsión masculina neurótica contra las relaciones sexuales ilícitas o promiscuas. El período de la restauración, durante el cual se recogió la cosecha de insultos puritanos contra las mujeres de vida alegre, inventó una palabra completamente nueva, de origen desconocido, para describir a las damas complacientes: la ubicua *punk* (antiguamente, "prostituta"). La imaginería de las enfermedades venéreas añadió una nueva dimensión al lenguaje: las mujeres afectadas eran *fireships* ("buques en llamas"), *brimstone* ("azufre"), *laced mutton* ("cordero aliñado"), *blowens* ("mujeres golpeadas"), *bawdy baskets* ("cestas de lujuria"), *hobtails* ("rabonas"), aunque sobrevivieron vestigios de inocencia sensual durante el tiempo suficiente como para legarnos expresiones obsoletas como *bed-fagot* ("calientacamamas"), *pretty horsebreaker* ("bella domadora de caballos"), así como el uso cariñoso-irónico de palabras como *whore* y *trull* (en ambos casos, "prostituta"), no siempre aplicadas sólo con resentimiento. Otros términos más familiares, de uso corriente, se refieren a las mujeres como receptáculos para los desechos —un reflejo del valor que conceden los hombres a su propio semen—, como *tramp* ("buque de carga de alquiler", "mujer golfista"), *scow* ("gabarra"), *scupper* ("imbornal") o la abominable traslación, más actual, del epíteto *slag* ("escoria"). Incluso estas palabras van perdiendo su intensidad; las propias mujeres usan de manera indiscriminada un epíteto como *bag* ("bolsa"), aunque rechazarían el término original inequívoco *douche-bag* ("bolsa para enjuagues") o su sustituto en jerga rimada: *toe-rag* ("mequetrefe").

Es posible que expresiones como *cerda*, *carne de cerda* o *perra* tengan su origen en el abatimiento que sigue al acto sexual insatisfactorio; también éstas van perdiendo eficacia por efecto de su amplio uso, como ocurrió con la palabra *beast* ("bestia"), y deben ser sustituidas continuamente. El vocabulario del sexo impersonal es particularmente desolador. ¿Quién

querría "arrancar un trozo de culo" (*tear off a piece of ass*), "conseguir su ración de verdura" (*get his greens*), "alargar un trozo de cuero" (*stretch a bit of leather*), "afanar un pedazo de tripa o de bollo" (*knock off a bit of belly/of crumpet*) o "acabar la faena" (*have it away*)?

Seguiría siendo intolerable, pero algo menos, si sólo se denostase a la vagina con expresiones como *meat* ("carne"), *pussy* ("gatito"), *snatch* ("raja"), *slit* ("hendedura"), *crack* ("grieta") y *tail* ("cola"), pero en cierta jerga tosca se designa a la propia mujer como un tajo (*gash*) o una ranura (*slot*). Un pobre uso de la figura poética que designa el todo por la parte se refiere a las mujeres como *skirts* ("faldas"), *frills* ("volantes"), *a bit of fluff* ("una bolita de pelusa") o *a juicy little piece* ("un bocado jugoso").

Todos esos términos son palabras secas, carnales e inhumanas, y como tales resulta fácil rechazarlas, pero los epítetos cariñosos dirigidos a las mujeres son igualmente crueles y degradantes. La imaginiería básica que está en el origen de expresiones como *honey* ("miel"), *sugar* ("azúcar"), *dish* ("plato"), *sweet-pie* ("pastelito dulce"), *cherry* ("cereza"), *cookie* ("galleta"), *chicken* ("pollo") y *pigeon* (paloma) es la de la comida. Si una mujer es comida, su órgano sexual también está destinado al consumo, bajo la forma de un "tarro de miel" (*honey-pot*), un "pastel peludo" (*hair-pie*) o un "brazo de gitano" (*cake-roll* o *jelly-roll*). Luego están las bonitas palabras que se refieren a juguetes, como "muñeca" (*doll*) o "nena" (*baby*), o incluso "muñeca bebé" (*baby-doll*). Y los graciosos nombres de animales como "pollita" (*chick*), "pajarito" (*bird*), "gatita" (*kitten*) y "corderito" (*lamb*), separadas sólo por un matiz de otras como "vaca" (*cow*), "perra" (*bitch*), "gallina" (*hen*), "musaraña" (*shrew*), "gansa" (*goose*), "potra" (*filly*), "murciélago" (*bat*), "cuervo" (*crow*), "vaquilla" (*heifer*) y "raposa" (*vixen*), así como la magníficamente ambigua expresión "zorra" (*fox*), que procede del gueto de Chicago. Los términos que designan alimentos pierden su encanto cuando recordamos su proximi-

dad a otros de uso más grosero, como *fish* ("pescado"), *mutton* ("cordero"), *skate* ("pez raya"), *crumpet* ("bollo"), *a bit on a fork* ("un bocado en un tenedor"), *cabbage* ("col"), *greens* ("verduras"), *meat* ("carne") y *bread* ("pan"), que se aplican de manera más específica, a los genitales femeninos pero a menudo se hacen extensivos a la mujer misma. ¿A quién le gusta que la llamen "alimento no perecedero" (*dry-goods*), "patata" (*potato*), "tomate" (*tomato*) o "colinabo" (*rutabaga*)?

Había una magnífica familia de palabras que describían sin reprobación ni rechazo a las mujeres que vivían al margen de las normas sexuales aceptadas, pero estos nombres han caído en desuso. Expresiones rotundamente despectivas como "mantenida" (*kept-woman*) y *call-girl* han desplazado a "aventurera", "mujer de mundo", "mujer de placer", "amante", "enamorada", "querida", "cortesana" y "mujer mundana". Cuando Frank Zappa inauguró la mitología de las *groupies* como sumas sacerdotisas del amor libre y los achuchones en grupo, su intención era rehuir cualquier matiz peyorativo;⁴ sin embargo, a pesar de la enorme propaganda, menos de seis meses después la mayoría de las seguidoras de los músicos trataban el apelativo como un insulto. Los eufemismos están predestinados a perder rápidamente su función por asociación con la realidad que designan, lo cual exige su periódica sustitución por nuevos eufemismos del propio eufemismo. No parece demasiado aventurado imaginar que "novia", que en la sociedad permisiva suele significar "amante", acabará convirtiéndose en una palabra tabú, a no ser que la ideología emule milagrosamente a la conducta.

El vilipendio más despiadado de las mujeres inmorales no procede de los hombres. Es más ruidosa la condena del estrato femenino dirigente que ve amenazadas sus técnicas de negociación sexual por la desconsideración de las mujeres que se "venden barato". Con demasiada frecuencia, las propias mujeres errantes se maltratan con un exceso de vergüenza y recriminaciones, que las degradan más, desde el punto de vista de

su propia autoestima, de lo que lo hace su conducta. Esta conducta compulsiva es el resultado directo de la educación represiva: el libertinaje sexual atrae a las mujeres por su apariencia de cosa prohibida y excitante, pero el precio que pagan por su desviación de la norma es demasiado oneroso. El resultado es una ninfomanía funcional, tal como se describe en *Diary of a Nymph* de Nathan Shiff. Una mujer en esa situación se niega a asumir la responsabilidad de su conducta y atribuye, en cambio, sus acciones a un para-yo que la domina. No puede escoger entre una pareja sexual u otra porque su voluntad está anquilosada, de manera que va abocada directamente a la autodestrucción. La heroína de Shiff, Christine, describe el sexo como algo sucio y degradante, y anhela liberarse de él y «volver a estar limpia otra vez».⁵ El mismo síndrome autodenigratorio se encuentra en un tipo de misiva que aparece periódicamente en la sección de cartas de las lectoras de las revistas femeninas. «Siento que he caído muy bajo y estoy tan avergonzada...»; «Me sentía tan asqueada conmigo misma que era incapaz de responder al cariño de mi marido. Ahora es peor. He leído algo sobre las enfermedades venéreas y me aterra pensar que podría haberme contagiado...»; «Siempre he querido a mi marido pero hace tres años tuve una aventura sórdida que él me perdonó... Ahora he vuelto a sentirme fuertemente tentada por otro hombre...»; «Ya sé que no puedo cambiar mi pasado, pero he aprendido la lección y no he dejado de estar arrepentida desde que ocurrió...»⁶ Ninguna de las matriarcas que les responden les preguntan por qué fue tan sórdida la aventura, por qué están arrepentidas, qué lección aprendieron, por qué sienten una vergüenza tan desproporcionada o a qué se refiere exactamente la mujer cuando dice sentirse tentada. Por el contrario, todas les aconsejan sabiamente que continúen aceptando su culpabilidad y la expíen con renovada abnegación. En las “novelas románticas” las mujeres se vilipendian despiadadamente por infracciones menores del código sexual («Fue tan horrible que creo que ya no volveré a estar limpia

nunca. Jamás. No merezco vivir. Me siento absolutamente avergonzada. Apenas conocía a ese hombre. ¿Cómo pude caer tan bajo?»).

Entre las jóvenes instruidas, la pulla más eficaz es la que hace referencia a la "promiscuidad", un concepto tan mal definido que, a efectos prácticos, es preciso concluir que una chica es promiscua cuando ella misma cree serlo. Las conversaciones de Gael Greene con estudiantes universitarias revelaron que, aunque toleran las relaciones sexuales entre personas "enamoradas", identifican cualquier otro tipo de relación con la promiscuidad, una enfermedad imaginaria de efectos tan intensos que, según el doctor Graham B. Blaine, es el motivo más frecuente por el que solicitan asistencia psiquiátrica.⁸ Las muchachas que se vanaglorian de su instinto monógamo no vacilan en emplear toda la artillería de términos sexuales despectivos para referirse a las mujeres que no lo son. Hablan de la "tabla agujereada" (*punchboard*) del campus o de "un par de zapatos gastados", revelando su fidelidad inconsciente a la idea de que para las mujeres el sexo es un "expolio" y un "desgaste".⁹ La última palabra sobre el pernicioso poder del concepto de la promiscuidad la pronunció Jim Moran, en su combate contra la doble moral en *Why Men Shouldn't Marry*: «El uso de esa palabra [promiscuidad] sólo tiene un aspecto rescatable. Identifica a quien la emplea como un puritano partidario de la virginidad y cargado de problemas».¹⁰

Moran se dirigía sobre todo a los hombres; es más urgente que las mujeres escuchen sus palabras. Para que los hombres las valoren más, es preciso que ellas mismas se tengan en mayor aprecio. No deben dejarse seducir cuando se encuentran en un estado de parálisis moral autoinducida, confiando en la buena voluntad del seductor a quien sirven con tanta reticencia. No deben correr de cama en cama en una ilusa y lamentable búsqueda de amor, sino hacer lo que sea que hagan de manera deliberada, sin falsa modestia, vergüenza ni chantaje emocional. Mientras las propias mujeres se consideren objetos sexua-

les, continuarán sufriendo el desprecio declarado de los hombres y, lo que es peor aún, seguirán teniendo una idea vergonzosa y despreciable de sí mismas.

La baja consideración del objeto sexual se extiende incluso a las palabras que designan el mero hecho de la condición de mujer. Hembra y mujer no son expresiones educadas; de niña me enseñaron que debía usar siempre las palabras "señora" o "señorita". Los remilgos acaban dando lugar a fórmulas ridículas como "el sexo opuesto". El desdén hacia las mujeres se puede detectar bajo una forma más pura en el uso de términos femeninos como insultos para referirse a los hombres pusilánimes o incompetentes. "Nena" (*you girl*) dicen los londinenses en un tono de sumo menosprecio. A las feministas tal vez les interese considerar la atribución gratuita del sexo femenino a objetos y criaturas indeterminados, como en este titular que identifica como de sexo femenino al monstruo del lago Ness: «Si Nessy está allí, *la* espera una buena sacudida del sónar». Quizá quepa deducir el motivo latente de dicha atribución a partir del sadismo del contexto.

Las mujeres jóvenes y guapas pueden engañarse sobre la cantidad de insultos que se dirigen a las mujeres, pues mientras lo sigan siendo escaparán a la mayor parte de los mismos. Resulta fácil fingir que los silbidos son gestos de auténtico reconocimiento y que los cumplidos son verdaderos elogios, que no lo son. Las mujeres guapas a veces se impacientan con los efectos de la suposición universal de que son bobas, pero en general parece más sencillo aprovecharse de las ilusiones masculinas. Basta con que una mujer se aparte del estereotipo para que se vea sometida a toda clase de discriminaciones y de insultos, aunque siga minimizándolos para proteger su propia salud mental. Una mujer que no sea guapa es un "adefesio". En la imaginería popular hay pocos términos medios. Una mujer inaceptablemente gruesa se considera basta, indeseable, ridícula. Una mujer indeseablemente delgada es flacucha, escuálida, etc. Si sus piernas no son preciosas, son espantosas. Si su cuer-

po da la impresión de excesiva fuerza y agilidad, se la considera dura, fornida, poco femenina. Si es eficaz y capaz o ambiciosa, se da por sentado que no ha logrado encontrar satisfacción a la manera de una mujer normal, hasta el extremo de insinuar una anomalía glandular o una perversión sexual.

El estereotipo del objeto sexual es sólo uno de los que se utilizan para enmascarar las realidades de la humanidad femenina. Incluso este tipo no está a salvo de insultos. Determinada clase de hombres imaginan que las mujeres se están exhibiendo todo el tiempo para enardecer sus sentidos y luego rechazarlos, con objeto de apuntalar sus egos deficientes. Imaginan que las mujeres consiguen explotar impunemente hasta extremos insultantes la susceptibilidad masculina. Los párrafos siguientes figuran en un libro de formación sexual titulado *Sane and Sensual Sex*, reeditado recientemente en Inglaterra.

Al hombre (en contra de lo que es muy posible que piense la mujer) no siempre le gusta verla completamente desnuda. No está necesariamente ansioso por contemplarla en unos *shorts* cortísimos o en bragas o sostén. No pierde la cabeza cuando el viento le levanta la falda y deja al descubierto todo lo que lleva. No le gustan los pechos generosos que desbordan su escote o se dibujan debajo de su jersey ajustado. No le cautiva la visión de su trasero ondulante, suspendido de las caderas o bajo la falda que revolotea a su alrededor, revelando una multitud de enaguas con volantes.

Sin embargo, la chica y la mujer joven medias piensan que esto tiene un efecto hipnótico masivo sobre el hombre medio. Se dejan llevar por la idea de que son la sexualidad personificada, deseadas por cualquier hombre al alcance de su vista, indispensables para su tranquilidad mental y física. En la mayoría de países, la ley mima y malcría a la mujer a partir de los trece años, hasta el extremo de protegerla contra cualquier mirada lasciva, cualquier pellizco no deseado o no solicitado en el culo o en el muslo.

En consecuencia, la mujer crece con un complejo de Virgen María, convencida de ser intocable, hasta que ella dé la luz verde.¹¹

No resulta extraño constatar que el autor de esta extraordinaria mezcla de anhelo y aversión dedica una cantidad desproporcionada de tiempo a alabar la ropa interior afiligranada y a despotricar contra el predominio imaginario de la mujer en los asuntos del sexo.

La mujer siempre llevará ventaja porque es la que da, mientras que el hombre toma.

Por lo tanto, siempre desdeñará al exhibicionista, fingirá desinterés por los encantos sexuales del hombre, le negará su derecho a vestirse bien y de manera atractiva, por fuera y *también* por dentro.

En efecto, considera que el atractivo sexual, el embrujo, el misticismo y el *glamour* son prerrogativa exclusiva de su sexo.

Su andanada final está destinada a dar la puntilla. «Pero si el hombre lo cuida, el cuerpo masculino envejece mejor que el de la mujer. Y él se mantiene viril y activo durante mucho tiempo después de que ella ya haya entregado su alma sexual.»¹²

La mayor parte de los hombres se enamoran de una cara bonita, pero luego se encuentran atados de por vida a una desconocida detestable, yendo y viniendo continuamente entre un taller y la cocina de una bruja.

SCHOPENHAUER

Las mujeres guapas nunca dejan de tener presente que están envejeciendo, aunque el proceso apenas haya comenzado; una

beldad ajada seguramente es presa de mayores tormentos que cualquier otro estereotipo femenino, pero incluso para aquellas mujeres que jamás han aspirado a la admiración masculina también existen estereotipos insultantes que las despojan de su derecho a la individualidad. A la chica estudiosa y poco atractiva se la caracteriza como una empollona asexual y sin carácter; se representa al ama de casa con la cabeza llena de rulos y nada dentro, cubierta con un delantal, preocupada por pequeñeces, siempre rezongando, poco fiable en la cocina, en la administración del presupuesto, en su elección del vestuario y en el manejo del coche familiar. A medida que envejece las imágenes se tornan cada vez más repulsivas; se vuelve obesa, con los pechos enormes y caídos, los rulos no abandonan nunca su pelo, su voz adquiere un tono más chillón e insistente; finalmente se transforma en la imagen femenina más detestada de todas, la madre de la esposa, la suegra omnipresente. Hasta una mujer-niña tiene que acabar creciendo con el tiempo y dejar de susurrar y lloriquear, y la mofa masculina comienza a partir del momento en que abandona su posición de filial adoración y comienza a llevar su casa. «Entonces la bella joven le vendó los ojos a su hombre para que no viera que se estaba metamorfoseando de mariposa en oruga.»¹³

Philip Wylie se entregó a un frenesí retórico mediante el cual captó con tanta precisión la frecuencia de la misoginia en América que la absurdidad de su argumento en la práctica no impidió la aparición de un fenómeno espurio: el "mamismo". Más de un hombre inteligente renunció a su entendimiento para apuntarse, como Jimmy Porter, al lujo del vilipendio desenfrenado de las mujeres. Por ejemplo, Wylie llega a afirmar que el sufragio femenino es responsable de la corrupción política en Estados Unidos.

La primera gentil aparición de mamá ante las urnas electorales coincidió aproximadamente con el primer paso hacia un nuevo abismo jamás visto de canallería política, matonismo,

gangsterismo, conflictividad laboral, brutalidad monopolista, degeneración moral, corrupción cívica, contrabando, sobornos, robos, asesinatos, homosexualidad, embriaguez, depresión financiera, caos y guerra. Tomen nota.¹⁴

Evidentemente, no es posible que lo diga en serio. Sin duda. Estas cosas sólo se pueden decir en broma, pero no dejan de ser serias. El terreno más revelador de los sentimientos de rechazo contra las mujeres es la sección de chistes:

La joven esposa se encontró con un extraño cuadro al regresar a casa. Vio a su madre subida en una silla con los pies dentro de un cubo de agua. Tenía un dedo metido en la toma de corriente y dos cables conectados a ambos lados de la cabeza. Su marido estaba junto al contador de electricidad con la mano preparada sobre el interruptor.

—¡Hola, llegas justo a tiempo para ver la cura que se ha ofrecido a aplicarme Henry contra mi reumatismo! —exclamó exultante la madre.¹⁵

El hecho de que no existan reservas parecidas de chistes contra el padre no se debe a que las mujeres no tengan sentido del humor, aunque ésa pueda ser la explicación más habitual que se ofrece. Resulta difícil explicarse cómo podrían haber sobrevivido a las continuas burlas de que son objeto si carecieran de sentido del humor. Otra clase de insulto humorístico que las mujeres se toman deportivamente es la grotesca parodia de las flaquezas femeninas por parte de los artistas travestidos. Algunas de sus actuaciones son magníficas celebraciones de los adornos asexuados de la feminidad y se deberían valorar sobre todo como indicadores de cuán poco tiene que ver la feminidad con el sexo real y cuánto, en cambio, con la simulación y una presentación seductora. Muchas más son caricaturas maliciosas de tipos femeninos que se regodean en las lisonjas e hipocresías de las mujeres remedándolas, a la vez que rivalizan

con los encantos femeninos. Las mujeres acuden como espectadoras a ambos tipos de espectáculos y ríen y aplauden cada vez que la ocasión lo requiere.

Cualquier mujer puede continuar por su cuenta esta investigación de los insultos contra la población femenina, pero no tendría demasiado sentido estimular su paranoia si no hubiese alternativa. Una condición esencial para que disminuya la práctica de denigración habitual de las mujeres es que ellas mismas dejen de rebajarse. Las mujeres se caricaturizan con sus ropas y su amaneramiento, cuando se presentan con nombres ridículos y una deliberada frivolidad, cuando exageran su indecisión e impotencia, y cuando fingen toda clase de pequeñas triquiñuelas a las que tendrán que renunciar algún día. Deberían sacar partido de los auténticos elogios a las mujeres que comienzan a escucharse, aunque de manera esporádica, en la cultura actual. Los Troggs abrieron nuevas posibilidades en la imaginería de la feminidad, no limitada ya a los corazones y las flores o las joyas, cuando cantaron sus alabanzas en *Wild Thing* o Family celebró a su mujer de la segunda generación (*Second Generation Woman*):

Lo último que debes hacer
es convencerla de que te quiera:
no hace falta.

Ella sabe cuando ha llegado el momento,
se te acerca sin dar batalla:
quiere hacerlo.¹⁶

Sally en *Long Tall Sally* e Irene en *Motorcycle Irene* son individuos, no estereotipos, y aunque aún son mucho más numerosas las “chicas del país del Norte” y otras deidades impersonales, por lo menos ya están aquí. Ha llegado el momento de ir a su encuentro.

AFLICIÓN

Resulta más fácil de sobrellevar la angustia que la aflicción. La mujer que está casada con un bruto, un borracho o un pervertido goza de las simpatías de todo el mundo, además de una satisfacción masoquista. Es más profundamente digna de compasión la descarnada aflicción cotidiana que soportan las mujeres que no tienen motivo de queja que la aflicción autoproclamada de la mujer abandonada, que justifica su dependencia del alcohol, las drogas o las relaciones sexuales con desconocidos escudándose en el delito que ha cometido la sociedad contra ella. Pueden verse las huellas de ese sufrimiento espantoso en el rostro de cualquier mujer que ha empezado a envejecer: las arrugas que desfiguran a las mujeres son marcas de tensiones y de la represión; de inquietud, no de preocupación. Cuando están relajadas resulta fácil leer el mensaje de sus facciones demacradas, pero en cuanto se saben observadas, despejan con gesto culpable la mirada, levantan la barbilla y fingen una serenidad que no sienten. Los prejuicios contra la rebelión o las quejas de las mujeres casadas son muy intensos: la expresión pública de su aburrimiento o descontento se considera un gesto de profunda deslealtad, ingratitud e inmoralidad. Se reconoce que el matrimonio es una empresa difícil que requiere una constante adaptación y concesiones mutuas, pero no se admite con igual frecuencia que el marido-proveedor de ingresos es la constante y la mujer la variable.

«Durante el día, todo va bien: estoy ocupada. Pero por las noches, desde las ocho hasta medianoche, sola con mi labor de punto o con la televisión, me siento como una presa.

»Como mi marido trabaja en el bar del barrio, sólo salgo con mi hermana o para ir a los cursos nocturnos. Seguro que disfrutar de la compañía de un hombre durante una hora por las noches no basta, ¿no creen? Me siento como una Cenicienta moderna y no me veo con fuerzas para soportarlo otros doce años. Las "canguros" van escasas y resulta difícil organizar un servicio aquí, porque en el vecindario hay pocas madres en mi situación.»

Vamos a afrontar la realidad: está claro que su marido no va a cambiar al cabo de doce años. Él no ve nada malo en lo que hace, y cuanto más se queje usted, más descos tendrá de huir de sus reproches para refugiarse en la tranquilidad de su bar.

Sin embargo, lo que sí puede hacer es *cambiar usted*. Para empezar, recuerde las numerosas virtudes de su marido y luego asegúrese de que el rato que pasa con él sea tan agradable que le duela tener que marcharse.

Por último, reorganice su vida social. Si invita a algunas amigas a jugar a las cartas o a compartir una comida sencilla dos veces a la semana, ellas no reemplazarán a su marido, pero la ayudarán a dejar de pensar en él. Y recuerde que si él fuese marino, por ejemplo, estaría lejos de casa durante años. Adáptese a tener un marido ausente, y cuando él comience a notar que su ausencia no la afecta tanto, posiblemente se mostrará más dispuesto a no salir de casa.¹

El único logro digno de mención de una esposa es hacer feliz a su marido; se da por sentado que él puede tener otras cosas más importantes de las que ocuparse aparte de hacerla feliz a ella. Cuando el descontento de su mujer comience a incomodarle, caerá en la cuenta de que quizá debería hablar más con ella, sacarla a pasear más a menudo, comprarle rosas y bombo-

nes, o hacerle algún cumplido de vez en cuando. Al fin y al cabo, tampoco cuesta tanto. Si para entonces ella ya ha caído en la apatía y la irritabilidad propias del síndrome del ama de casa, ya no será capaz de mantener una auténtica conversación, se sentirá demasiado cansada para salir e interpretará las flores como un soborno o un sarcasmo.

Me admiran porque hago bien las cosas. Cocino, coso, tejo, hablo, trabajo y hago el amor muy bien. Por lo tanto, soy un artículo valioso. Él sufriría sin mí. Con él, yo estoy sola. Me siento tan solitaria como la eternidad y a veces tan sosa como unas natillas. ¡Ja, ja, ja! ¡No pienses! Finge que todas las facturas ya están pagadas.

CHRISTINE BILLSON, *You can Touch Me*, 1961, pág. 9

Las regañinas, el sobrepeso y el envejecimiento prematuro son los síntomas externos de la aflición y en nuestra sociedad están tan difundidos entre las mujeres que no llaman la atención. Ellas se sienten culpables por todos ellos: son los pecados capitales del "abandonarse". Se inventan excusas para justificarlos y achacan la irritabilidad y el cansancio a alguna enfermedad, alegando dolores inexistentes hasta que acaban volviéndolos reales: ese dolor de cabeza o de espalda, esa pérdida de apetito, ese reumatismo insidiosos. Las amas de casa que sufren el verdadero "eccema del ama de casa", las "grandes ampollas sangrantes que cubren sus manos y sus brazos", que observó Betty Friedan, son menos numerosas que las mujeres cuyo malestar no dispone de ninguna manifestación externa tan satisfactoria.² Las cifras estadísticas de mujeres operadas por molestias abdominales sin ninguna causa orgánica son aterradoras. Podríamos empezar a vislumbrar algunos datos reales si tuviésemos acceso a los

resultados de los estudios de mercado encargados por las empresas que venden "entusiasmo", "vigor", "energía", "vitalidad", "buena forma física", "felicidad", "fulgor interior", productos que "la ayudarán a disfrutar de la vida", "le levantarán el ánimo", la harán sentirse "relajada, segura, con ganas de salir adelante", "la ayudarán a volver a ser la que era". La mayor parte de los productos que se pueden anunciar de este modo no contienen sustancias adictivas, aun cuando la sutileza con que se presentan los analgésicos a las mujeres, como una forma de psicoterapia capaz de combatir la depresión y la irritabilidad además del dolor, está plagada de riesgos. No se dispone de datos estadísticos sobre la adicción a la aspirina y a la codeína en el país puesto que ambas se venden sin receta. No se ha llevado a cabo ninguna campaña pública para advertir a las mujeres contra el riesgo de los salicilatos.¹ De vez en cuando, aparece en los consultorios profesionales de la prensa femenina un caso prototípico del síndrome del ama de casa; a Evelyn Home se le planteó el siguiente:

Tal vez mi caso le resulte más problemático, doctora Meredith, porque siempre me siento agotada y, por lo tanto, incapaz de moverme. Y con cinco críos (tres en la escuela) ya puede imaginarse que trabajo no me falta.

Me despierto con un cansancio tan grande que no sé cómo consigo salir adelante y mucho menos ponerme a trabajar. Hago lo mínimo en la casa, a veces ni siquiera visto a los más pequeños hasta que mi marido está a punto de regresar por la noche, y sólo porque se pone furioso si no lo hago.

Me llama "cansaditis".

¡Cómo envidio a las mujeres que son capaces de levantarse a las seis y hacerlo todo y sentir que controlan el mundo! Ojalá pudiera hacer la mitad de lo que hacen ellas: ahora me siento francamente hundida y sin ganas de hacer ya ningún esfuerzo. Estoy asustada de las ideas que me pasan por la cabeza; sólo el recuerdo de mis hijos, a los que quiero aunque no lo demuestre, me ha impedido llevarlas a cabo.

Todos los síntomas están presentes: la culpa —porque la literatura femenina está llena de estajanovistas triunfantes que proclaman: «¡Mirad qué bien hago lo imposible, todo el mundo me adora!»—; la sensación de incompetencia, que al formularla se transforma en enfermedad y debilidad; la extraña relación con el marido, que hace funciones de crítico; y los sentimientos ambiguos hacia los hijos, que no logra disipar una declaración política que en realidad debería decir: «Les quiero (aunque no lo sienta)».

La respuesta de Evelyn Home es típica y ningún médico de cabecera se la agradecerá, aunque resulta difícil de imaginar otra alternativa viable.

Tiene toda la razón: su caso requiere sin duda un diagnóstico médico. Vaya a ver a un profesional y explíquese todo, la fatiga, la depresión, la lasitud; él podrá ayudarla.

Y anímese. Muchas mujeres con una carga mucho menos pesada que cinco hijos y un marido mordaz se sienten peor que usted y hacen menos. No le ocurre nada, simplemente está enferma (!). Ocúpese de su salud y todas sus demás dificultades se disiparán.⁴

En fin, parece que todo depende del médico. ¿Qué ocurrirá si la mujer está fuerte como un buey y no tiene carencia de hierro? ¿Y si el médico la trata con tónicos y vitaminas? ¿Y si le dice que deje de quejarse y se ponga manos a la obra, una hazaña de la que no son incapaces algunos médicos de cabecera? ¿Y si le sugiere que se tome unas vacaciones que la familia no se puede permitir o que resultan un fracaso que hace más dura y pesada la carga de trabajo? No ocurrirá ningún milagro. ¿Tal vez pueda intentar tomar un poco de agua del Carmen o algún otro estimulante? Muy probablemente, si insiste lo suficiente, su médico le recetará una “pastilla de la felicidad”, una anfetamina, un anti-depresivo, un estimulante. Los diarios británicos se llenan periódicamente de vagos informes sobre el aumento de la adicción a los estimulantes y barbitúricos entre las amas de casa.

Un programa de televisión reciente calculaba que en Gran Bretaña hay actualmente más de un millón de adictas a los tranquilizantes. Para quienes nunca los han tomado, esta cifra suena alarmante, pero quienes estamos verdaderamente enganchadas a ellos sabemos cuán espantosa es la realidad. Llevo más de un año tomando una píldora de una marca descrita como antidepresiva y relajante.

Empecé a tomar tranquilizantes cuando fui a ver a nuestro médico de familia para pedirle consejo con respecto a un problema relacionado con mi matrimonio.

Esta carta se publicó en *Forum* como advertencia a otras mujeres susceptibles de seguir el caminito de rosas del tratamiento sintomático para hacer frente a una situación intolerable. La señora J.S. tomó dos tandas de pastillas con toda la inocencia y luego constató que tenía síntomas de abstinencia:

Cuando se me acabaron las pastillas, pensé que podría salir adelante sin ellas. El primer día me sentí un poco nerviosa, pero mis nervios se calmaron después de tomar un par de copas por la noche. Al día siguiente fue peor. Estuve terriblemente irritable con mi marido y con los niños. Tenía palpitaciones y las palmas de las manos sudorosas. Con el paso de los días, resultó evidente que me había vuelto adicta a los tranquilizantes. Simplemente necesitaba seguir tomando pastillas.

Fue a ver a otro médico para curarse de la adicción, pero éste le recetó más pastillas. La adicción le planteaba al menos un problema más apremiante y menos complicado que su situación intolerable. Su historia no se ha acabado:

Tuve que seguir tomando los tranquilizantes para dejar de preocuparme por mis nuevas preocupaciones. Actualmente no puedo imaginar mi vida sin mis pastillas, igual que un alcohólico no puede imaginar la suya sin beber. La semana pasada

estuve hablando con una amiga que está yendo a un psiquiatra. El caso es que me estuvo contando las maravillas de su análisis y cuánto la ha ayudado su médico. Estuve unas horas con ella y durante ese rato observé que en dos ocasiones hurgó en su bolso y se tomó una pastillita. Hubiese jurado que eran idénticas a las mías. Ella piensa que son milagrosas. No me molesté en explicarle que no sirven de nada.⁵

El señor Michael Ryman, trabajador psiquiátrico de la unidad de drogadicciones del All-Saints Hospital de Birmingham, informó que durante once años había estado viendo llegar al centro un número creciente de amas de casa (no dio cifras) para un tratamiento de deshabitación del uso de elevadas dosis de barbitúricos, tranquilizantes y estimulantes. Reconoció que el porcentaje de éxitos era particularmente bajo en esos casos. Su actitud era moralista, como siempre acaba siéndolo la de los profesionales. Habló de mujeres que toman somníferos «porque no pueden dormirse ni tampoco se sienten capaces de soportar los avances sexuales de un marido demasiado ardoroso» (la disyuntiva de este pensamiento es magistral), que «dependen de los tranquilizantes para contrarrestar la más nimia crisis doméstica», que «se atiborran de cápsulas antidepresivas para que las ayuden a soportar su monótona y aburrida jornada». «Tenemos noticia, por ejemplo, de adictas a los tranquilizantes que echan mano del frasco de pastillas después de disgustos tan insignificantes como dejar consumir el agua de las patatas que han puesto a hervir, encontrar una bombilla fundida o atrasarse con la colada semanal.»

El señor Ryman no se pregunta por qué hay mujeres que llegan a sentirse tan mal como para que semejantes trivialidades les resulten insoportables. No es de extrañar que tenga una proporción de éxitos tan baja si ése es el nivel de análisis que se aplica a esas mujeres.⁶ El comité de Glasgow de la Real Sociedad Escocesa para la Prevención de los Maltratos Infantiles informó de que un número creciente de madres de la ciudad to-

man fármacos para “evadirse de la realidad”; otra actividad moralmente sospechosa.⁷ La vida de las amas de casa no es real: es anacrónica y frustrante; las mujeres han estado expuestas a demasiados otros tipos de vida para volver a encerrarse entre cuatro paredes con personitas de medio metro de altura sin que eso les genere tensión. La negativa a aceptar que ésa pueda ser una vida satisfactoria no es una resistencia a aceptar la realidad. Todos los síntomas de cansancio, lasitud, “nervios”, como suelen llamarlos las mujeres, son neurasténicos y tienen el origen psicossomático complejo que ese nombre implica. Ninguna dosis de medicación directa puede resultar eficaz, a menos que a la vez un lavado de cerebro permita hacer creer a las mujeres que las pesadas tareas monótonas e interminables que realizan en el hogar sirven para algo o reportan algún beneficio. El trabajo del ama de casa no produce resultados: siempre hay que volver a empezar. Criar niños no es una auténtica ocupación, pues éstos acaban creciendo de todos modos. La confusión sobre el grado de crianza necesario y la multitud de errores que todos le aseguran a la madre incauta que va a cometer y que ha cometido, cuando las cosas no funcionan, demuestran que carece de guía; sin embargo, se la obliga a cargar con la responsabilidad.

... dad algún objeto a su existencia, alguna ocupación a su tiempo, o de lo contrario el mal humor de la desilusión y la apatía de la ociosidad degradarán infaliblemente su naturaleza...

De una carta de CHARLOTTE BRONTË

Las mujeres a menudo imaginan que se sentirían menos abatidas si su situación fuese más desahogada. Tal vez lo que necesiten sea una canguro, o una criada, o unas largas vacacio-

nes, o menos preocupaciones financieras. Las pruebas indican que cuantos menos problemas encubridores existen, más intensa es la presión sobre el problema central de la relación conyugal en sí. En la cultura occidental, la última personificación del éxito es la figura del astronauta; la esposa de un astronauta puede disfrutar de su dinero y del reflejo de su gloria. El cosmonauta es el aristócrata de Estados Unidos: los presidentes vuelan para acudir a su encuentro; reza en nombre de la nación desde la Luna; su organización doméstica debe de estar provista de todo lo que se puede obtener con dinero y planificación. Un psiquiatra de la NASA ha manifestado, según publica la prensa, que Cabo Kennedy es el vivero de divorcios más activo del mundo. Desde luego, su tasa de divorcios duplica la media nacional. El alcoholismo entre las amas de casa es el más

A continuación la señora Simmons, que está casada con el productor y director de Hollywood, Richard Brooks, explicó: «Me sentía terriblemente sola cuando Richard estaba lejos de casa en un rodaje. Era como una de esas situaciones que una ve en el cine. Vivía enganchada a la televisión y a la bebida.

»Una combinación desastrosa. Me pasaba las horas ahí sentada, con las niñas ya en la cama, viendo la televisión y bebiendo. Noche tras noche.

»Es magnífico estar con las niñas. Tracy tiene trece años y Kate ocho. Pero, claro, ellas ya tienen sus amigas.

»Y una puede llegar a sentirse muy sola, ahí sentada a solas por las noches en un caserón enorme. Así fue como la bebida se acabó convirtiendo en mi gran problema.»

News of the World, 5 de abril de 1970

elevado de Estados Unidos con la sola excepción de Washington. «La industria espacial parece despojar de sus emociones a los hombres.» La insensibilización deliberada de los astronautas tiene sus problemas: puede que actúen con magnífica contención en la Luna, pero también se contienen en todos los demás sitios, incluido el lecho de sus esposas; en efecto, es un hecho aceptado que el nivel de actividad sexual es muy bajo en Cabo Kennedy.⁸ Podemos considerar la sociedad computerizada del Cabo como el resultado lógico del desarrollo de las tendencias de nuestro caos cada vez más organizado, incluso en la pobre y retrasada Inglaterra donde la gente no se puede permitir el coste de un divorcio. La esposa de un cosmonauta no puede ser gorda ni desaliñada, de modo que tiene que expresar su aflicción a través de la afición a la bebida y la promiscuidad, que por lo menos son hábitos de moda y caros. En Inglaterra, un ama de casa “abandonada” y “pisoteada”, “aburrida” y “solitaria” seguramente se limitará a comer demasiado, demasiadas porquerías. La publicidad inglesa de barritas de chocolate y galletas reconoció hace poco la función de la comida como vía de escape. Se nos indica que debemos esperar de esa basura fabricada “un sabor sensacional”, una “explosión”, una experiencia excitante y visiones de lugares remotos. Los anuncios televisados de caramelos prometen alucinaciones y orgasmos. Una barrita de chocolate sin duda cuesta menos que un divorcio.

La rebelión femenina adopta formas curiosas o tortuosas, y el precio más alto lo paga la propia mujer, que acaba alejando a su marido con sus críticas destructivas y rechazando sus intentos de hacerle el amor, porque por alguna razón le parecen totalmente inaceptables. La frigidez continúa siendo un problema de primer orden, pero los conocimientos prácticos sobre la estructura y los orgasmos femeninos no lo modificarán. Las mujeres están mal preparadas para aceptar la realidad sexual y el orgasmo a causa de su condicionamiento. A menudo los maridos señalan que una esposa que parecía disfrutar con el sexo

durante los primeros tiempos de su matrimonio ha empezado a dar muestras de frigidez. El amor sexual no es cuestión de orgasmos ni de romanticismo: los maridos y esposas que acuden al encuentro del otro desde sus polos opuestos pierden el camino en la oscuridad y se agarran a fantasmas. Los métodos anticonceptivos imponen un peaje a la sexualidad femenina. Resulta asombroso pensar que en Inglaterra el método anticonceptivo más popular sigue siendo el condón. Una de cada cinco parejas continúa practicando el *coitus interruptus*. Un millón setecientas cincuenta mil mujeres, menos de una octava parte de la población de amas de casa, toman la píldora. Incluso en ese caso, no todos los problemas quedan resueltos. La prensa publica cada semana una nueva historia espantosa relacionada con la píldora, de alguna recién casada fallecida de trombosis a las pocas semanas de la boda. Un artículo de *News of the World* anuncia que la Asociación de Planificación Familiar advierte de que las cuatrocientas mil mujeres a las que la asociación ha suministrado la píldora presentan un conjunto de cincuenta efectos secundarios.⁹

El profesor Victor Wynn del Hospital Saint Mary de Paddington declara que tomar la píldora puede provocar trombosis, trastornos hepáticos, obesidad y depresión.¹⁰ Si él lo dice, tal vez debamos empezar a creerlo, aunque en mi calidad de mujer que se quejó de edemas y apatía mientras estaba tomando la píldora, puedo testificar que mi médico rechazó despectivamente la idea. Varias cartas publicadas en *The Lancet* en el verano de 1969 comentaban el tema de la depresión asociada a la píldora y reconocían que su contenido hormonal interfería con la secreción de triptofán, «una sustancia química esencial para un buen estado de salud y que también podría estar asociada al control del estado de ánimo».¹¹ La retirada del mercado de dieciséis marcas de píldoras no ha ayudado gran cosa a las mujeres que ahora usan las restantes. La espiral tiene un índice de fallos lamentable, cifrado en alrededor de un 20 % de los casos, y puede resultar extrañamente inquietante tenerla

alojada en el cuerpo. La señora Monica Foot escribió a *The Sunday Times* un horripilante relato de un aborto espontáneo provocado por un DIU en forma de arco y fue vilipendiada por su candor.¹² El diafragma es un engorro, resulta perceptible para la mujer y los espermicidas interfieren en sus secreciones y en las sensaciones táctiles de la membrana circundante. Además, los maridos pueden retirarlo, si están empeñados en dejar embarazada a la mujer. Mientras tengan que estar pendientes de la contracepción a diario y vivir preocupadas por las píldoras, los condones y toda suerte de artilugios, y luego cada vez que esperan la regla, la conducta de las mujeres presentará indicios crecientes de irracionalidad. El problema casi universal de la tensión premenstrual sin duda se ve agravado para las mujeres actuales y la neurastenia añadida lo agudiza. Aflicción, aflicción, aflicción.

Los intentos de suicidio son mucho más frecuentes entre las mujeres que entre los hombres, y en los hospitales psiquiátricos hay más mujeres internas que hombres;¹³ centenares de niños sufren cada año lesiones causadas por sus progenitores desesperados e incluso hay casos de bebés asesinados por sus madres trastornadas.¹⁴ El llanto postparto es un síntoma reconocido; algunas mujeres han llegado a sufrirlo durante un año después de nacer el niño. La ínfima minoría escandalosa de maltratadoras de bebés y asesinas de maridos salen en la prensa. La mayoría de las mujeres van tirando un día tras otro, arrastrándose envueltas en una apática penumbra, con la esperanza de estar haciendo lo que deben y la vaga expectativa de recibir algún día una recompensa. La esposa trabajadora espera que sus hijos crezcan y les vaya bien en la vida, de modo que queden justificados sus esfuerzos, y los ve hacer lo que les viene en gana, marcharse de casa, adquirir costumbres raras y rechazar a sus padres. La esposa ociosa se envuelve las caderas de mediana edad con una faja y comienza a estudiar, tontea con las disciplinas académicas y demasiado a menudo absorbe conocimientos de manera equivocada y por las razones equivoca-

das. Mi propia madre, después de ahuyentar de casa a su hija mayor con sus quejas y reprimendas (un hecho que encubrió durante años hablando de ella como si estuviese presente, cuando ignoraba por completo en qué andaba), comenzó a tomar clases de ballet, a pesar de la evidente inutilidad de semejante empresa, estudió contabilidad y fracasó obstinadamente año tras año en los exámenes, probó con la religión, se aficionó al esquí y finalmente aprendió italiano. De hecho, hacía ya mucho tiempo que había perdido la capacidad de concentración necesaria para leer una novela o un periódico. Cada actividad se convirtió en una obsesión mientras duró; algunas duraron apenas un mes y son demasiado numerosas para hacer la lista. Se resistió a la televisión, a las tareas del hogar y al punto, los opiáceos habituales. No jugaba al bingo ni apostaba, en parte por esnobismo de clase media. No se enamoró de un perro ni de un periquito. Otras lo hacen.

Evidentemente, las mujeres solteras no escapan a la aflicción femenina, a causa de la terrible presión a favor del matri-

Me molesta que mi marido a menudo no quiera hacerme el amor, pero en las raras ocasiones en que lo hace, eso me ofende todavía más y me vuelvo fría porque me parece un intento desganado de fingir que todavía hay algo entre nosotros o que el motivo es que en ese momento no está saliendo con ninguna otra mujer (estoy segura de que tiene unas cuantas amigas). Discutimos a menudo por este motivo; a veces lo niega y a veces dice que le empujo a buscar otras mujeres porque soy fría con él. Pero ¿cómo puede entrar en calor una mujer al lado de un hombre que nunca dice ni hace nada romántico?

(Sra.) C.T., *Forum*, vol. 2, nº 2

monio como medida del éxito femenino. Fantasean y sueñan en sus trabajos sin futuro, abiertamente afligidas puesto que se supone públicamente que lo están. El fenómeno de las mujeres solteras que dedican su vida a sus padres ancianos, sin equivalente entre el sexo masculino, no se puede comprender plenamente si no se considera el elemento de autoenclaustramiento que mueve a esas mujeres. Las burlas contra las solteronas y las mujeres amargadas no son sólo una expresión de prejuicios, pues esas mujeres efectivamente exudan descontento e intolerancia y autocompasión. Como suele suceder, se trata de un círculo vicioso.

Dada la dificultad del matrimonio como modo de vida y la dificultad aún mayor de la soltería, las mujeres deben concebir la felicidad como un logro positivo. En última instancia, el mayor servicio que puede hacer una mujer a su comunidad es el de ser feliz; el grado de rebelión y de irresponsabilidad que deberá manifestar para acceder a la felicidad es el único indicador seguro del sentido en el que deberán cambiar las cosas para que merezca la pena seguir siendo de algún modo una mujer.

RESENTIMIENTO

La aflicción no se sobrelleva sin resentimiento. Habitualmente se suele admitir que existe una lucha abierta entre los sexos pero, como sucede con la mayoría de las realidades que no nos atrevemos a contemplar de frente, lo más habitual es que se haga referencia a ella en tono de broma. Es una lucha universal y terriblemente seria, a diferencia de las escaramuzas aisladas entre el movimiento de liberación de las mujeres y la clase dirigente masculina. Tanto si se libra en el hogar como en el exterior, siempre es una lucha intestina, sin normas ni convenios y concluye con la muerte. La vemos continuamente pero raras veces la reconocemos como lo que en efecto es, ni siquiera cuando nosotras mismas estamos inmersas en ella luchando con uñas y dientes. Los hombres suelen comportarse con mayor elegancia que las mujeres en el campo de batalla, puesto que la ventaja está de su lado. No comprenden que están enzarzados en una lucha a muerte hasta que la han perdido y se enfrentan con las ruinosas capitulaciones del juicio de divorcio donde, lamentando haber descuidado neciamente sus defensas, dan rienda suelta a voz en cuello a su convicción de que el mundo está organizado en beneficio de las predadoras y despiadadas féminas. La mujer vencedora sabe que su victoria es pírrica.

El resentimiento femenino tiene una variedad asombrosa de expresiones públicas. La situación más catalítica es una fiesta.

En nuestra sociedad, las fiestas muy raras veces son ocasiones de regocijo espontáneo. En general, se suelen organizar con una finalidad: presentar a una persona recién llegada a un grupo, destacar la importancia de un acontecimiento, conocerse mejor. Es el momento de dar un paso al frente y someterse a la inspección colectiva. Los hombres llevan a las mujeres a las fiestas y éstas se encuentran, por consiguiente, en situación de desventaja desde el primer momento. La cohesión del grupo se basa en las relaciones entre los hombres; el orden se mantiene a través del reconocimiento de los matices jerárquicos. Se espera que las mujeres capten dichos matices y contribuyan sutilmente a mejorar la consideración de sus hombres dentro del grupo. Toda mujer que llega del brazo de su acompañante sabe cuál es su papel y, sin embargo, habitualmente subvierte y destroza la situación social con una asombrosa variedad de tácticas ambiguas. La más evidente, que suelen practicar las mujeres sin un vínculo serio, es estimular la rivalidad masculina mediante el flirteo más o menos sutil. La mujer puede dar la impresión de estar practicando dicha técnica de manera inconsciente; muy raras veces la controla del todo, pero aun así resulta sumamente eficaz. Para practicar este juego puede sacar partido de las tensiones ya existentes en el seno del grupo masculino y agravarlas. Su mejor baza es explotar el machismo que induce a su acompañante a exhibir su trofeo y someterlo a la evaluación de sus pares. Puede insinuar sutilmente que él es un zafio (pues hace *horas* que su copa está vacía) o un "encanto" (o sea, un imbécil) y aceptar de buen agrado las anécdotas que le hacen quedar mal; o si él realmente le importa un bledo, puede rechazarle abiertamente, a poder ser por un amigo suyo y, mejor aún, por su mejor amigo o su rival más exitoso. Las mujeres con una vinculación más irrevocable sólo emplean esas técnicas con moderación, pues se han construido toda una batería de artillería menor, una ejecución a ritmo lento mediante una miríada de pequeñas puñaladas que van administrando de manera incesante a la víctima elegida. Contar

chistes es una empresa arriesgada para un marido, pues su esposa suspirará o se encargará de decirles a todos que seguro que ya lo han oído o que Max Bygraves lo contó mucho mejor; en cualquier caso, jamás se reirá. Si su marido es el alma de la fiesta, ella se consumirá de aburrimiento y le pedirá en tono quejumbroso que la lleve a casa, o la bebida se le subirá a la cabeza con extraña rapidez, hasta el extremo de acabar dando un espectáculo. Si él se divierte, ella le siseará al oído que está borracho y está haciendo el ridículo, o le recordará que tiene que conducir para regresar a casa, o si él no se deja amilanar, le acusará de quedarse embobado mirando a todas las mujeres atractivas allí presentes. Todo este afán destructivo nace de su sorda conciencia de estar allí sólo en calidad de apéndice de su marido: no se siente cómoda en las situaciones sociales. Cuando no estaba vinculada a nadie, su único afán era urdir un vínculo; ahora que esa tarea ya está cumplida, su ínfimo tocón de ingenio y de conversación se ha resecado por completo. Se siente tonta y probablemente pasada de moda: nunca se ha divertido, excepto cuando era objeto de rivalidades y halagos, y no sabe cómo hacerlo. La visión de su pareja divirtiéndose la incita al desdén. Está segura de que él se divertiría mucho más si ella no estuviese, una conjetura que con demasiada frecuencia tiene un sólido fundamento real. Su energía no tendrá absolutamente ninguna vía de desahogo, a menos que se desquite con algún golpe bajo. Se siente borrada, anulada, y sus amigas murmuran entre ellas que está muy apagada desde que se casó, se ajuntó o lo que sea. Si se atreviera a invertir la situación tradicional en las fiestas y brillar en detrimento de su marido (y muy probablemente a sus expensas), éste se cobraría luego una amarga venganza, tan amarga como cualquier ardid que pudiera ingeniar ella. Es preferible aguantarse o, como último recurso, intentar el chantaje de marcharse disimuladamente a casa y dejarle preguntándose dónde se habrá metido. La mayoría de las mujeres optan por la segregación, que les permite librar la batalla desde territorio protegido.

Aunque él no lo sabe, he asistido a su funeral varias veces. Siempre estoy ADORABLE con mi traje sastre negro bien entallado y un velo de blonda española. Y, cada vez, después de dejar pasar un lapso apropiado, he vuelto a casarme con un hombre muy rico y me he hecho famosa por la expresión etérea de mi hermoso rostro pálido.

CHRISTINE BILLSON, *You Can Touch Me*, 1961, pág. 20

He presenciado otras tácticas más espectaculares, cuyo impacto dependía del carácter público de la situación. Una víctima femenina de mi círculo de conocidos solía retirarse al lavabo cuando no conseguía abrir brecha en la situación, romper una copa y revolcarse sobre los fragmentos de vidrio chillando hasta que algún hombre fuerte derribaba la puerta y la sacaba en andas en pintoresco desorden. Otra chica provocaba un sonoro bofetón, mediante el sencillo recurso de gritar insosteniblemente hasta que lo recibía, y luego empleaba toda su energía en intentar rodar escaleras abajo desde un tercer piso, de manera que todos los hombres presentes tenían que arrimar el hombro para impedirselo. Otra solía reaccionar con sospechosa rapidez a una dosis moderada de licor y arrancarse la ropa, mientras su pareja le rogaba que se calmase y el resto de la concurrencia fingía estar contemplando una muestra de comportamiento liberado. Esto formaba parte de la estrategia más amplia de insinuar que la virilidad del "viejo" no está a la altura de las exigencias de su dama, una forma extrema y bohemía de flirteo.

Debido a su ignorancia y aislamiento, la mayoría de mujeres son incapaces de mantener una conversación; su comunicación con sus esposos es en su mayor parte una continuación de la lucha de poder. Como resultado, cuando las esposas asisten

a una cena, pervierten la conversación civilizada sobre asuntos de interés real, transformándolas en disputas personales. El número de anfitrionas que desearían no tener que invitar a las esposas es legión. El número de las que aprovechan la excusa de la ausencia de la esposa para invitar a cenar al marido, porque el pobre tipo no puede arreglárselas solo (en apariencia), resulta significativo de por sí. Lo cual no se debe interpretar como un indicio de que los hombres no intervienen en la batalla. Sus tácticas son la condescendencia y la actitud paternalista ante los intentos de la mujer de participar en una discusión, dejando de lado sus observaciones o ignorándolas, una cortesía exagerada hacia las demás mujeres, elogios extravagantes de la comida (proclamadas a los cuatro vientos como si en casa pasasen hambre o comiesen bazofia continuamente), mofa cariñosa de su mujercita, etc. Dada su posición ventajosa, pueden permitirse tácticas no estridentes ni obscenas o antisociales y este solo hecho ya basta para enfurecer a una mujer e incitarla a la agresión directa. Esto me recuerda a una de mis alumnas que, harta de soportar actitudes paternalistas en una reunión del sindicato universitario, derramó una pinta entera de cerveza sobre el presidente. Su satisfacción pasajera se vio mitigada por la posterior comprensión de que acababa de quedar derrotada en toda la línea.

A pesar de las atrocidades que se cometen en las situaciones sociales, el verdadero teatro de operaciones de la guerra entre los sexos es el hogar familiar, donde ésta se desarrolla incansablemente. Debido a la desigualdad de la situación y a la imposibilidad de una acción contundente, la mujer se ve obligada a descargar su corazón por medio de las palabras y a caer maldiciendo sin gracia, como una fregona, pues —como dedujo Hamlet a partir de su propio ejemplo— le faltan agallas para lograr que la opresión resulte amarga. La agresión verbal no es un reflejo de la envidia del pene, sino el resultado inevitable de la impotencia inducida. No obstante, la esterilidad de los reproches y la reiteración interminable de las mismas quejas espu-

rias (dado que ignora cuál es su verdadero agravio) generan una estridencia creciente y una terrible indiferencia hacia el auténtico significado de lo que está diciendo. Sus ataques se vuelven cada vez más destructivos y más imperdonables, hasta que comprende, impotente, que está derribando su casa con sus propias manos, pero a esas alturas ya es incapaz de dejar de castigar a las personas de su entorno. Escucha la vil sucesión de «Tú nunca» y «Tú siempre» y comprende que la mayor parte de lo que está diciendo es injusto e irrelevante, pero algo está fallando horriblemente y de qué otro modo podría decir de qué se trata. Su sentimiento de culpa va en aumento; su capacidad de escapar de una situación que la está envejeciendo y transformando hasta volverla irreconocible va menguando a diario. De vez en cuando se desmorona y confiesa que no sabe qué le pasa. Su marido le sugiere que se tome una pastilla y la batalla implacable se reanuda cuando ella le reprocha su estupidez e insensibilidad, su resistencia a comprender que él mismo es responsable en parte del estado lamentable en que ella se encuentra, etc.

El ama de casa acepta el destino de vivir a través de otro e imagina que será un apoyo y un puntal para su marido en sus nobles empresas, pero sus celos no reconocidos van minando subrepticamente su capacidad para valorar lo que él le cuenta sobre sus ambiciones y sus dificultades. Le minimiza, discute sus decisiones difíciles de manera semideliberada, se burla de su temor al fracaso, hasta que él ya no le cuenta nada. Sus preguntas sobre cómo ha pasado el día en la oficina se convierten en una formalidad. No escucha sus respuestas, igual que él tampoco presta atención a su descripción de su espantosa jornada. Con el tiempo, la discusión cesa por completo. Sencillamente no merece la pena. No hay manera de que él pueda comprender la frustración de su mujer, ¡su vida le parece tan cómoda! También ella siente que es imposible que él comprenda cuán espantosos pueden llegar a ser sus días. La conversación acaba convirtiéndose en una mera lucha de poder. Ella le

contradice por la fuerza de la costumbre. ¿Por qué habría de tener siempre él la razón? ¿Estar siempre en lo cierto? Los hombres se engañan ante esta situación, pues no pueden creer que un tema sea simplemente un pretexto para otro tipo de confrontación. Recuerdo una controversia enardecida entre mis padres sobre los méritos y deméritos de un gran árbol que luchaba por sobrevivir frente a nuestra casa. Mi padre sopesó los pros y los contras y decidió que era preferible dejar que continuara luchando un tiempo más, pues había quedado traumatizado por la construcción de la casa y tal vez estaría más lucido en la próxima estación. Mi madre echaba pelotas fuera, resistiéndose a enfrentarse con la situación hasta que mi padre se decidió definitivamente en contra de talar el árbol. Al día siguiente, mamá descortezó un anillo alrededor del tronco, con lo cual acabó muriendo y hubo que derribarlo a fin de cuentas. Mi padre había decidido bastante pronto que la vida hogareña era más bien insoportable y pasaba una parte cada vez mayor de la suya en su club; sólo regresaba a casa para dormir. Mi madre no protestaba, ya que esto le brindaba la oportunidad de tiranizar a sus hijos y recabar su ayuda para desautorizar por completo a mi padre, pero muchas esposas imponen fuertes restricciones a los pasatiempos de sus maridos por puros celos. La objeción se basa en muchos motivos, de gasto, de soledad (a menudo auténtica), de miedo a los intrusos o de necesidad de ayuda en algún aspecto de la gestión de la casa. Las esposas de clase trabajadora consiguen racionar drásticamente los pasatiempos de sus maridos, asignándoles una cantidad para ello después de extraer el sobre de la paga de su bolsillo cuando por fin llegan a casa la noche del día de cobro. Uno de los pocos actos de desafío contra el Estado del bienestar es el rechazo de la seguridad que representan los juegos de azar, una forma de desahogo a la que se oponen con particular severidad las esposas, que también cumplen su papel en el encadenamiento de sus hombres al sistema. Las mujeres también obstaculizan en la medida de lo posible el desahogo de la borrachera, a veces

con buenos motivos, pero más a menudo sin ellos. El grado de embriaguez que las mujeres censuran con acritud es tan ligero que puede llegar a resultar prácticamente imperceptible. Buena parte de la violencia que descargan los hombres bebidos sobre sus mujeres está provocada por sus reproches declarados o mudos. Las esposas se niegan a reconocer la necesidad que tienen sus maridos de diversas formas de desahogo porque consideran que, por mala que sea su situación, no lo es tanto como la suerte de las mujeres, y ellas no se desahogan, al menos no abiertamente.

El aspecto más siniestro de los enfrentamientos domésticos es el uso de los hijos como arma y como campo de batalla. No todas las mujeres están tan desesperadas como lo estaba mi madre cuando me decía entre dientes que mi padre era un "viejo chivo senil". En general, el uso de los hijos como arma y como motivo de disputas es más sutil. A las mujeres les interesa que sus hijos sigan siendo bebés el mayor tiempo posible porque de ese modo necesitan su ayuda. Se burlan del padre por su incapacidad para adivinar sus necesidades, chillan cuando éste se los lleva a ver un partido de fútbol bajo la lluvia, insisten en quedarse levantadas esperándolos cuando salen, porque están celosas de su libertad y también por el afán de demostrar que necesitan sus cuidados y su vigilancia. Las gestas más extremas de utilización de los hijos por parte de las mujeres son más raras pero más llamativas. El caso más evidente es el reclutamiento del hijo para que destituya al padre, muy frecuente en las familias más pobres, donde se pueden poner despiadadamente de relieve las insuficiencias del padre. El hijo acepta el relato de la madre de sus sufrimientos a manos del padre brutal y, como Saturno, se dispone a desplazarlo dentro de su propio hogar. En una situación edípica menos intensa, el hijo puede convertirse en blanco de los ataques de la madre como una manera de herir al padre. Una vez, mi madre se arrojó sobre el pecho de mi hermano menor y le golpeó la cara con los puños en presencia de mi padre, que la amenazó con

una violenta represalia; la única ocasión en que respondió a sus provocaciones, que yo recuerde. En ese momento, mi hermano tenía tres años.

Buena parte de la frigidez de las esposas corresponde a una retirada del placer como castigo, aunque nunca lo reconozcan. Asimismo, la exageración de las dolencias, hasta el extremo de la endebles y la hipocondría, a menudo está motivada por un reproche continuado y su origen no es en absoluto orgánico. La forma más sutil es aquella en que la débil mujercita resiste en pie todas las vicisitudes de su enfermedad, de manera que todo el mundo se siente culpable, sobre todo cuanto mayor es su irritación ante el martirio nada sutil del que ella les obliga a ser testigos. La retirada o el racionamiento de los favores sexuales es un arma importante para la expresión del resentimiento contra el varón. Es cierto que incluso en capas razonablemente altas de la sociedad inglesa (por ejemplo, entre las esposas de algunos de mis colegas) las relaciones sexuales se conceden al marido como recompensa por algún logro o como consuelo por algún disgusto. El chantaje reside en dar a entender que para ella no significan nada, de manera que el marido se siente a la vez bestial y agradecido cuando su mujer le permite hacer uso del orificio conyugal. Actualmente, este tipo de regateo se suele desarrollar a menudo bajo la cobertura de un drama relacionado con el control de la natalidad, en el que la esposa no puede tolerar ningún método anticonceptivo o incluso llega a afirmar que las relaciones sexuales no le dan ningún placer a menos que exista la posibilidad de que den fruto, o de imponer al marido el *coitus interruptus*. Si éste falla, podrá acusarle de haberla traicionado porque es un animal egoísta. Existe una legión de variaciones sobre este tema. En todos los casos, la mujer también sale perdiendo, pero como no tiene la menor idea de lo que podría ganar si mantuviese una actitud distinta, ello no influye sobre su motivación. Su propósito es herirle a él.

Aunque se pueda interpretar ingenuamente que la esposa acicatea a su marido a intensificar sus esfuerzos con sus obser-

vaciones sobre lo que tienen los vecinos y ellos aún no, el principal motivo para señalarle las posesiones de los otros es, ante todo, marcar el contraste con lo que tienen ellos y subrayar así las deficiencias del marido. Ese tipo de esposa espolea a su marido hacia el previsible final de un infarto y una larga viudedad, que de algún modo no es en absoluto lo que buscaba, puesto que nunca le han dado oportunidad de comprender sus propias motivaciones para empujar a su marido hacia una muerte rápida. Es otra vertiente de los celos de la vida que lleva el marido fuera de casa, que en los casos extremos inducen a la mujer a atormentarle hasta conseguir que abandone el trabajo que adora, y que hace muy bien, por otra ocupación tediosa pero lucrativa que mantenga a la familia por encima de los Jones. El síndrome de Rosamund —pues George Eliot creó un paradigma con su descripción del desastroso matrimonio de Lydgate con esa preciosura mimada—¹ constituye la forma más extrema de los celos femeninos de la vida masculina centrada en la resolución de problemas, esos celos que generan un diálogo tan inolvidable como: «Amas a ese estúpido Stradivarius más que a mí», etc. La figura complementaria es el personaje igualmente habitual de la mujer que renunció a su Stradivarius para ser una buena esposa para su marido, sin que nadie le haga notar, por un exceso de cortesía, que de todos modos habría sido una pésima violinista. La forma más rastrera es la enumeración de los grandes triunfadores con quienes se podría haber casado o el reproche general: «¡Te he dado los mejores años de mi vida!». Los hombres a menudo se dejan convencer de que la motivación de esa conducta provocadora de las mujeres es meramente adquisitiva; de hecho, aquélla responde con frecuencia al móvil mucho más simple del resentimiento, que inspira la necesidad de demostrar la insuficiencia del marido o su inferioridad moral, o ambas cosas a la vez. En esa batalla, se puede recurrir y se recurre a toda clase de aliados. Médicos, analistas, amigas y hasta la secretaria o el jefe, además de los hijos, pueden ser reclutados como colaboradores en el aco-

so contra el marido. La eficacia del proceso no se puede interpretar como una victoria femenina, sino simplemente como el fruto amargo de la venganza no reconocida.

Charles M. Schultz ofrece una descripción mucho más adecuada del lamentable afán destructivo del género femenino con su caracterización de Lucy van Pelt en la magnífica saga de *Carlitos*. La constante ansiedad rezongona de Lucy, su indiferencia con respecto a cualquier sufrimiento excepto el suyo, su despiadada exacerbación de los temores de Carlitos a no dar la talla, su gazmoñería, sus celos de la manta de Linus, su absoluta incompreensión de la música de Schroeder junto con sus grotescos intentos de seducirle, su malhumor, su carácter quisquilloso, la diabólica intensidad con que se entrega a las tareas domésticas, su incapacidad de sonreír salvo con malicia, su impacto sobre el desventurado equipo de béisbol de Carlitos, todos los rasgos están presentes y cualquier mujer que no sea capaz de reconocer, aunque sea de manera difusa, su propio reflejo en esa carita desdichada todavía no ha comprendido la gravedad de su situación. Sin embargo, el retrato de Schultz de la fémia atrincherada es incompleto. Es necesario complementar el afán destructivo de Lucy con la exposición más completa de la lucha mortal entre los sexos que hace Strindberg en *La danza de la muerte* y las descripciones más indirectas de Ibsen en obras como *Hedda Gabler* y *Casa de muñecas*. Una batalla que se libra a través de la insinceridad y la hipocresía, mediante golpes disimulados y traiciones mutuas, se parece mucho a un juego, y Eric Berne describió, en su merecidamente célebre, *Los juegos en los que participamos*, algunas de las tácticas más superficiales a las que recurren las mujeres; no obstante, cualquier mujer que lea su capítulo 7, «Juegos maritales», podrá añadir de inmediato unas cuantas técnicas de lucha intestina omitidos por el autor. El comentario final sobre el gigantesco entramado de manipulaciones que caracteriza la mayor parte de nuestras relaciones, pero sobre todo las que se dan entre ambos sexos, desde el padre y la hija hasta el preten-

diente y la pretendida, el marido y la mujer, la madre y el hijo, se encuentra expresado con sumo acierto en las palabras de Berne: «Las personas angustiadas practican con mayor intensidad muchos juegos; en términos generales, cuanto más angustiadas están, con mayor seriedad se entregan al juego». La alternativa frente al juego y el proceso defensivo que es el juego de la guerra es algo que toda mujer debe intentar conseguir ya: su autonomía.

Para ciertas personas afortunadas hay algo que trasciende todas las clasificaciones de comportamiento, y esto es la conciencia de las cosas: algo que se eleva por encima de la programación del pasado, que es la espontaneidad; y algo que es mejor recompensa que los juegos, que es la intimidad. Pero las tres pueden dar miedo y hasta pueden ser peligrosas para el no preparado. Tal vez los individuos estén mejor como están, buscando sus soluciones en técnicas populares de acción social, tales como no estar solos. Eso puede significar que no hay esperanza para la raza humana, pero no obstante sí la hay para algunos miembros de ella.²

REBELIÓN

Siempre ha habido mujeres que se han rebelado contra su papel en la sociedad. Las más destacadas son las brujas, mujeres que se retiraban de las relaciones humanas "normales" para vivir en contacto con sus animales de compañía o con algún familiar, y conseguían ganarse la vida gracias a sus conocimientos sobre las propiedades medicinales de las hierbas y a la credulidad del campesinado, tal vez con incursiones en la mística de otras posibles vías: la magia, blanca o negra, y quizá también el satanismo. Una lectura cuidadosa de las declaraciones en los juicios por brujería revela que algunas de esas mujeres fueron perseguidas con los horribles métodos reservados a las brujas porque eran agitadoras que incitaban a los aldeanos a la subversión o la rebelión declarada. Uno de los castigos, la silla de inmersión, fue la forma más primitiva de psicoterapia punitiva, equivalente al tratamiento de choque que actualmente se aplica a las mujeres melancólicas o recalcitrantes.

Había una mujer famosa por su osadía,
notoria por ser una vulgar respondona,
y que con el tiempo, según parece, ofendió a sus superiores,
quienes la enviaron a prisión, encadenada y con grilletes
Cuando llegó el día de la lectura del acta de acusación,
ante severos ancianos, su condena fue la siguiente:
le sumergirían la cabeza y hasta las orejas

en un estanque profundo, en presencia de sus supervisores.
Tres veces la hundieron bajo el agua, pero no desfalleció,
ni tampoco, hasta donde yo pude ver, se dejó amilanar,
pues cuando el agua la cubría,
levantó las manos por encima de la cabeza y palmeó,
para indicar que en ese momento no podía hablar,
pero estaba dispuesta a mover las manos.
Carecía de poder, pero tenía voluntad,
y de haber podido, hubiera seguido discutiendo,
pues luego, cuando la izaron,
lanzó una feroz diatriba contra todos ellos.
Lo cual demuestra que algunas mujeres carecen de buen juicio,
que si lo tuviesen, se apresurarían a rendirse.¹

La conclusión, no válida, de este relato es típica de la arrogancia masculina; la resistencia a considerar el contenido del agravio que sufre la mujer sigue caracterizando las descripciones conservadoras de los intentos femeniles de actuar con la esperanza de modificar su condición. La acusación de envidia del pene, frustración o perversión no es más respetable que la presunción del autor anónimo de que su heroína está desprovista de buen juicio. Sabremos bastante más sobre la historia del feminismo cuando aprendamos a leer entre líneas en los casos de la caza de brujas y otras formas de persecución de las mujeres. Muchas herejes, como las adscritas a la Familia del Amor, se unieron a su secta precisamente porque ésta les ofrecía nuevos horizontes para la autodeterminación femenina.² El fenómeno de las "comadres", que incluía la cooperación para estafar a los maridos y enriquecer a sus esposas, además de facilitar el adulterio y los abortos, tuvo ciertamente elementos feministas y existen pruebas de que, en todas las épocas, las mujeres instruidas se mostraron particularmente reacias a someterse al dominio masculino; la mayoría de las veces, igual que ocurre ahora, ello se achacó a la educación y no al dominio masculino.

Buena parte del lesbianismo, especialmente del tipo asociado al travestismo, se puede interpretar como una rebelión contra el rol femenino de la pasividad, la hipocresía y la acción indirecta, así como un rechazo de la brutalidad y el carácter mecánico de la pasión sexual masculina. Todas las formas de lesbianismo incluyen una invención de un modo alternativo de vida, aunque la polaridad masculino-femenino sobreviva en la relación en la medida en que en su seno se mantengan los roles de *butch* ("macho") y *bitch* ("hembra"). Sin embargo, las lesbianas *butch* no usan consoladores. El predominio del tribadismo como principal modo lesbiano de hacer el amor es indicativo de la escasa importancia relativa de la fantasía masculina en la relación. Estas desviaciones sexuales han sido objeto, no obstante, de tanta curiosidad lasciva e insultos violentos que la mayoría de las lesbianas no están en condiciones de poder transformar su opción alternativa en algo que se aproxime a un gesto político. Las operaciones de culpabilización y avergonzamiento incesantes inducen a la lesbiana a ocultar su condición y a describir falsamente su situación como resultado de un fallo congénito o de los errores de sus padres. Es cierto que su incapacidad para desempeñar el papel aceptado en la sociedad probablemente sea resultado de un fallo en su condicionamiento, pero ello no constituye un impedimento para que pueda optar por el lesbianismo de manera clara y honrosa, rechazando por principio los sentimientos de vergüenza y de inferioridad, los tenga o no. A la lesbiana más le valdría afirmar que no tenía otra alternativa aceptable y convertirse en defensora de su estilo de vida. Lamentablemente, está tan ofuscada por las falsas nociones sobre la normalidad como quienes la critican.

Las más conscientes de las discapacidades que afectan a las mujeres son las que han recibido una educación que las lleva a reclamar y merecer el mismo tipo de promoción que los hombres. En los centros de enseñanza superior femeninos segregados reina un curioso ambiente de rebelión estreñida. La mayoría de las profesoras no están casadas y no mantienen ninguna

relación particularmente significativa con el sexo opuesto. Sus alumnas a veces sospechan que mantienen relaciones sexuales entre ellas y sus relaciones personales tienen sin duda una intensidad que parece indicativa de un cierto grado de atracción o afecto frustrados, aunque yo diría que la extrema represión que se imponen esas mujeres en otros aspectos indica una impotencia en ese ámbito. Cuando un grupo de alumnas presentó una lista de quejas a la directora de un colegio universitario femenino donde tuve la desgracia de permanecer recluida durante todo un año hasta que conseguí escapar, ella y sus compañeras se encerraron en su rectoría, con un interior hollywoodiano, y se negaron a abordar los temas expuestos en la petición, salvo para lamentarse de que sólo deseaban que fuésemos felices y nosotras les habíamos *hecho daño*. Evitar el uso de cosméticos y rehuir el tema del atractivo es una cierta forma de rebelión femenina y algunas de las rebeldes de ese centro cultivaban ciertamente un grado impresionante de desaliño respetable. El refinamiento también se echaba por la borda. Una de esas eminentes damas, cuya figura abotagada en un traje de baño de punto rojo estaba acreditado que había conseguido hacer palidecer las mejillas de un catedrático, era famosa por las ventosidades y eructos que dejaba escapar en la mesa, y una vez la vi recoger del suelo un merengue que se le había caído y comérselo con total despreocupación. En lugar de reconocer algún tipo de desequilibrio genético en esas mujeres dotadas, por mi parte argumentaría que sus voces tronantes y pisadas contundentes eran reacciones deliberadas contra los murmullos y los pasitos femeninos. Contaban con el apoyo de la existencia de un estereotipo británico aceptable de la aristócrata rural, que es una persona legal y más diestra con el arado o el bridón que más de un hombre. Sólo una pequeña proporción de las chicas a su cargo las emulaban, pues la mayoría aún estaban pasando por las últimas fases de la pubertad y su desarrollo seguía una orientación femenina más ortodoxa, a pesar de los esfuerzos de sus profesoras para que siguieran

jugando al hockey e intentando superar las marcas masculinas a final de curso.

Tales formas poco notorias e inconscientes de rebelión contra el papel femenino son antiguas e ineficaces. Si comparásemos la elevada incidencia de la homosexualidad positiva, así como del amaneramiento y el afeminamiento, entre los habitantes masculinos de los centros de enseñanza superior, podríamos identificar una reacción válida contra el estereotipo masculino de la fuerza muscular y la insensibilidad, pero mientras no se racionalice, esta situación seguirá siendo poco significativa, salvo como motivación personal o factor parcial de una neurosis. Pero ya se ha empezado a racionalizar y las primeras en hacerlo fueron las mujeres de esa clase social, las más privilegiadas entre su sexo. La historia del sufragismo y su supervivencia hasta nuestros días rebasa los límites del presente libro, aunque resulta notable el número de mujeres militantes actuales que recuerdan a alguna extraordinaria anciana dama que intentó plantar (en vano) las semillas de la rebelión en su mente. De vez en cuando aparecen en la televisión mujeres mayores maravillosamente vivaces o se escribe sobre ellas en las necrológicas del *Times*, como un recordatorio, no sólo de la continuidad del movimiento, sino también de la habilidad táctica y el alegre valor de las damas con enaguas, corsé y sombrero cuya vida se está cerrando cuando comienza la nuestra. El progreso desde su época no ha sido uniforme: la vestimenta femenina ha fluctuado entre las prendas sueltas que no constriñen los movimientos y las voluminosas y ajustadas; la heroína de las novelas rosa ha sido valiente y jovial, y luego nuevamente sensual y lánguida. La segunda ola del feminismo, de la cual se debe considerar parte el presente libro, comenzó con el estudio de Betty Friedan sobre la estafa sexual de la postguerra que sacó a las mujeres estadounidenses de las fábricas para devolverlas a sus casas. La señora Friedan es licenciada *summa cum laude* del Smith College y fue titular de una beca de investigación en psicología en Berkeley, una profesional de considerable prestigio

y méritos. Todo lo que descubrió durante los cinco años que estuvo investigando para elaborar su libro la ha llevado a crear el grupo de mujeres más influyente de Estados Unidos, la Organización Nacional de Mujeres (NOW), que actualmente cuenta con más de tres mil asociadas y con filiales en muchas ciudades. En algún punto del camino, se desprendió del marido a quien dedicó su libro. Su movimiento es el único que goza de algún reconocimiento por parte de la clase política. La constitución de NOW quedó inscrita en las actas del Congreso y la organización aporta la mayor parte de la motivación y el personal de los numerosos grupos y comisiones dedicados a la mujer que actualmente forman parte de numerosos organismos del Congreso. Salta a la vista que lo que sugiere la señora Friedan no puede ser nada radical. Toda su argumentación se basa en la frustración que sufre la mujer instruida que se deja engañar por la idea freudiana de que la fisiología es destino. Para la señora Friedan, sexualidad parece significar maternidad, un argumento que también parece haber desorientado a otros grupos feministas, de tal modo que cuando rechazan el papel sexual normativo de las mujeres se ven obligados a hacer hincapié en los aspectos no sexuales del destino femenino, a expensas de su libido, un error que tendrá graves consecuencias. Friedan representa a la flor y nata del colectivo de mujeres estadounidenses de clase media y lo que desea para ellas es la igualdad de oportunidades dentro del statu quo, la libertad de acceso al mundo de las úlceras y las enfermedades coronarias. Ha continuado la campaña a favor de la enmienda sobre la igualdad de derechos que se inició en 1923 y de la derogación de las leyes sobre el aborto por sutilísimos motivos, con el argumento de que son inconstitucionales porque violan la intimidad de las personas, limitan la libertad de expresión, etc. Piensa que los problemas de la neurosis de las amas de casa se resolverán cuando se las haya socializado y animado a mirar más allá de su cocina para ocuparse de la comunidad.³ Por el momento, ha conseguido "obligar" al *New York Times* a mejorar su fama de

ecuanimidad y ausencia de machismo mediante la desegregación de los anuncios de ofertas de puestos de trabajo. Evidentemente, no pudo desegregar los empleos; el resultado inmediato de esa táctica fue que un número mayor de mujeres cualificadas malgastaran más tiempo y energías leyendo las descripciones, solicitando y siendo rechazadas de unos empleos que de entrada no tenían ninguna oportunidad de conseguir. Mientras hasta las empresarias continúen prefiriendo contratar a hombres, esas reformas simbólicas sólo tendrán resultados negativos. NOW también declaró un boicot contra Colgate-Palmolive en señal de protesta contra la discriminación laboral, aunque nunca han lanzado ningún ataque significativo contra la totalidad de la absurda industria cosmética, a pesar de que todos sus preparados, desde los más baratos hasta los más fabulosamente caros, están elaborados con los mismos ingredientes inútiles y su publicidad degradante cultiva la inseguridad femenina, con el fin de conseguir que sus potingues se vendan con mayor rapidez que nunca. NOW también tomó por asalto un bar del Hotel Plaza, donde no se admitía a mujeres salvo a determinadas horas del día e incluso entonces sólo acompañadas de un varón.

Algunas afiliadas inteligentes de NOW no tardaron mucho en comprender que sus objetivos eran demasiado limitados y sus tácticas excesivamente delicadas. Una de las mujeres más interesantes que ha hecho aparición en el movimiento es Ti-Grace Atkinson, dirigente de uno de los grupos de mujeres más radicales y más selectos, The Feminists - A Political Organization to Annihilate Sex Roles (Las Feministas - Organización Política para la Aniquilación de los Roles Sexuales). Se trata de un grupo cerrado de propagandistas que están intentando desarrollar la idea de una sociedad sin líderes, donde ya no impere la convención del Amor ("la respuesta de la víctima frente al violador"), la relación matrimonial de propiedad y ni siquiera el embarazo uterino. Sus declaraciones se caracterizan por ser sentenciosas y rigurosas; a la fémina media confusa de-

ben parecerle aterradoras. Han caracterizado a los hombres como el enemigo y, mientras éstos continúen representando su papel mal entendido, que ellos mismos y las mujeres se encargan de perpetuar, sin duda tendrán razón. No obstante, no es cierto que para que haya una revolución se requiera una teoría revolucionaria; es muy posible que descubran que una teoría ideada por mentes afectadas por el sistema no será capaz de sacar partido de las realidades de una situación en proceso de transformación. Resulta peligroso prescindir del sexo como táctica revolucionaria —porque en las condiciones en que actualmente es posible es insincero y esclavizador— cuando se trata de la confrontación principal en la que pueden forjarse nuevos valores. Los hombres son el enemigo prácticamente en el mismo sentido en que un muchacho enloquecido uniformado fue enemigo de otro como él en la mayoría de los aspectos salvo el uniforme. Una táctica posible es intentar quitarse los uniformes.

El vivero de la mayoría de los grupos de liberación de la mujer más recientes fue la izquierda universitaria. Juliet Mitchell publicó en el número de noviembre-diciembre de 1966 de la *New Left Review* la exposición más coherente de la posición feminista socialista que, reimpresa bajo diversas formas, continúa siendo el fundamento de la mayor parte de las teorizaciones socialistas sobre la materia, aunque es claramente deficiente en el aspecto táctico. «Women. The Longest Revolution» está directamente basado en los principios de Marx, Bebel y Engels. A diferencia de otras teóricas, Mitchell no se deja cautivar por la dudosa antropología de Engels y se atiene al examen riguroso de los hechos demostrables. «La debilidad física de las mujeres no las ha apartado del trabajo productivo; muy al contrario, su debilidad social las ha convertido claramente en esos casos en las mayores esclavas del mismo.»⁴

Mitchell advierte que la progresiva industrialización no garantiza, por consiguiente, a las mujeres un lugar en el trabajo productivo, dado que lo que las ha mantenido apartadas de él

no ha sido su incapacidad para el esfuerzo muscular, sino el desarrollo de la propiedad privada en general y de los medios de producción en particular, y la relegación de las mujeres a la categoría de superservientas, falsamente descritas como ociosas. Dicho papel viene determinado a su vez por la estructura de la familia, que se supone que debe ser necesariamente patriarcal; la distorsión de la reproducción, convertida en parodia de la producción, de la sexualidad, transformada en explotación sádica; y por la socialización infantil como única y prolongada responsabilidad de las mujeres. Para lograr cualquier cambio significativo será preciso modificar la concepción de esas cuatro estructuras: la producción, la reproducción, la sexualidad y la socialización. Quizá en previsión de las transformaciones que no tardó en provocar la actividad de las mujeres en los movimientos socialistas, su conclusión se esfuerza por integrar al movimiento feminista en el marco de la revolución proletaria, a pesar de saber que la estructura de los grupos o de los regímenes socialistas existentes no ofrece indicios de que esas instrucciones fuesen a respetarse:

En realidad, el socialismo no debería significar la abolición de la familia, sino la diversificación de las relaciones socialmente reconocidas que actualmente se encajan por la fuerza y de manera rígida en ese marco. Esto se traduciría en una pluralidad de instituciones, mientras que la familia es sólo una y su abolición implica que no quedaría ninguna. Parejas que convivirían o no, uniones de larga duración con hijos, padres o madres que criarían a sus hijos solos, niños socializados por padres convenidos de preferencia a sus padres biológicos, grupos de parentesco extensos, etc., todas estas formas podrían quedar englobadas en una diversidad de instituciones que respondan a la libre inventiva y la variedad de los hombres y las mujeres.

Sería ilusorio intentar especificar dichas instituciones. Las descripciones circunstanciales del futuro son idealistas y, lo

que es peor aún, estáticas. El socialismo será un proceso de cambio, de un devenir. Una imagen fija del futuro es ahistórica en el peor sentido de la palabra; la forma que adopte el socialismo dependerá del tipo previo de capitalismo y del carácter de su desmoronamiento. ... La liberación de las mujeres bajo el socialismo no será un logro "racional" sino humano; la definición de la historia y de la sociedad está inscrita en el largo tránsito desde la naturaleza hasta la cultura.⁵

Ya en 1954 había habido otro intento, mucho más ingenuo, de demostrar que la lucha de las mujeres contra la opresión formaba parte de la lucha de clases publicado por Evelyn Reed en el boletín de debate del Socialist Workers' Party del mes de octubre, donde intentaba demostrar que la rivalidad entre los sexos y la transformación de las mujeres en objetos sexuales son exclusivamente el resultado del capitalismo burgués. En su texto, Reed evocaba la idea de una sociedad primitiva libre de cualquier forma de explotación sexual o de propiedad o rivalidad, donde los cosméticos se usaban meramente como un medio de identificación, y describía la maquinaria propagandística de la feminidad como una siniestra argucia deliberada urdida en el siglo XIX por los capitalistas ávidos de dinero y ampliada hasta extremos gargantuescos en el siglo XX. La orientación básica de la argumentación probablemente sea correcta, pero resulta tan evidente que sus pruebas, de las que no cita ninguna fuente, se fundamentan en sus convicciones, que hasta el lector mejor predispuesto se siente ofendido, a menos que no disponga, presumiblemente, de ningún otro medio para estar mejor informado. Todas sus aportaciones al tema de la mujer se publicaron en 1969 en un opúsculo titulado *Problems of Women's Liberation: A Marxist Approach*. Su argumentación aparece formulada en la típica terminología doctrinaria marxista, apuntalada con una pseudoantropología y una pobre erudición. La cubierta está ilustrada con una reproducción de una figura de una vasija ática, identificada erróneamente como "deidad que simboliza el

matriarcado", cuando en realidad se trata de una grácil bacante con su tirso y un gato montés muerto. Evelyn Reed se habría quedado horrorizada de haber sabido que su obra estaba ilustrada con el símbolo del hippismo y la cultura de las drogas, con el pelo suelto, una diadema en forma de serpiente y el resto de detalles. El error encierra un simbolismo: las mujeres pueden esperar ciertamente más de Marcuse que de Marx. El opúsculo⁶ tiene una distribución desusadamente buena y es posible que ejerza alguna influencia, lo cual es una lástima en algunos aspectos, pues se perderá mucho tiempo discutiendo unas conclusiones que no son válidas. El artículo de Juliet Mitchell está mucho mejor argumentado y es mucho más meticuloso.

Las mujeres activas en grupos socialistas no tenían la confianza de que la liberación de las clases trabajadoras fuese a suponer su propia liberación. La derogación por parte de Stalin de la legislación soviética inicial, que permitía el divorcio automático y el aborto libre, junto con la instauración de recompensas a la maternidad, había sido una clara traición.⁷ El aumento del número de mujeres médico entre los soviéticos significaba un mero refinamiento del papel femenino en las tareas de servicio.⁸ En Rusia, las trabajadoras de la construcción no reciben ningún tipo de formación profesional ni disponen de herramientas.⁹ En China, la militarización de las mujeres y la prohibición de los cosméticos y las ropas frívolas no supuso ninguna mejora de su papel de criadas de su familia, aunque se erradicaron los males más evidentes del concubinato. En el verano de 1967, el comité de mujeres de la convención nacional de Students for a Democratic Society (SDS)* se decidió a redactar un manifiesto, después de haber expresado sus sentimientos con una cierta energía en una sesión. Susan Surtheim, que describió dicha sesión en el *National Guardian*, apoyaba la idea de la constitución de grupos de liberación masculinos

1

* Véase nota de las traductoras en la página 31. (N. de las T.)

como correlato de los femeninos y opinaba que se debería invitar a los hombres a las reuniones de las mujeres, dando por sentado que el problema se limitaba a algunas deficiencias de los roles sexuales. El manifiesto tal como quedó redactado reflejaba el punto de vista de mujeres como ella. Acababa con las siguientes conclusiones:

1. ... que nuestros hermanos del SDS [deben] reconocer que tienen que afrontar sus propios problemas de machismo en sus relaciones personales, sociales y políticas.
2. La reunión del SDS ha dejado patente que no se está sacando todo el partido posible de las capacidades y las aportaciones que podrían hacer las mujeres. Instamos a todas las mujeres a que exijan la plena participación en todos los aspectos del movimiento, desde pegar sellos hasta ocupar puestos de liderazgo.
3. Las personas que ocupen puestos de liderazgo deben tener presente la dinámica de la creación de líderes y son responsables de cultivar todos los recursos femeninos de los que dispone el movimiento.
4. Todos los equipos de gobierno universitarios deben comprender que la normativa de los campus discrimina de un modo particular a las mujeres y deben adoptar medidas de acción positiva para proteger sus derechos ...

Nuestro objetivo es la liberación de todos los seres humanos. La lucha por la liberación de las mujeres debe formar parte de la lucha más amplia por la libertad. Reconocemos las dificultades que tendrán nuestros hermanos para enfrentarse con el machismo y asumimos plenamente (en nuestra calidad de mujeres) nuestra responsabilidad de ayudarlos a resolver la contradicción.

¡Libertad ahora! ¡Os queremos!¹⁰

Irónicamente, justo el mes siguiente, *New Left Notes* publicó un discurso de Fidel Castro dirigido a la Federación de Mu-

jeros de Cuba, que debería haber iluminado las deficiencias de esa política. Después de reconocer la aportación de las mujeres a la lucha por la revolución y de agradecerles que empuñasen las armas junto con los hombres, las invitaba a regresar a sus antiguos menesteres serviles:

¿Quién le preparará la comida al niño que sigue yendo a comer a casa? ¿Quién cuidará de los recién nacidos y de los niños en edad preescolar? ¿Quién cocinará para el hombre cuando regrese del trabajo? ¿Quién lavará y limpiará y cuidará de todo?^{11*}

En otoño de 1967, quedó de manifiesto que las mujeres estaban reconsiderando su posición. Cuatro chicas de la Student Union for Peace Action, la principal organización de la Nueva Izquierda en Canadá, presentaron un texto titulado *Sisters, Brothers, Lovers Listen* basado en el comentario de Marx de que «el progreso social se puede medir por la posición social del sexo femenino». En el texto se apreciaba una cierta incomodidad en cuanto a la diferencia real entre los sexos, pues se muestran dudosas en cuanto a si las mujeres tienen una desventaja genética o no, pero confían en poder soslayarla con la adopción de la idea marxista de que el progreso supondrá la superación de esa distinción arraigada y de que ésta es irrelevante desde el punto de vista de la función y significación sociales reales. Repiten la argumentación en cuatro puntos de Juliet Mitchell y su teorización sobre la determinación cultural del papel de las mujeres. Volvemos a encontrar la amargada descripción del papel que se reserva a las mujeres en los movimientos radicales, subrayado por Stokeley Carmichael cuando declaró que «la única posición que deben ocupar las mujeres en el SNCC es la horizontal».

* Traducido del inglés. (N. de las T.)

Algunas mujeres del movimiento están preparadas para la revolución. Estamos reflexionando por nuestra cuenta. Estamos realizando las lecturas, escrituras y conversaciones necesarias para encontrar el análisis y la teoría adecuados para la tarea. Contamos con suficiente experiencia previa. Tenemos a nuestro favor la frustración de haber sido excluidas, que nos obliga a obrar así ...¹²

La inclusión de una bibliografía recomendada, la primera de una serie que se ha hecho progresivamente más larga y más exhaustiva, refuerza la impresión de que la radicalización es para ellas un proceso académico. Lo cual no resulta sorprendente, toda vez que se trata de un movimiento de mujeres universitarias, pero estos métodos siguen siendo irrelevantes para la inmensa mayoría de mujeres, que jamás han adquirido ninguna aptitud para ese modo de asimilar las ideas y para quienes la argumentación carece de valor puesto que son incapaces de comprenderla o practicarla. El aspecto más dudoso de las liberacionistas académicas es su asunción del liderazgo de un vasto proletariado femenino insatisfecho y su adopción de las formas de agrupación y estructuras organizativas masculinas, a las que las mujeres no consiguen adaptarse con demasiado éxito. En sus teorías nada indica que hayan comprendido el verdadero alcance de la polaridad hombre-mujer, ni que hayan leído su *Soviet Weekly* y se hayan enterado de que los miembros del Instituto Estatal de Ciencias Pedagógicas están muy preocupados porque el predominio femenino en la profesión docente está creando chicos sin el «debido sentido de la autoridad masculina». ¹³

El academicismo de esas mujeres abarca a la mayoría de los grupos del movimiento de liberación de la mujer en el ámbito universitario. Ti-Grace Atkinson, además de ser fundadora del grupo de élite The Feminists, colabora con Human Rights for Women, una organización que se propone patrocinar proyectos de investigación sobre la historia y la condición de las mujeres.

Posiblemente resulte aleccionador pensar que las sufragistas ya fallecidas financiaron proyectos parecidos mucho antes de que se creara dicha organización, además de dotar becas para la formación de ingenieras y otras profesionales parecidas. La mayor parte de los colegios universitarios femeninos han recibido legados de este tipo y su contribución a la liberación de la mujer ha sido en conjunto insignificante.

El primer ataque directo contra el Manifiesto de 1967 procedió de un varón anónimo que escribió una carta a *New Left Notes* en diciembre. En ella sugería que era arriesgado colocar en un puesto de liderazgo a una mujer poco evolucionada, pues seguro que fracasaría y eso intensificaría su sentimiento de inferioridad;¹⁴ además, argumentaba que las mujeres no podían separarse de los hombres porque éstos las necesitaban y a ellas les correspondía ser más humildes, tolerantes y compasivas que ellos. En su opinión, las mujeres deberían formarse para estar en condiciones de poder disputar de manera válida el liderazgo del movimiento y tal vez deberían conservar sus apellidos de solteras al casarse. Las dóciles mujeres del SDS empezaron a murmurar y en la siguiente convención nacional el murmullo ya se había convertido en un gruñido. Marilyn Webb publicó en *New Left Notes* del 10 de junio de 1968 una mordaz descripción de la suerte de las afiliadas al SDS, cuya exactitud instigó un nuevo resentimiento en toda joven radical; sin embargo, no propugnó la secesión del movimiento dominado por los hombres sino, como de costumbre, un esfuerzo adicional para alcanzar la liberación en el tiempo libre que les dejasen las tareas de mecanografiado, distribución de octavillas, apaleamientos de la policía y el cuidado de la casa y la cama de un varón revolucionario.¹⁵ En la convención de 1968, las mujeres se sublevaron y suscitaron la indignación de los hombres. Entonces empezaron a comprender que no se iban a liberar librando las batallas de otros. Los hombres esgrimieron los argumentos habituales contra la dominación de las mujeres, y éstas, habiendo comprendido cuán insidiosa es la polaridad, decidieron que

tenían que reflexionar en serio e idear una estrategia completamente distinta.

Dos integrantes algo mayores del movimiento universitario radical estaban preparando en aquella época una primera declaración encaminada a poner en marcha dicha estrategia. Ya habían empezado a publicar su boletín, *Voice of the Women's Liberation Movement*, y su manifiesto, *Towards a Women's Liberation Movement*, anunciaba su aparición. La detención de Carol Thomas por segunda vez y su encarcelamiento para cumplir una larga sentencia añadían dramatismo y urgencia a sus planteamientos.

Empezaban por atacar el manifiesto de las mujeres y señalaban los defectos de su insulso reformismo liberal, que compararon con los argumentos de los ayuntamientos con respecto al trato dispensado a los negros. Por analogía con el desarrollo del "poder negro", como primer ataque significativo contra el patrón legislativo paternalista, argumentaban en pro de un movimiento a favor del "poder de las mujeres" cuya primera prerrogativa habría de ser desarrollar su poder y seguridad en sí mismas y una auténtica estrategia mujeril. Beverly Jones señalaba que las estudiantes afiliadas al SDS eran mujeres privilegiadas que todavía no se habían hecho una idea clara de las incapacitaciones que afectan progresivamente a las mujeres, a medida que van avanzado por la senda divinamente sancionada que conduce a los niños y la cocina. Destacaba la necesidad de que las mujeres librasen sus propias batallas para descubrir cuáles eran exactamente los problemas, conforme al modelo del SDS: "la confrontación crea conciencia política". Las mujeres que salían adelante en el movimiento dominado por los hombres lo habían conseguido manipulando su posición especial y acatando los valores masculinos, y por consiguiente no tenían más derecho a hablar en nombre de sus hermanas que los empresarios negros a representar a Harlem; no obstante, incluso en su caso, todavía solteras y relativamente pletóricas de energía, su dependencia de los hombres para cualquier sentido

de identidad o prestigio ya convertía sus vidas en una farsa y una pesadilla, sin que tuvieran la perspicacia o el orgullo suficientes para rechazarla. En su calidad de mujer casada, dibujaba un cuadro horrible de lo que debían esperar y formulaba una política de nueve puntos, que entre tanto han llegado a ser más o menos fundamentales para los nuevos grupos de liberación de la mujer:

1. Las mujeres deben resistir las presiones para que se incorporen a las actividades de otros movimientos distintos del suyo. La reestructuración de la sociedad será imposible hasta que no se hayan reestructurado las relaciones entre los sexos. Las relaciones desiguales en el hogar son posiblemente la base de todos los males. Los hombres pueden cometer cualquier horror o sufrir cobardemente cualquier mutilación de su alma y refugiarse luego en el hogar, donde serán tratados con temor reverente, respeto y tal vez amor. Los hombres jamás se enfrentarán con su verdadera identidad o sus problemas reales en estas condiciones y nosotras tampoco ...
2. Puesto que las mujeres están dominadas en gran medida por el temor a la fuerza física, tenemos que aprender a protegernos ...
3. Tenemos que obligar a los medios de comunicación a que adopten una posición realista ...
4. Las mujeres deben compartir sus experiencias entre ellas hasta que sean capaces de comprender, identificar y exponer explícitamente las numerosas técnicas psicológicas de dominación, dentro y fuera del hogar. Éstas se deben publicar y difundir ampliamente hasta que sean del dominio común. Ninguna mujer debería sentirse confundida e impotente en una discusión con su marido ...
5. Alguien tiene que empezar a diseñar comunidades donde las mujeres puedan estar libres de sus cargas el tiempo suficiente para vivir la experiencia de ser humanas...
6. Las mujeres tienen que aprender su propia historia, porque

tienen una historia de la que pueden estar orgullosas y de la cual se enorgullecerán sus hijas ... Mujeres valerosas nos sacaron de nuestro sometimiento total para hacernos acceder a nuestra actual posición más favorable. No debemos renegar de ellas sino, al contrario, aprender y permitirles que se unan de nuevo a la causa. Hay un mercado maduro para las publicaciones feministas, históricas y de otro tipo. Tenemos que suministrarlas.

7. Las mujeres con una mínima competencia científica deberían comenzar a investigar las verdaderas diferencias temperamentales y cognitivas entre los sexos ...
8. La igualdad de salario por el mismo trabajo es un proyecto menospreciado por los radicales, pero no debería serlo pues se trata de un instrumento de esclavización ...
9. En esta lista, que dista mucho de ser exhaustiva, debo mencionar las leyes sobre el aborto.¹⁶

Sería demasiado fácil oponer objeciones al punto 7 por la ignorancia que denota (la investigación sobre las diferencias sexuales viene desarrollándose desde hace cincuenta años) o al punto 8 por su incoherencia sintáctica. El punto 2, aprender a protegerse, no es un asunto difícil, pues resulta bastante sencillo conseguir un arma y las lecciones de karaté forman parte del currículum de las escuelas de señoritas; lo difícil es conseguir que la violencia física llegue a ser irrelevante —la única esperanza para cualquier ser humano—, pero ninguno de los grupos feministas ha propuesto una estrategia hasta ahora. La segunda parte de *Towards a Women's Liberation Movement* la escribió Judith Brown, investigadora adjunta en psiquiatría en la Universidad de Florida. También ella describió la posición de las mujeres radicales de clase media en el SDS y desarrolló la idea de que el matrimonio era para las mujeres lo que era la integración para los negros, echando mano de la analogía negro/mujer que ha llegado a ser tan popular —y fuente de tantos errores— en los debates sobre la cuestión femenina. Sugirió la creación de

comunidades exclusivamente femeninas para las mujeres radicales, sin comprender que una comunidad sólo de mujeres no se diferenciaba en nada de los conventos medievales donde las mujeres que se rebelaban contra su papel social y biológico podían encontrar satisfacción intelectual y moral, y desde los cuales no ejercían absolutamente ninguna presión sobre el statu quo. Su consideración del celibato como una táctica hacía todavía más evidente el aspecto conventual de su estrategia. El lesbianismo y la masturbación como alternativas a la integración no quitaban demasiada fuerza al paralelismo con el convento. El manifiesto acababa con un lamento incoherente, sin firma, por la segunda detención de Carol Thomas y su encarcelamiento por un período de tiempo considerable. No indican que fuese victimizada específicamente por ser mujer y de hecho no se menciona la acusación que motivó su detención, pero como expresión de solidaridad entre mujeres revolucionarias tal vez tenga algún valor.

No nos hemos dejado seducir por la parálisis política como excusa para la inacción: somos una casta subyugada. Necesitamos desarrollar un movimiento de mujeres sobre todo, y esto es lo más importante, porque tenemos que luchar contra este orden social con todas las facultades que poseemos y a pleno rendimiento. Y tenemos que liberarnos para poder transformar nuestra desesperación doméstica aislada —nuestro propio Apocalipsis de los condenados— en un ejercicio de furia social contra cualquier desvanecimiento de la luz. Tenemos que aclararnos las ideas, empezar a dismantlar los juguetes sociales y militares mortales de este sistema, y pararles los pies a los perros rabiosos que nos gobiernan dondequiera que nos encontremos.¹⁷

La búsqueda femenina de autoconocimiento descubrió de improviso todo un nuevo arsenal en la obra de Masters y Johnson, publicada en 1966 con el título *Respuesta sexual humana*. Mette Ejlersen fue la primera que señaló despiadadamente sus

implicaciones para la liberación de las mujeres y una feminista, Anne Koedt, las leyó en el texto original en danés. La argumentación de *El mito del orgasmo vaginal* de Anne Koedt, en el sentido de que la potencia orgásmica se convirtió en un objetivo inalcanzable para las mujeres y en motivo de gran vergüenza y falta de autenticidad en el comportamiento sexual debido a la ignorancia anatómica de Freud y Reich, es sin duda correcta, pero sus corolarios —que el error fue producto deliberado del machismo, que la vagina es irrelevante para el placer sexual femenino, que los hombres insisten en la penetración porque la vagina es el lugar más placentero para un pene (¡un pequeño toque de sexismo en femenino!)— son cuando menos dudosos. «Los hombres temen llegar a ser sexualmente prescindibles si se sustituye el orgasmo vaginal por el clitoridiano como placer fundamental para las mujeres...»¹⁸

Una se pregunta con quién se habrá acostado la señorita Koedt. La mayoría de los hombres conocen la existencia del clitoris y les asusta francamente ser deseados como meros objetos sexuales. El hombre de quien se espera que tenga un pene rígido a todas horas no es más libre que la mujer cuya vagina se supone que debe estallar con la primera penetración del susodicho pene. Los hombres son objeto de un lavado de cerebro tan intenso como las mujeres para hacerles imaginar que sus órganos sexuales son capaces de hazañas anatómicamente imposibles. Los supuestos de la señorita Koedt demuestran que ha sabido ver más allá de su propio lavado de cerebro pero no del de ellos. Su última afirmación es de lo más curiosa:

Lesbianismo. Más allá de las razones estrictamente anatómicas por las que las mujeres pueden buscar como amantes a otras mujeres, entre los hombres existe un gran temor a que busquen la compañía de otras mujeres en una dimensión humana completa. La instauración del orgasmo clitoridiano como un hecho sería una amenaza para la *institución* heterosexual. El opresor siempre teme la unidad entre los oprimidos

y que las mujeres escapen del dominio psicológico que mantienen ahora los hombres. En vez de imaginar una futura relación libre entre individuos, aquéllos tienden a reaccionar con temores paranoicos a una venganza de las mujeres (como la que han presenciado en el caso de V. Solanas).¹⁹

¡Una se pregunta quién disparó contra quién según la versión de la señorita Koedt! En la mayoría de los casos, la unidad masculina se mantiene a expensas de la proscripción de todo contacto sexual entre los miembros varones del grupo. El sexo sencillamente no es una fuerza cohesiva. En la sociedad tal como ahora la conocemos, los grupos homosexuales no se caracterizan por su cohesión o cooperación, aunque esto no implica de por sí una refutación de la homosexualidad en otra situación distinta, en la cual el sentimiento de culpa y la deshonestidad no fuesen concomitantes ineludibles. El supuesto más sutil que hay detrás de semejante texto es que el statu quo —en este caso, la sensibilidad vaginal de las amantes estadounidenses de clase media en la década de 1960— es la única situación posible; en la elaboración de su teoría, Anne Koedt condena a todas las mujeres a esa condición. Hasta que los experimentos no se hayan realizado en Tahití y otros lugares exóticos (si todavía existen) no sabremos qué nivel de insensibilidad viene determinado por la anatomía. En cualquier caso, un orgasmo con el coño lleno es más agradable que un orgasmo clitoridiano con el coño vacío, al menos por lo que a mí respecta. Además, un hombre es algo más que un consolador. Nancy Man escribió una enmienda al artículo de la señorita Koedt, que New England Free Press publica ahora junto con éste. En ella intenta ofrecer una nueva explicación de la incapacidad femenina para alcanzar el orgasmo, basada principalmente en que no lo hacemos bien y no estamos conectando con la naturaleza esencial de la experiencia. Su conclusión es esperanzadora para las mujeres que en realidad no desean masturbarse ni iniciarse en el tribadismo.

Estoy segura de que no es una coincidencia que tantas personas de este país tengan relaciones sexuales insatisfactorias. Va unido a la desatención general de los placeres humanos a favor de la lógica de la obtención de beneficios. Las personas tienen, evidentemente, verdadero control sobre sus acciones en el campo del sexo y son responsables de las mismas. Pero que las mujeres carguen toda la culpa a los hombres (o los hombres a las mujeres) es una mala política ... Nuestra organización social socava y explota el sexo, el trabajo, el amor, la moral, el sentido comunitario, todas las cosas con el mayor potencial para darnos satisfacción. Contra esto debemos luchar.

Si una no se lleva bien con su amante, puede levantarse de la cama. Pero ¿qué podemos hacer cuando nuestro país nos jode?²⁰

La evidente moderación con respecto a la sombría satisfacción de Anne Koedt ante el destierro del pene no ha protegido a Nancy Mann de la sarcástica malevolencia de las periodistas; en un artículo despectivo en *New York*, Julie Baumgold consiguió insinuar que el apellido de la señora Mann,* un apellido judío tan respetable como el suyo, constituye una prueba de machismo y envidia del pene.²¹ De hecho, a pesar de la actitud en general burlona de la prensa, los movimientos de liberación mujeril han sido hasta ahora en gran parte un fenómeno mediático. El apetito gargantuesco de novedades de los diarios ha dado lugar a la anomalía de que se publiquen artículos sobre la liberación de la mujer junto a los anuncios de grasas emulsionadas para lubricar la piel, enjuagues perfumados para hacer más agradable la vagina y todo el resto del *marketing* en pos del estereotipo femenino y a través de éste. Los movimientos de liberación de la mujer son un buen material para un artículo debido a su aire de perversión, depravación femenina, sensacionalismo y solemne absurdidad.

* Hombre, en alemán. (N. de las T.)

El verano de 1968 fue de una gran trascendencia para el movimiento de mujeres no sólo porque éstas se configuraron como un grupo coherente dentro de la Nueva Izquierda, sino también porque Valérie Solanas le disparó un tiro a Andy Warhol. De repente SCUM (Society for Cutting Up Men, [la Sociedad para Trocear a los Hombres]), ocupó los titulares y disputó los titulares de primera página de los periódicos al asesinato de Bobby Kennedy. Existen escasas pruebas de que SCUM haya llegado a funcionar, más allá de la propia señora Solanas. A ella se la caracterizó con excesiva facilidad como una exhibicionista neurótica y perversa, y el incidente quedó demasiado circunscrito al circo de tres pistas de los orates explotados de Warhol para que su mensaje pudiese trascender sin distorsiones. Pero la gente leyó su libro para regodearse y recibió una sacudida mayor de lo que esperaba. Solanas había captado mejor que ninguna de las estudiantes el problema de la polaridad, de la brecha que separa a los hombres y las mujeres de la humanidad y los sitúa en un limbo de bandos opuestos. Proponía la estrategia más escandalosa para permitir el retorno de las mujeres a la humanidad: sencillamente, que exterminasen a los hombres. La fiera energía y el lirismo de su afirmación sin compromiso de la fijación de los hombres en lo femenino y su batalla desesperada para estar a la altura de su propia fijación en el pene, impulsó posiblemente la radicalización que apartó a Ti-Grace Atkinson de NOW e incluso avivó los lemas de esas damas hasta que consiguieron depurar sus filas de semejante brutalidad, y con el tiempo acabó engendrando WITCH* (Women's International Terrorist Conspiracy from Hell, [la Conspiración Terrorista Internacional de Mujeres Salidas del Infierno]). WITCH es en esencia un experimento con los medios de comunicación. La quema pública de sostenes, el maleficio contra el Chase Manhattan Bank y la invasión de la

* Bruja, en inglés. (*N. de las T.*)

feria anual de las novias en el Madison Square Garden vestidas de brujas y blandiendo escobas fueron otras tantas operaciones propagandísticas y, dada la susceptibilidad del sistema comercial a sus propios métodos, dieron resultado, hasta el extremo de provocar una caída de cinco puntos en Wall Street, pero actualmente este movimiento esencialmente publicitario ha pasado al anonimato y la clandestinidad por temor a las Fuerzas Especiales de la Policía y otras formas de represalia del sistema.

Después del primer arrebato de publicidad burlona, el movimiento de liberación de la mujer ha adoptado una actitud suspicaz y nada colaboradora con la prensa, una táctica que no ha mejorado en absoluto su imagen pública y ni siquiera le ha servido para evitar ocupar tanto espacio en los suplementos dominicales y las revistas ilustradas. De hecho, la falta de publicidad continúa siendo una mala publicidad, especialmente si se considera que las mujeres están tan apegadas al hábito de toda una vida de lectura poco atenta que la mayor parte de los sarcasmos se les escaparon, y cuando no fue así, su carácter descarado suscitó una cierta simpatía hacia las personas que estaban siendo tan escandalosamente maltratadas por los medios de comunicación que se aprovechaban de ellas. Las mujeres se alegraron de saber que "aquí está pasando algo" aunque "no está claro exactamente qué es". Cada vez que aparece en los periódicos una declaración de una mujer que desea liberarse, ya sea de los impuestos que le impiden practicar su profesión por el hecho de estar casada, ya sea del dominio y la insinceridad sexuales, la respuesta es enorme y la controversia ocupa varios números, si tomamos como ejemplo el artículo de Vivian Gornick en *Village Voice*.²² Por cada mujer que escribe una carta al director hay centenares que no son capaces de hacerlo y cada vez que un hombre escribe en tono de mofa y de miedo contribuye a remachar cien veces el clavo. Es de esperar que cada vez más mujeres se decidan a influir en los medios de comunicación escribiendo para ellos, en vez de que éstos escriban sobre ellas. La influencia se podría ampliar también a otros

medios, pues el vientre enorme de la programación diaria de televisión requiere alimento, y si las empresas de cosméticos financian programas feministas, tanto mejor. Ya puestas, por qué no dejar que paguen los costes de la excavación de su propia tumba. En cualquier caso, insultar y excluir a los periodistas no constituye ninguna defensa frente a ellos; la censura es el arma de la opresión, no la nuestra.

Actualmente, hay muchos movimientos de liberación de la mujer activos en Estados Unidos, desde las secciones universitarias, que consideran que veinticinco es una gran asistencia y no pasan de ser fenómenos locales preocupados por sus propios problemas, hasta grupos como Red Stockings —formado cuando los hombres las abuchearon en la manifestación contra la investidura del presidente en Washington— que se concentran en la toma de conciencia en el sentido marcusiano, el movimiento 17 de Octubre del que forman parte Anne Koedt y Shulamith Firestone, el colectivo Cell 55, el Movimiento de Liberación de la Mujer de Abby Rockefeller, con sede en Boston —que el verano pasado celebró un congreso al que asistieron quinientas mujeres, que se levantaron un domingo a las diez de la mañana para asistir a una demostración de karate (Rockefeller y Roxanne Dunbar son cinturones verdes)— y el Congreso para Unir a las Mujeres (que lamentablemente sólo consiguió reunir a quinientas participantes). El movimiento se divide incesantemente, pero esto se puede interpretar como un síntoma de vitalidad, si no de poder.

En Inglaterra, están empezando a surgir talleres de liberación de la mujer en los lugares suburbanos de encuentro de las amas de casa instruidas y en las universidades. Su teoría no es demasiado coherente y sus métodos no revelan demasiada imaginación ni eficacia. El taller de liberación de Tufnell Park elabora un periódico llamado *Shrew* que tiene una mala distribución. Después de cinco llamadas telefónicas para intentar conseguir los números atrasados, desistí. Cuando esas meritorias señoras se presentaron en el concurso de Miss Mundo con

sus pancartas que decían «No somos objetos sexuales» (una afirmación que nadie se sintió inclinado a negar) se quedaron horrorizadas al ver a las chicas del movimiento de la Universidad de Warwick cantando y bailando en corro alrededor de la policía. Les rogaron que lo dejaran, pues no les parecía una conducta apropiada y ya tenían demasiada mala imagen, y el siguiente número de *Shrew* incluía un lamento oficial por el comportamiento de esas mujeres desconocidas, de cuya grosería se compadecían tomándolas por amas de casa de Coventry con cuatro hijos cada una, ¡exactamente las personas a quienes las liberacionistas ansiaban ayudar! De hecho, la sección de Coventry es una de las pocas en la que participan mujeres de clase trabajadora que les cuentan a las jóvenes privilegiadas cómo son las cosas, una tendencia que harían bien en seguir otras mujeres privilegiadas que hasta ahora no han aprendido a reivindicar nada salvo el concepto vacío de la "igualdad de oportunidades".²³

Aun así, a pesar del caos y los errores conceptuales, el nuevo feminismo está creciendo rápidamente. El nuevo Teatro Feminista, patrocinado por las Red Stockings, llena el Village Gate de Nueva York. Aunque pocas mujeres se dejan engañar por la salida falsa del aprendizaje de la violencia masculina como táctica revolucionaria o de la práctica del celibato, esposas y madres se manifestaron frente a la prisión de la calle Hudson, donde se recluye a quienes no pagan la pensión alimentaria, con pancartas que proclamaban que no querían una pensión. Como observó Gloria Steinem, el movimiento de liberación ha crecido «por contagio más que a través de la organización».²⁴ El movimiento real es mucho más amplio y más profundo que la organización subterránea cuyas publicaciones se distribuyen a través de la NEFP y de Agitprop, e incluso más amplio que las esferas femeninas de la clase dirigente de la señora Friedan. En un debate universitario en el que intervine hace poco, un público predominantemente masculino rechazó por abrumadora mayoría una moción en contra de la liberación

de las mujeres, mientras que cinco años atrás un debate parecido, aunque mucho mejor argumentado, se saldó con una rotunda derrota. Cuando una semana antes pronuncié una conferencia ante un público muy heterogéneo y nada excéntrico en un centro de educación de adultos de Teesside, mujeres nerviosas y de hablar suave comentaron las ideas más subversivas delante de sus maridos. Las enfermeras se están sublevando, las maestras están en huelga, se llevan faldas de todos los largos imaginables, no se compran sostenes, se piden abortos... La rebelión está ganando impulso y aún podría convertirse en revolución.

REVOLUCIÓN

REVOLUCIÓN

La reacción no es revolución. No es indicativo de una revolución que los oprimidos adopten los modos de los opresores y practiquen la opresión en nombre propio. Tampoco es indicativo de una revolución que las mujeres imiten a los hombres, y los hombres a las mujeres, o ni siquiera que se suavicen las leyes contra la homosexualidad y disminuyan las intensas connotaciones sexuales de determinados tipos de ropa y de comportamiento. Intentar atemperar la severidad de la polaridad de las normas no guarda relación con el dominio que ejercen los conceptos de lo masculino-femenino sobre las mentes y los corazones de las personas reales. Son más las mujeres que se sienten inducidas a aferrarse a su feminidad impotente a causa de la profunda falta de atractivo del rostro crispado de Barbara Castle* y su deprimente función como principal francotiradora del régimen de Wilson que no las que se sienten inspiradas a competir como lo hizo ella por alcanzar distinciones masculinas en un mundo de hombres. Sabemos que esas mujeres no defienden a su sexo una vez que han accedido a posiciones de

* Presidenta del Partido Laborista británico (1958-59), ministra de Desarrollo Exterior (1964-1965) y de Transportes (1965-1968) en el gobierno laborista de Harold Wilson, en 1968 fue nombrada secretaria de Estado para el Empleo y la Productividad, puesto que ocupó hasta 1970 y desde el cual intentó introducir una política de control de los precios y los salarios, que fue muy discutida. (*N. de las T.*)

poder, que cuando son empleadoras no contratan a personas de su sexo, ni siquiera cuando no existe ninguna otra base para una discriminación. A fin de cuentas, se llevan mejor con los hombres porque toda su vida han manipulado sus susceptibilidades, sus culpas y sus deseos ocultos. Esas mujeres son como el hombre negro asimilado al hombre blanco, el negro profesional; son la mujer cuota, la criatura excepcional que es tan buena como un hombre y mucho más decorativa. Los hombres capitulan.

Que, en sus circunstancias, las mujeres intenten hacer una revolución formándose como fuerza de combate es el caso más evidente de confusión entre la reacción o la rebelión y la revolución. La guerra ha dejado de ser significativa en la batalla de las mujeres para acceder a la humanidad ahora que, como el trabajo industrial, ya no depende de la superioridad de la fuerza física. En nuestro tiempo, la violencia se ha vuelto inhumana y asexuada. Está asociada a la riqueza, a la fabricación de armamento complejo, al mantenimiento de ejércitos policiales de todo tipo, a la organización de sistemas de defensa monumentales cuya propia existencia precipita el caos de la guerra. La guerra es el reconocimiento de la derrota ante un conflicto de intereses: la guerra deja el resultado en manos del azar, y el supuesto tácito de que vencerá el mejor no está justificado en absoluto. Se podría argumentar igualmente que vencerá el peor, el menos escrupuloso, aunque la historia continuará el absurdo juego convenciéndose de que, a fin de cuentas, es el mejor. Basta pensar en el intento de Hochhuth de juzgar el papel de Inglaterra en la destrucción exagerada de Alemania y la juiciosa ceguera de Winston Churchill al no reconocer ese proceso inevitable. Las guerras no se pueden *ganar*, como ha constatado con desconcierto cualquier inglés que haya comparado con pesar su suerte en la postguerra con la de la Europa nazi culpable. Las mujeres que adoptan las actitudes de la guerra en su intento de alcanzar su liberación se condenan a practicar la última perversión de la humanidad masculina deshu-

manizada, que sólo tiene un resultado previsible: el desenlace específicamente masculino del suicidio.

El Movimiento de Liberación de la Mujer de Boston justifica su interés por el karate con el argumento de que las mujeres tienen pánico de la agresión física en el contexto individual y necesitan liberarse previamente de ese miedo para poder actuar con confianza. Es cierto que los hombres esgrimen, generalmente de manera histriónica, la amenaza de la fuerza física para silenciar a las esposas gruñonas; pero casi siempre es una farsa. En realidad, se trata de una batalla de nervios y se puede desactivar con facilidad. En diversos momentos de mi vida he convivido con hombres reconocidamente violentos, dos de ellos habían sido condenados por agresión física con resultado de lesiones corporales graves, y en ningún caso fui jamás objeto de ninguna amenaza física, pues mi actitud dejaba bastante claro que eso no me impresionaba. La violencia ejerce una fascinación sobre la mayoría de mujeres; éstas desempeñan el papel de espectadoras de las peleas y disfrutan con las escenas sanguinarias en el cine. Las mujeres provocan continuamente escenas de violencia en los bares y salas de baile. Buena parte de la provocación de los hombres responde en realidad a la necesidad femenina de la emoción de la violencia. La mayoría de las peleas son asuntos degradantes y confusos: la mayor parte de los hombres no dan en el blanco y la mayoría acaban sufriendo daño arrastrados por su propio masoquismo confuso. El hombre auténticamente violento no tontea con el karate o las normas de la marquesa de Queensberry: esgrime una botella rota, una llave de cruz, una palanca para desmontar neumáticos o un hacha. No pelea hasta el final, sino que intenta acabar pronto, causando el mayor daño posible cuanto antes mejor.

Una verdadera revolución sería que un buen día las mujeres dejaran de adorar a los vencedores en los enfrentamientos violentos. ¿Por qué admiran la imagen del hombre brutal? Si su vista pudiese penetrar más allá de la fuerza muscular y la bra-

vuconería para vislumbrar la desolación y la aflicción del hombre que se ve incitado a usar los puños (pues los hombres fuertes de apariencia magullada siempre son retados por otros hombres, menos ostensiblemente masculinos, que necesitan probarse). ¿Cómo es que no comprenden la deificación del hombre fuerte, sea un soldado, un campeón de lucha libre, un futbolista o un modelo, cuando su destino se aproxima tanto al de ellas? Si las mujeres ofreciesen una verdadera alternativa a la rutina de la violencia, el mundo podría respirar un poco más libremente, con menos sufrimiento. Si las mujeres dejasen de engrosar el público de los combates de lucha libre, el negocio se hundiría; si los soldados se enfrentasen con el destino cierto de la pérdida de todos los favores femeninos, como señaló Lisístrata hace ya tanto tiempo, los combates perderían de repente una buena parte de su atractivo. No somos huríes; no queremos ser la recompensa del guerrero. Y, sin embargo, leemos en las revistas para hombres que las prostitutas de las ciudades de Estados Unidos ofrecen gratuitamente sus favores a los chicos antes de que partan para Vietnam.

La perversión masculina de la violencia es una condición esencial de la degradación de las mujeres. El pene se conceptúa como un arma y su acción sobre las mujeres se considera destructiva y dañina de algún modo. Se ha convertido en un arma de fuego y en el argot inglés, las mujeres cuando quieren que su hombre eyacule, le gritan: «¡Dispárame! ¡Dispárame!». Las mujeres no podrán liberarse de su impotencia gracias a un arma de fuego, aunque sean capaces de dispararla como un hombre. Cada vez que se ha dado un arma a las mujeres en una lucha concreta, luego se la han quitado y han quedado reducidas a una impotencia aún mayor que antes. El proceso que se debe seguir es el inverso: las mujeres deben humanizar el pene, quitarle el hierro y transformarlo nuevamente en carne. La mayoría de las mujeres "liberadas" se mofan del pene por la falsa representación que de éste se ha hecho, se burlan de los hombres por la sobrevaloración de su propia virilidad, en vez de

ver cómo se originó el error y qué efectos ha tenido sobre ellas mismas. Los hombres están cansados de cargar con toda la responsabilidad del sexo; ha llegado el momento de aliviarles de esa carga. Y no quiero decir con ello que se deba adoptar el lesbianismo en gran escala, sino simplemente que se debería desplazar el acento de la genitalidad masculina a la sexualidad humana. El coño debe hacerse valer. El tema de la actitud de las mujeres con respecto a la violencia es inseparable de este problema. Quizá las mujeres deberían empezar por intentar sentir auténtica repulsión hacia la violencia y negarse, como mínimo, a recompensar al vencedor de un enfrentamiento violento, hasta el extremo de ponerse por principio de la parte del perdedor. Si abandonasen por completo su papel de espectadoras de la competencia masculina, buena parte de la motivación de la misma habría desaparecido.

Aunque muchas mujeres no se sienten atraídas necesariamente por los vencedores en los conflictos violentos, sino que prefieren inclinarse sobre el valiente derrotado, todas prefieren a los triunfadores en el sentido social más amplio. Una eminente profesora de una universidad del Norte se lamentó ante un grupo de formación de adultos del machismo que impedía que los hombres instruidos cortejasen a las muchachas igualmente preparadas y muy accesibles de la misma institución. Las cuales, puesto que no cabía esperar que alternasen con hombres inferiores, menos instruidos, acababan no saliendo con nadie. Pero si los hombres se contentan con pasar su tiempo libre con personas intelectualmente inferiores a ellos, ¿por qué no pueden hacer lo mismo las mujeres? Es posible que éstas comenten con desdén que los hombres son intelectuales de nueve a cinco y sólo son capaces de relajarse cuando tienen la cabeza desconectada y pueden parlotear con una estúpida. Juegan a papá sabelotodo, mientras sus acompañantes representan el papel de hija embobada. La pulla en general es acertada. Pero también es cierto que las intelectuales son en demasiados casos arrogantes, agresivas, compulsivas y exageradamente se-

rias. Conceden un valor exagerado a sus dudosos logros educativos, mientras pierden contacto con sus reacciones más inocentes. Buscan un varón cuyos logros den valor a los suyos

*El combate de las mujeres
(con la melodía de Juanita)*

*Puede dormitar tranquila sobre el pecho
de la madre Tierra,
la que trabajó noblemente por el renacimiento
del mundo.*

*En el corazón de una mujer, anida un deseo
de sanar todo dolor,
dejad que aprenda a ayudar al hombre a desechar
cada una de sus cadenas.*

*Mujer, oh mujer, deja atrás tus grilletes:
levántate y reivindica tu legado y sé libre al fin.
Madre, esposa y doncella, en tus manos reside
un gran poder:*

*dale toda la libertad, fortaleza y sacrificio.
A lo lejos, al otro lado de la cima de la colina,
comienza a alborear la luz del / nuevo día,
pero el combate todavía te espera, luego levántate
y márchate.*

I.W.W. SONGS

propios, un ego que reemplace sus propias insuficiencias, y la mayoría de los hombres no tardan en captar el apremio de esta búsqueda. Muchos hombres se cansan pronto de una estúpida, pero todavía les repelen más las marisabidillas. ¿Por qué no

habrían de poder relajarse las mujeres en compañía de sus "inferiores" y disfrutar con ello, en vez de buscar que las escolten y galanteen sus rivales? Para ello tendrían que desprenderse de su necesidad desesperada de *admirar* a un hombre y aceptar el papel más discreto de amarle. Una mujer instruida no puede castigar a un camionero como puede hacerlo con su rival intelectual, pues sus capacidades librescas no le inspiran excesivo respeto al primero. La alternativa a la educación formal no es la estupidez y muchas chicas listas necesitan el correctivo de la auténtica sabiduría de un alma más humilde. El papel paternal del padre no es tan marcado en las familias de clase trabajadora, pues las mujeres trabajadoras a menudo aprenden más deprisa que sus maridos y consiguen manipular a las autoridades con mayor destreza que ellos.¹ Es muy posible que un marido de clase trabajadora se sienta orgulloso de una pareja con "cabeza". Por el hecho de estar casada, sus ingresos, una vez deducidos los impuestos, modificarán muy poco la situación financiera familiar. En este país, los ingresos de los profesionales son tan bajos y sus horarios de trabajo tan largos que ningún hombre tiene motivos para ver desmerecida su capacidad de generación de ingresos en comparación con la de su esposa, por altamente cualificada que esté ésta. A las mujeres socialistas, que ahora despotrican en grupos segregados contra los varones revolucionarios de clase media del movimiento, después de desvivirse por atenderlos, les convendría más poner sus conocimientos prácticos menospreciados y su dominio de los textos básicos al servicio de la clase a la que iban destinados. El éxito de las mujeres suele medirse en función de cuán superior es la clase del hombre con el que consiguen aparearse. Una revolución de la conciencia podría invertir esta valoración. Obviamente, tendría que ser un cambio sincero: la condescendencia no tiene cabida aquí.

Parece evidente que, para llegar a mejorar de manera significativa su condición, las mujeres deben negarse a casarse. A ningún trabajador se le puede exigir que firme un contrato de por vida; si lo hiciese, su patrón podría hacer oídos sordos a to-

dos sus intentos de conseguir una mejora salarial y de sus condiciones de trabajo. Este fenómeno se puede observar en los lugares donde un empleador posee el monopolio de los puestos de trabajo. La concesión de mejoras no debería depender de la buena voluntad y bondad de corazón del patrón: sus trabajadores deben conservar su capacidad de negociación para preservar su dignidad. Se podría argumentar que las mujeres no firman a perpetuidad el contrato de matrimonio ya que siempre existe la posibilidad de un divorcio, pero en las condiciones actuales éste favorece el interés del varón, no sólo porque fue definido e instituido por hombres, sino también porque todavía depende de la disponibilidad de dinero y de un ingreso independiente. Las mujeres casadas raras veces poseen ni lo uno ni lo otro. Los hombres alegan que las leyes sobre el pago de pensiones pueden dejarles mutilados y esto sin duda es cierto, pero ellos mismos son los únicos culpables de que sea necesario el pago de una pensión, en gran parte debido al patrón de atribución de la custodia de los hijos a la madre. La esposa que recibe una pensión mientras cría a sus hijos sin un padre no es más libre que antes. Tiene aún menos sentido suscribir un contrato de servicios de por vida que sólo puede ser rescindido por el patrón. Todavía resulta más amargo pensar que los ingresos de la esposa que trabaja se valoran como parte de la renta de su marido, mientras que él, por su parte, ni siquiera está obligado a decirle cuánto gana. Si la independencia es un concomitante necesario de la libertad, las mujeres no deben casarse.

¿Por qué se casa la chica media? La respuesta probablemente será inmediata: se casa por amor. Pero el amor puede existir fuera del matrimonio; de hecho, durante largo tiempo se dio por sentado que *siempre* era así. El amor puede adoptar muchas formas; ¿por qué habría de ser exclusivo? ¿Por seguridad? La seguridad es una quimera, sobre todo si se supone que significa la preservación del estado de feliz compañerismo que existe en el momento del matrimonio. Aunque no intervengan desastres evidentes como el adulterio o la separación, las per-

sonas en cualquier caso cambian: ninguno de los dos miembros de la pareja acabará siendo la persona que era al principio, cuando se casó. Si una mujer se casa porque está harta de trabajar, se está buscado todo lo que le ocurra luego. Hay que mejorar las oportunidades de empleo, no abandonarlas. Si una mujer se casa porque desea tener hijos, podría hacerse la reflexión de que una familia media no ha resultado ser un ámbito de desarrollo demasiado adecuado para los niños y, dado que el mundo no tiene ninguna necesidad urgente de su aportación, tal vez le convenga más esperar —puesto que el control de la natalidad es perfectamente posible— hasta que surja algún tipo de hogar adecuado. Sólo una joven soltera puede plantar cara al menosprecio y las dificultades que sufre la joven soltera que no puede suscribir una hipoteca y a menudo es vista como una arrendataria indeseable; refugiarse cobardemente en el matrimonio no es una forma de cambiar esas respuestas. Aunque criar a un hijo ilegítimo plantea más problemas e incluso una cohabitación amistosa puede suscitar indignación y acoso por parte de otros ciudadanos más convencionales, casarse para evitar dichos inconvenientes es una evasión sin sentido.

Está muy bien declarar de manera tan categórica que una mujer que aspira a la liberación no debería casarse, pero si esto implica que las mujeres casadas son una causa perdida, ello equivaldría a aplazar indefinidamente cualquier clase de emancipación femenina en gran escala. La mujer casada sin hijos todavía puede conservar un cierto grado de poder de negociación, siempre y cuando decida no temer la amenaza de abandono. La negociación entre personas casadas suele ser desigual: con el tiempo, la mujer se encuentra con que su vida ha experimentado un cambio radical, pero no así la de su marido. En general, este estado de cosas se suele considerar justo: por ejemplo, una decisión reciente del Ministerio del Interior denegó a una mujer el derecho a vivir en su país de origen porque se había casado con un indio y «el uso consuetudinario es que la mujer adopte la nacionalidad de origen de su marido».² Lo

mismo vale para su ciudad, o su lugar de trabajo, el domicilio que él elija y sus amistades. La desigualdad del "toma y daca" matrimonial tiene su mejor explicación en una desigualdad emocional básica, aunque en muchos casos ésta es un farol. Muchos hombres sienten prácticamente el mismo temor que sus esposas al abandono, a fracasar como maridos, y una mujer a quien no le aterre tener que salir adelante sola puede manipular esta situación. Se trata en gran parte de echarle cara al asunto. A medida que la población femenina comience a moverse, es de esperar que surjan diversos tipos de esfuerzos cooperativos destinados a apuntalar la autonomía individual, aun cuando es probable que en este momento existan menos clubes y sociedades cooperativas femeninos que en el período de entreguerras, si damos crédito al cuadro descrito en *Girls of Independent Means*. La principal ventaja de organizarse no es la constitución de un frente político, sino el desarrollo de la solidaridad y la ayuda mutua, que pueden ser útiles a una escala bastante reducida. Regresar a casa de mamá es un plan bastante insípido, pues la convivencia con ella suele ser difícil y generalmente se trata de una mujer cargada de reproches, conservadora y harta de los problemas de sus hijos. La mayoría de las mujeres necesitan una habitación propia y quizá sólo puedan encontrarla fuera de su hogar.

La situación de las madres es más desesperada que la de las demás mujeres, y cuanto mayor es su número de hijos, menos esperanzas de salida parecen tener. Sin embargo, hay mujeres con hijos que emprenden el vuelo, con o sin ellos. Tessa Fothergill dejó a su marido, llevándose con ella a sus dos hijos, y emprendió la batalla para encontrar un piso y un empleo sin ayuda. Tuvo tantas dificultades que decidió crear una organización para las mujeres con sus mismos problemas y la llamó Gingerbread. Ya existía otro grupo parecido, llamado Mothers-in-Action.³ Por lentos que sean los progresos para superar las obstrucciones oficiales, resultan más fáciles de conseguir unidas. Con el tiempo, se acabará fundando una publicación de muje-

res donde esos grupos puedan anunciar su constitución y pedir colaboradoras. Debido a las ideas preconcebidas que se han formado sobre la importancia de su papel de traer al mundo y socializar a los hijos, la mayoría de las mujeres retrocederán espantadas ante la idea de dejar a su marido y sus hijos, pero éste es justamente el planteamiento que es preciso reconsiderar con brutal claridad. Para empezar, los hijos no son *suyos*, no son de su propiedad, aunque la mayor parte de los tribunales se inclinan fuertemente a favor de las pretensiones de la madre frente a las del padre en los juicios por la custodia de los hijos. Para éstos es mucho peor crecer en un ambiente de sufrimiento, por reprimido que se mantenga, que adaptarse a un cambio de régimen. Su dificultad de adaptación constituye en sí misma una prueba del refuerzo antisocial del cordón umbilical y a la larga probablemente sea mejor para los hijos comprobar que no tienen un dominio absoluto sobre su madre. En cualquier caso, habría que explicarles la situación, pues unas posibilidades difusas siempre les inquietan y preocupan más que los hechos reales. La esposa que sabe que si deja a su marido sólo podrá criar a sus hijos en condiciones de pobreza, aunque podría mantenerse ella sola, debe tomar una decisión sensata y rechazar sin rodeos los profundos prejuicios contra la esposa que abandona el hogar. En muchos casos, poder quedarse con los hijos le sirve de consuelo al marido y éste puede permitirse tratarlos mejor y con menos ansiedad que una mujer. Tendrá mayores probabilidades que una mujer de disponer de medios para pagar una asistenta o una niñera. Etcétera. Sobre la mujer divorciada que lucha por conservar a sus hijos siempre se cierne la amenaza de confiarlos "a la tutela del Estado", que es la peor de las alternativas. La mujer que deja a su marido y sus hijos podría pasarles una pensión, si la sociedad le otorgase los medios.

El factor esencial para la liberación de la mujer casada es comprender sus circunstancias. Debe combatir el sentimiento de culpa por el fracaso en un contexto imposible y examinar

dicho contexto. Debe ignorar las descripciones interesadas de su salud, su moralidad y su sexualidad, y evaluar todas estas facetas por su cuenta. Debe conocer quiénes son sus enemigos: los médicos, psiquiatras, trabajadores sociales y moralistas populares. Debe analizar sus hábitos de consumo, sus evasiones y engaños cotidianos, sus sufrimientos y sus verdaderos sentimientos con respecto a sus hijos, a su pasado y a su futuro. Quienes mejor pueden ayudarla a hacer esta evaluación son sus hermanas. No debe dejarse ridiculizar o atemorizar por las discusiones con su marido, ni permitir que éste la chantajee alegando su ignorancia de sus dificultades o con el magnánimo ofrecimiento de aportar la mitad del esfuerzo para poner en práctica cualquier sugerencia "razonable". Básicamente, debe recuperar su voluntad propia y sus propios objetivos, junto con

La Chica Rebelde

Texto y música de Joe Hill, copyright 1916

CORO

*¡Ésa es la Chica Rebelde, ésa es la Chica Rebelde!
Perla preciosa para la clase obrera.
Fuente de ánimo, alegría y orgullo
para el Joven Rebelde que lucha;
antes ya teníamos chicas pero necesitamos más
entre los obreros industriales del mundo,
pues es magnífico luchar por la libertad
junto a una Chica Rebelde.*

I.W.W. SONGS

la energía para ponerlos en juego, y para conseguir esto, es posible que sean necesarias algunas sugerencias, o exigencias, bastante "irrazonables".

Todo lo bueno y encomiable que ahora existe continuaría existiendo si mañana se derogasen todas las leyes sobre el matrimonio ... ¡Tengo el derecho constitucional y natural a amar a quien sea, a amarle durante tanto o tan poco tiempo como me sea posible, a cambiar ese amor cada día si me place!

VICTORIA CLAFFIN WOODHULL, 20 de noviembre de 1871

No explica por completo el desarrollo de la subyugación del sexo femenino decir —como hace Ti-Grace Atkinson— que los hombres resolvieron el misterio biológico de la procreación. De hecho, no fue así y tampoco han resuelto el misterio de la paternidad. Se sabe que un padre es necesario, pero no se sabe cómo identificarle, salvo en términos negativos. Las mujeres han contrarrestado con liberalidad esta deficiencia de la paternidad ofreciendo —quizá después de haber sido obligadas inicialmente a ello mediante su encarcelamiento y supervisión— garantías de paternidad y de su concomitante, la fidelidad. Ahora que se ha vuelto imposible mantener enclaustradas a las mujeres, tal vez nos convenga retirar de paso las garantías y convertir la familia patriarcal en una imposibilidad insistiendo en la preservación de la paternidad de todo el grupo: todos los hombres son padres de todas las criaturas. El hecho de retirar la garantía de la paternidad no implica necesariamente la “promiscuidad”, aunque en las fases iniciales pudiera parecer que es así. La promiscuidad de las secretarías eventuales en el momento de elegir empleo podría operar como una medida revolucionaria y obligar a que se reconozcan sus aportaciones a la empresa y su trabajo; análogamente, es posible que en un primer momento la resistencia de las mujeres a comprometerse con promesas de monogamia absoluta y devoción perruna necesite el refuerzo de una “promiscuidad” real.

Las mujeres también deben rechazar su papel de consumidoras principales en el Estado capitalista. Aunque negarse a comprar electrodomésticos supondría un paso atrás, en la medida en que el trabajo de las mujeres aumentaría y se volvería más restrictivo de lo necesario, sería un golpe importante para las empresas afectadas que las mujeres compartiesen una lavadora entre tres familias, por ejemplo, y no considerasen la posesión del último modelo como un indicador necesario de prestigio y éxito. Podrían constituir cooperativas domésticas, a fin de compartir su trabajo y liberarse unas a otras durante varios días. Podrían animar a sus hijos a compartir los juguetes que dejan abandonados en cuanto se cansan de ellos, en vez de verse impelidos a competir entre sí. Esto no resultaría tan desagradable para los niños como esperan sus padres. Recuerdo haber recibido una tunda por compartir mis juguetes cuando tenía unos cuatro años. La verdad era que ya no los quería. Los niños no necesitan juguetes caros y las mujeres podrían rechazar los anuncios que intentan ganar millones de libras a sus expensas cada Navidad. Se podría evitar parte del sobreprecio de los detergentes y otros productos parecidos comprando a granel artículos sin marca y resistiéndose al atractivo del envoltorio. También es posible comprar la fruta directamente a los productores y si las mujeres se alían para burlar a los intermediarios tendrán aun mayores oportunidades de que el procedimiento funcione. Los descuentos por docenas no tienen que quedar limitados forzosamente a la compra para una familia. Las mujeres deberían superar asimismo los prejuicios asociados a la ropa y otros artículos de segunda mano. Las ropas que les quedan pequeñas a los niños se pueden compartir, y a ellos no les importaría si no fuesen ya víctimas de una publicidad excesiva. La mayoría de las familias de clase obrera ya se intercambian los cochecitos de bebé y otros productos análogos. Parte del objetivo de estas propuestas cooperativas es romper el aislamiento de la familia individual y del progenitor solo, pero sobre todo estoy presentando vías para sortear la función de las mujeres como presas

principales de la publicidad y principales gastadoras del botín nacional.

A la mayor parte de las mujeres les resultaría difícil renunciar a todo interés por la ropa y los cosméticos, aunque muchos movimientos de liberación de la mujer las instan a trascender esos perifollos serviles. Los cosméticos no son emblemas de una falta de autenticidad siempre que se utilicen como adorno de manera consciente y creativa, pero su función resulta profundamente sospechosa cuando se presentan como la realidad, como un medio para ocultar defectos desagradables a la vista y disimular una apariencia repulsiva con objeto de hacerla aceptable para el mundo. Las mujeres que no se atreven a salir sin sus pestañas postizas se encuentran en un aprieto psicológico grave. En lo esencial, no existe ninguna diferencia entre los preparados cosméticos más caros y los más baratos; ningún ungüento milagroso puede reparar de verdad un tejido ajado. Más vale considerar la posibilidad de recurrir a la dieta y demás materias primas para el cuidado de la belleza y usar los cosméticos exclusivamente por gusto. Entre los más baratos y los más divertidos de usar figuran los colores que se emplean para el maquillaje teatral. El *kohl* es el mejor maquillaje para los ojos —y el más barato— y se puede adquirir bajo diversas formas. En vez de los costosos extractos de carbón que se comercializan con etiquetas francesas, las mujeres podrían elaborar sus propios perfumes con alcohol de alcanfor y aceite de clavo e incienso, así como con lavanda machacada, pachulí y esencia de rosas. En vez de seguir los cambios anuales de los peinados de moda, las mujeres podrían averiguar el largo más adecuado para su cabello y llevarlo siempre de ese modo, ajustando los posibles cambios a su propio estilo y estado de ánimo, en lugar de peinarlo siguiendo la forma que dicta la moda, pero no su cabeza.

Algunas de estas tendencias ya son visibles. La mayoría de las chicas jóvenes ya no pasan en la peluquería tanto rato como sus madres, ni mucho menos. Han derrotado sin ayuda a los

modistos de alta costura y llevan lo que les da la gana, desde las ropas más antiguas y más románticas hasta las más desenfadas adaptaciones de la ropa deportiva masculina. Existen señales de que también están abandonando los hábitos alimentarios de prestigio, especialmente las bebidas alcohólicas y el deporte del consumo de vino. Muchas están encontrando maneras de sobrevivir como estudiantes, que no abandonarán ya como mujeres adultas. El patrón de rechazo de los cigarrillos y la cerveza a favor de la marihuana ilícita tiene repercusiones de amplio alcance sobre la economía si se llega a adoptar en relativamente gran escala. La preferencia por la comida macrobiótica y en menor cantidad refleja una actitud con respecto a la alimentación y a la vez también con respecto al *marketing* de los alimentos. De momento, sólo una minoría está siguiendo estas tendencias, pero es una minoría mucho más amplia que la que vemos vociferar tras las pancartas de la liberación de la mujer. Sin embargo, también ellas buscan la liberación. Se puede considerar que el rechazo *hippie* de la violencia fracasó, pues los policías no tuvieron reparos en responder a una flor con una porra, pero la cuestión ha quedado planteada y el debate aún no está cerrado.

El medio principal para la liberación de las mujeres es la sustitución de la compulsividad y la compulsión por el principio de placer. La cocina, el vestido, la belleza y el cuidado de la casa son todas actividades compulsivas en las cuales el cociente de ansiedad hace tiempo que reemplazó al cociente de placer o de logro. Incluso la cocina, los vestidos, los cosméticos y el cuidado de la casa se pueden usar por *placer*. La esencia del placer es la espontaneidad. En estos casos, ser espontánea significa rechazar la norma, el patrón a la altura del cual es preciso vivir, y establecer un principio autorregulador. La analogía queda especialmente clara en el caso de los medicamentos adictivos: las mujeres usan los medicamentos como analgésicos, de manera compulsiva, para reducir la tensión o el dolor o combatir los síntomas de ansiedad, con lo cual caen casi auto-

máticamente en un síndrome de dependencia que hace casi imposible discernir si el medicamento originó el síndrome contra el cual se está tomando, y el ciclo continúa. La persona que consume marihuana no tiene necesidad de hacerlo: la usa cuando desea sentirse de un modo determinado y la deja en cuanto ha llegado al punto que deseaba alcanzar. No siente la tentación de justificar su uso como una forma de terapia, aunque las normas sobre el consumo de cannabis están intentando imponer alguna construcción explicativa de ese tipo. Del mismo modo, tendría que ser posible cocinar una comida que una desea preparar y que todo el mundo desea comer, y servirla como a una le apetezca, en vez de seguir un plan preestablecido, servir el menú de los martes o el gustoso menú variado compuesto de todos los platos nuevos y difíciles que una se ha impuesto elaborar como una nueva cruz, o no cocinar nada, si sencillamente no nos despierta ningún interés. Por desgracia, la ideología de la rutina está firmemente arraigada en este país y hasta las esposas incumplidoras recurren al bingo y la caña de cerveza como una rutina, de manera que "no saben cómo saldrían adelante sin eso". Es un hecho reconocido que el trabajo doméstico constituye el típico círculo vicioso: el trabajo genera más trabajo y así sucesivamente. Es un círculo del cual resulta tan difícil escapar que parece casi imprescindible huir definitivamente de él y empeñarse en hacer algo completamente distinto. Los períodos regulares de "libertad" continúan estando inscritos en el círculo y por esto no dan resultado. La mayoría de las formas de compromiso no sirven, aunque puedan aliviar transitoriamente los síntomas de tensión. Por el mismo motivo, tampoco da resultado incorporar al círculo algún trabajo de elección propia, pues el incentivo y la energía se ven contaminados continuamente. No existe más alternativa que la ruptura del círculo.

Porque mis argumentos, señor, están dictados por un espíritu desinteresado, abogo por mi sexo y no por mí misma. Desde hace tiempo he considerado la independencia como la gran bendición de la vida, la base de toda virtud; y siempre la alcanzaré reduciendo mis necesidades, aunque tenga que vivir de una tierra estéril.

MARY WOLLSTONECRAFT

Vindicación de los derechos de la mujer, 1792, pág.

Para algunas, la ruptura del círculo ha conducido a la imposibilidad de que el centro se sostenga y el mundo ha quedado sumido en el caos. El miedo a la libertad está firmemente arraigado, pero es preciso comprender que el miedo es en sí mismo un factor inherente a la persistencia del statu quo. Una vez que se hayan negado a aceptar la polaridad masculino-femenino, las mujeres tendrán que aceptar la existencia del riesgo y la posibilidad del error. Abandonar la esclavitud significa desterrar también la quimera de la seguridad. El mundo no va a cambiar de la noche a la mañana y la liberación no tendrá lugar a menos que las mujeres individuales acepten ser proscritas, excéntricas, perversas, y lo que sea que los poderes establecidos decidan llamarlas. En el pasado ha habido mujeres mucho más osadas de lo que tendríamos que ser ahora, que lo arriesgaron todo y ganaron un poco, pero que a fin de cuentas sobrevivieron. La prensa ridiculiza a las mujeres vociferantes, y otras, que cobran una paga suculenta y además presumen de feminidad, las menosprecian, pero ahora por lo menos ya no las queman en la hoguera. Es excesivo esperar que las mujeres que se han decidido a liberarse pasen a ser de repente, como por arte de magia, personas sanas, felices, creativas y cooperativas aunque, en general, los síntomas más llamativos de la despersonalización suelen desaparecer. Las antiguas necesidades y ansie-

dades condicionadas perviven y siguen cobrándose su precio, pero ahora se entiende su significado y se soportan con una finalidad. La situación sólo saldrá a la luz con todas sus ramificaciones cuando se le plante cara y es posible que las mujeres queden horrorizadas al principio al comprobar con cuánta rapidez se olvida la policía de sus escrúpulos contra el aporreo de mujeres, y la vileza de los insultos que les lanzarán, pero estos descubrimientos sólo pueden inducir las a seguir adelante con mayor obstinación. La clave de la estrategia de la liberación reside en dejar al descubierto la situación, y la manera más sencilla de hacerlo es escandalizar a los expertos mediante la impudicia declarada del lenguaje y de los gestos, y el recurso al cliché de la "lógica femenina" para dejar al descubierto la pomposidad, la absurdidad y la injusticia masculinas. La lengua ha sido tradicionalmente el arma de las mujeres y la táctica revolucionaria principal siempre ha sido difundir la información. Hoy como ayer, las mujeres deben negarse a ser sumisas y crédulas, pues el disimulo no puede servir a la verdad. Las mujeres que creen manipular al mundo con el "poder del coño" y sus zalamerías amables son memas.⁴ Es de esclavas tener que adoptar esas tácticas.

Resulta difícil indicar en este momento cómo será un nuevo régimen sexual. Sólo vivimos una vez y el primer objetivo ha de ser salvar esta vida de las incapacidades que ya arrostra, impuestas al servicio de nuestra civilización. Sólo a través de la experimentación podremos abrir nuevas posibilidades que nos indicarán vías de evolución en las que el statu quo aparezca como un elemento dado. La revolución de las mujeres es necesariamente situacionista: no podemos argumentar que todo irá bien cuando los socialistas hayan conseguido abolir la propiedad privada y restablecer la propiedad pública de los medios de producción. No podemos esperar tanto tiempo. La liberación de las mujeres, si acaba con la familia patriarcal, acabará con una subestructura necesaria del Estado autoritario, y una vez que éste se haya extinguido, las predicciones de Marx se

cumplirán, quiérase o no, de modo que pongámonos manos a la obra. Dejemos que los hombres repartan octavillas en las fábricas, donde los proletarios se han convertido en esclavos de la compra a plazos en vez de hacerse comunistas. La existencia de los esclavos de la compra a plazos también se basa en la función de la esposa como consumidora que se queda en casa. Las estadísticas indican que las personas casadas suscriben la mayor parte de los contratos de compra a plazos. Esta situación también tendrá que cambiar si las mujeres se rebelan. Las mujeres constituyen hoy en día la clase más oprimida de trabajadoras no remuneradas con un contrato a perpetuidad, para quienes el nombre de esclavas no resulta una descripción demasiado melodramática. Son el único proletariado auténtico que queda y constituyen, por un escaso margen, la mayoría de la población, ¿qué las detiene, entonces? La respuesta debe ser que su propia opresión les impide unirse para formar alguna clase de grupo sólido capaz de desafiar a los amos. Pero el hombre cometió un grave error: en respuesta a las protestas vagamente reformistas y humanitarias, admitió a las mujeres en la política y en las profesiones. Los conservadores que pensaban que esto socavaría nuestra civilización y sería el fin del Estado y del matrimonio tenían razón a fin de cuentas; ha llegado el momento de que empiece la demolición. No es necesario desafiar a nadie a un combate abierto, pues el método más eficaz es simplemente dejar de contribuir a consolidar un sistema que nos oprime: la retirada legítima de nuestra mano de obra. También podemos hacer labor de agitación aquí y allá, organizar piquetes contra los bares segregados y los concursos de belleza, formar parte de comités, tomar por asalto los medios de comunicación, hacer, en resumen, lo que nos plazca; pero además debemos negarnos, no sólo a hacer ciertas cosas, sino también a querer hacerlas.

La experiencia es una maestra demasiado costosa: no podemos casarnos todas para investigar la situación. Las hermanas mayores deben enseñarnos lo que han descubierto. Debemos

aprender en todo momento de nuestras experiencias respectivas y no juzgar precipitadamente o por esnobismo, o con criterios masculinos. Tenemos que luchar contra la tendencia a constituir una élite feminista o una jerarquía de autoridad de tipo masculino en el marco de nuestras propias estructuras políticas y esforzarnos por mantener la cooperación y el principio matriarcal de la fraternidad. Para justificar nuestras políticas, no hace falta que las feministas demuestren que el matriarcado es una forma de comunidad prehistórica o que el patriarcado es una perversión capitalista, pues la forma de vida a la que aspiramos tanto podría ser completamente nueva como inveteradamente antigua. No necesitamos aceptar una antropología dudosa para explicarnos, aunque las mujeres con inclinación por el estudio harían bien en investigar el papel histórico de las mujeres, en un intento de delimitar nuestra concepción de lo natural y lo posible dentro de la esfera mujeril. Ya ha llegado el momento en que algunas mujeres están dispuestas a escuchar y su número va en aumento; ha llegado también el momento de que esas mujeres hablen, aunque sea con inseguridad y de manera vacilante, y de que el mundo las escuche.

... entre quienes no creen en la religión revelada no he encontrado, durante medio siglo de vida, uno solo que se opusiera a la doctrina de la igualdad de derechos para los hombres y las mujeres.

LONG, Eve, 1875, pág. 112

La indicación más segura de la corrección del camino que sigan las mujeres será el *goce de la lucha*. La revolución es el festival de los oprimidos. Es posible que durante largo tiempo las mujeres no obtengan ninguna recompensa perceptible salvo su nuevo sentido de tener un rumbo y de integridad. El goce no

significa ruidoso regocijo, sino el uso deliberado de la energía en una empresa de nuestra propia elección. Significa orgullo y confianza. Significa comunicación y cooperación con otras sobre la base del deleite que encontramos en su compañía y la nuestra. Significa emanciparnos de la impotencia y la necesidad para caminar libremente sobre la tierra, que nos pertenece por derecho de nacimiento. Rechazar las muletas y la deformidad y tomar posesión de nuestro cuerpo y enorgullecernos de su poder, aceptando sus propias normas de belleza. Tener algo que desear, algo que hacer, algo que lograr y, por fin, algo auténtico que dar. Liberarse de la culpa y la vergüenza y de la incansable autodisciplina de las mujeres. Dejar de fingir y disimular, engatusar y manipular, y empezar por fin a controlar y simpatizar. Reivindicar las virtudes masculinas de la magnanimidad y la generosidad y el valor. Es mucho más que la equiparación de salario por un trabajo igual, pues debería revolucionar por completo las condiciones de trabajo. No entiende el sentido de la expresión "igualdad de oportunidades", pues las oportunidades se tendrán que transformar totalmente y los espíritus de las mujeres se tendrán que modificar, con objeto de que deseen la oportunidad en vez de rehuirla asustadas. El primer descubrimiento significativo que haremos en nuestro estrepitoso avance por nuestro camino mujeril hacia la libertad será que los hombres no son libres y ellos intentarán convertirlo en un argumento para explicar que nadie debería serlo. Sólo podremos responderles que los esclavos esclavizan a sus amos y que al conseguir nuestra propia manumisión tal vez podamos indicarles el camino que podrían seguir una vez que se hayan zafado de su propio yugo. Las mujeres privilegiadas te tirarán de la manga e intentarán alistarte en la "lucha" por algunas reformas, pero las reformas son regresivas. Es preciso interrumpir el antiguo proceso, no renovarlo. Las mujeres resentidas te invitarán a la rebelión, pero tienes demasiadas cosas que hacer. ¿Cuáles estás dispuesta a hacer tú?

*¡El Establecimiento de la verdad depende de la
continua destrucción de la falsedad,
de la circuncisión, no de la virginidad, oh, Razonadores
de Albión!*

BLAKE, Jerusalén, * láminas 65-66, pág.55

* Traducción castellana de Xavier Campos Vilanova (Castellón: Universitat Jaume I, 1997). (N. de las T.)

NOTAS

Resumen

1. «Boadicea Rides Again», *Sunday Times Magazine*, 21 de septiembre, 1969.
2. Henrik Ibsen. *Casa de muñecas*, acto III. Madrid: Espasa, 2000.

El sexo

1. El ejemplo supremo de los prejuicios antropológicos y etnológicos es la formidable investigación en tres volúmenes de H.H. Ploss y M. y P. Bartels; las planchas de la edición original alemana fueron destruidas por Hitler, pero antes de que eso ocurriese el doctor Eric Dingwall ya había elaborado una versión inglesa: *Women*, Londres, 1935, citada en adelante como Ploss y Bartels.
2. F.A.E. Crew, *Sex Determination*, Londres, 1954, p. 54. [Versión castellana: *Determinación del sexo*. Madrid: Pearson, 1970.]
3. Ashley Montagu, *The Natural Superiority of Women*, Londres, 1954, pp. 76-81. [Versión castellana: *Mujer, sexo fuerte*. Madrid: Guadarrama 1970.]
4. La Conferencia Cropwood sobre las implicaciones criminológicas de las anomalías cromosómicas, celebrada en la Universidad de Cambridge en el verano de 1969, analizó detenidamente este tema. La bibliografía sobre el síndrome XYY supera actualmente los quinientos títulos.
5. Gray, *Anatomy*, Londres, 1958, pp. 219-220 [Versión castellana: *Anatomía*. Barcelona: Salvat, 1976.]
6. Robert Stoller. *Sex and Gender*. Londres, 1968, pássim.

Los huesos

1. Véase, por ejemplo, Joan Fraser. *Stay a Girl*. Londres, 1963, p. 3:

Una mujer necesita un tipo de ejercicio distinto del hombre. Él requiere movimientos que desarrollen su fuerza física y endurezcan su musculatura; una mujer, en cambio, no desea una musculatura sólida. Ella requiere un tipo de ejercicio que no la canse, movimientos que la rejuvenezcan y la relajen. Un ejercicio que, además de tonificar los músculos, las articulaciones, las glándulas y los órganos respiratorios y digestivos, confiera a sus movimientos habituales una gracia, agilidad y elegancia que realcen su feminidad.

2. El pedomorfismo de las mujeres se ha destacado siempre; así lo hicieron, por ejemplo, Bichat en su *General Anatomy* (Londres, 1824) y, evidentemente, también Ploss y Bartels (op. cit., p. 90). Dichos comentaristas no concluyeron, empero, que pudiera tratarse de una ventaja, como lo hicieron W.I. Thomas en *Sex and Society* (Londres, 1905, pp. 18 y 51) y también Ashley Montagu (op. cit., pp. 70-71).
3. Véase Gray, op. cit., pp. 402-407.
4. Se pueden encontrar algunas pruebas a favor de una diferenciación menos pronunciada de la formación pélvica entre las mujeres primitivas y las que realizan tareas pesadas en Ploss y Bartels, que citan, por ejemplo el artículo de Hennig, «Das Rassenbecken», publicado en *Archaeologie für Anthropologen* (1885-1886), vol. 16., pp. 161-228.

Las curvas

1. *Body and Clothes*, de R. Broby-Johansen (Londres, 1969), es hasta la fecha el estudio más completo de la interacción entre cuerpo, imagen personal y vestimenta, e incluye los cambios de las zonas erógenas y de la distribución de la capa adiposa.
2. Sophie Lazarsfeld. *The Rhythm of Life*. Londres, 1934, p. 158.
3. Pauline Reage. *The Story of O*. París: Traveller's Companion, 1965, p. 18 y pássim [Versión castellana: *La historia de O*. Barcelona: Tusquets, 1987.] En *The Theory of the Leisure Class*. Londres, 1899, pp. 141-146 [Versión castellana: *Teoría de la clase ociosa*. México: FCE, 1944 (2002)], Thorstein Veblen ofrece una explicación sociológica de las curvas como un indicio de lujuria y debilidad.
4. Kenneth Tynan. «The Girl who turned her Back», *Mayfair*, vol. 4, núm. 3 de marzo de 1969.

5. La siguiente loa a la adiposidad extraída de Ploss y Bartels (op. cit., p. 86), demuestra la gran importancia que debió tener para nuestros abuelos:

Las superficies muy angulosas y planas en las mujeres, tal y como se pueden apreciar en algunas razas primitivas, debido al exceso de trabajo y a las malas condiciones de vida, a una edad en que las mujeres europeas continuaban estando en la flor de la vida, resultan en cierto modo extrañas y repulsivas.

La capa adiposa se puede considerar un rasgo sexual secundario de suma importancia en las mujeres. Da lugar a la redondez alusada de las extremidades, las curvas de la garganta, la nuca y los hombros, la protuberancia de los pechos y la redondez curvilínea de las nalgas; todos los rasgos característicos de la feminidad. Esta capa adiposa produce asimismo la suave forma almohadillada de la rodilla, tan distinta de la forma masculina. La misma capa adiposa también conforma la sólida redondez —que a veces llega a parecer desproporcionada— de la parte superior del muslo femenino que luego se estrecha rápidamente hasta configurar la suave curva de la rodilla con sus huesos.

El pelo

1. La convicción de que a las mujeres les crecía mucho más el pelo en la cabeza que a los hombres era casi universal. Bichat (op. cit., vol II, p. 446) llegó a afirmar incluso que «diríase que la naturaleza compensó de este modo al bello sexo por sus carencias en muchas otras partes [del cuerpo]». Véase *The Works of Aristotle the Famous Philosopher*, Londres, 1779. A pesar de que la calvicie es un rasgo vinculado al sexo, no es correcto afirmar que las mujeres no se quedan calvas. El intenso prejuicio sexual ha tenido como resultado la completa ocultación de la calvicie femenina, mucho más frecuente de lo que se suele creer.

La sexualidad

1. Véase, por ejemplo, Samuel, Collins. *Systema Anatomicum*, Londres, 1685, p. 566, así como Palfijn, *Surgical Anatomy*, Londres, 1726, láminas contrapuestas a las páginas 226 y 227; también su *Description Anatomique des Parties de la Femme*, París, 1708, láminas sin numerar; Spigelius, *De humani corporis Fabrica* (1627), tab. XVII, Lib. VIII, así como *Les Portraits Anatomiques* de Vesalio (1569) y las *Tabulae Anatomicae* de Eustaquio (1714).

2. *A Pleasant new Ballade Being a merry Discourse between a Country Lass and a young Taylor*, circa 1670.
3. *Tune of the High-prized Pin-Box, Let every Man with Cap in's Hand*, etc., circa 1665.
4. Samuel Collins. (op. cit.), pp. 564-565.
5. Respuesta de Theodore Faithfull a cartas de los lectores en *International Times*, n° 48, 17-30 de enero de 1969.
6. A.H. Kegel. «Carta al director», *Journal of the American Medical Association*, vol. 153, 1953, pp. 1.303-1.304. Daniel G. Brown analiza su obra en «Female Orgasm and Sexual Inadequacy», *An Analysis of Human Sexual Response*, Ruth y Edward Brecher, (eds.), Londres, 1968, pp. 163-164.
7. Mette Eiljersen. *I Accuse!*, Londres, 1969, p. 45.
8. Herbert Marcuse. *Eros and Civilization*, Londres, 1969, pp. 52-53. [Versión castellana: *Eros y civilización*. Barcelona: Ariel, 1981 (2002).]
9. Jackie Collins. *The World is Full of Married Men*, Londres, 1969, pp. 152-153. [Versión castellana: *El mundo está lleno de hombres casados*. Cerdanyola: Argos Vergara, 1978.]

La matriz perversa

1. Uno de estos libros escritos para iniciar a las chicas a la menstruación es el de la doctora Erna Wright, *Periods without Pain*, Londres, 1966; los siniestros diagramas empleados ni siquiera muestran el clítoris, que tampoco se menciona en el texto.
2. El miedo ancestral al útero se analiza detenidamente en H.R. Hays. *The Dangerous Sex: The Myth of Feminine Evil*, Londres, 1966.
3. Véanse los comentarios de Daniel G. Brown (loc. cit., pp. 148-149) sobre la necesidad de que las propias mujeres se hagan cargo de la investigación sobre su sexualidad.
4. *Observations and Practices Relating to Women in Travels etc.*, de Biss-hof, Londres, 1676, p. 76.
5. La clorosis se ha descrito como «un estado anémico que se observaba en las mujeres jóvenes y las muchachas adolescentes y cuyo origen se ha atribuido al uso de corsés apretados, el estreñimiento, los embarazos muy seguidos, una higiene deficiente y la dieta» (*The British Medical Dictionary*, ed. sir Arthur Salusbury McNalty, Londres, 1961). La medicina popular atribuía a menudo su origen al deseo frustrado de la virgen de aparearse y tener criaturas; véase *The Works of Aristotle in Four Parts*, Londres, 1822, pp. 21-22. Ya en el siglo XIV Baverius la relacionó

con la carencia de hierro; sin embargo, la conexión con la virginidad embrolló el asunto para algunos teóricos como Johan Lange, quien escribió en 1554 un tratado sobre la enfermedad de las vírgenes. En 1730, Hoffmann complicó todavía más la cuestión al relacionarla con la histeria. Algunos estudios académicos demostraron su gran difusión en los internados y entre las estudiantes en general y, en un momento determinado, incluso se relacionó con cierta afección cardíaca. (Véase, Fielding H. Garrison. *An Introduction to the History of Medicine*, Filadelfia, 1929, pp. 167, 207, 271, 314, 360, 571 y 647.) Actualmente la opinión generalizada indica que no existe ninguna enfermedad identificable llamada clorosis.

6. La bibliografía sobre la histeria es amplísima, empezando por el *Liber Prior de morbis mulierum* de Hipócrates, del que apareció una versión de Cordeus en 1583, e *In Libellum Hippocrates de Virginum Morbis*, de Tardeus (1648). La afección constituía una especialización muy frecuente y lucrativa. Muchos médicos jóvenes decidieron abordarla en una serie de disertaciones en latín. El documento T.559 del Museo Británico contiene más de treinta tratados fechados entre 1668 y 1796 que pueden servir de ejemplo del modo en que se agruparon una serie de síntomas heterogéneos bajo el epígrafe de la histeria.
7. Ploss y Bartels (op. cit.), vol. I, pp. 611-631, «The Seclusion of Girls at Menstruation».
8. La poesía de Sylvia Plath constituye un monumento a las mujeres estranguladas en sus esfuerzos filogenéticos. Su imaginería construye fantásticas estructuras de carnalidad femenina obsesionada con el sueño de la violación y la muerte. Su breve poema «Metáforas» (en *The Colossus*) ofrece una muestra de algunos de los motivos predominantes, así como de las tensiones fundamentales:

Adivíname: nueve sílabas
tengo, elefante, casa grande,
melón con sólo
dos tentáculos.
¡Oh, fruta, marfil, leño fino!
Dinero nuevo en este bolso.
Soy medio, escena, vaca gráfica.
Comí muchas manzanas verdes.
Del tren en que voy nadie baja.

(Traducción castellana de Jesús Pardo, *Antología*. Madrid: Visor, 2003.)

El estereotipo

1. Thornstein Veblen. Op. cit., pássim.
2. Por ejemplo: *I thought my mistress' hairs were gold / And in her locks my heart I fold; / Her amber tresses were the sight / That wrapped me in vain delight; / Her ivory front, her pretty chin, / Were stales that drew me on to sin; / Her starry looks, her crystal eyes / Brighter than the sun's arise* (Robert Greene, *Francesco's Fortunes*.)

(El cabello de mi amada de oro me parecía, / y entre sus rizos cobijé mi corazón: / la visión de sus trenzas ambarinas / en un vano deleite me sumía, / su frente de marfil, su hermoso mentón, / eran palancas que al pecado me conducían; / su mirada estrellada, sus ojos cristalinos / más brillantes que el sol al alba.)

3. Por ejemplo: *When I admire the rose, / That Nature makes repose / In you the best of many, / And see how curious art / Hath decked every part, / I think with doubtful view / Whether you be the rose or the rose be you* (Thomas Lodge, *William Longbeard*.)

(Cuando admiro la rosa / que la naturaleza ha depositado / en ti, la mejor entre muchas, / y cuando me asombro del arte / con que ha recubierto cada parte, / me pregunto y dudo / si serás tú la rosa o la rosa, tú.)

4. Por ejemplo. *Her cheeks like apples which the sun hath rudded, / Her lips like cherries charming men to bite, / Her breast like a bowl of cream uncruded...* (Edmund Spenser, *Epithalamion*.)

(Sus mejillas como manzanas doradas por el sol, / sus labios como cerezas que seducen a los hombres a morderlas, / sus pechos como una fuente de nata pura ...)

5. Por ejemplo. *The outside of her garments were of lawn, / The lining purple silk, with gilt stars drawn, / Her wide sleeves green and bordered with many a grove... / Buskins of shells all silvered used she / Branched with blushing coral to the knee, / Where sparrows perched, of hollow pearl and gold, / Such as the world would wonder to behold; / Those with sweet water oft her handmaid fills, / Which as she went would chirrup through the bills.*

(Sus prendas eran de linón por fuera, / el forro de seda de color púrpura, salpicada de estrellas doradas, / las anchas mangas verdes rematadas con muchos pliegues... / Botines de conchas plateadas gastaba ella / bordados de ruboroso coral hasta la rodilla / donde se posaban gorriónes, de perlas cultivadas y oro, / que dejarían admirado al mundo; / los mismos que su doncella sacia a menudo de agua dulce / y que gorjeaban con su pico a su paso.)

Conviene señalar que en este fragmento Marlowe construye a Hero

en oposición a la belleza natural de Leandro, el bienamado de los dioses, al que presenta desnudo. Se puede considerar que Hero, como estereotipo, constituye uno de los temas del poema.

6. Corbett contra Corbett (previamente Ashley) ante el juez Ormerod (Law Report, Probate, Divorce and Admiralty Division, 2 de febrero de 1970), *News of the World*, 8 de febrero de 1970; *Sunday Mirror*, 3, 8 y 15 de febrero de 1970.

La energía

1. Carl Vogt. «La Question de la Femme», *Revue d'Anthropologie*, 1888, t. III, fasc. lv, pp. 510-512, citado en Ploss y Bartels (*op. cit.*), vol I, p. 126.
2. Véase «Sublimation: its Nature and Conditions», en J. C. Flügel. *Studies in Feeling and Desire*, Londres, 1955.
3. McCary expone la opinión tradicional en *The Psychology of Personality*, Londres, 1959, pp. 7-9.
4. Sigmund Freud. *Three Essays on Sexuality*, The Standard Edition of The Complete Works, Londres, 1953, vol. VII, p. 219. [Versión castellana: *Tres ensayos sobre teoría sexual*. Madrid: Alianza, 1972 (2002).]

El bebé

1. William Blake. «Infant Sorrow», *Songs of Experience (Poetry and Prose of William Blake)*, ed. Geoffrey Keynes, Londres, 1967, citado en adelante como *Nonesuch*, p. 76). [Versión castellana: *Matrimonio del cielo y el infierno. Cantos de inocencia. Cantos de experiencia*. Madrid: Visor, 1979 (2003). Traducción de Soledad Capurro.]
2. *Sunday Mirror*, 19 de octubre de 1969.
3. William Blake. «Infant Joy», *Songs of Innocence, Nonesuch*, p. 62 [versión castellana véase nota 1].
4. Para una explicación de este principio, véase Paul Schilder. *The Image and Appearance of the Human Body: Studies in the Constructive Energies of the Psyche*, Londres, 1935, pp. 120-122 [Versión castellana: *Imagen y apariencia del cuerpo humano*. Buenos Aires: Paidós, 1958.]; también, Norman O. Brown. *Life Against Death*, Londres, 1968, IV parte, «The Self and The Other; Narcissus», pp. 46-57. [Versión castellana: *Eros y Tanatos*. México: Joaquín Mortiz, 1980.]
5. Maria Montessori. *The Secret of Childhood*, Londres, 1936, p. 191. [Versión castellana: *Niño. El secreto de la infancia*. Barcelona: Araluce, 1968. Versión catalana: *La descoberta de l'infant*. Vic: Eumo, 1987.]

6. Freud apunta este fenómeno en *New Introductory Lectures in Psychoanalysis* (*Complete Works*, vol. XXII, p. 117). [Versión castellana: *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*. Barcelona: Orbis, 1988.] Las valedoras de las artimañas femeninas se vanaglorian de ello; véase, por ejemplo, Esther M. Harding. *The Way of all Women*, Londres, 1932, p. 7, y también Mary Hyde. *How to Manage Men*, Londres, 1955, p. 6.
7. Philip Roth. *Portnoy's Complaint*, Londres, 1969, p. 125. [Versión castellana: *El lamento de Portnoy*. Madrid: Suma de Letras, 2000.]
8. J. Dudley Chapman, *The Feminine Mind and Body* (Nueva York, 1967), cita a Oscar Hammerstein II: «Puedes divertirte con un hijo, pero a las hijas hay que hacerles de padre» (*Carousel*), p. 19.
9. Véanse Anna Anastasi. *Differential Psychology*. Londres, y Walter Wood. *Children's Play and its Place in Education*, Londres, 1913, pp. 83-84.

La niña

1. Véase Karen Horney. *Feminine Psychology*, Londres, 1967, pp. 40-42, y también el capítulo II «The Flight from Womanhood» [La huida de la femineidad], pássim. [Versión castellana: *Psicología femenina*. Madrid: Alianza, 1977 (1990).] Véase Margaret Mead. *Male and Female*, Londres, 1949, p. 144. [Versión castellana: *Masculino y femenino*. Madrid: Minerva Ediciones, 1984.]
2. Helene Deutsch. *The Psychology of Women*, Londres, 1946, 1947, vol I., pp. 7 y 22. [Versión castellana: *La psicología de la mujer*. Buenos Aires: Losada, 1970.] Deutsch incluso llega a afirmar que el mayor peligro para sus jóvenes pacientes incontrolables consistía en que provocaban inconscientemente el deseo de sus compañeros, ya que «carecen de impulso sexual, no desean la gratificación sexual y, debido a la ausencia de deseo, se sienten a salvo».

La pubertad

1. Deutsch, op. cit., pp. 136-137. Véanse Horney, op. cit., pp. 100-101, y Lewis M. Terman. *Genetic Studies of Genius*, Londres, 1936, vol. III, pp. 93-94.
2. J. Dudley Chapman, op. cit., p. 69.
3. James Hemming, *Problems of Adolescent Girls*, Londres, 1950, pp. 93-94.
4. *Ibid.*, p. 130.

5. A.C. Kinsey, W.B. Pomeroy, C.E. Martin, y P.H. Gebhard. *Sexual Behaviour in the Human Female*, Filadelfia, 1953, p. 173. [Versión castellana: *La conducta sexual de la mujer*. Buenos Aires: Siglo XX, 1967.]
6. Hemming, op. cit., p. 15.
7. Horney, op. cit., p. 234.
8. Ibíd., p. 244.
9. John Aubrey, *Remaines of Gentilisme and Judaisme* (1688-1687), editado y anotado por James Britten, Londres, 1881, p. 153.

La estafa psicológica

1. August Strindberg. *The Father*, acto II, escena VII. A pesar de que el capitán padece la superstición y la incomprensión ante su obra por parte de su mujer, continúa soñando con unos viejos tiempos, en los que uno «se casaba con una esposa» y disfrutaba de su «amor sensual», en lugar de establecer una relación comercial.
2. Naomi Weisstein, «Kinder, Küche, Kirche as Scientific Law: Psychology reconstructs the Female», *Motive*, marzo-abril, 1969, pp. 78-85.
3. Ibíd., p. 80.
4. Ian Suttie, *The Origins of Love and Hate*, Londres, 1935, p. 221.
5. Ernest Jones, «The Early Development of Female Sexuality» en *Papers on Psychoanalysis*, Londres, 1948, p. 438.
6. Sigmund Freud, *Three Essays on the Theory of Sexuality* [Tres ensayos sobre teoría sexual], op. cit., p. 219 (el subrayado es mío).
7. Norman O. Brown, op. cit., p. 121.
8. Sigmund Freud, *Civilisation and its Discontents, Complete Works*, op. cit., p. 144. [Versión castellana: *El malestar en la cultura*. Madrid: Alianza, 1985.]
9. Deutsch, op. cit., vol. I, p. 101.
10. Horney, op. cit., pp. 232-233.
11. Deutsch, op. cit., p. 151.
12. Bruno Bettelheim, «Women and the Scientific Professions», *MIT Symposium on American Women in Science and Engineering*, 1965.
13. E. Erikson, «Inner and Outer Space: Reflections on Womanhood», *Daedalus*, 1964, n° 93, pp. 582-606.
14. Joseph Rheingold, *The Fear of Being a Woman*, Nueva York, 1964.
15. J. Krafft-Ebing, *Psychopathia Sexualis*, Londres, 1893, p. 13; véase Margaret Mead, op. cit., pp. 209-210. [Versión castellana: *Psychopathia sexualis*. Valencia: La Máscara, 2000.]:

Pero la hembra humana que ha aprendido a través de una larga educación durante la infancia a valorar un gran número de recompensas y a temer una gran variedad de castigos, encuentra que su receptividad —a pesar de retener, quizás un ligero grado de periodicidad— en realidad está sujeta a una gran cantidad de matices. Dado que su receptividad no requiere de ella mucho más que una relajación de todo su cuerpo, y ninguna disposición específica ni deseo sustancial como el que se requiere en el varón, puede aprender a subordinar el consentimiento simple a mil consideraciones distintas, y a conquistar o conservar a su amante o a su marido, valorando el estado de ánimo del momento y el posible humor del día siguiente y adaptando su receptividad a la estructura completa de una relación. No parecen haber muchas dudas de que el varón, que ha aprendido varias formas mecánicas de estimularse sexualmente para copular con una mujer que no lo desea en ese momento, ejerce sobre su naturaleza una violencia mayor que la que ejerce la mujer que, para recibir a un hombre, sólo tiene que abstenerse de dar muestras de rechazo, aunque no sienta un deseo activo.

16. Erich Fromm, *The Art of Loving*, Londres, 1969, p. 20. [Versión castellana: *El arte de amar*, Barcelona y Buenos Aires: Paidós, 1959 (2002).]

La materia prima

1. Eleanor Maccoby, *The Development of Sex Differences*, Londres, 1967, *pássim*, en especial «Classified Summary of Research in Sex Differences», pp. 323-351.
2. Lewis M. Terman, *op. cit.*, p. 294.
3. Maccoby, *op. cit.*, p. 35.
4. *Ibíd.*, pp. 36 y 37.
5. *Ibíd.*, p. 44.

El poder de las mujeres

1. Véase Mary Ellman, *Thinking About Women*, Londres, 1969, *pássim*. Mailer expone su concepto de la novela como la Gran Zorra y los motivos por los que no se puede considerar que las mujeres tengan su parte en ella, en «Some Children of the Goddess», *Cannibals and Christians*, Londres, 1969, p. 132. [Versión castellana: *Caníbales y cristianos*. Barcelona: Península, 1975.]
2. El término procede del artículo de Cynthia Ozick, «The Demise of the Dancing Dog», *Motive*, marzo-abril de 1969.
3. Otto Weininger, *Sex and Character*, Londres, 1906, p. 236 [Versión castellana: *Sexo y carácter*. Barcelona: Península, 1985.]

4. *Ibíd.*, p. 241.
5. *Ibíd.*, p. 250.
6. Valérie Solanas, *S. C. U. M. Manifiesto*, Nueva York, 1968, p. 73. [Versión castellana: *SCUM*. Madrid: Kira, 2002.]
7. Weininger, *op. cit.*, p. 274. La afirmación de que la falsedad constituye un rasgo sexual secundario de la mente femenina es común a muchos observadores, incluidos Mary Wollstonecraft, que la consideró como una consecuencia fundamental de la degradación de la mujer, y B.L. Hutchins afirma en *Conflicting Ideals: Two Sides of the Woman Question* (Londres, 1913), quien afirma que «Las jóvenes han sido educadas conforme a unos ideales profundamente desleales», p. 30.
8. Weininger, *op. cit.*, p. 100. Pese a la ausencia de pruebas fehacientes que lo avalen, una parte de los psicólogos que se ocupan del tema de la feminidad aceptan como verdadero el supuesto de que las mujeres tienen una percepción distinta a la de los hombres, que son más subjetivas que ellos, etc. Deutsch se regodea en la apología de la percepción subjetiva e intuitiva de las mujeres, que considera como el complemento deseable de la objetividad de los varones y su agresividad mental.
9. T.S. Eliot, «The Metaphysical Poets», *Selected Essays*, Londres, 1958, pp. 387-388. [Versión castellana: *Los poetas metafísicos*. Buenos Aires: Emecé, 1944.]
10. Antonin Artaud, «Letters to Anaïs Nin», traducidas por Mary Beach, *International Times*, n° 16. Carta del 14 o del 15 de junio de 1933.
11. Esta cita figura en Marshall McLuhan, *The Medium is the Massage* (Londres, 1967), [Versión castellana: *El medio es el masaje: un inventario de efectos*. Barcelona: Paidós Ibérica, 1995.] donde se atribuye a A.N. Whitehead, en la obra titulada *Adventures of Ideas*. Aunque no recuerdo haberla leído en *Adventures of Ideas*, resume muy bien el sentido de las afirmaciones de Whitehead, por ejemplo en «The Anatomy of Some Scientific Ideas» en *The Organization of Thought*, (Londres, 1917, pp. 134-190 *passim*), o en *Science and The Modern World*, (Cambridge, 1927, cap. v, «The Romantic Reaction», pp. 93-118 *passim*), [Versión castellana: *La ciencia y el mundo moderno*. Buenos Aires: Losada, 1949.] o en el ya citado *Adventures of Ideas*, Cambridge, 1933, pp. 150-151, 173 y 184-185. [Versión castellana: *Aventuras de las ideas*. Barcelona: José Janés, 1947.]
12. Weininger, *op. cit.*, p. 149.
13. J. Needham, *Science and Civilisation in China*, Cambridge, 1954, vol. II, p. 58.
14. Sigmund Freud, *Some Psychic Consequences of the Anatomical Distinction Between the Sexes*, *Complete Works*, vol. XIX, pp. 257-258.

15. Weininger, op. cit., p. 146.
16. Ibíd., p. 186.
17. Norman O Brown, op. cit., p. 145.
18. Ibíd., p. 276.
19. Norman O Brown, *Love's Body*, Nueva York, 1966, p. 80. [Versión castellana: *El cuerpo del amor*. Barcelona: Planeta Agostini, 1986.]
20. Weininger, op. cit., p. 198.
21. Edward de Bono, *The Uses of Lateral Thinking*, Londres, 1967, p. 31; véase A.N. Whitehead, *An Introduction to Mathematics*, (Londres, 1911, p. 138), y William James, *Some Problems in Philosophy*, cap. X.
22. Leopold von Sacher-Masoch, *Venus in Furs*, Londres, 1969, p. 160. [Versión castellana: *La Venus de las pieles*. Barcelona: Tusquets, 1993.]
23. Rainer Maria Rilke, *Letters to a Young Poet*, Edimburgo, 1945, p. 23. [Versión castellana: *Cartas a un joven poeta*. Barcelona: Obelisco, 1966 (2000).]

El trabajo

1. Todas las estadísticas de este capítulo, salvo cuando se indica lo contrario, están tomadas de *Annual Abstract of Statistics*, nº 105, 1968.
2. *Higher Education, Evidence. Part One, Volume E: Written and Oral Evidence recieved by the Committee appointed by the P.M. under the Chairmanship of Lord Robbins*, Londres, 1963, pp. 1.552-1.553.
3. La huelga de Ford se llevó a cabo gracias en gran medida a los esfuerzos de Rose Boland, la representante sindical de la plantilla femenina. Una de sus consecuencias fue la creación del National Joint Action Campaign Committee, el grupo de mujeres de izquierda más comprometido.
4. Véanse «Equal Pay for Equal What», de Hugo Young, y «How Equal is Equal?», de Vincent Hanna, en el *Sunday Times* del 1 de febrero de 1970.
5. Shirley Enticknap expuso las objeciones de los sindicalistas varones a la pérdida del control sobre la jornada laboral de las mujeres en *News of the World*, 7 de septiembre de 1969.
6. *The Times*, 19 de mayo de 1969.
7. Declaración publicada en *Black Dwarf*, 10 de enero de 1969.
8. *The Times*, 21 de mayo de 1969.
9. *The Times*, 4 de junio de 1969.
10. Véase Pauline Pinder, *Working Wonders*, PEP Broadsheet nº 512. La ganadora del año 1969 es una maestra con cuatro hijos.
11. Los resultados del estudio realizado por Alfred Marks Bureau se publicaron el 19 de julio de 1969 (*Sunday Times*, 20 de julio de 1969).

12. *Sunday Times*, 27 de julio de 1969.
13. De los anuncios por palabras de *The Times*, 4 de julio de 1969.
14. Mary Hyde, op. cit., pp. 91, 96 y 102.
15. *The Times*, 22 de mayo de 1969.
16. *Petticoat*, 28 de junio de 1969.
17. *The Times*, 22 de mayo de 1969.
18. *The People*, 11 de mayo de 1969.
19. *News of the World*, 20 y 27 de abril de 1969.
20. *Daily Mirror*, 7 de julio de 1969.
21. Suzy Menkes, *How to be a Model*, Londres, 1969.
22. «The Great Nude Boom», *The People*, 1 de junio de 1969.
23. Las bailarinas de *strip tease* al parecer no suelen estar afiliadas a su sindicato y no se atreven a hacerlo por la gran cantidad de trabajo negro que existe en su profesión. El sueldo medio es de seis chelines por cada número de *strip tease*, con un total de cincuenta números semanales, en unas condiciones muy precarias (*The People*, 22 de febrero de 1970).
24. Véanse, por ejemplo, los casos de Valerie Stringer, una ingeniera eléctrica titulada que no logra encontrar trabajo (*The People*, 25 de enero de 1970), y de Dallas Bradshaw, una radiotelegrafista que ha topado con el prejuicio de los marineros que creen que las mujeres a bordo traen mala suerte.
25. Los nombres citados se han seleccionado de manera arbitraria. Las secciones económicas de los periódicos saludan a diario a las nuevas mujeres que acceden a puestos de poder.

El ideal

1. Durante el Renacimiento ciertas afirmaciones sencillas sobre el concepto platónico del amor tenían una amplia difusión tópica. A los argumentos básicos extraídos de *El banquete* y otros diálogos se sumaron los elogios de Cicerón y de Plutarco, así como las teorías de Heráclito y de Aristóteles. El destilado de esta mezcla se encuentra en múltiples fuentes, desde los libros de cortesanos como *El cortesano* y *Academie* de la Primaudaye, hasta los libros de tópicos y tratados de moral destinados al consumo de la población recién alfabetizada, por ejemplo: *The Boke of the Governour*, de sir Thomas Elyot (1531); *The Booke of Friendship of Marcus Tullius Cicero* (1550); *The Casket of Jewels*, de John Charlton (1571); *Treatise of Moral Philosophy*, de Baldwin (1550); *Politeuphuia*, de Bonham (1597); así como *Wits Theater of the little World*, de Robert Allott (1599). Posiblemente la formulación más accesible y más elegante se encuentra en *Essay of Friendship*, de Bacon.

2. Schilder, op. cit., p. 120; véase Norman O. Brown, *Life Against Death*, pp. 50-51.
3. William Blake, «Poems from MSS», circa 1810 (*Nonesuch*, p. 124); véase Suttie, op. cit., pp. 30-31.
4. *The People*, 12 de noviembre de 1969.
5. A.H. Maslow, *Motivation and Personality*, Nueva York, 1954, pp. 208-246; cita de pp. 245-246. [Versión castellana: *Motivación y personalidad*. Madrid: Díaz de Santos, 1991.]
6. Norman O. Brown, *Life Against Death*, op. cit., p. 144.
7. William Shakesperare, *The Phoenix and the Turtle* (*The Complete Works*, ed. W.J. Craig) Oxford, 1959, p. 1.135. [Versión castellana: *El tortolo y Fénix*. Barcelona: Herder, 1997. Traducción de Nicole d'Ammonville.]
8. S. E. Gay, *Womanhood in its Eternal Aspect*, (Londres, 1879), p. 4.

El altruismo

1. William Blake, «The Clod and the Pebble», *Songs of Experience*, *Nonesuch*, p. 66. [Versión castellana: «El terrón y la piedra», véase nota 1 del capítulo «El bebé».]

El egoísmo

1. William Blake, «The Clod and the Pebble», *Songs of Experience*, *Nonesuch*, p. 66.
2. Erich Fromm, op. cit., p. 38.
3. *Honey*, agosto 1969, «She loves me not».
4. *Weekend*, 8-14 de octubre de 1969.
5. Mary Hyde, op. cit., p. 70.
6. Compton Mackenzie, *Extraordinary Women*, Londres, 1967, p. 107.
7. Carta a Evelyn Home, *Woman*, 3 mayo 1969, vol. 64, nº. 1664.
8. Hellman, Lillian, *An Unfinished Woman*, Londres, 1969, p. 278. [Versión castellana: *Mujer inacabada*. Barcelona: Argos Vergara, 1980. Traducción de Mireia Bofill.]

La obsesión

1. Christopher Marlow, *Hero and Leander*, p. 178.
2. Jean Racine, *Phèdre*, I, III, pp. 151-152. [Versión castellana: *Andrómaca*. *Fedra*. Madrid: Cátedra, 1985.]

3. William Shakespeare, *Romeo and Juliet*, I, I, II, 196-200 (*Works*, op. cit., p. 766). [Versión castellana: *Romeo y Julieta*. Madrid: Cátedra, 2001.]
4. Kingsley Amis, «An Ever-fixed Mark», *Erotic Poetry*, ed. William Cole, Nueva York, 1963, p. 444.
5. *Sweethearts*, vol. II, nº 57, diciembre 1960, «Kisses can be False».
6. *Ibíd.*
7. Citado en Albert Ellis, *The Folklore of Sex*, Nueva York, 1961, p. 209.
8. *Sweethearts*, loc. cit., «When Love Calls».
9. *Datebook's Complete Guide to Dating*, compilado por Art Unger, Nueva Jersey, 1960, p. 89.
10. Mary Astell, *An Essay in Defence of the Female Sex*, Londres, 1721, p. 55.
11. Ti-Grace Atkinson, *vide infra* «Rebellion», cita basada en un artículo de Irma Kurtz (*Sunday Times Magazine*, 14 de septiembre de 1969).
12. O. Schwarz, *The Psychology of Sex*, Londres, 1957, p. 20.

El amor romántico

1. La editorial Mills and Boon encargó al doctor Peter Mann un análisis de su público lector y publicó el informe resultante en forma de libro, con el título *The Romantic Novel, a Survey of Reading Habits* (1969).
2. *Woman's Weekly*, 2 de julio de 1969.
3. *Mirabelle*, 8 de noviembre de 1969, «Saturday Sit-in».
4. Georgette Heyer, *The Regency Buck*, Londres, 1968, p. 15.
5. *Ibíd.*, p. 5.
6. *Ibíd.*
7. Barbara Cartland, *The Wings of Love*, Londres, 1968, p. 152.
8. *Ibíd.*, p. 47.
9. *Ibíd.* p. 137.
10. *Ibíd.*, p. 191.
11. Lucy Walker, *The Loving Heart*, Londres, 1969, p. 226.
12. *Ibíd.*, p. 32.
13. *Ibíd.*, p. 171.
14. *Ibíd.*, pp. 53, 85-86, 91, 112, 191, 207 y 228.
15. *Ibíd.*, pp. 253-254.
16. Publicado como una serie en el *Sunday Mirror*, entre el 16 de octubre y el 16 de noviembre de 1969.
17. Violette Leduc, *La Bâtarde*, Londres, 1967, pp. 341-342. [Versión castellana: *La Bastarda*. Barcelona: Edhasa, 1984, pp. 358-9. Traducción de María Helena Santillán.]

18. «The Sexual Sophisticate», citado en Phyllis y Eberhard Kronhausen, *Sexual Response in Women*, Londres, 1965, p. 61.
19. Maxime Davis, *The Sexual Responsibility of Women*, Londres, 1957, p. 91.
20. Cartland, op. cit., p. 62.
21. D. H. Lawrence, *Women in Love*, Londres, 1968, p. 354. [Versión castellana: *Mujeres enamoradas*. Madrid: Cátedra, 1988.]
22. De las campañas publicitarias desarrolladas durante el invierno de 1969-1970.
23. «Woman to Woman», *Woman*, 19 de julio, 1969, vol. 65, n° 1.675.
24. Jenny Fabian, y Johnny Byrne, *Groupie*, Londres, 1969. [Versión castellana: *Los profetas del underground*. Barcelona: Caralt, 1976.]
25. Anthony Rey, *The Housewives' Handbook on Selective Promiscuity*, Tucson (1960) y Nueva York (1962).

El objeto de la fantasía masculina

1. *Penelope*, n° 194, 14 octubre 1969, «A Girl called Pony».
2. Norman Mailer, *An American Dream*, Londres, 1966, p. 16. [Versión castellana: *Un sueño americano*. Barcelona: Planeta, 1995.]
3. Kate Millet, «Sexual Politics: Miller, Mailer and Genet», *New American Review*, n° 7, agosto, 1969.
4. Mailer, op. cit., p. 9.
5. *Ibíd.*, p. 23.
6. *Ibíd.*, p. 25.
7. Por ejemplo, Umar en «Umar Walks the Earth!», *Strange Tales*, vol. I, n° 156, mayo, 1967; la villana Hydra en *Captain America*; la Viuda Negra en *Captain Marvel*, y Karnilla, la reina de los místicos norm que desafía a Thor.
8. Por ejemplo, la condesa Teresa di Vicenzo en *On Her Majesty's Secret Service*.
9. Mailer, op. cit., p. 39.
10. Mickey Spillane, *Bloody Sunrise*, Londres, 1967, p. 74. [Versión castellana: *Amanecer sangriento*. Barcelona: Plaza y Janés, 1979.]
11. Mailer, op. cit., p. 36.
12. *Ibíd.*, p. 168.
13. *Ibíd.*, p. 172.
14. *Ibíd.*, p. 102.
15. John Philip Lundin, *Women*, Londres, 1968, pp. 50-61.
16. *Ibíd.*, p. 101.

17. James Jones, *Go to the Widowmaker*, Londres, 1969, p. 282. [Versión castellana: *El hacedor de viudas*. Barcelona: Caralt, 1971.]
18. *The Poems of Emily Dickinson*, M.D., Brainchi, y A.L., Hampson, eds., Londres, 1933, p. 131. [Versión castellana: *Poemas*. Madrid: Cátedra. 1987. Traducción de Margarita Ardanaz.]

El mito de clase media sobre el amor y el matrimonio

1. Denis Rougemont, *Love in the Western World* [Versión castellana: *El amor y occidente*. Barcelona: Kairós, 1984.]; véase C. S., Lewis, *The Allegory of Love*.
2. *Hail Maidenhead*, O., Cockayne, ed., Early English Text Society Publications n° 19, 1866, pp. 28-39.
3. C.L. Powell, *English Domestic Relations 1.487-1.653*, Columbia, 1927, p. 126.
4. Rabelais, *Five Books of the Lives, Heroick Deeds and Sayings of Gargantua and his sonne Pantagruel*, Londres, 1653, caps. LII-LVIII.
5. Gordon Rattray Taylor, *Sex in History*, Londres, 1965, p. 138.
6. Erasmus, *Two Dyaloges wrytten in Laten... One called Polythemus or the Gospeller, the other dysposing of thynges and names* traducido al inglés por Edmonde Becke, Sig.M5 verso.
7. El relato se publicó —no por primera vez— en el *Decamerón* y Petrarca recogió rápidamente el tema en una versión escrita en latín. Posteriormente aparecieron varias versiones en francés, que en el siglo XVI proliferaron en un rosario de baladas, poemas y obras teatrales, como *The Antient True and admirable History of Patient Grissel* (1619), *The Pleasant and sweet History of Patient Grissell* (1630), *The Pleasant Comodie of Patient Grissill*, de H. Chettle, T. Deloney y T. Haughton (1603), *The Most Pleasant Ballad of Patient Grissel... To the tune of the Brides Goodmorrow* (¿de T. Deloney? 1600 y 1640).
8. Por ejemplo, *The Boke of Husbandry... Made first by the Author Fitzherbert... anno domini 1568*, fol. xxxvi verso, según el cual las diez cualidades de una mujer son:

(I), que sea de carácter alegre; (II), que esté bien situada; (III), que tenga la frente ancha; (IV), que sea ancha de nalgas; (V), que sepa estar alerta; (VI), que sea fácil cubrirla; (VII), que soporte bien los viajes largos; (VIII), que se mueva bien debajo de un hombre; (IX), que tenga la boca siempre ocupada; y (X), que muerda la brida en todo momento.

9. Peter Laslett, *The World We Have Lost*, Londres, 1965. [Versión castellana: *El mundo que hemos perdido, explorado de nuevo*. Madrid: Alianza, 1987.]
10. John Campion, *Two Books of Airs: Jack and Joan they think no ill, / But loving live and merry still...* [Jack y Joan nunca piensan mal, y siguen viviendo enamorados y felices...]
11. Nicholas Breton, *The Court and Country*, 1618, *The Works in Verse and Prose of Nicholas Breton*, ed. A.B. Grosart, Londres, 1879, vol. II.
12. Por ejemplo: Barclay en *The Ship of Fools*; Ascham en *The Scholemaster*; Lodge en *Wits Miserie*; entre una larga lista.
13. 4 & 5 Philip and Mary C. 8, y 39 Elizabeth C. 9.
14. Por ejemplo, la conocida balada isabelina, *The Brides Goodmorrow*. (La versión que se conserva en el Museo Británico data de 1625.)
15. Antoine de la Sale, *Les Quinze Joies du Mariage*, traducido por Thomas Dekker como *The Batchelar's Banquet*, 1603.
16. Una farsa que se encuentra tanto en francés como en inglés y que pone de manifiesto el patrón arquetípico es *Johan Johan and Tyb his Wife*.
17. Cuando lady Mary Gray, una mujer diminuta que se había criado en contacto demasiado estrecho con la realeza para su propio bienestar, se casó con el sargento Keys, un hombre de origen humilde y de enorme talla, el escándalo fue mayúsculo (Strype, *Annals of the Reformation* [1735], vol. II, p. 208.)
18. Sir Philip Sidney, *Astrophel and Stella*, en particular los sonetos xxix, xxxvi, xli, lii, lxxii, lxxvi, lxxxi y lxxxii; véanse Samuel, Daniel *Delia*, y, Sir Thomas, Wyatt, *Poems from the Egerton* (manuscrito).
19. Edmund Spenser, *Amoretti* y *Epithalamion*, publicados en 1595.
20. William Habington, *Castara*, publicado anónimamente en 1634. La primera parte trata del cortejo; la segunda parte, dedicada al matrimonio, lleva como epígrafe *Vatumque lascivos triumphos, calcat Amor, pede coniugali*.
21. Por ejemplo, Thomas Deloney, *The Gentle Craft, A Discourse Containing many matters of Delight* (Londres, 1637). El capítulo 5 relata «Cómo se enamoró Úrsula, la bella hija del emperador, del joven Crispine, que llegó a la corte calzado; y cómo al final les casó un fraile ciego».
22. La Bella Doncella de Fressingfield es el tema de uno de los argumentos secundarios de *Friar Bacon and Friar Bungay* (1592), de Robert Greene.
23. *The Golden Legend* era una recopilación de historias de santos, elaborada en el siglo XIII por Jacobo de Vorágine, obispo de Génova, siguiendo el calendario festivo. Fue uno de los primeros libros impresos y se publicaron incontables ediciones dondequiera que hubiera una imprenta: el primer best-seller internacional.

24. Gillian Freeman, *The Undergrowth of Literature*, Londres, 1969, pp. 50-51.
25. *Sunday Times*, 3 de agosto de 1969, «Making Money out of Marriage».
26. *Sunday Times*, 15 de junio de 1969, «First Catch your Millionaire».

La familia

1. William Shakespeare, *Cymbeline*, II, v. 1-2 (*Works* p. 1.024).
2. Algunos indicios en este sentido aparecen en el informe *Plowden*, resumido en el *Sunday Mirror*, 8 de marzo de 1970.
3. *Sunday Mirror*, 23 de noviembre de 1969, «Let's All Cuddle».
4. Lionel Tiger, *Men in Groups*, Londres, 1969, pp. 209-210.
5. John Updike, *Couples*, Londres, 1968, pp. 138, 141 y 150. [Versión castellana: *Parejas*. Barcelona: Tusquets, 1995.]
6. *Sunday Mirror*, loc. cit.
7. Charles Hamblett y Jane Deverson, *Generation X*, Londres, 1964, p. 43.
8. *Ibid.*, pp. 48-49.
9. Wilhelm Reich, *The Sexual Revolution*, Nueva York, 1969, p. 71. [Versión castellana: *La revolución sexual*. México D.F.: La Gubia, 1974.]

La seguridad

1. Hamblett y Deverson, op. cit. pp. 41 y 111.
2. Por ejemplo: Edmund Spenser, *Two Cantos of Mutabilitye*, publicado en 1609 como «parte de un libro ulterior sobre la Reina de las Hadas», que nunca se llegó a completar.
3. Me temo que un contrato entre un hombre y una mujer en el que se especificasen las condiciones de su cohabitación se consideraría legalmente como un contrato con fines inmorales y, por consiguiente, jurídicamente no vinculante (!).
4. Hamblett y Deverson, op. cit., pp. 48-49.

Aversión y repugnancia

1. Frank Reynolds, según sus declaraciones a Michael McClure, *Freewheelin' Frank*, Londres, 1967, p. 86.
2. *Ibid.*, pp. 55, 7 y 12-13.
3. Eldridge Cleaver, *Soul on Ice*, Nueva York, 1968, pp. 16-17. [Versión castellana: *Alma encadenada*. México: Siglo XXI, 1969.]
4. «Eager Females - How they reveal themselves», *Male*, vol. 19, n° 6, junio de 1969.

5. *Stag*, vol. 20, nº 5, mayo de 1969.
6. Reynolds, op. cit.
7. William Shakespeare, soneto CXXIX, *Works*, p. 1.124. [Entre las múltiples versiones castellanas, aquí se reproduce la traducción de Agustín García Calvo en *Sonetos de amor*. Barcelona: Anagrama, 1974 (2002).]
8. Dean Swift, «Cassinus and Peter», *The Poems of Jonathan Swift*, Harold William, ed., Oxford, 1937, p. 597.
9. Hubert Selby, *Last Exit to Brooklyn*, Londres, 1966, pp. 82-83. [Versión castellana: *Última salida para Brooklyn*. Barcelona: Anagrama, 1989.]
10. Jenny Fabian, y Johnny Byrne, *Groupie*, Londres, 1969.
11. R. L. Dickinson, y Laura, Beam, *The Single Woman*, Londres, 1934, pp. 18, 252, 258, 262 y 264.
12. *Ibid.*, p. 231.
13. Por ejemplo, Ellis Albert y Sagrin Edward, *Nymphomania*, Londres, 1968, pp. 45, 54, 59, 103-104, 118-119 y 122-123.

Insultos

1. *Evening News*, 18 de diciembre de 1969.
2. William Shakespeare, *King Lear*, III, iv, 117-122 y IV, I, 62-63, *Works*, pp. 926 y 930. [Varias versiones castellanas; por ejemplo, *El rey Lear*. Madrid: Alianza, 1995.]
3. Las principales fuentes utilizadas en este capítulo son: *New English Dictionary*, Oxford; *Dictionary of American Slang*, de Wentworth y Flexner; *Smaller Slang Dictionary*, de E. Partridge (Londres, 1961), y *Slang and its Analogues*, de Farmer y Henley (Londres, 1890).
4. *Rolling Stone*, nº 27, 15 de febrero de 1969.
5. Nathan Shiff, *Diary of a Nymph*, Nueva York, 1961.
6. Cartas a Mary Grant *Woman's Own* (19 de julio de 1969), a Evelyn Home, *Woman* (15 de marzo de 1969) y a Mary Marryat, *Woman's Weekly* (2 de julio de 1969).
7. «Love Needs no Words», *New Romance*, nº 3, noviembre de 1969, y «When Someone Needs You», *True Story*, nº 565, diciembre de 1969.
8. Gael Green, *Sex and the College Girl*, Londres, 1969, p. 111, se remite a una conferencia sobre salud mental pronunciada en la Universidad de Queen's, sobre la cual informó el *New York Times*, 19 de mayo de 1963.
9. *Ibid.*, pp. 45-6 y 111-113.
10. Jim Moran, *Why Men Shouldn't Marry*, Londres, 1969, p. 43.
11. Gilbert, Oakley, *Sane and Sensual Sex*, Londres, 1963, p. 51.
12. *Ibid.*, pp. 52-53.

13. Philip Wylie, *Generation of Vipers*, Nueva York, 1942, pp. 187-188.
14. *Ibíd.*, pp. 188-189.
15. *Best Mother-in-Law Jokes*, J.D., Sheffield, (eds.), Londres, 1969, p. 1 y pássim.
16. *Del single Second Generation Woman* (Reprise RS23315), editado por Dukeslodge Enterprises.

Aflición

1. Carta a Evelyn Home, *Woman*, 2 de agosto de 1969.
2. Betty Friedan, *The Feminine Mystique*, Nueva York, 1963, pp. 20-21 [Versión castellana: *La mística de la feminidad*, Gijón: Júcar, 1974.]
3. Un informe sobre la industria farmacéutica publicado el 1 enero de 1970 en el *Observer* afirmaba que, de un total de cincuenta millones de libras esterlinas anuales, quince millones se emplearon en calmantes, seis millones en tónicos y vitaminas, y seis millones y medio se destinaron a la publicidad.
4. Carta a Evelyn Home, *Woman*, 22 de marzo de 1969.
5. *Forum*, vol. II, nº 8, pp. 69-70.
6. *The People*, 23 de noviembre de 1969.
7. *The Times*, 9 de mayo de 1969.
8. *News of the World*, 6 de julio de 1969.
9. Información sobre la recopilación de la publicación *The Pill and You*, de la Asociación de Planificación Familiar, publicada en *News of the World*, 30 de noviembre de 1969.
10. El profesor Victor Wynn es el responsable del Laboratorio de Investigación sobre Trastornos Metabólicos Alexander Simpson, del Hospital de St. Mary de Paddington (información publicada en *The People*, 14 de diciembre de 1969); véase la investigación de la doctora Anne Lewis y del señor Masu Noguchi, sobre la cual informó el *Observer* del 15 de junio de 1969.
11. Publicado en el *Observer*, 20 de julio de 1969.
12. *Sunday Times*, 1 de junio de 1969.
13. Datos del doctor W.J. Stanley publicados en *The British Journal of Social and Preventive Medicine*, (noviembre de 1969).
14. Véase 78 *Battered Children*. Informe de la National Society for the Prevention of Cruelty to Children (septiembre de 1969), y *Sunday Times*, 30 de noviembre de 1969).

Resentimiento

1. George Eliot, *Middlemarch*. [Versión castellana: *Middlemarch*. Barcelona: Alba, 2003.]
2. Eric Berne, *The Games People Play*, Londres, 1964, p. 162. [Versión castellana: *Los juegos en que participamos*. México: Diana, 1987.]

Rebeldía

1. *The Anatomy of a Woman's Tongue divided into Five Parts*, Londres, 1963, epigrama III, p. 173.
2. La Familia del Amor era una secta inglesa fundada en Holanda por un tal Hendrick Nielaes: su propósito era la unión de los hombres en el Cuerpo Místico. Véase *A brief rehearsal of the belief of the good-willing in England* (1656), *A Description of the sect called The Family of Love: with their Common Place of Residence. Being discovered by Mrs Susannah Snow of Pinford near Chertsey in the Country of Surrey, who was vainly led away for a time through their base allurements*, 1641, y *The Displaying of an horrible sect of... Heretiques* (1578).
3. Betty Friedan, *The Feminine Mystique*, Nueva York, 1963.
4. Juliet Mitchell, «Women - The Longest Revolution», *New Left Review*, noviembre-diciembre de 1966, p. 18.
5. *Ibíd.*, pp. 36-37.
6. Evelyn Reed, *Problems of Women's Liberation: A Marxist Approach*, Nueva York, 1969.
7. Reich, *op. cit.*, pp. 153-269.
8. Tiger, *op. cit.*, pp. 110-111.
9. Kyril Tidmarsh, «The Right to do the Hardest Work», *The Times*, 16 de febrero de 1967. Véase asimismo *Women in the Soviet Economy*, de T. Dodge, Baltimore, 1966.
10. Citado en *Towards a Female Liberation Movement*, de Beverly Jones y Judith Brown, New England Free Press, p. 2.
11. *New Left Notes*, agosto de 1967.
12. Judi Bernstein, Peggy, Morton, Lina, Seese, y Myrna, Wood, *Sisters, Brothers, Lovers... Listen...*, New England Free Press, p. 7.
13. *Soviet Weekly*, 17 de mayo de 1969, p. 5.
14. Carta anónima a *New Left Notes*, diciembre de 1967.
15. Marilyn Webb, «We Have a Common Enemy», *New Left Notes*, 10 de junio de 1968.
16. Jones y Brown, *op. cit.*, pp. 20-22.

17. *Ibíd.*, p. 37.
18. Anne Koedt, *The Myth of Vaginal Orgasm*, New England Free Press, p. 5
19. *Ibíd.*
20. Nancy Mann, *Fucked-up in America*, *ibíd.*
21. Julie Baumgolod, «You've come a long way, Baby», *New York*, 9 de junio de 1969, p. 30.
22. Vivian Gornick, «The Next Great Moment in History is Theirs», *Village Voice*, 27 de noviembre de 1969.
23. Hay que mencionar asimismo a la N. J. A. C. C. (véase el capítulo «Trabajo»), así como a las Feministas de Midge McKenzie que elaboraron *Harpies Bizarre* (mimeografiado). El Women's Liberation Workshop se ha ampliado y ahora abarca cinco grupos, mientras que otro grupo de Nottingham edita un folleto mimeografiado titulado *Socialist Woman*, y otro grupo de Bristol, uno que lleva por título *Enough is Enough*. Una conferencia celebrada en Oxford del 28 de febrero al 1 de marzo atrajo a quinientas mujeres participantes, junto con cuatrocientos niños y niñas y cincuenta varones.
24. Gloria Steinem, «The City Politic», *New York*, 10 de marzo de 1969.

Revolución

1. Anna Martin, *The Married Working Woman*, publicado por la National Union of Women's Suffrage Societies en julio de 1911.

La superioridad intelectual de la mujer sobre su marido es muy notable, sobre todo entre las familias más pobres. La lucha interminable que libran estas mujeres en defensa de su hogar frente a las fuerzas unidas del sistema industrial desarrolla en ellas una actitud alerta y una capacidad de adaptación que no tiene parangón entre los hombres, insensibilizados por sus trabajos duros y poco estimulantes.

2. El Ministerio de Interior comunicó a la señora Mary Chatterji que «se considera que por regla general la esposa debe estar dispuesta a residir en el país de su marido», *The Times*, 3 de febrero de 1970.
3. Gingerbread, 35 Wellington Street, Londres WC2E 7BN, así como Mothers-in-Action, 10 Lady Somerset Road, Londres NW5. (*Sunday Times*, 25 de enero de 1970).
4. En mayo de 1969 Diane Hart trató de fundar el «Partido de las Enaguas» (Petticoat Party) mediante un anuncio en *The Times*, que rezaba como si-

que: «Señoras, no se queden sentadas. Si están cansadas de los castillos en el aire, ocupen un escaño en la Cámara de los Comunes. Se buscan 630 señoras dispuestas a apostar 500 libras esterlinas cada una y a luchar por la representación de un distrito electoral». Huelga decir que no se logró constituir el partido. La propia Hart se presentó a las elecciones y fue debidamente derrotada. Tres encantadoras damas norteamericanas formaron una Liga de las Gatitas (Pussycat League) con el propósito de representar el "poder de las gatitas", que aspiraba a adquirir influencia mundial por medio de las caricias y los mimos (*Sunday Mirror*, 2 de noviembre de 1969). No se han apreciado importantes resultados políticos o de otra índole gracias a esta técnica escasamente novedosa.

Best-seller mundial, traducido a multitud de idiomas, *La mujer eunuco* es un punto de referencia imprescindible en la historia del movimiento de las mujeres. Utilizando generosamente la historia, la literatura y la cultura popular, pasadas y presentes, el agudo examen que hace Germaine Greer de la opresión de las mujeres constituye a un tiempo un importante comentario social y una obra maestra de polémica, argumentada con pasión.

De *La mujer eunuco* se ha escrito:

«Un tratado deslumbrante, erudito, escandaloso, divertido.»
—*Cosmopolitan*

«El mejor libro de las mujeres hasta la fecha... Un libro con personalidad, un libro que conoce la distinción entre el yo y el otro, un libro que combina lo mejor de la masculinidad y la feminidad.»
—*New York Times*

«Germaine Greer, en *La mujer eunuco*, me convirtió al movimiento de liberación las mujeres, tanto por su sentido del humor subido de tono como por la mordacidad de su polémica.»
—Kenneth Tynan, *Observer*

«Una deslumbrante combinación de erudición, excentricidad y erotismo.» —*Newsweek*

«Un refinado y continuo flujo de poder furioso... una fuerza polémica tremenda.» —*Listener*

«Brillantemente escrito, extravagante y sensato, lleno de mal genio y de percepción.» — *New York Times Book Review*

«Inteligente, divertido y maravillosamente escrito.» —*Vogue*

Germaine Greer es autora, entre otras obras, de *La mujer completa* (también publicada por Kairós). En la actualidad, la conocida feminista australiana es catedrática de inglés y de estudios literarios comparados en la Universidad de Warwick (Reino Unido).

Diseño cubierta: Ana Pániker.
Ilustración: Alberto Durero,
Adán y Eva, fragmento.

ISBN: 84- 7245- 576- 9



9 788472 455764

Ensayo